

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA
IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO VII

DESDE EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871 AL 18 DE NOVIEMBRE DE 1872

EXPEDICIÓN AL NORTE

RESUMEN

Flores y frutas - Nemocón - Lenguazaque - Tumba del Dr. Cuervo y reliquia del barón A. de Humboldt - Ráquira y los indios alfareros - Leiva - Samacá y su herrería - Tunja y sus monumentos - Sogamoso - Laguna de Tota – Santa Rosa - Un aerolito notable - El boquerón de Ihuaque - Chiquinquirá y su romería - El hoyo del aire - Laguna de Fúquene - Minas de esmeraldas - Muerte del Sr. Vergara y Vergara - Peñas de Suesca - El olivo y la vid - Lagunas de Siecha y de Guatavita - Un galeno indígena - Una polémica en verso.

EXPEDICIÓN AL NORTE

DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE DE 1871

A las diez de la mañana salí de Bogotá con mi escribiente y un solo criado, llegando al Puente del común a las tres de la tarde. Allí nos detuvimos a comer como una media hora, y continuando luego nuestro camino, fuimos a pernoctar a Zipaquirá, donde entramos a las seis.

LUNES 20 DE NOVIEMBRE

Por hallarme algo indispuerto, resolví detenerme en esta población algunos días, mientras lograba restablecerme.

MARTES 21 DE NOVIEMBRE

Continúa mi indisposición y seguimos en Zipaquirá.

MIÉRCOLES 22 DE NOVIEMBRE

Me resuelvo a marchar a Aposentos, y desde allí al pueblo de Nemocón, para consultar con un médico amigo mío, que allí reside.

Salimos de Zipaquirá a la una de la tarde, y llegamos a Aposentos a las tres. El Sr. D. Francisco Santamaría, que nos esperaba, nos recibió en su bella y agrádale quinta, con la amabilidad propia de su carácter.

JUEVES 23 DE NOVIEMBRE

Salimos para Nemocón después del almuerzo, y mi primer cuidado fue consultar sobre el estado de mi salud con el Dr. D. José M. Ortega, cuyo plan curativo puse en práctica inmediatamente.

VIERNES 24 DE NOVIEMBRE

Por la mañana volvimos a la hacienda de Aposentos, y encontrándome notablemente mejorado en mi salud, me entretuve en dibujar algunas plantas, frutas y flores del bellissimo jardín del Sr. Santamaría.

DOMINGO 26 DE NOVIEMBRE

Invitados por varias personas del pueblo, volvimos a Nemocón, donde me esperaba una sorpresa tan lisonjera como agradable; la directora de un colegio de señoritas, la Sra. Carrasquilla, hermana de mi amigo el poeta, había tenido la amabilidad de dedicarme uno de los actos del certamen de sus alumnas, en que debían sufrir el examen de gramática castellana. El acto fue muy brillante y tuve el placer de oír y analizar la armoniosa y querida lengua de Cervantes, a dos mil leguas del lugar donde floreció aquel, con razón llamado Príncipe de los Ingenios; encantándome tanto más la pureza de los giros y lo castizo de las frases con que se expresaban, cuanto que el análisis se hacía por los inocentes y virginales labios de lindas señoritas, muchas de las cuales no habían entrado aún en la edad de la adolescencia.

LUNES 27 DE NOVIEMBRE

Hoy ha sido el día consagrado a la repartición de premios a las alumnas; y no solamente fui invitado para asistir a él, sino que la directora y profesores me reservaron el honroso puesto de la presidencia. Hubo también varios discursos, pronunciados por otras tantas señoritas, con entonación propia, digna y grave;

leyéronse por otras algunas selectas poesías castellanas, y terminó el acto entre los plácemes de los concurrentes, a los cuales uní de todo corazón los míos.

MARTES 28 DE NOVIEMBRE

Encontrándome completamente repuesto, comencé a hacer los preparativo para seguir mi viaje; pero antes de partir, escribí una carta al director de "El Bien Público", de Bogotá, para dar un testimonio solemne de mi admiración hacia las personas que dirigen en Nemocón aquel establecimiento literario, y hacia las jóvenes que tan bien saben aprovecharse de las lecciones que en él reciben.

MIÉRCOLES 29 DE NOVIEMBRE

Dispuesto ya todo para continuar mi viaje, y habiendo conseguido que se resolviese a acompañarme el Joven D. Francisco Santos, que había sido ya nuestro compañero en la expedición al Tolima, salimos de Nemocón a las diez y media de la mañana, escoltados por varios caballeros que salieron a despedirnos a alguna distancia de la población, entre los cuales iba el padre del referido joven.

Tomamos desde luego un camino, que, por el extremo oriental de la sabana, se dirige al noreste. Al llegar a los límites de la gran ensenada que por aquella parte forma la llanura, empezamos a subir las primeras colinas de arena y arcilla, sumamente impregnadas de óxido de hierro, y salpicadas acá y allá de grandes piedras erráticas, despojos de la primitiva cordillera, que aún conserva en sus cumbres más elevadas idénticas estratificaciones, indicio claro de su homogénea formación geológica. Al dominar los cerros más elevados, dirigimos la vista a la llanura espléndida que a nuestros pies se extendía; despidiéndonos con una mirada de la bella y feraz altiplanicie, antiguo centro del poder muisca.

El camino sigue después en la misma dirección por un valle poco profundo, rodeado de colinas más o menos elevadas, donde no hay otra vegetación que pequeñas

gramíneas, que sirven de escaso alimento a escuálidos rebaños de ovejas, custodiados por mujeres indias de taciturno y melancólico aspecto, que caminan con lentitud al paso de su ganado, entreteniendo la especie de ociosidad propia de su oficio, hilando, sin dejar de andar, algunos copos de lana.

A un lado y otro del camino, se veían de cuando en cuando muchos ranchos miserables, que anunciaban el desaseo y la indigencia. Como a distancia de un kilómetro, a la izquierda de nuestra vía, y sobre un cerro cubierto de la misma raquítica vegetación, que por todas partes producen aquellos campos, observamos un grupo de elevadas peñas, muchas de las cuales parecían trozos de enormes columnas, socavadas y puestas al descubierto por las aguas pluviales, que poco a poco han ido arrastrando la tierra que las cubría, dejándolas allí como señal perenne del nivel que en otro tiempo alcanzó la superficie de la colina. Llámase aquel lugar Cerro de piedras largas, por la forma de las que acabamos de describir, colocadas unas en sentido horizontal; sostenidas otras verticalmente, y objetos únicos que en una gran extensión interrumpen la monotonía de aquellas peladas lomas.

Más adelante el valle por donde íbamos caminando se ensancha considerablemente, adquiriendo el terreno mayor fertilidad, y apareciendo mucho más pedregosos los cerros que lo circuyen. La composición geológica es igual a la de las colinas anteriores: esto es, arena y greda de color rojizo, con una ligera capa de humus. En las cañadas de uno y otro lado muy rara vez se presenta a la vista algún árbol, y éste de escasa corpulencia. Cerca del camino nos llamó la atención uno de estos árboles, próximo a un rancho, de cuyas ramas vimos pendiente una gran sarta de esqueletos de ovejas, conservados allí, según informes, para dar testimonio al propietario de que aquellos animales habían sido víctimas de alguna enfermedad, y no inmolados a la necesidad famélica de sus pastores.

Más adelante empezamos a dejar a la izquierda del camino una gran laguna de turbias aguas, que no tendrá menos de ocho kilómetros de extensión de noreste a suroeste. Esta laguna, que se llama de Suesca, por estar no muy lejos del pueblo de este nombre,

tiene algunas de sus orillas muy pobladas de juncos, que los moradores de la comarca utilizan para formar esteras de un gran espesor, denominadas con el nombre de la planta de que se hallan compuestas, y que son en una gran parte de aquella comarca el único lecho usado por las clases pobres. La anchura de este lago es poca, relativamente a su longitud, y su profundidad muy variable; contiene algunas islas formadas por montecillos más o menos elevados, y forma diferentes ensenadas y penínsulas, a que da lugar la configuración muy accidentada del terreno que constituye sus márgenes.

Más allá del lago, que podría muy bien utilizarse como excelente criadero de carpas y tencas, si hubiese aquí quien se dedicara a la piscicultura, el camino toma un rumbo más directo al Norte, por colinas más ásperas y pedregosas, donde se cultivan algunos cereales. Al llegar a la cumbre de las más elevadas, se domina del otro lado una gran extensión de terreno, en el que se ven por todas partes los destrozos enormes causados por las poderosas corrientes que formó un día el desagüe de un extenso lago desde lo más alto de la cordillera. Desde aquel punto se comienza a bajar, y se hace cada vez más accidentado el terreno; el camino se revuelve continuamente por ásperas laderas gredosas, que, en tiempos de lluvia, son otros tantos barrizales y profundísimos atolladeros; luego aparece el bosque; las rocas areniscas asoman sus crestas desnudas de vegetación en las pendientes más escarpadas, y numerosos criaderos de hulla se ven casi al descubierto en varios puntos, esperando el día, remoto aún, de ser convenientemente utilizados.

Cerca de las seis de la tarde, y cubierto el horizonte por nubarrones espesos, divisamos a larga distancia el pueblo de Lenguazaque, a donde nos dirigíamos. Este se halla situado en un valle, antiguo lecho de un lago profundo, por donde corre en la actualidad un riachuelo que lleva su nombre, y recostado sobre la falda oriental de una altísima montaña, entre espesos grupos de verdes y elevados sauces. Anochecido ya, entramos en la población, y fuimos a hospedarnos en la casa del Dr. Francisco Cuevas, que con tal objeto me había escrito poco antes a Bogotá, y el cual nos recibió con muestras del mayor afecto.

JUEVES 30 DE NOVIEMBRE

El Dr. Cuevas, cura del lugar y pariente de mi ilustre y ya finado amigo el Dr. Romualdo Cuervo, había sido una de las personas que más ardorosa y cordialmente me habían felicitado por la publicación de mis versos a su desgraciado pariente; y en la imposibilidad de ir a darme personalmente las gracias, por no poder montar a caballo, me decía en una carta, que deseaba ardientemente conocerme; que me esperaba lo más pronto posible, para que pudiésemos hacer juntos una visita a los venerables restos de nuestro común amigo, y por último, me rogaba que le enviase el epitafio que se hubiera de colocar sobre su tumba.

Apenas nos levantamos, fuimos a la iglesia, donde el Dr. Cuevas celebró el sacrificio de la misa. El templo, aunque de dimensiones reducidas, se halla cubierto de teja, y estaba bastante aseado; tiene una sola nave con una capilla a la izquierda, cerca del presbiterio, llena de los restos inútiles de algunos altares y de santos, cuya devoción ha caído sin duda en desuso. Sobre un altar pequeño vimos una imagen de San Isidro, acompañado de dos microscópicos bueyes, y adornado con una capa pluvial sobre su traje de labrador. En otro altar veíase un detestable cuadro de las ánimas benditas, rodeadas de una multitud de diablos atormentadores, en las formas y actitudes más extravagantes, y en medio de la caterva diabólica, una Virgen del Rosario sacaba con él, a pulso, las almas de los devotos que habían cumplido el tiempo de su horrible pena.

Durante la misa, un gallo y un perro sostuvieron ruda contienda en medio de la iglesia; contienda que nadie se tomó la molestia de dirimir, a pesar de la distracción que a los fieles ocasionaba.

Sobre estas inconveniencias hice algunas observaciones al bueno del Dr., que se contentó con decirme, que su autoridad era insuficiente para extirparlas.

Al salir de la iglesia, llamaron mi atención dos lápidas conmemorativas que se hallaban a un lado y otro del pórtico, y cuyas inscripciones decían así literalmente:

Derecha del pórtico, entrando.

SE ACABO ESTA

OBRA EL AÑO DE 1.779

Izquierda de id. id.

DE MANOS DE

VLPIAN^o PVERTAS JH

Volvimos a almorzar a la casa, y desde allí nos dirigimos al cementerio, seguidos de todo el pueblo, que deseaba tributar con nosotros el testimonio de respeto que íbamos a rendir a los mortales despojos de un hombre insigne. El campo santo de Lenguazaque se halla situado al suroeste del lugar, sobre una colina poco elevada, y casi tocando a las últimas chozas que por aquella parte forman el poblado. Al llegar nosotros, ya las puertas de aquel recinto fúnebre se hallaban abiertas de par en par, y algunas personas de ambos sexos se nos habían anticipado, y nos esperaban silenciosas, manifestando en su semblante que no era la curiosidad la que allí las había conducido, sino un sentimiento más noble y generoso. En la puerta del cementerio el Dr. Cuevas se colocó sus vestiduras sacerdotales; yo me descubrí respetuosamente, haciendo lo mismo todos los que nos seguían, y así penetramos hasta la tumba de nuestro pobre amigo. Era ésta tan humilde como convenía a su condición y a su carácter, y se confundía en su modesto aspecto con todas las demás que se alzaban en aquel pobre recinto; pertenecía a la familia del Dr. Cuevas, y este señor había sacado provisionalmente de aquel sepulcro los restos de sus padres, que en él reposaban, colocando los ataúdes en una capilla de la iglesia, en la imposibilidad de construir, con la rapidez que el caso exigía, otra tumba digna de contener los despojos del pariente y amigo. Arrodillados ambos después, y a imitación nuestra todo el pueblo, ante los

restos del sabio naturalista, el Dr. Cuevas, acompañado de los servidores del templo, entonó en voz alta las preces que la iglesia católica eleva a Dios por las almas de sus difuntos; después pronunció con acento conmovido una oración fúnebre, digna del finado, y por último, a instancias del Dr. y de sus amigos, leí yo en voz alta los versos y el epitafio que había dedicado a su memoria. Concluido el acto, el Dr. y yo colocamos sobre aquella humilde huesa dos coronas de siemprevivas, que llevábamos al efecto, de una de las cuales arranqué una flor, que conservo y conservaré siempre como un triste y cariñoso recuerdo de mi ilustre y virtuoso amigo.

He aquí las poesías de que antes hacemos referencia:

A LA MEMORIA DEL DR.

ROMUALDO CUERVO

Sacerdote ejemplar y estudioso naturalista

Mientras vive su fama, el hombre vive

A.A.

Infatigable, emprendedor, osado,
La ciencia y la virtud doquier siguiendo,
Constante abnegación tu vida ha sido.
Ya tu espíritu noble, desligado
De la materia en que luchó oprimido,
Ante el trono de Dios omnipotente,
Creador de las obras que admirabas
Con fe sencilla y corazón ardiente,
Habrás tu digno premio recibido.

Ya para ti no existirá el secreto
Que en vano el hombre en descubrir se afana,
Hallando siempre inexorable veto.
La ley suprema que los mundos rige

Ya comprendido habrás; y ese misterio
Que aquí de todo ser vela la esencia,
Y ese oculto poder que lo dirige,
Todo estará patente a tu mirada;
Ventura a los mortales rehusada,
Y que en balde pedimos a la ciencia.

Ya sabrás en qué tiempo y de qué modo
El mundo de Colón poblado ha sido;
Cuándo surgió la andina cordillera;
Cómo la roca se formó del lodo;
Porqué en el alta cumbre
El volcánico fuego comprimido
Lanza en penachos su siniestra lumbre,
Y al áspero rugido
De la materia hirviente,
Que en sus entrañas el volcán encierra,
Conmovida por él tiembla la tierra.

Ya del Hoyo profundo¹,
A cuyo fondo impávido bajaste,
El secreto sabrás que ignora el mundo;
Cómo del Sumapaz en la corriente
Rodó el peñón a convertirse en puente²,
Y desde cuándo el Funza se derrama
Al abismo, do tú lo contemplaste,
Y el Salto se formó de Tequendama³;

¹ El Hoyo del Aire, cerca de Vélez, visitado y descrito por él.

² El de Pandi o Icononzo, una de las maravillas de Colombia, de que ya hemos hablado.

³ Ya lo conocen nuestros lectores.

Y cómo el Tuluní⁴, modesto arroyo,
Rompiendo el pedernal, cual bronce duro,
Perforó la montaña
Que le sirvió de muro,
Y de un valle a otro valle
Por debajo del monte se abrió calle.

Yo fui contigo, intrépido viajero,
A visitar la espléndida llanura
Que riega el Meta y baña el Orinoco.
Admirando tu aliento denodado,
Crucé contigo el áspero sendero
De enormes precipicios rodeado;
Y, de entusiasmo loco,
Dormí contento en la húmeda espesura,
Que es de fiebre mortal perenne foco.
Juntos, pasando el bramador torrente,
Trepamos a las crestas
De montañas por siempre inexploradas;
Y en tan feliz y próspero viaje,
Bajo el ardiente sol que nos quemaba,
Visitamos la choza del salvaje.

¡Quién entonces pensara, pobre amigo,
Que la muerte traidora
Con su agudo puñal tu pecho hería!
Yo de tus esperanzas fui testigo,
Cuando ya de salvarte las perdía.
Porque la fiebre lenta y destructora

⁴ Id. id.

Minaba paso a paso tu existencia.
¡Mártir de la virtud y de la ciencia!

Al apartarme un día de tu lado,
Tu mano descarnada me tendiste;
Yo la estreché de pena devorado;
Con respeto profundo
La besé, ¡estaba helada, helada, ay triste!
Y al darme aquel adiós, que nunca olvido,
Me alejé persuadido
De escuchar el adiós de un moribundo.

Por contemplar también el gran prodigio
De que me hablabas siempre entusiasmado⁵,
Cruzaba yo los llanos del Tolima,
Ya admirando en un fósil el vestigio
De una época remota;
Ya la cadena rota
De la altiva montaña
Que al nevado gigante se aproxima,
Cuando ¡oh mísera suerte!
Llegó veloz la nueva de tu muerte.
No te lloré, porque mis tristes ojos
No tienen ya una lágrima siquiera.
Y de qué sirve el llanto a los despojos
De un hombre como tú? Muy justo fuera
Verterlo sobre aquel, cuya memoria
Queda con él por siempre sepultada;
Más tú dejas aquí rastros de gloria.

⁵ La Cueva de Tulum.

Descansa en paz, modesto y noble anciano;
Tu nombre venerable
Ocupará una página envidiable
En la historia del pueblo colombiano.

EPITAFIO

Aquí yacen los restos mortales
del Dr.
J. ROMUALDO CUERVO.
Falleció el 3 de Agosto de 1871, a los 70 años de edad.

Consuelo en la aflicción, del pobre égida,
Sacerdote ejemplar, modesto sabio,
Hizo en su santa y meritoria vida
A muchos benefició, a nadie agravió.
Fueron sus días largos y serenos,
Y su muerte la muerte de los buenos.

Al salir del cementerio, no pude menos de considerar la desdeñosa ingratitud que recibe por premio entre los hombres el verdadero mérito, por relevante que sea, cuando éste no va acompañado del brillante oropel de la vanidad; cuando no se espera recompensa de ningún género por el incienso que se le tributa, y cuando la modestia cubre con su sombra los actos más importantes de la vida.

El Dr. Cuervo murió a consecuencia de nuestro viaje a los Llanos, a donde él fue como jefe de una comisión investigadora de los productos naturales de aquel territorio, y a instancias del gobierno de la república. El gobierno, en pago de sus buenos servicios, lo dejó morir, abandonado a sus propios y escasos recursos; y al saber que sus huesos reposan en el humilde e ignorado cementerio de una pobre aldea, ni aun siquiera se ha dignado hacerlos trasladar a la capital, para erigirles un monumento digno de aquel mártir, a pesar de las insinuaciones más y de otros amigos; mientras se tributaban

pomposos honores fúnebres a varios caudillos o jefes de fracciones políticas, muertos a la sazón, y de cuyos actos el país no había recogido otro fruto que los estragos de la guerra y el aniquilamiento y paralización de sus más caros intereses.

Llevóme después el Dr. Cuevas a visitar una cabaña casi en ruinas, y que no por eso deja de ser un monumento célebre, por haber tenido la honra de albergar, a principios de este siglo, al Barón Alejandro de Humboldt, durante su excursión por la cordillera de los Andes. Tomé de ella un apunte, y me doy por satisfecho de haber podido salvar del olvido aquella morada humilde⁶, ennoblecida por la presencia del sabio ilustre cuyo nombre goza hoy de tan grande como merecida fama.

La choza o cabaña a que nos referimos, se halla situada en la calle principal del pueblo, y casi a una de sus extremidades; y aunque muy deteriorada, se conserva en la misma forma que tenía cuando fue honrada por el ilustre autor del Cosmos. Tiene su fachada al este, y su perímetro es de once metros de longitud, por cinco de anchura. La pieza en que Humboldt durmió, tiene por longitud la anchura de la casa, o sean cinco metros y sólo dos de ancho. Esta pieza, que hoy se halla destinada a cocina, no recibe ni ha recibido jamás otra luz que la que penetra por una reducida ventanilla, de doce a quince centímetros, abierta sobre la pared de la fachada.

Por la tarde me llevaron algunos amigos del Dr. a visitar una cueva que había servido, según la tradición, de enterramiento a los indígenas, y que se halla casi en la cumbre de un elevado cerro, al noroeste de la población, y como a trescientos metros sobre el fondo del valle. Subimos hasta allí, no sin gran trabajo, y encontramos una cavidad como de doce metros de largo, seis de alto, y cinco de ancho en su base, formada por la dislocación de grandes estratos de arenisca, que se sostienen unos con otros en su parte superior, y que dan una forma triangular a la cueva, cuya abertura es tan pequeña, que hay que penetrar en ella a rastra. Esta cueva se comunica con otra inferior, algo más pequeña, de forma más irregular todavía; y registradas ambas, sólo

⁶ Cinco años después fue devorada por un incendio.

encontramos algunos huesos humanos, en lo general de seres adultos, de estatura más pequeña que los de la generación actual de la misma raza; pero en vano buscamos un cráneo por el que pudiésemos calcular el desarrollo intelectual de los seres a quienes aquellos huesos habían pertenecido. Los que nos acompañaban nos refirieron que en las primeras visitas hechas a la cueva, que datan de unos quince años, encontraron algunas momias y esqueletos completos y bien conservados, y varios ídolos y utensilios, de barro en su mayor parte, aunque también había algunos de tumbaga y de oro.

Después de pasar algunas horas de la noche conversando agradablemente con el buen doctor y algunos de sus amigos, nos retiramos a descansar, porque deseábamos salir temprano para el pueblo de Ráquira, cuyos alfares tenía muchos deseos de visitar, por ser ellos los que de tiempo inmemorial surten de los productos de esta industria a una gran parte del territorio. Aquella noche supe por boca de un anciano, natural del mismo pueblo, que los dueños de la casita, en que pernoctó el Barón de Humboldt en aquel día que la ha hecho memorable, se llamaban Manuel Calderón y Rita Guzmán, quienes la vendieron después en la suma de cien pesos⁷ a sus actuales poseedores.

Lenguazaque era ya en tiempo de la conquista un pueblo de bastante importancia. En la actualidad tendrá como unos 4.000 habitantes, incluso los del campo; se halla a 2.600 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura media es de 13° del centígrado.

VIERNES 1o. DE DICIEMBRE

Bien de mañana nos despedimos del Dr. Cuevas y de las personas que nos habían acompañado, y seguimos en dirección noreste la orilla izquierda del riachuelo, que, a corta distancia de la población, y llevando su mismo nombre, corre por el fondo del estrecho valle. Media hora después de nuestra salida, atravesamos su corriente por un puentecillo rústico, situado en la extremidad de la cañada, y muy cerca de una gran

⁷ 1.600 reales de vellón.

rotura o boquerón, abierto en el ramal de la cordillera que sirvió de dique al lago contenido otras veces en lo que hoy forma el valle por donde íbamos caminando. A un lado y otro de la escotadura se ven las estratificaciones de la roca, que se corresponden perfectamente, levantándose en capas de este a oeste, con una inclinación como de 45 grados. Más adelante se ven los despojos de esta rotura, esparcidos acá y allá en la planicie, por donde sigue el riachuelo, cuya corriente se desliza por un lecho de aluvión entre otros ramales de la montaña. Un poco más lejos encontramos el lecho de otro lago andino, cuyas barreras fueron rotas con la misma violencia que las del anterior; y al frente de la abertura aparecen grupos enormes de rocas peladas, que la corriente no pudo arrastrar en su vigoroso empuje. Penetramos en seguida en otro tercer lecho mucho más espacioso que los anteriores, que fue roto por la parte del sur por las mismas causas, y probablemente en la misma época. Aquí forma el camino un recodo, y se dirige resueltamente al Norte. Todos estos valles son en extremo fértiles, por tener una espesa capa de sedimento, debida en su mayor parte a los detritus que descienden de las alturas próximas. Del último de estos valles pasamos a otro, algo más estéril que los anteriores, en cuyo extremo hay un nuevo boquerón abierto, en la parte más deprimida de aquel ramal de la cordillera, cuya formación en este lugar es de arcilla esquistosa, pizarra negra o rojiza, y alguna arena cementada por carbonato y óxido de hierro, dispuesto todo en capas muy delgadas y casi verticales.

Apenas salimos de la escotadura, por cuyo fondo va el camino, divisamos, a la extremidad de otro valle muy extenso, el pueblecito de Guachetá, con sus casas modestas, pajizas unas, y de teja otras, que parecían apoyarse sobre un recuesto avanzado de la serranía del este

Veíanse en la llanura varios ranchitos diseminados; y cerca de algunos de ellos trillaban a la sazón las mieses de antemano recogidas. Bajamos al pueblo por unas colinas gredosas, profundamente surcadas por las lluvias, y llegamos a él a las diez de la mañana. A corta distancia del lugar hay una elevadísima peña, desde la cual, según dicen las crónicas, eran arrojados por los indígenas, en ciertas festividades, algunos

tiernos niños, sacrificados al sol de esta manera cruel y bárbara. Los primeros conquistadores españoles que llegaron a este lugar el 12 de Marzo de 1537, después de las muchas fatigas y penalidades que por donde quiera los asediaban, le dieron el nombre de San Gregorio el Magno, nombre que no pudo prevalecer sobre el indígena que hoy conserva. Tiene el pueblo en la actualidad más de 5.000 habitantes; su elevación sobre el nivel del mar es la de 2.700 metros, y su temperatura media 14° centígrados.

Pasamos a visitar la iglesia, en tanto que nos disponían el almuerzo, y la hallamos situada en el frente oriental de la plaza, que es muy espaciosa, con la escuela de niños a su izquierda, en una casa de teja cómoda y desahogada, y a la derecha la casa cural, pajiza y de una forma estrambótica.

El templo es bastante modesto; parece haber sido recientemente restaurado, y aunque bajo de techo, tiene tres naves bastante extensas, algunos altares dorados y de mediana talla y varios cuadros e imágenes de escultura, que si bien no son un modelo artístico, no presentan, sin embargo, en sus adornos ni en sus formas, las exageradas y ridículas extravagancias ni los chocantes anacronismos que en otras partes habíamos notado.

Entre los adelantos progresivos que a primera vista se observan en este pueblo, llaman la atención algunas casas, que en la plaza se construyen, y cuyo aspecto denota ya el deseo de comodidades y el buen gusto en las construcciones. En el centro de la plaza se ve un círculo de tapias como de dos metros de altura y de forma octógona, dentro del cual hay un arbolito de la familia de los *herrerum*, que crecen con rapidez y llegan a un gran desarrollo. Sin duda, las precauciones tomadas para resguardarlo, se fundan en el temor de los ataques infantiles, y de la ignorante destructividad de los adultos, cuyos instintos salvajes no han debido desaparecer todavía.

Después de visitar la iglesia tomamos un frugal y no muy apetitoso almuerzo en la humilde posada donde nos habíamos desmontado, y continuamos nuestra marcha.

El valle de Guachetá, que tendrá unos cuatro kilómetros de extensión de Norte a sur y dos terceras partes de anchura, termina al Norte, como los precedentes, por una rotura de la montaña, por cuyo fondo pasan a otro valle inferior las aguas de un arroyuelo que lo cruza, y por la cual debieron salir las del lago contenidas un día en el lecho que hoy constituye aquel vasto semicírculo.

Sigue el camino en la misma dirección, atravesando cerros y cañadas más o menos pedregosas, donde el calor nos molestaba mucho, por ser el traje que llevábamos de bastante abrigo, como para pasar el páramo que se encuentra a corta distancia. El terreno empieza desde allí a cubrirse de una vegetación vigorosa, en que abundan mucho los alisos y los robles de gran corpulencia. Al llegar a una altura divisamos por primera vez a la izquierda una ensenada de la gran laguna de Fúquene, que se extiende hasta cerca del célebre pueblo de Chiquinquirá, y de la que hablaremos en lugar oportuno.

Como media legua más adelante, pasamos una quebrada límpida y ruidosa por un estrecho y rústico puentecillo. Desde allí empieza la subida de la montaña, cubierta de espeso bosque hasta las dos terceras partes de su elevación, y el resto de arbustos pequeños y rocas desnudas. Allí encontramos muchos indios, unos conduciendo caballerías y bueyes cargados de loza; otros llevando grandes tercios de la misma sobre la espalda, y todos con el aspecto triste y melancólico, habitual de la raza chibcha. Saludábanos al paso con la humildad característica de esta pobre raza, mucho más abatida en la actualidad que en los tiempos de la colonia, y en un recodo del camino me detuve a copiar un grupo de aquellos cargueros, recordando una anécdota que había oído referir de uno de estos desgraciados, y que a mi vez quiero relatar a mis lectores, para que formen una idea, siquiera aproximada, de la candidez verdaderamente infantil de estas pobres gentes.

Refiérese que en una ocasión pasaba un indio cargado de loza por una de aquellas cuestas ásperas y resbaladizas. A pesar de su mucho cuidado, colocó mal el pie sobre

una piedra; vaciló, y cayó por último sobre su deleznable carga, que se hizo mil pedazos. Lloraba el infeliz sin consuelo, contemplando los restos de su escasa fortuna, y lamentándose de no tener con qué reponerla. Acertó a pasar un caballero, que, condolido de la mísera suerte de aquel desventurado, y por un impulso de caridad, llevó la mano al bolsillo; sacó de él dos pesos fuertes, y los entregó al indio, por vía de limosna, para que se remediase. El indio recibió las monedas; las examinó escrupulosamente y con desconfianza; miró al caballero, y devolvió sus monedas, diciéndole: "-yo no puedo, mi amo, recibir estas monedas, porque mi carga valía tres pesos sencillos", esto es, dos pesetas más de lo que el caballero le daba. Viendo aquella sandez incalificable, e incomodado por la estupidez del indio, el caballero volvió a guardar sus dos pesos fuertes; picó su mula, y se alejó del chibcha, que no dejaba de repetir entre dientes: "¡Me quería engañar, dándome cuatro reales menos de lo que valía mi carga!"

Después de terminado mi dibujo, continuamos subiendo por la áspera cuesta que conduce al páramo, compuesta de greda y arena, y cubierta por todas partes de grandes trozos de roca arenisca, arrastrados hasta allí por ignoradas fuerzas desde las próximas cumbres. A la una y media de la tarde llegamos al Alto del Venado, meseta elevadísima y paramosa, de notable extensión, cubierta de una capa de humus, de espesor variable, con árboles y arbustos propios de su fría y constante temperatura, y donde, sin embargo, cultivan algunas gramíneas y plantas leguminosas.

A las dos y media empezamos a bajar la áspera y larguísima cuesta que conduce a Ráquira, cuyas casitas, en su mayor parte de teja, se divisaban a larga distancia en el fondo de un fértil y estrecho valle, y a orillas de un pintoresco riachuelo. A un lado y otro del camino se veían muchos bosquecillos de robles, que abastecen al pueblo de abundante leña y hasta de madera de construcción para sus habitaciones. A la izquierda y un poco más abajo se observaban señales evidentes de ricos criaderos de hulla cuyos poderosos filones asoman por varias partes, a flor de tierra; y no obstante, permanecen y permanecerán sin ser explotados, hasta que la escasez o falta absoluta de otros combustibles hagan su laboreo indispensable.

El valle es extensísimo y todas las colinas que sirven de estribo a los diversos ramales, que hacia él avanzan de las cordilleras adyacentes, se ven casi desnudas de tierra vegetal, excepto en las cañadas, donde existe una capa más o menos densa, según el declive del terreno. Esto hace que a lo lejos se observen grandes zonas estériles, alternando con fajas más o menos extensas, donde la vegetación es lozana y vigorosa, y donde crecen todas las plantas de los climas templados y calientes, incluso el plátano y la caña de azúcar.

Alrededor del pueblo hay por donde quiera grandes bancos de arcilla plástica de un color amarillento, inmejorable para los trabajos de alfarería, que es la industria general de los habitantes del pueblo. A la derecha de éste, y según avanzábamos de sur a Norte, observamos otro vallecito regado por un clarísimo arroyo, en cuyas márgenes, y en un lugar oculto y pintoresco, se halla un convento que empieza a caer en ruinas, y sobre el cual dice el cura Oviedo, antiguo cronista de este país, lo siguiente: "No sé a cuál circunstancia se atribuirá el tener dentro de su feligresía un convento de religiosos ermitaños descalzos del Sr. San Agustín, en un ameno sitio, en unas peñas, que llaman La Candelaria, y a los religiosos de este reino Candelarios, porque allí fue su primera fundación. Su origen procedió de que en el primitivo tiempo se retiraron allí a hacer vida eremítica dos virtuosos varones, y el uno era religioso agustiniano, antiguamente llamados Gugliemistas, hasta que el Sr. Inocencio IV, cuando se le apareció el gran Padre San Agustín, con una gran cabeza y un cuerpo muy lánguido, dándole a entender con esto que aquella su religión necesitaba de muy buena reforma, los reformó y llamó ermitaños. De lo dicho provino el sacar licencia y fundar dicho convento de Agustinos ermitaños descalzos, separándose de los otros. Tiene una muy hermosa imagen de Nuestra Señora que llaman de La Candelaria, y es muy visitada por los fieles, porque experimentan mucho favor en sus milagros".

Llegamos a Ráquira a las 4 de la tarde, y empezamos a disfrutar de la agradable temperatura que en todo el valle reina, que es la de 19° centígrados, y su altura sobre el nivel del mar de 2.135 metros.

Al llegar a la plaza, nuestro primer cuidado fue buscar una casa donde alojarnos, y un potrero para nuestras caballerías, bastante fatigadas por la aspereza del camino. Ofreciéronnos habitación en una casa modesta en la plaza misma; pero al entrar en ella, vimos que era estrecha y húmeda, y que tenía además puerta de comunicación con una chichería, donde la algazara de los devotos de este brebaje indígena no nos hubiera dejado un punto de sosiego. Por fortuna encontramos en otra casita próxima a la iglesia una hospitalidad de mejor linaje, y en ella nos resolvimos a pasar la noche.

SÁBADO 2 DE DICIEMBRE

En vano buscamos en el reposo y el sueño el alivio que esperábamos dar a nuestras fatigas, en aquella temperatura tan suave como deliciosa. Apenas nos acostamos un terrible enjambre de pulgas se apoderó de nuestros cuerpos; y en el mío particularmente se cebaron de una manera tan encarnizada, como si hubiesen sido falanges de pulgas patrióticas de la época de la independencia, y hubiesen distinguido por el olor mi sangre chapetona⁸.

Nos levantamos todos de mal humor por el insomnio y las mortificaciones de que habíamos sido víctimas; y después de dar un paseo por el pueblo, que tendrá, con los de los campos, unos 5.000 habitantes, me dirigí a ver algunos alfares, donde me convencí de que esta industria no ha dado un solo paso desde la época del descubrimiento; antes por el contrario, parece que ha habido un retroceso lamentable; pues los aborígenes elaboraban muchos objetos de barro, que, aunque de forma extraña y grotesca, determinaban un gusto especial, un arte sui generis y una perfección relativa, que están muy lejos de alcanzar los actuales alfareros. La fabricación de vasijas de barro se hace todavía sin instrumentos ni aparatos mecánicos de ninguna especie; apegotando la arcilla sólo con las manos, ni más ni

⁸ Con este nombre se distinguía entonces a los españoles peninsulares, y todavía se nos suele aplicar en tono de amable gracejo por los amigos, y en sentido contrario por los que conservan aún sentimientos poco benévolos hacia los hijos de Castilla.

menos que como lo habíamos visto practicar entre las tribus salvajes de los Llanos de San Martín, y aun éstos les llevan mucha ventaja, pues las obras de este género, antes de salir de sus manos para ser sometidas al fuego, van ya pulimentadas por el roce de unas piedrecitas de superficie tersa y dura que, pasada muchas veces sobre el barro crudo, le da a éste una extraordinaria consistencia y hasta un brillo especial que conserva después de cocido.

Al volver a nuestra casa, un muchacho que nos servía de guía, nos indicó al pasar por una estrecha puerta, que allí se hallaba el muñequero. Creía yo que el muñequero no podía ser otra cosa que algún individuo que se ocupase en la fabricación de muñecos de barro. Entramos con el objeto de ver si nos vendían algunos; pero, cuál sería mi sorpresa, al encontrar desierta la casa y hallar sólo en el portal dos maderos elevados sobre pies derechos, a la altura de un metro próximamente, colocados el uno sobre el otro, articulados por goznes en una de sus extremidades, y dispuesta la otra de manera que los dos quedasen unidos por medio de una cerradura. En la superficie superior del madero que queda debajo, hay de trecho en trecho unas muescas de 5 a 6 centímetros de diámetro y de forma semicircular; en estos agujeros obligan a colocar las muñecas a los que han cometido ciertas faltas; bajan luego el madero superior que queda unido al otro, con lo cual es imposible que el castigado pueda sacar las manos, y tiene que permanecer en una postura violenta e incómoda, hasta que se da por terminado el castigo.

Esto es lo que se llama el muñequero; y en todas las cárceles hay además de éste, otro aparato análogo, exclusivamente para los pies, que se llama cepo, y ambos constituyen una pena corporal de que se avergonzaría cualquier nación monárquica de Europa, menos Inglaterra, mientras se considera como cosa natural y corriente en una república, donde la soberanía del pueblo es un sarcasmo horrible y las palabras libertad, igualdad y fraternidad no tienen sentido alguno práctico; y aunque se hallan constantemente en los labios de los opresores, no son conocidas aún por los oprimidos, ni han logrado modificar las duras costumbres de los primeros tiempos de la conquista.

Después de almorzar fuimos a visitar la iglesia, que es de una sola nave, tiene un aspecto pobrísimo y no se ve en ella cosa alguna de particular, sino es el obligado retablo de ánimas, donde por fortuna de éstas, no había diablos atormentadores, y la pareja de diminutos bueyes, compañeros inseparables de San Isidro, y que más que bueyes, nos parecieron animales de un género especial, desconocido en la fauna de todas las regiones hasta hoy exploradas de nuestro planeta. El órgano es uno de esos instrumentos semejantes a los que ciertos italianos vagabundos pasean por todos los pueblos de Europa, y que sólo producen sonidos discordantes y chillones, capaces de engendrar odio a la música, aun en las personas de tímpano menos delicado.

A las once y media salimos del pueblo, siguiendo por largo espacio las orillas del riachuelo antes mencionado, adornadas de praderas bellísimas, en que los linderos de las propiedades pequeñas están marcados por hileras de sauces, naranjos y guayabos, entre los cuales se ven algunos nopales cubiertos de cochinilla, degenerada por el abandono. Por todas partes se ven ranchitos humildes entre el verde y fresco follaje de las arboledas; y cerca de algunos de ellos extendían sus graciosas y elegantes ramas cargadas a un tiempo de flor y de frutos los muelles o pimenteros silvestres, allí muy abundantes. Doblamos luego una pequeña colina y volvimos a cruzar el río, que habíamos pasado ya muchas veces a vado o por puentecillos ligeros, y tomando hacia el noreste entramos en un ancho y extensísimo valle, por el cual lleva también su curso el riachuelo, que en aquel lugar forma un recodo.

En la falda sur de unos cerros estériles encontramos el pueblecito de Tinjacá, cuyas casas, pajizas en su mayor parte, se confunden con los grandes trozos de roca que por allí se ven diseminados. El nopal y el dividive, que da un magnífico tinte negro y contiene mucho tanino, cubren la mayor parte de sus campos; el número de sus habitantes llega apenas a 4.000, y su temperatura es igual a la de Ráquira.

El valle se ensancha más, según se avanza hacia el noreste, y como a una legua más adelante se encuentra otro pueblecito llamado Sutamarchán, de aspecto semejante y

situación análoga a la del anterior, con relación al valle, al río y a las montañas. Antes de llegar, se ven a un lado y otro del camino muchos grupos de sauces, pimenteros y dividives, mientras que en los sembrados se mezclan los cereales, como la cebada y el trigo, plantas esenciales de las tierras frías, con otras que a su vez son propias y exclusivas de las tierras cálidas, como el nopal y el fique, que se dan espontáneamente y en abundancia considerable. Este pueblo, que primero se llamó Suta, después Marchán, y que hoy lleva unidos los dos nombres en uno solo, tiene próximamente 4.500 habitantes; se halla casi al mismo nivel y posee igual temperatura que los dos pueblos anteriores. Como un cuarto de legua más adelante se vuelve a pasar el río, que aquí varía su primitivo nombre por el del pueblo cuyos campos riega, y el camino sigue la margen derecha por unas colinas gredosas sembradas por todas partes de grandes montones de pedazos de loza, indicio de los muchos alfaros que allí debieron de existir en los tiempos contemporáneos o anteriores a la conquista.

La vegetación espontánea conserva el mismo carácter indicado anteriormente: esto es, alternando los pimenteros o muelles con el cactus y el dividive. Poco después, el camino se inclina más a la derecha, o sea al este- sur -este y sube por una colina de esquistos arcillosos y pizarra desmenuzada, bajando luego a una sección del valle surcada por anchos y profundos barrancos abiertos, en terreno de arena gredosa, por donde corre en tiempos de lluvia un abundante arroyo, según lo indica su cauce. Después se sube a otras colinas, y se pasa por una extensa planicie, cubierta de grandes piedras erráticas, muchas de las cuales se sostienen en equilibrio sobre estrechos pedestales de piedra gredosa, carcomidos por las lluvias. Estas piedras, todas de arenisca más o menos impregnadas de óxido de hierro, tienen por regla general su cara superior profundamente grieteada por la acción atmosférica, y en una disposición tal, que a primera vista parecen gigantescas coliflores desprovistas de hojas y petrificadas.

Desde el punto en que comienza el declive oriental de estas colinas, se ve en lo más profundo del valle, sobre la falda noroeste de la cordillera y a distancia de unos tres kilómetros del observador, la renombrada Villa de Leiva, fundada por el virrey que le

dio su nombre, el cual la visitaba con frecuencia, así como el Sr. Amar y Borbón, a quien sorprendieron allí los primeros movimientos de insurrección del virreinato.

Sobre los tejados de la población descuellan aún las pardas torres de sus casi abandonados templos, cuya base se oculta entre numerosos grupos de sauces, árbol predilecto del país, y entre los cuales hay algunos de notable corpulencia. A las cuatro y media penetramos por una de sus calles, donde se ve, como en todas las demás, muchas casas en ruinas; llegamos a la plaza principal, a donde íbamos desde Ráquira dirigidos, y donde nos alojamos en una modesta posada.

DOMINGO 3 DE DICIEMBRE

Con motivo de ser hoy día de fiesta y todos los artesanos del lugar escrupulosos guardadores de los mandamientos de la iglesia católica, a lo menos en la parte exterior, hallamos grandes dificultades para decidirlos a que nos prestasen algunos servicios. Esta fue la causa de que no hallásemos quien nos arreglase algunos objetos de nuestras monturas, que se habían deteriorado en el camino, ni quien herrase uno de mis caballos, que en los pedregosos senderos que acabábamos de atravesar había perdido una herradura. Obligados, pues, a permanecer en Leiva un día más de los que por entonces calculábamos, tratamos de aprovechar el tiempo lo mejor posible, ya visitando los edificios de alguna importancia, ya los plantíos de olivar y viña, de que, no sólo en Bogotá, me habían hablado con gran encomio, sino que también había hallado noticias de ellos, en una obra descriptiva del país, poco antes publicada, que refiere de estas imaginarias plantaciones tales y tan desatinados cuentos, que no parece sino que se hallasen estas regiones a distancia de millares de leguas, siendo por lo tanto imposible al lector cerciorarse por sus propios ojos de la exageración o falsedad absoluta de las afirmaciones estampadas a este respecto.

En vano, desde los puntos más elevados de las cercanías de la Villa, buscaban mis ojos, por todas partes, las soñadas plantaciones de vides, y las masas de verde oscuro que ostenta el árbol, símbolo de la paz, desde los tiempos de Noé, y que en las edades

mitológicas fue consagrado a la diosa Minerva. En cuanto mi vista abarcaba, sólo pude descubrir cuatro o seis olivos en los corrales de la población; y en cuanto a viñas, ni una sola planta. Pedí sobre ellas informes a algunas personas de las que suponía mejor enteradas, y éstas me aseguraron que en una hacienda algo distante existían como unas doscientas matas de olivo, desde el tiempo de la colonia; y en cuanto a las viñas, no había más que alguna que otra parra, probablemente de la misma época, en los patios o huertas de algunas casas antiguas. En vista de estos informes, me resolví a dejar para otro día la visita de los objetos mencionados, y me dirigí a las dos principales iglesias, por ver si en ellas encontraba algo que mereciese fijar la atención del viajero. Fue la primera la titulada del Carmen, perteneciente a un convento de monjas de la misma orden, uno de los pocos que se conservan en el país, después de las leyes de excomunión, que en todas partes han tenido efecto, menos en esta villa, donde la medida encontró una oposición tenaz por parte de sus habitantes, que a despecho de las disposiciones del gobierno, han conservado el edificio en posesión de sus antiguas moradoras, contándose hoy en él diez y seis religiosas enclaustradas, que viven de sus rentas y de los donativos voluntarios de los vecinos, sin dedicarse a ninguna ocupación útil, aunque la educación de las niñas del lugar se halla casi del todo abandonada.

La iglesia del Carmen es un bonito templo, compuesto de una sola nave abovedada, y una gran capilla lateral, donde resaltan el más esmerado aseo y la limpieza más escrupulosa. Sus altares están llenos de cuadros y esculturas, encontrándose entre los primeros, cuatro o cinco de un mérito notable, y los demás, aunque no pueden considerarse como obras artísticas, que merezcan la atención de los inteligentes, no entran en la clase de los mamarrachos absurdos que se ven en otras iglesias.

La parroquia, que se halla en la fachada noreste de la plaza, es un templo bastante grande, pero destartalado, y que por todas partes manifiesta la vejez, la incuria y el abandono.

Había en la población otros varios templos, que en la decadencia a que el lugar ha venido, y el escaso vecindario que le ha quedado, están ya próximos a desaparecer, o han desaparecido por completo.

Cerca de la plaza vimos también el edificio, en gran parte ruinoso, destinado en la última época de la colonia a la fabricación de aguardientes, por cuenta del gobierno, que, aquí, como en la metrópoli, seguía el absurdo sistema de monopolizar las industrias más productivas. La fabricación se hacía aquí tan en grande, y el exclusivismo era tal, que de este pueblo tenían que surtirse varios departamentos del Virreinato. La casa conserva aún esculpido en piedra sobre su fachada el escudo de las armas españolas, y una inscripción, medio borrada ya, del destino del edificio.

Al regresar de estas visitas, observé en una plazoleta, contra las paredes de una casa, un gran montón de residuos de una sustancia vegetal, para mí desconocida, y estándola examinando, el dueño y director del establecimiento de que procedía, me invitó con mucha amabilidad a que penetrase en él y lo inspeccionase. Era una fábrica de Aceite esencial de mueble, nombre que dan en el país al árbol que produce el género de pimienta de que he hablado antes, y de cuyo fruto, que es abundantísimo y espontáneo, extraen el mencionado aceite, destinado a varios usos, de que hablaré después, y que se obtiene triturando las semillas entre dos cilindros de hierro, y sometiéndolas en este estado a un aparato destilatorio. En el mismo establecimiento se hallan también otros aparatos análogos para la extracción de otro aceite esencial de trementina, obtenido de la planta llamada frailejón, muy abundante en las regiones más elevadas de la cordillera, y otros, por último, para destilar alcohol anhidro de la caña de azúcar, con destino a los establecimientos de farmacia y otros usos de la industria.

De vuelta a mi posada, he recibido visitas de varias personas de las más notables de la población, que, sabedoras de mi llegada, se apresuraron con exquisita benevolencia a ofrecerme sus servicios y a rogarme que permaneciese siquiera algunos días en Leiva, para poderme mostrar cuanto hubiera digno de atención en la villa y sus alrededores.

Por la tarde he devuelto su visita al párroco, Dr. D. Vicente Mateus, persona muy obsequiosa y amable, y por la noche he vuelto a casa del Sr. L[andínez], a ruegos de éste, y su esposa me ha obsequiado con un tunjo o ídolo de los indígenas, hecho en tumbaga y que parece representar en sus adornos una divinidad de su antiguo culto, o uno de dos personajes de más importancia. A las diez me he retirado para emplear algunas horas en el arreglo de mis apuntes de estos días.

LUNES 4 DE DICIEMBRE

He visitado durante la mañana una huerta, en que se cultivan algunos olivos y plantas de vid, de una manera lastimosa. He dado al propietario de ellas varios consejos para la mejora y propagación de estos importantes vegetales, que podrán ser en la localidad un excelente ramo de industria.

El párroco y otros señores me han regalado algunos ídolos o tunjos de los aborígenes, una esmeralda y algunas muestras de minerales y cristalizaciones, encontrado todo en el distrito.

Después de almorzar, un Sr. Jiménez y uno de los jóvenes Ferros, ricos propietarios del país, me han acompañado a una vasta hacienda de la familia de este último, situada al sur de la población, como a una legua de distancia, en un valle amenísimo y fértil, rodeado de colinas pedregosas y elevados cerros, en la cual se cultivan muchos frutales, entre los cuales se ve un grupo de olivos, que, por su corpulencia y desarrollo, indican haber sido plantados hace más de un siglo por los colonos españoles. Su solo aspecto hizo latir de gozo mi corazón, y saludarlos con el placer que se experimenta, al ver los objetos que tan íntimamente están ligados con los dulces recuerdos de la niñez y de la patria.

Desde allí fuimos a visitar una copiosa fuente termal, cuyas aguas sulfuro-ferruginosas brotan, a una temperatura próximamente de 50°, del pie de un gran peñón de arenisca

con vetas calcáreas, y se extienden luego por un vallecito hasta caer en un riachuelo llamado Sáchica, como la hacienda y el antiguo pueblecito a que pertenece, dejando al paso sobre la superficie del terreno evidentes muestras de su composición química.

A las tres regresamos al pueblo, haciéndonos apresurar el paso un grupo de nubarrones aglomerados sobre las montañas del sureste que avanzaban hacia nosotros con gran rapidez, impelidas por un viento huracanado, y que, a poco de nuestra llegada, se desataron en un aguacero copioso.

Al regresar a mi posada encontré que el Sr. L[andínez] había tenido la amabilidad de enviarme algunas muestras de los productos de su fabricación, con una nota detallada de sus propiedades, y del uso a que generalmente se destinan, con el objeto de que los remitiese a España, para que fuesen oportunamente ensayados.

Durante la tarde he copiado algunas plantas de la localidad, entre ellas una solanácea arborescente de dos metros de altura, llamada tomate quiteño, que se emplea en los mismo usos que el tomate común.

Habiendo buscado en balde quien herrara mi caballo para seguir a Tunja, cuyo camino es en parte muy pedregoso, determiné que continuásemos mañana nuestra expedición, lo más despacio posible, para que el pobre animal no quedase inutilizado.

MARTES 5 DE DICIEMBRE

Nos despedimos temprano de nuestros nuevos amigos, algunos de los cuales estuvieron a nuestro lado hasta el momento de abandonar a Leiva, de la cual salimos a las doce, provistos de una carta de recomendación para un Sr. Cajigas, residente en Samacá, pueblo que debíamos visitar a nuestro paso, por hallarse próxima a él una ferrería, que constituye hoy uno de los principales elementos de progreso en el Estado de Boyacá, cuya capital, que es la antigua ciudad de Tunja, se halla sólo a dos leguas de distancia.

Emprendimos, pues, nuestra marcha, tomando la dirección del S.; atravesamos el fértil valle de Sáchica, que en el día anterior habíamos recorrido, y empezamos luego a subir, dando una vuelta hacia el sureste, una cuesta muy larga y penosa, cubierta por todas partes de informes peñones, arrastrados desde la cumbre del ramal de la cordillera que teníamos adelante y que era forzoso atravesar. Los estratos, sin correspondencia alguna entre sí y profundamente dislocados, indicaban haber sido conmovidos de una manera violenta, y levantaban sus erizadas puntas entre una corona de ligeras nubes.

Dos horas próximamente duró esta penosa ascensión, que en algunos puntos se hace por grandes escarpas escalonadas, viéndose de cuando en cuando entre las peñas algunas incrustaciones de amonitas y otras conchas de diversas especies.

El terreno en la parte superior continúa bastante accidentado y tan pedregoso como en la subida, hallándose rara vez algún vallecito o pequeña meseta susceptible de cultivo. Al principiar la bajada, que es casi tan escabrosa como la subida, divisamos a lo lejos un extenso valle que se extiende de noreste a suroeste, viéndose en la primera de estas direcciones los pueblos de Cucaita y Sora, y a la parte del sur el pueblecito de Samacá, recostado sobre las primeras colinas, que por aquella parte circundan el llano. Llegamos al pueblo a las tres y media de la tarde, precisamente cuando empezaban a caer las primeras gotas de una furiosa tempestad, que a nuestra espalda se había formado y que se resolvió luego en una copiosísima lluvia. El Sr. Cajigas nos recibió con la benevolencia propia de todo colombiano, y en su casa esperamos la ocasión oportuna de visitar la herrería. Desde un cobertizo exterior de dicha casa vimos caer el torrencial aguacero, que inundó casi instantáneamente el trozo de la llanura que acabábamos de pasar, por una larga calzada festonada de sauces corpulentos y floridos rosales silvestres.

Hállase esta población situada junto a un arroyo o riachuelo llamado "Chorrera"; su elevación sobre el nivel del mar es de 2.569 metros y su temperatura media 15°

centígrados. Su caserío, mitad de paja y mitad de teja, indica en su aspecto el bienestar de sus habitantes, debido a la fertilidad de la sabana, que produce abundantísimos pastos, toda especie de cereales, muchas legumbres y patatas en abundancia. Los pobladores que lo habitan, incluso los del campo, serán próximamente unos 5.000; gente por lo general robusta y vigorosa, con hábitos constantes de laboriosidad y entre los cuales se ven todavía muchos individuos de pura raza indígena.

Cuando la lluvia nos lo permitió, pasamos a ver la iglesia, cerca de la cual estábamos alojados. Esta es de una sola nave con tres capillas y toda ella de medianas dimensiones. Entre sus cuadros hay uno solo que merezca citarse y que es el de un San Francisco, más que medianamente ejecutado: representa al santo fundador, cuando está próximo a morir, y tiene por desgracia el ridículo apéndice de un ángel que parece querer divertirlo en aquella tremenda hora, tocándole una guitarra. Los demás cuadros de santos y vírgenes tienen todos adornos más o menos extravagantes sobrepuestos en el lienzo, que forman un conjunto detestable y abigarrado. Entre las esculturas hay sólo un Cristo de algún mérito artístico, siendo todas las demás verdaderos mamarrachos, capaces de quitar la devoción al creyente más fervoroso, y que sólo pudieran resolverse a venerar gentes tan sencillas y crédulas como los ignorantes campesinos.

El sacerdote encargado en la parroquia, que es un fraile franciscano, bonachón y sencillote en demasía, me mostró las alhajas del templo con la mejor voluntad; y al saber que había yo sido amigo del Dr. Romualdo Cuervo, su hermano en la religión franciscana, me abrazó con efusión verdadera, obsequiándome por añadidura con una medalla de cobre, que tiene en el anverso los corazones de Jesús y de María, cobijados por una corona imperial, y en el reverso la imagen de San Ignacio de Loyola. Al entrar en la iglesia nos encontramos con el espectáculo tristísimo del cadáver de un indio, conducido por su familia en unas parihuelas toscamente labradas, y con adornos de ramaje, y amortajado de una manera tan singular, que, al verle envuelto entre trapos blancos, y amarrado todo el cuerpo con cuerdas de fique, que en forma espiral

llegaban desde los pies a la cabeza, hubiera podido creerse más que un cadáver, un enorme salchichón envuelto entre papeles blancos.

MIÉRCOLES 6 DE DICIEMBRE

Después del almuerzo fuimos a visitar la ferrería, que se halla al suroeste del pueblo, como a 2 kilómetros de distancia, sobre las primeras colinas dominadas por los altos cerros que por aquella parte circuyen la llanura, y de los cuales baja en un raudal abundante, límpido y ruidoso, el modesto río Gachaneca, cuyas aguas sirven hoy de fuerza motriz a algunos molinos harineros, y a una gran rueda hidráulica, de quince a veinte caballos de fuerza, perteneciente a la misma ferrería.

Este establecimiento industrial, que tiene en el país cierta relativa importancia, fue creado en 1855; y si no ha progresado más, ha sido por falta de recursos. El mineral parece abundantísimo; preséntase en capas y filones de óxido, y hay cerca muchos criaderos de hulla, arcilla, cal y arena y piedra refractaria de calidad inmejorable para las fundiciones. De los cuatro hornos que tiene montados, hay uno alto, y los productos obtenidos hasta ahora, son casi todos de fundición, dificultándose mucho hacer maleable el mineral, tanto por ser éste de condición agria, como por la falta de directores y operarios inteligentes. De cualquier modo, el establecimiento no podrá prosperar gran cosa por la falta absoluta de caminos, que faciliten la traslación de sus productos de gran volumen o de mucho peso. Su director actual, D. Máximo Valero, nos recibió con la más amable cortesía, acompañándonos por todas partes en la visita rápida que hicimos al establecimiento, e invitándonos con gran instancia a que volviésemos más despacio, para hacer de él un examen más detenido y minucioso.

A las dos y media regresamos a Samacá, donde nos despedimos de nuestro huésped; y sin detenernos más que lo necesario, tomamos el camino de Tunja.

Desde la salida del pueblo, empieza una cuesta bastante pendiente, por un terreno de greda esquistosa, salpicado de grandes piedras, y en dirección al este. En la cumbre del primer cerro, hay una meseta de poca extensión, donde se observa una densa capa sedimentosa, indicio seguro del largo tiempo que aquellos parajes debieron estar sumergidos en un profundo y extenso lago. Desde allí en adelante, los accidentes del terreno varían mucho, y el camino sigue por cerros y valles, más o menos elevados o profundos, con la misma capa superficial, y cubiertos de pequeñas gramíneas, donde se alimentan algunos rebaños de ovejas, y se ven de trecho en trecho ranchos miserables, habitados generalmente por individuos de raza india, de melancólico y humilde aspecto, y las mujeres con sus vestidos de bayeta oscura, cobijadas con su mantilla del mismo color, y cubiertas con toscos sombreros de una palma llamada ramo, de ala tan ancha que era imposible poderles descubrir el rostro. A nuestro paso, hombres, mujeres y niños se volvían hacia nosotros, pidiendo una limosna con grandes muestras de sumisión y algunos de ellos, arrodillándose y con las manos juntas, nos dirigían su habitual y más respetuoso saludo con las palabras: *cramento del altar, mi amo*, abreviatura del "Bendito y alabado", que enseñaron a los indígenas, para saludar, los misioneros de la primitiva colonia.

Como una legua más adelante se empieza a subir de nuevo por una cuesta más áspera, donde las gramíneas se hacen cada vez más raquílicas; y a la mitad de ella empieza ya la vegetación propia de los páramos, consistente en pequeños arbustos, pálidos frailejones de velludas hojas y flor amarilla, y una especie de liliácea, que crece espontáneamente en grupos de millares de plantas, cuyos débiles tallos ostentan sus diminutas flores de color violeta pálido, y de cuya raíz se extrae un tinte amarillo, que en el país tiene frecuente uso.

Por fortuna el día estaba medianamente despejado y sereno, gracias a lo cual, atravesamos el páramo de los pijaos, continuación del de Gachaneque, que dejábamos a la derecha, sin que el viento frío y desapacible, que suele reinar en aquellas alturas, nos causase las molestias que son consiguientes. Media hora tardaríamos en cruzar esta región glacial, donde sólo encontramos algunas vacas lanudas y flacas,

conducidas por pastores andrajosos, y dos o tres chozas de miserable aspecto, que apenas se comprende que puedan hallarse habitadas por seres humanos. A derecha e izquierda del camino, divisábanse algunas pequeñas sementeras de maíz, trigo y cebada, en los parajes más resguardados de los vientos fríos de las alturas.

Pasado el páramo, se empieza a bajar hacia el oriente, y se divisa a lo lejos una extensísima serie de colinas y cerros de pobre y escasa vegetación, cerrando el horizonte nuevas líneas de montañas, donde los bosques reaparecen. Al pie de esta cuesta divisamos ya la ciudad de Tunja, en el fondo de un valle estéril, rodeado por el lado opuesto por colinas de arena y greda, profundamente surcadas por las corrientes accidentales de la estación lluviosa. Media hora tardamos en descender a la ciudad, por la cuchilla de un cerro en extremo pendiente, formado de arcilla de color amarillento, mezclada con algunas piedras areniscas. A las cinco en punto entramos en la población, observando por todas partes numerosas ruinas de edificios, que hacen inferir su eclipsada grandeza.

Llegados a la plaza, buscamos el mejor hotel que en la capital hubiese, y nos indicaron con este nombre una humildísima posada, establecida en una casa vetusta y de pésimas condiciones, que tuvimos que aceptar como buena, a falta de otra más confortable. En ella nos dieron una habitación fría y no muy limpia, con muebles toscos y desvencijados, mala cena y peor cama; pero todo ello era preferible a la absoluta carencia de estos pobres recursos por poco envidiables que fuesen.

JUEVES 7 DE DICIEMBRE

Después de una noche, cuyas molestias pueden calcularse, teniendo en cuenta nuestra habitación, húmeda, estrecha y poco ventilada, donde fue preciso que nuestros criados durmiesen cerca de nosotros, por no dejarlos morir de frío a la intemperie, salimos a la calle, apenas fue de día, y comenzamos a recorrer la población en todas direcciones, tanto para mitigar el frío, que era excesivo, con el movimiento, cuanto por conocer la

fisonomía especial de una de las primeras ciudades que levantaron los españoles en el Nuevo Reino de Granada.

Tunja, que se halla situada casi en el fondo del valle, y sobre un plano muy inclinado de occidente a oriente, tiene sus calles casi todas rectas, y con señales de haber estado en otra época muy bien empedradas; sus casas, entre las cuales sólo se ve alguna que otra de techo pajizo, y esto en sus arrabales, son regularmente de dos pisos bastante elevados; ofrecen por lo general el aspecto exterior de las casas de labradores medianamente acomodados de los pueblos agrícolas de Andalucía; y aunque en el interior son por lo regular extensas y muy desahogadas, pocas son las que tienen las comodidades indispensables para el riguroso y frío clima a que la población se halla sujeta.

Cuando llegó la hora conveniente, entregué algunas cartas de recomendación que llevaba para varios sujetos notables, algunos de los cuales insistieron en que me fuese a hospedar a sus casas, a lo cual me resistí vivamente, tanto por no causar las molestias que toda persona extraña lleva consigo al penetrar en el seno de una familia, cuanto por conservar mi esfera de acción completamente desembarazada, y destinar mi tiempo a lo que me fuese más agradable o más útil. En vista de mi tenaz resistencia, buscáronme entre varios amigos otra posada, más decente y cómoda que la que había tenido hasta entonces, a la cual nos trasladamos inmediatamente con todo nuestro equipaje.

La casa en que de nuevo nos alojamos era muy antigua, pero cómoda y espaciosa, y aunque se hallaba bastante desmantelada, tenía sin embargo más comodidades que la que acabábamos de dejar, y sobre todo mucha luz y ventilación, que era lo que más deseábamos. Había pertenecido al capitán Antonio Ruiz Mancipe, uno de los principales encomenderos, establecidos en Tunja desde los primeros años de la conquista, y probablemente fue edificada por él en aquella época por tantos títulos memorable. Al pasar por sus anchos y extensos corredores, llamaron mi atención principalmente varias columnas del piso superior, todas de formas, aunque

heterogéneas, muy elegantes, de piedra arenisca, en extremo dura y compacta, lisas unas, estriadas las otras, y todas con basas y capiteles primorosamente labrados; pero entre todas ellas se distinguía una, que, aunque igual a las otras en dimensiones, tenía esculpidos en su superficie varios emblemas heráldicos perfectamente tallados. Esta singularidad me hizo que la copiase en mi álbum como un objeto notable y curioso.

Después de almorzar, fuimos a visitar tres de los principales templos, donde se hallan recuerdos más dignos de atención, o bellezas artísticas capaces de excitar la curiosidad del viajero.

Fue el primero la catedral o iglesia mayor, situada en un ángulo de la plaza, y cuya portada, exquisitamente labrada en piedra, es de un agradable y bello conjunto; en ella hay varias inscripciones, deterioradas en gran parte, y muy difíciles de descifrar, tanto por el estado en que se encuentran, como por la confusión de la escritura pastrana, que tan en boga estuvo en la época a que las inscripciones pertenecen. Hay además en ella, sirviéndole de remate, tres pequeñas estatuas, al parecer de mármol negro, que armonizan muy bien con el conjunto, y hacen que la obra, sin embargo de la profusión de sus adornos, ofrezca cierta sencillez que no desdice en manera alguna del buen gusto artístico, ni del objeto a que está consagrada. Por lo demás, la tosca arquitectura del resto de la parte exterior, y su apelmazada y grosera torre, no sólo deslucen en parte los primores de la portada, sino que hasta hacen sospechar que no haya sido una sola la dirección de la fábrica del templo. Este es en su interior bastante sólido y espacioso, y su techumbre se levanta sobre arcos ojivos. El altar mayor es de mal gusto y está recargado de estatuas, entre las cuales hay algunas de mediano mérito. Entre las capillas hay una a la izquierda, que perteneció a la familia de los Mancipes, y es muy notable por el bello y riquísimo artesonado que la adorna, y por algunos de sus cuadros, entre los cuales se halla el retrato de su fundador, que parece, por su estilo, pintado en la península, por algún artista notable de la escuela sevillana.

Cerca del techo, y alrededor de sus cuatro paredes, se lee la siguiente inscripción, en grandes letras, formando juego con los adornos de la cornisa:

ESTA CAPILLA MANDO HACER EL ILVSTRE
SEÑOR PEDRO GARCIA RVIZ VNO DE LOS PRI
MEROS CONQVISTADORES DESTE REIGNO -
ENCOMENDERO DEL PVEBLO DE TOCA_ACA
BOLA EL ILVUSTRE SEÑOR CAPITAN
ANTONIO RVIZ MANCIPE._ SV HIJO.- AÑO
DE 1587- = S =

La segunda iglesia que visitamos, fue la del convento de Santo Domingo, en la cual es muy digna de atención la capilla llamada del Rosario, cuyas paredes están completamente cubiertas de cuadros tallados en medio relieve, que representan las escenas principales de la pasión de Jesús, y en los cuales el artista observó las reglas de perspectiva, cuanto es posible observarlas en este género de obras. Los ropajes de las figuras se hallan pintados conforme al gusto de la escuela italiana. Las molduras de estos cuadros son tableros ricamente dorados y esculpidos, que ascienden desde el zócalo a la cornisa, combinándose perfectamente en el dibujo con las estrellas y arabescos de esmalte del artesonado. La capilla está alumbrada por dos ventanillas adornadas con vidrios de colores.

La tercera iglesia fue la de Santa Bárbara, en la cual lo más notable es la patrona, que tiene fama de ser una preciosa escultura, y a quien la piadosa impiedad del fanatismo tiene cubierta con crinolina y telas de seda abigarradas, para no herir la escrupulosa susceptibilidad de ciertas devotas.

Siendo este día víspera de la fiesta de la Concepción, hubo por la noche en la plaza fuegos artificiales, inmensas hogueras y música estrepitosa. Asistimos a estos espectáculos con la curiosidad del que desea verlo todo, retirándonos a descansar con un frío que nos penetraba hasta los huesos.

VIERNES 8 DE DICIEMBRE

Hemos pasado la noche agradablemente en nuestra nueva posada, saliendo desde muy temprano a recorrer varias calles, donde se ven casas muy antiguas, que conservan aún sobre sus portadas de piedra, generalmente muy bien ejecutadas, y con esbeltas columnas, los escudos de armas de los atrevidos conquistadores, que bien podían estar orgullosos de las hazañas increíbles que llevaron a cabo, y que serán siempre el asombro de las generaciones, y la envidia de los extranjeros.

Copiados algunos de estos escudos heráldicos, fuimos a visitar los tres objetos notables que se nos dijo existían en los alrededores de la población, a saber: el pozo de Donato, la gran fuente, y unas piedras llamadas los cojines.

En cuanto al pozo, nos contentaremos con copiar la descripción que de él hace el General Joaquín Acosta en su obra titulada "Conquista y colonización de la Nueva Granada", porque nosotros hemos llegado tarde a visitarlo, encontrando en su lugar sólo un círculo de terreno pantanoso, cubierto en su mayor parte de plantas acuáticas, y donde no queda indicio alguno de lo que fue por mucho tiempo una curiosidad célebre. He aquí su relato:

"Los hunzas tenían una tradición ridícula a la par que vulgar respecto de la formación de este pozo. La madre de Hunsahúa⁹, decían, irritada contra su hija por una grave falta de honestidad, le tiró con la sana, que es el mango de madera que sirve para revolver la chicha, y habiéndose escondido la joven detrás de la gacha (tinajón), recibió esta el golpe, con lo que se quebró, formándose de la chicha derramada en la tierra un pozo, aunque desgraciadamente para los aficionados, el líquido se convirtió en agua. Después se dijo que, cuando el saqueo de Hunza, habían los indios arrojado en él los tesoros del Zaque; y no faltó un cándido, llamado Donato, que creyendo la conseja al pie de la letra, consumió su caudal en excavar de nuevo el pozo, cegándolo

⁹Una de sus divinidades mitológicas.

después del desengaño y dejándole impuesto su nombre, que se ha hecho proverbial en la comarca, y se le da a todo el que emplea inútilmente su dinero.

La gran fuente es un manantial como otro cualquiera, situado como el pozo hacia la parte del Norte y a corta distancia de Tunja; brota en la falda sureste de un cerro elevadísimo, al pasar por el cual adquiere una temperatura tan agradable, que los tunjanos prefieren para bañarse sus aguas a cuantas existen en los contornos. Sólo una particularidad tiene esta corriente, y es la de arrastrar de cuando en cuando algunas hojas de roble, árbol que no se halla sino a muchas leguas del punto de su salida; lo que demuestra palpablemente, que las aguas, antes de sumergirse en el largo conducto subterráneo, por donde se dirigen al valle, tienen su curso al aire libre por alguna de las montañas que se elevan al Occidente.

En cuanto a los cojines, merecen citarse como monumento indígena; pues, si bien por la sencillez de su forma, no son de mérito alguno, tienen, sin embargo, el de la gran importancia del objeto a que al parecer consagraban los indígenas estas piedras curiosas. Elévase al noroeste de Tunja el cerro que antes mencionamos, compuesto de arcilla ferruginosa, con capas en algunos puntos de piedra arenisca muy compacta y, en otros, caliza que en ciertos parajes se dejan ver en la superficie. Como a la mitad de este cerro, las lluvias han arrastrado, desde tiempo inmemorial, hacia el fondo del valle, la ligera capa superficial de tierra, de que todo aquel se hallaba cubierto, apareciendo la piedra en extensísimas lajas, y con la misma inclinación del terreno. Estas piedras, cuya superficie tersa y bruñida por la acción de las lluvias y de los rayos solares, tienen en algunos sitios la brillantez de un espejo, aparecen por unos lados de color amarillo, y por otros de un naranjado que casi se confunde con el rojo.

En el centro de una de estas grandes lajas pulimentadas, y en un lugar desde donde se domina perfectamente, no sólo el valle, sino las colinas y cerros de la parte oriental, los indígenas trazaron dos círculos, de un metro, veintitrés centímetros de diámetro, y a distancia de veinte centímetros uno del otro; alrededor de estos círculos hicieron una excavación en la piedra, profundizando veintisiete centímetros en la parte más

elevada, que desarrollándose en plano horizontal, venía casi a coincidir con el borde inferior de los dichos círculos, por el desnivel de su superficie, inclinada como la del cerro hacia la parte oriental, quedando por consiguiente como si fuesen dos piedras de molino incrustadas en la laja. Como el borde de la parte occidental quedaba de veinticinco centímetros de altura, y la inclinación del círculo hacia adelante impedía a los indios el poder arrodillarse con comodidad, de cara al oriente, les rebajaron por aquel lado como una tercera parte, quedando por consiguiente una arista o lomo de Norte a sur y una inclinación casi igual por Oriente y Poniente. La tradición dice que los jefes indios iban periódicamente a arrodillarse en aquel lugar, precedidos del Zaque, a la hora de salir el sol, con la cara vuelta hacia el Oriente, en cuya dirección, aunque a larga distancia, y fuera de su vista, se hallaba el gran templo de Sugamuxi, santuario el más importante y venerado de toda la raza chibcha.

Tomé un apunte de estas piedras y regresamos a la ciudad a tiempo que cruzaban por la plaza dos indios, que desde el día anterior andaban aturdiendo al vecindario con el desacorde y monótono son de un tamboril y una chirimía, instrumentos obligados en todas las fiestas populares, recuerdo de las costumbres españolas de los antiguos tiempos, y que se conserva todavía en muchos pueblos de la península, aunque con algunas modificaciones. Copié a la ligera como tipos curiosos los dos indígenas, que daban al parecer gran importancia al papel que iban representando, por la gravedad cómica con que se ostentaban en todas partes, seguidos y casi admirados por una inmensa turba de mujeres y muchachos harapientos.

Como era día de mercado, la plaza principal estaba llena de negociantes de menor cuantía, indios en su mayor parte, que habían acudido a vender sus manufacturas y los productos de sus labranzas, conduciéndolos a lomo de bueyes, mulas o burros, cuando no a los suyos propios, desde distancias considerables.

Concluido el mercado, siguió una procesión vespertina, donde sacaron a pasear en andas una imagen de la virgen de la Concepción, escultura que tiene algún mérito, pero que la devoción exagerada de los fieles ha logrado eclipsar de una manera

ridícula, con grandes alas de oropel superpuestas, y una cabellera de pelo natural con honores de cola de caballo, cubriendo la que sacó la imagen del buril del artista, que de seguro no podría conocer su obra, si hubiese llegado a verla disfrazada de una manera tan lamentable.

La procesión tardó más de una hora en dar vuelta a la plaza, que es muy extensa, y estaba sin embargo llena de gentes de todas edades y condiciones, que manifestaban en su actitud todo linaje de sentimientos, menos el de la devoción cristiana.

No quiero pasar en silencio una de las notabilidades de Tunja, y es un muñeco informe, colocado sobre la pila o fuente que ocupa la parte central de la plaza, y a cuya monstruosa y extravagante figura, que ostenta en la mano un gran tenedor, o mejor dicho, un biello, han bautizado con el pomposo nombre del dios mitológico de las aguas.

Concluida la procesión, me retiré a ordenar y formular los apuntes del día, encontrando al paso entre las muchas banderas que por todas partes flotaban, con inscripciones en honor de la Virgen, una, que, si no es tan original y chistosa como la que observamos en Zipaquirá, en el año anterior, no deja de ser digna de inscribirse, siquiera por el prurito, que en su autor se advierte, de lucir sus conocimientos en la lengua de Virgilio.

Decía así la inscripción:

REGINA SINE LABIO ORIGINALI
CONCETA

SÁBADO 9 DE DICIEMBRE

Después de emplear la mañana en recorrer los puntos de la población, que aún me eran desconocidos, donde encontré por todas partes ruinas numerosas, que

atestiguaban la opulencia, eclipsada ya para siempre, de una población, acaso la más importante de cuantas se levantaron en el territorio de los Zaques, y donde se estableció el mayor número de los hidalgos castellanos que vinieron entre los conquistadores y colonos, regresé a mi posada con el objeto de consagrar algunas horas a mis tareas habituales. En ella tuve el gusto de recibir, entre otras visitas, la del Dr. D. Manuel del Castillo, anciano venerable y simpático, y persona de una instrucción poco común, particularmente en materia de antigüedades, así del tiempo de la conquista, como del largo período de la dominación española. Por él supe que la casa, que primero me sirvió de hospedaje, fue también la que dio albergue al Barón Alejandro de Humboldt, a su paso por estos lugares, y que en una de las habitaciones del piso bajo de la en que nos hallábamos en aquel momento, vivió Alonso de Narváez, y en ella pintó el cuadro tan célebre de la Virgen del Rosario, que se venera en la ciudad de Chiquinquirá, de que hablaré oportunamente, y a cuyo santuario acude en romería una concurrencia continua de devotos en cumplimiento de promesas.

La conversación de aquel noble anciano fue para mí tan agradable, que las horas que pasé en su compañía me parecieron otros tantos minutos. Como tenía poco tiempo de qué disponer, me apresuré a pagarle su visita en la misma tarde, y ya me tenía preparados como un recuerdo varias curiosidades pertenecientes a los aborígenes. Llegada la noche, me despedí de él, como si fuese de un antiguo amigo, y me fui a mi posada a continuar mis interrumpidas tareas, y disponer lo necesario para seguir mañana nuestro viaje a Sogamoso.

DOMINGO 10 DE DICIEMBRE

A las ocho de la mañana salimos de Tunja en dirección a Paipa. El camino sigue hacia el Oriente, ya por el fondo del valle, ya por algunas lomas y colinas casi siempre estériles. A la derecha, y a distancia de unos dos kilómetros, dejamos el pueblecito de Oicatá, con sus cabañas pajizas alrededor de un humildísimo templo, y algunas haciendas cuyos terrenos y caseríos nos parecieron de poca importancia. A eso de las doce nos detuvimos a almorzar en una praderita, cubierta de una agradable alfombra

de césped, junto a un riachuelo adornado de sauces y alisos en ambas orillas. Después continuamos en la misma dirección, por terrenos quebrados, viéndose en las colinas, valles y cerros la misma esterilidad que tan tristemente nos había impresionado en las últimas leguas que acabábamos de recorrer desde las cercanías de Tunja.

Un poco más lejos, el camino empezó a separarse de su dirección primitiva, inclinándose hacia el Oriente; el valle se ensanchó de un modo extraordinario, extendiéndose en muchos vallecitos pequeños, que en forma de radio, se prolongaban en distintas direcciones, contribuyendo cada uno con algún arroyuelo más o menos caudaloso al modesto río que desde aquel punto toma el nombre del pueblo a que nos encaminábamos. Como dos leguas antes de llegar a Paipa el valle vuelve a estrecharse, hasta el punto de confundirse los estribos de ambos ramales de la cordillera, sin dejar entre sí más espacio que el que necesita el río para pasar de un valle a otro, por una escotadura, que debió servir de desagüe al extensísimo lago que cubrió en otro tiempo el lugar donde más tarde fue Tunja edificada.

Al pasar los elevados cerros que sirvieron de límite y barrera a aquellos lagos superandinos, se divisan en lontananza las nevadas cumbres del Cocuy, extensa serranía que demoraba al sureste de nuestro punto de observación; los terrenos empezaban a adquirir allí una fertilidad notable, por subsistir aún la espesa capa de humus, que en los sitios estériles que acabábamos de abandonar fue barrida en remotos tiempos por corrientes impetuosas.

Al llegar al punto más culminante de aquellos cerros, divisamos en el límite oriental del nuevo valle que ante nosotros se ofrecía, el pueblo de Paipa, cuyas casitas veíanse blanquear a lo lejos, iluminadas por el sol poniente, como una bandada de palomas posadas sobre la falda de una verde colina.

El camino continúa por el pie de la montaña, que dejábamos a la izquierda, siguiendo los accidentes de sus estribos, pero sin perder en lo general la línea recta ni el plano horizontal, que se extiende hasta la entrada del pueblo. Numerosas habitaciones,

pajizas en su mayor parte, cubrían por un lado y otro las orillas de aquel camino, embelleciendo el paisaje numerosos grupos de sauces corpulentos, y frutales de varias especies, que daban a las casitas un aspecto muy agradable.

Las muchas divisiones marcadas en el terreno por cercas de tapia o piedra y alguna que otra por empalizadas, o setos vivos, indicaban que hay en el territorio muchos pequeños propietarios, lo cual es una garantía del bienestar general, que se observa a primera vista, por el aseo exterior y la esmerada blancura de la mayor parte de aquellas viviendas.

A las cinco en punto entramos en Paipa. Era día de fiesta, y por consiguiente desocupado para sus habitantes; y como un grupo de viajeros, extraños en el país, excita siempre la curiosidad en los lugares de escaso vecindario, la plaza, a donde nos dirigimos, fue al momento el punto de reunión de cuantos paseaban las calles. Esto hizo que encontrásemos fácilmente en uno de los grupos, que por curiosidad se habían formado cerca de nosotros y a cuya conversación sin duda servíamos de tema, las dos personas para quienes llevábamos cartas de recomendación muy eficaces. Eran éstas un Sr. Rota, propietario de la localidad, y el Sr. Dr. Pedro Cortés Holguín, los cuales se nos acercaron al punto, haciéndonos cordialísimas ofertas, poniendo el primero a nuestra disposición su casa, donde nos desmontamos, y obligándonos el segundo a aceptar en la suya una comida que su estimable señora hizo disponer en muy corto tiempo, y que nos fue servida con notable solicitud, y con todos los delicados detalles con que las personas de buena sociedad amenizan sus obsequios.

Al entrar en la población, habíamos dejado a la izquierda el cementerio de la misma, rodeado de blancas tapias y sembrado de árboles y flores, en el cual pocos meses antes se habían depositado los restos de numerosas víctimas inmoladas en una reciente lucha, al furor de las continuas discordias civiles, que, por meras cuestiones personales, hacen de este pobre país un campo de interminables y sanguinarias contiendas. También examinamos con dolor en varias calles, y en la plaza misma, las

huellas recientes del incendio desastroso que acompañó la horrible matanza a que nos referimos, y que destruyó en pocas horas una tercera parte del poblado.

Paipa era ya en los tiempos de la conquista una población considerable entre los indios; el descubridor Jiménez de Quesada entró en ella por primera vez en 1537; hoy tendrá unos 7.000 habitantes; su elevación sobre el nivel del mar es de 2.459 metros y 15° su temperatura media.

LUNES 11 DE DICIEMBRE

Después de una noche agradable, salimos de Paipa a las ocho y media de la mañana, acompañados de los señores Rota y Cortés Holguín, y llegamos a las nueve a las cercanías de la hacienda de El Salitre, administrada por el primero. Antes de llegar, se abre un valle como de una legua de longitud, en dirección sureste noroeste, y una milla de latitud, por término medio. Riega el fondo de este valle un arroyo tributario del Paipa, acrecentado con las fuentes termales de que vamos a hablar en seguida.

Hállanse estas fuentes situadas hacia la parte oriental del indicado vallecito, y próximas a la falda de un cerro destacado de la cordillera inmediata, compuesto de greda y piedra arenisca con algunas vetas calcáreas. El terreno adyacente se hallaba cubierto por muchas partes de una capa bastante densa de sulfato de sosa, que brota del suelo en forma eflorescente; y desde la entrada del valle se divisaba a lo lejos el vapor acuoso de los manantiales, que se disolvía en la atmósfera a pocos metros de altura. Las fuentes son innumerables y constituyen un inmenso hervidero, producto del profundísimo laboratorio que lanza a la superficie, desde los ocultos senos en que la tierra conserva aún un calor inapreciable, grandes borbotones de agua sulfurosa, cuya temperatura varía desde la del aire atmosférico hasta la de 40 o 45 grados. Percíbese desde larga distancia un fuerte olor a azufre; se siente al pisar aquel terreno, una especie de trepidación incesante, y se percibe el rumor del agua que brota, como si uno se hallase rodeado de inmensos calderos llenos de líquido hirviente. Sin embargo, estas aguas corren por la superficie de la tierra, sin marchitar

las plantas; antes por el contrario, parece que las gramíneas, las verdolagas y hasta los arbustos, reciben con su riego un abono particular, que les presta vigor y lozanía, aun teniendo sumergidas sus raíces en las aguas que brotan a temperatura tan elevada.

Ni en el valle, ni en los cerros que lo dominan, se observa el más leve signo de erupción volcánica más o menos remota, ni hay señal alguna que por allí indique la existencia de un cráter extinguido. El Sr. Rota, que ha vivido casi siempre en el país, nos aseguró que en diferentes ocasiones había visto salir llamas de los mismos surgideros; pero no pudo añadir detalle alguno sobre el color e intensidad de éstas, ni sobre la duración del fenómeno.

Almorzamos en la hacienda de El Salitre, cuyo sólido y extenso caserío indica, como otros muchos, que perteneció en algún tiempo a la Compañía de Jesús, a quien debió su fundación; y despidiéndonos de nuestros amigos, salimos a las once y media en dirección al extenso valle de Sogamoso. El camino, casi desde las paredes de la hacienda que acabábamos de abandonar, sigue en la dirección del sur por una cuesta de terreno margoso, cubierto de grandes peñones rodados de la cumbre, y todo él muy impregnado de óxido de hierro. Al llegar a la parte más elevada, el terreno se hace casi plano, sin perder totalmente sus ondulaciones, y se halla cubierto de una capa de tierra vegetal bastante densa, donde crecen apiñados muchos arbustos, viéndose en las cañadas algunos árboles vigorosos. El camino sigue luego en dirección al este y, algunos kilómetros más adelante, se divisa a la izquierda el Pantano de Vargas, situado en el fondo de un reducido valle, que se comunica por el Norte con los de Paipa y El Salitre, y que acaso un día constituyó con ellos un solo lago.

Este pantano es hoy un lugar célebre, porque en él comenzó la última batalla, que en 1819 emancipó este país de la dominación española, a lo que contribuyeron no poco la conducta poco humanitaria del general Morillo, jefe el más a propósito para ejecutar las crueles órdenes de Fernando el deseado, y la impericia de Barreiro, que mandaba las tropas españolas. Allí se decidió quizás la suerte de estos países, para que se entregasen con el imprudente ardor de un niño emancipado fuera de tiempo, a las

utópicas locuras que han producido en ellos tantos desastres y detenido el gran desarrollo de sus intereses, y España ganó, al perder los inmensos países que ceñían a sus sienas una corona de oro, que ocultaba muchas espinas, los medios de aumentar rápidamente su población y de atender a sus intereses internos, casi del todo abandonados.

Pasado el pantano de Vargas, empezamos a ver a un lado y otro algunos ranchitos de aspecto miserable, rodeados de pequeños desmontes para el cultivo. Más allá vimos a la derecha otro valle de bastante extensión, y muy poblado, y después subimos a la cumbre de unos cerros erizados de peñas enormes, donde se veían muchas manchas de frailejón entre los arbustos. En seguida bajamos por entre unas colinas arenosas hasta una venta, tan pobre como los demás ranchos, donde el camino se bifurca, siguiendo el de la izquierda para Sogamoso y el de la derecha para la célebre hacienda de La Compañía, situada en el mismo valle y para cuyo arrendatario llevábamos carta. Tomamos el último de estos caminos por unas laderas paramosas, y a poco trecho empezamos ya a divisar la extensa llanura a donde nos dirigíamos.

Desde los cerros que dominan aquel ancho valle, divisamos a lo lejos el pueblecito de Issa, medio oculto entre el ramaje de los sauces, al pie de la serranía áspera y casi desprovista de vegetación, que por la parte oriental sirve de límite a la llanura. Más cerca, y entre grupos numerosos de árboles de la misma especie, descubrimos a poco andar, el caserío de la gran hacienda a que íbamos encaminados, y que se halla en un lugar muy fértil y ameno, a orillas de un abundante y cristalino arroyo. Bajamos al llano por una cuesta tan pendiente y pedregosa, que nuestras pobres mulas no hallaban en muchos parajes sitio donde sentar el casco con seguridad, y vacilaban a cada paso.

Las cuatro de la tarde serían cuando llegamos a la hacienda, donde el Sr. D. Mamerto Montoya nos recibió con una cordialidad extremada, haciendo su hospitalidad más agradable con su trato cortés y ameno. Entre los cuadros que adornaban su habitación, tuvimos el gusto de encontrar el retrato de un amigo y discípulo suyo,

que también lo fue nuestro, el ilustrado escritor D. Emilio Hueling, que había cursado con el Sr. Montoya algunos años en Alemania.

Mientras se disponía la comida, nuestro amable huésped nos llevó a visitar algunas dependencias de la finca, siendo una de las más notables un molino harinero de rodezno y cubo, obra hecha por los padres de la Compañía, sus primeros poseedores, que data por lo menos de dos siglos, y cuya solidez es tanta, que, sin obra alguna de reparación, se conserva hoy en un estado perfecto.

El caserío es cómodo y espacioso; sus terrenos son muchos y muy feraces, destinados unos a la cría y ceba de ganados de todo género, y a la producción de cereales, otros; pudiendo calcularse la importancia y magnitud de este predio, por la renta que devenga anualmente, que asciende a nueve mil quinientos pesos, a pesar de la decadencia en que se halla la industria agrícola, por las continuas revoluciones que matan en germen todos los elementos de prosperidad que encierra.

MARTES 12 DE DICIEMBRE

Por ser día de mercado en Sogamoso, distante unas dos leguas de la hacienda, determinamos ir a visitar la ciudad, a donde nos acompañaron el Sr. Montoya, y un hijo y un sobrino suyos, llevando aquel señor su galantería hasta el extremo de no consentir que montásemos nuestros caballos ni mulas, para que descansaran en sus potreros. Puso, pues, a nuestra disposición tres excelentes caballos de los de su propio servicio, y salimos todos, después de almorzar, a las once de la mañana. A corta distancia de la hacienda encontramos un pueblecito llamado Firavitoba, habitado en su mayor parte por agricultores de raza indígena, y compuesto casi todo de casitas cubiertas de paja. Pasada esta pequeña población, penetramos en los magníficos potreros de la hacienda, donde vimos entre otros ganados, rebaños numerosos de ovejas de las mejores razas que Inglaterra y Sajonia producen, perfectamente aclimatadas, y que conservan sus cualidades de gran corpulencia y lana finísima. Más adelante encontramos lucidos bueyes de labor y muchos potros y yeguas de raza

española, que tampoco han degenerado, y en los cuales se ve la gallardía de formas y la viveza que caracteriza a los caballos andaluces.

En poco más de una hora atravesamos el camino que de la ciudad nos separaba, y penetramos en ella. Yo sentía una gran curiosidad y hasta una especie de respeto hacia aquellos lugares, que por tanto tiempo fueron el centro religioso de la nación muisca.

La población se halla situada en la falda noroeste de elevados cerros, formados de piedra arenisca, con algunas vetas calcáreas. Sobre las colinas más próximas se ven algunas chozas diseminadas; un poco más allá, sobre una explanada pequeña, y al pie de unos cerros empinados y agrestes, se elevó algún día el gran templo consagrado al sol, de que apenas queda ya memoria. Las casitas que rodean aquellos lugares, casi todas de humilde aspecto, y en lo general habitadas por descendientes de los aborígenes, parecen indicar una tendencia a no alejarse completamente de aquel sitio, santificado por el recuerdo de sus antiguas divinidades. No de otra manera se explica el capricho de levantar sus viviendas a tan considerable altura, sobre un terreno pedregoso y casi estéril, y a donde sólo la conducción de aguas potables les ocasiona un inmenso trabajo.

A la entrada de la población encontramos a un vecino de ésta, el Sr. D. Manuel Reyes, amigo del Sr. Montoya, que con la mayor amabilidad nos condujo a su casa, nos hizo desmontarnos en ella, y tanto él como su señora y un hijo suyo, joven ilustrado y simpático, que ha permanecido algunos años en Europa, nos colmaron de obsequios, no permitiendo que regresásemos a La Compañía sin sentarnos antes a su mesa.

Salimos luego a recorrer algunas calles de la población, cuyos edificios son muy modestos, y que ostenta por todas partes lastimosas señales de decadencia, así en sus calles medio desempedradas como en muchos edificios ruinosos, no encontrando en cuantos parajes recorrimos nada que mereciese llamar la atención del viajero.

Quisimos visitar el lugar que la tradición designa como asiento de su templo famoso; pero todos me aseguraron que no quedaban de él vestigios ni señal alguna; que el suelo estaba reducido a cultivo, y que en una excavación, recientemente hecha, sólo encontraron a alguna profundidad varios trozos de las columnas de madera que lo sostenían, carbonizados en la parte más próxima a la superficie, y algunos objetos de barro cocido (de los cuales pude adquirir tres: dos pequeñas olletas y una especie de silbato), y por último, a alguna mayor profundidad, una gran losa, manchada aún de color oscuro en una parte de su superficie, y sobre la cual, según la tradición, se ejecutaban los sacrificios humanos.

El actual poseedor de aquel antes sagrado recinto, no sólo me regaló los objetos indicados, sino que llevó su complacencia hasta el extremo de traerme más tarde y por indicación mía, un pedazo de la gran losa indicada, ofreciéndome que, antes de mi partida, pondría en mi poder una astilla de las columnas que fueron quemadas, por conservarse aún uno de estos troncos en la casa de un amigo suyo, a la sazón ausente.

Pasamos luego a la plaza, donde se celebra el mercado, que, como casi todos los de esta región, se reduce a sus productos agrícolas, muchas cargas de sal, procedentes de Zipaquirá y Nemocón, y algunos tejidos groseros de algodón y lana, en cuya fabricación se emplean generalmente las mujeres, tan laboriosas, que hasta en los caminos se las encuentra hilando, sin hacer por esto más lenta su marcha.

En los tipos del pueblo no hay gran diferencia, comparados con los de las demás regiones andinas, donde la temperatura es fría o algo templada. Sólo hay alguna variación en los sombreros, muchos de los cuales son de lana blanca o gris, constituyendo un fieltro durísimo, pero en la forma enteramente iguales a los de ramo o trenza, hechos de una palma especial que lleva este nombre. Otra pequeña diferencia empieza a notarse también, y es el uso de las ruanas blancas o listadas de diversos colores, hechas de tela de su propia fabricación, y de lana pura. En los días despejados, muy frecuentes aquí durante la estación seca, el sol tropical lanza en las horas del mediodía rayos verdaderamente abrasadores, que obligan, particularmente

a las mujeres a llevar sobre el sombrero un lienzo o toalla, generalmente bordado de colores vivos, para mitigar en parte el calor que se hace insufrible.

Antes de volver a la casa del Sr. Reyes, donde nos esperaba una abundante y succulenta comida, Tuve el gusto de que el Sr. Montoya me presentase al Sr. D. Joaquín Díaz Escobar, propietario de un buque, que en los primeros días del año próximo va a destinarse a la navegación de la cercana laguna de Tota, acontecimiento extraordinario, que tiene vivamente excitada, y no sin alguna razón, la curiosidad de todos los habitantes de estos contornos.

El Sr. Díaz no sólo manifestó hacia mí una gran deferencia, sino que se ofreció a acompañarme en mi excursión a la laguna mencionada, y a ser mi cicerone, para mostrarme por sí mismo todo cuanto hubiese de notable en ella, principiando por su barco.

Cerca de oscurecer regresamos a la hacienda, acompañándonos una gran parte del camino el Sr. Reyes, persona tan fina como afectuosa.

Antes de concluir las impresiones de este día, me permitirán mis lectores que haga una especie de paréntesis para consignar en este lugar las noticias más curiosas que me ha sido posible adquirir sobre Sogamoso y su célebre templo.

Al describir esta población el Sr. D. Felipe Pérez en su Geografía de Colombia, dice: "Sogamoso, villa pintorescamente situada en medio del valle, y a orillas del río de su nombre, era antiguamente la capital del gobierno teocrático de Suamós o Sugamuxi, gran sacerdote muisca. Su templo, que era de una fábrica soberbia y cubierto de láminas de oro, y lugar de depósito de los archivos del imperio, fue incendiado casualmente por dos soldados españoles. Quesada entró en esta ciudad en 1537. Hoy es centro de un gran comercio, tanto de cereales como de ganados y artefactos. Los cronistas españoles llaman a Sogamoso la "Roma de los chibchas", tanto por ser una metrópoli religiosa, como por sus muchas riquezas. Fue curato de la orden de San

Francisco, y poco después pasó a ser cabeza de corregimiento. Habitantes 6.400; se halla a 2.536 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura es la de 15°.

El Dr. Ancízar dice en su "Peregrinación de Alpha": "La ciudad sagrada de Iracá, patrimonio del Uzaque Sugamuxi, que era también Sumo Sacerdote de los chibchas, y encargado del famoso templo allí fundado por el legislador Nenqueteba, se hallaba un poco más al sureste de la villa actual de Sogamoso, en un pequeño valle ceñido de cerros y sembrado de arboledas simétricas. Después del saqueo de Hunsahúa, se dirigió Quesada con veinte caballos y los mejores infantes de Iracá. Saliéronle al encuentro las tropas de Sugamuxi, esperándolo en el descampado de la llanura grande, donde acometidos por los caballos, fueron deshechos tres veces los escuadrones de indios, que asombrados y llenos de terror, huyeron a los montes vecinos, abandonando la ciudad y el templo. De la primera sacaron los españoles gran suma de oro, llegando a cuarenta mil castellanos el valor de las planchas arrancadas de sólo la fachada de la casa que ocupaba Sugamuxi. Bien veían los codiciosos invasores el brillo de los platos y lunas de oro con que resplandecía lo exterior del templo, edificio gigantesco sustentado por pilares de madera corpulentos; pero el día se les acabó ocupados en robar la ciudad y acordaron diferir para el sol siguiente el saqueo de lo demás, acampando cerca del templo.

En el silencio de la noche sonaban las lunas de oro, dando golpes agitados por el viento, y aquel ruido desveló a Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, peones vulgares y rudos, y más que todo esto, avarientos, quienes no pudiendo refrenar su impaciencia, se fueron furtivamente al templo, rompieron las puertas, y con un haz de paja encendido comenzaron a reparar gran copia de riquezas y primores, dispuestos por las paredes y techos, y dos filas de momias lujosamente ataviadas; de que deslumbrados, pusieron el hachón en el esterado suelo, y empezaron a derribar joyas con tal ansia, que no echaron de ver que ardían las esteras, hasta que, prendiendo en las paredes, cubiertas de telas finas, se levantó un torbellino de llamas tan furioso, que hubieron de salir apresurados y con las manos casi vacías. La serie de Sumos Sacerdotes desde el sucesor de Bochica, conservada en las momias, los anales de la

nación chibcha, las crónicas de su civilización, lo más bien labrado de sus manufacturas, en muebles, telas y metales preciosos, todo pereció reducido a pavesas"¹⁰.

MIÉRCOLES 13 DE DICIEMBRE

Nos levantamos algo tarde, e invitados por el Sr. Montoya, montamos a las nueve de la mañana, para ir a visitar unas fuentes termales, que se hallan como a tres kilómetros al sur de la hacienda, en la falda oriental de un alto cerro, y en el fondo de una ensenada, que por aquella parte forma la llanura, donde, entre grupos numerosos de sauces, levanta sus humildes casitas de paja el pueblo de indígenas llamado Issa. Pasando una colina muy pedregosa, llegamos al indicado cerro, donde se hallan los abundantes manantiales de agua sulfuro-ferruginosa, que en diferentes surgideros brotan a distintas temperaturas entre 30 y 40°. Examinamos el terreno, buscando con esmerada solicitud las piedras pómez, que, según los señores Ancízar y Codazzi, demuestran allí la existencia de un volcán extinto; y sólo encontramos piedras muy porosas, formadas por la caliza incrustante, contenida en el agua de la fuente, que a veces toma la apariencia de pómez; y, sin duda por falta de observación atenta, extraviaron la opinión de personas tan ilustradas. Por lo demás, ningún vestigio de la fuerza eruptiva a que hacen alusión dichos señores.

A las diez y media volvimos a montar camino de la hacienda, donde a las once y media estábamos de regreso.

Al llegar a la casa, el Sr. Montoya y yo, para corroborar nuestra idea, y convencernos de que no era pómez la piedra que se halla junto a la fuente termal que habíamos visitado, sometimos una de ellas a la acción del ácido nítrico, resultando inmediatamente la efervescencia, que no produce jamás el contacto de esta sustancia con la piedra referida.

¹⁰ Para hacer muchas de estas afirmaciones, el autor de ellas no ofrece otra autoridad que la suya propia.

He empleado la tarde en acabar algunos dibujos, que sólo tenía en bosquejo, y parte de la noche en leer y arreglar mis apuntes.

JUEVES 14 DE DICIEMBRE

Nos levantamos a hacer nuestros preparativos para la expedición al lago de Tota; y cuando ya nos disponíamos a partir, llegó a reunírse nos el Sr. Díaz, a cuya dirección nos encomendamos desde luego.

A las diez salimos de la hacienda; pasamos por Issa cerca de las once, y continuamos hacia el sur, dejando a la derecha un estrecho y ameno vallecito, en que por aquel lado termina la planicie; y torciendo luego hacia el Oriente, comenzamos a subir una cuesta llena de escarpas, por las laderas de un cerro formado en parte de esquistos arcillosos y muchas piedras erráticas, procedentes de las destrozadas cumbres de las próximas serranías. Por este camino, que sería muy fácil convertir en cómoda vía carretera, teniendo a la mano tan excelentes materiales, llegamos a las once y media al pueblecito de Cuítiva, que se halla situado en una especie de anfiteatro, abierto al Occidente, y rodeado por los otros tres puntos cardinales de cerros semidesnudos, cuyas crestas estratiformes anuncian las convulsiones violentas que conmovieron el suelo, así como su privación casi absoluta de tierra vegetal hace estos parajes poco a propósito para el cultivo; viéndose por consecuencia sólo algunas pequeñas manchas de cereales de escaso medro. Su modesta iglesia, que no pudimos visitar, por hallarse cerrada, tiene el aspecto exterior de bastante limpieza, y un atrio con gradas formado de sillares de arenisca ferruginosa. Sus casitas son todas de paja, y sus habitantes en general de raza indígena. El distrito contendrá unos 3.000 habitantes, y se halla situado a 2.640 metros sobre el nivel del mar; su temperatura media es la de 14°.

Continuamos luego subiendo otra serie de cerros de la misma formación geológica, entre los cuales se veían algunas mesetas, que, por contener aún su capa de humus, eran más feraces y se hallaban cubiertas de sementeras en todos sus períodos de

desarrollo, aunque en su mayor parte próximas a su madurez. A las doce y media subimos a la más alta cumbre, desde la cual divisamos ya una parte del magnífico lago de Tota, con sus aguas azules, rizadas por la brisa del este y cuyas ondas venían a estrellarse contra la playa como si fuese un mar en miniatura. En todos los alrededores del lago el terreno se halla reducido a cultivo, y las mieses maduras cubrían el suelo de una capa dorada cuyas ondulaciones semejaban a las de la laguna. Por todas partes se veían grandes peñones erráticos, cuya superficie eflorescente, y cubierta de musgo, se perdía a veces entre las cementeras, las más lozanas y de mayor desarrollo de cuantas habíamos visto hasta entonces. En las partes no cultivadas crecía abundante el frailejón, de pequeña talla, y una planta espinosa, llamada cardo en el país y que es de la familia de las piñuelas o aloes.

En la ondulosa superficie de la explanada, que por todas partes rodea el lago, veíanse muchas cabañas de labradores, algunos aunque muy pocos árboles, y hacia la parte del sur, elevaban sus crestas coronadas de nubes las altas montañas del páramo de Guáquira, de angulosas formas.

A la una llegamos a un ranchito próximo a la laguna, donde nos detuvimos como media hora. En seguida entramos a bordo de un bote, primer quilla que la ha surcado, pues hasta ahora no había visto en sus aguas sino balsas y canoas de los indígenas, y en este bote, dispuesto de antemano por el Sr. Díaz, la atravesamos de noroeste a sureste con brisa contraria, izando a ratos una pequeña vela cuadrangular y avanzando otras veces sólo con los remos. Dos horas tardamos en llegar a una de las islas que en el lago se alzan, dejando a la derecha una gran península que se extiende cerca de dos leguas de suroeste a noreste, y en una pequeña ensenada encontramos El Cóndor, barco ligero, cuya construcción se estaba rematando, después de botado al agua, y cuyas dimensiones eran 48 pies de eslora, 4 de puntal y 17 de manga, siendo su calado el de 2 y $\frac{1}{2}$ pies y desde la línea de flotación hasta la altura de la borda 5 pies próximamente. El buquecito, que tiene la forma de una góndola, con una galería en el centro, cerrada por cristales y persianas, lleva un solo mástil con tres velas

superpuestas, lo cual me pareció un absurdo. Por sus proporciones, puede contener cerca de ciento cincuenta viajeros, siendo su cabida de unas veinte toneladas.

Este vehículo, construido bajo la dirección del Sr. Díaz, por un modesto operario, hijo de las orillas del Amazonas, se tiene por un gran adelanto en el país, y casi pudiera decirse un prodigio; pues nadie hubiera podido esperar hace algunos años la construcción de un buque de este género, para navegar en las aguas de aquel lago superandino, cuya superficie se eleva sobre el nivel del mar cerca de 4.000 metros, calculándose su mayor profundidad en sesenta brazas. Pero ¿qué aplicación podía tener en aquellas soledades?

La laguna tendrá de extensión unas tres leguas de noreste a suroeste y casi otro tanto en su mayor anchura, con varias ensenadas más o menos extensas, 4 islas y 3 grandes penínsulas, entre las cuales hay canales estrechos y más o menos profundos, correspondientes a las escotaduras de las montañas sumergidas en el lago, total o parcialmente.

El agua es en extremo cristalina y las ondulaciones de su superficie, rizadas por una brisa fuerte, formaban oleaje como las del Océano, al cual parecían remedar, aunque en diminutas proporciones.

El Sr. Díaz nos ofreció en las casitas que está construyendo en la isla central, que es la más espaciosa, una abundante comida, que duró hasta las seis de la tarde, hora en que volvimos a embarcarnos para Pueblo-Viejo, en cuya travesía, que hicimos a remo exclusivamente, por falta de viento, empleamos cerca de una hora. Las orillas del lago por esta parte forman una playa muy extensa y poco profunda, no habiendo otro sitio de desembarque que el canal de un arroyuelo que corre entre juncos, y cuya embocadura no pudimos encontrar, por la oscuridad de la noche, sino después de varar tres veces en la arena, costando mucho trabajo ponernos a flote, para lo cual algunos indios tuvieron que arrojarlos desnudos al agua. El frío era intensísimo; las corrientes de viento del páramo nos helaban hasta los huesos; y al saltar en tierra, nos

hallamos muy contrariados, porque los peones se habían llevado nuestros caballos por ser ya muy tarde y creer que pasaríamos la noche en la isla. Esta contrariedad nos hizo caminar a pie como una media legua que hay de distancia hasta el pueblo, lo cual acaso fue un beneficio; pues a caballo, la acción del frío se hubiera hecho insoportable.

Llegados al pueblo, nos alojamos en la casa del cura, a la sazón ausente, y, como todas las de igual destino, contigua a la iglesia, donde pasamos una noche comparable a la que hubiésemos pasado en las cercanías del polo.

VIERNES 15 DE DICIEMBRE

Nos levantamos con el día, por ver si apelando al movimiento, encontrábamos el calor que el lecho nos negaba; pero ni aun así: el suelo se hallaba cubierto de una abundante capa de escarcha, a cuyo contacto los pies se quedaban ateridos; el aire era verdaderamente glacial; no había más remedio que pasear dentro de las habitaciones, y eso es lo que hicimos hasta la salida del sol, que empezó a derretir el hielo y templó algún tanto la atmósfera. Entonces salimos a la plaza y desde ella pudimos observar la situación del pueblo. Hállase éste como media legua al Oriente de la laguna, en el extremo superior de un plano ligeramente inclinado y de terreno sedimentoso sobre capas más o menos densas de piedras rodadas y con señales visibles de haber sido en tiempos no muy remotos bañado enteramente por las aguas del lago, cuya superficie se elevaba sobre la actual por lo menos veinte o veinticinco metros. Por la parte oriental de la población se extiende un valle con notable declive y bastante anchura, cubierto por todas partes de casitas de labradores, resguardadas por un semicírculo de elevados cerros que sirven de estribo al temible páramo de Toquilla. Entre el pueblo propiamente dicho, o sea la iglesia, rodeada del grupo más numeroso de casas pajizas, pues de teja no hay ni una sola, si se exceptúan la cural y el templo; entre este grupo, repito, y la orilla del lago, se ven otras muchas chozas diseminadas, con algún terreno a su alrededor, reducido a cultivo, llegando a 8.000 el número total de sus habitantes; y sin embargo, no hay ni una escuela, y las generaciones se suceden embrutecidas y entregadas a frecuentes excesos, hijos de su propia ignorancia.

Nos llevaron luego a ver la iglesia, que en su interior está desmantelada y sucia, como un cuartel recién abandonado, y donde no existe escultura ni cuadro alguno que no sea de una ejecución lamentable. Lo principal que hay en ella es un Cristo, venerado en el país como imagen muy milagrosa, y que, según la tradición de tiempos más crédulos, fue encontrado con otros dos de la misma forma y tamaño, que existen en los inmediatos pueblos de Cuítiva y Tota, teniendo los tres la particularidad de estar Cristo y cruz hechos de una sola pieza, a pesar de ser un poco más del natural el tamaño de las imágenes.

La de Pueblo-viejo parece ser la más venerada de todas, lo que no debe atribuirse a su mérito artístico. A su fiesta, que se celebra el 15 de Enero, acude en romería una concurrencia tan numerosa, que las casas de la población no son bastantes para alojarla.

Almorzamos y nos despedimos del Sr. Díaz, a quien relevamos del trabajo de acompañarnos, porque el atraso en que se hallaba aún el buque que debía ser exhibido, reclamaba su presencia entre los operarios. Montamos a caballo, y salimos rodeando por el sur la laguna desde su parte oriental hasta el punto en que el día anterior nos habíamos embarcado; rodeo que comprendería como unas tres leguas, y en el cual empleamos, a buen paso, más de tres horas, buscando inútilmente un punto desde el cual se divisase toda la laguna, para tomar una vista general de ella; pero son tantas y tan profundas las ensenadas, cabos y penínsulas que la rodean, por todas partes, que tuve al cabo que desistir de mi propósito, prefiriendo consignar por escrito los detalles a copiar una sección del lago, que no daría de él una idea completa.

Como a la mitad de nuestro camino, encontramos hacia la parte del sur el desagadero o derrame de la laguna, que forma un riachuelo de poca consideración, sin embargo de ser más de treinta las corrientes que entran en el lago, llevándose el exceso quizás algunas filtraciones y la evaporación, que debe ser mucha. El río que allí nace y que

pronto adquiere un caudal de consideración, es el Upía, uno de los principales tributarios del Meta, por su margen izquierda.

Una particularidad tiene también el lago, que se cita generalmente como cosa muy extraña; y es la de que en ocasiones aparecen en sus orillas ciertos globitos a que dan el nombre de huevos, sin embargo de no ser ovoidal su forma, sino esférica, cubiertos de una película de color verde sucio y conteniendo en su interior una sustancia blanca y glutinosa, semejante al almidón cocido. El diámetro de estas esferas varía desde cinco a quince centímetros, presentándose a veces en racimos apiñados y más o menos numerosos. Por las explicaciones que sobre ellos me dieron, creo (pues no los vi) que han de ser producto de algunas plantas subacuáticas, que crecen a gran profundidad, y que los desprenden cuando llegan a cierto estado de desarrollo o madurez, en que disminuye su gravedad específica, lo cual se verifica generalmente en los primeros meses del año y antes de entrar la estación de las lluvias, que generalmente empieza en el país con el equinoccio de primavera.

El escritor Piedrahita dice, hablando de esta laguna: "Juan de San Martín fue el primer español que la avistó en 1537, guiado por indios de Issa, anhelosos por desorientarlo del valle de Sugamuxi, a donde quería que lo llevaran. De esta laguna refieren, continúa diciendo el mencionado autor, que a tiempos descubre un pez negro, con la cabeza a manera de buey, mayor que una ballena. Quesada dice que en su tiempo lo afirmaban personas de gran crédito, y los indios decían que era el demonio; y por el año de seiscientos cincuenta y dos, estando yo en aquel sitio, me refirió haberlo visto doña Andrea de Vargas, señora de aquel país".

El Sr. Ancízar, refiriéndose en su Peregrinación de Alfa a esta narración de los primeros tiempos de la colonia, la comenta de este modo:

"Tan autorizada quedó esta patraña del demonio de agua dulce, que nadie se hallaba con valor para explorar el lago, del cual y de sus islas contaban lindezas peores que las de Piedrahita, hasta que recientemente llegó por allí un inglés poco temeroso del

diablo, y fabricando una balsa de juncos, abordó a la isla mayor, donde sostuvo una sangrienta batalla con... los tímidos venados que pacíficamente la poseían. A ejemplo del inglés, entraron otros navegantes, en balsas y canoas, ocuparon las islas y desencantaron el lago, que hoy no tiene otros peligros sino los causados por las borrascas del páramo de Toquilla".

A las dos de la tarde en punto nos desmontamos, para descansar un rato, en el ranchito próximo al embarcadero, continuando nuestra marcha para la hacienda de La Compañía a las tres y cuarto y llegando a dicha hacienda a las cinco y media.

En este mismo día el Sr. Montoya tuvo la bondad de mostrarme algunas cantidades de opio, producto extraído en una huerta de la hacienda, bajo su propia dirección, de la adormidera que aquí llaman amapola¹¹, planta que el mismo Sr. ha aclimatado de semilla de Esmirna.

Este opio, que da el 10 o 12 por ciento de morfina, se extrae con gran facilidad, haciendo ligeras incisiones con un instrumento cortante en la corteza del estuche esférico que encierra la semilla de la planta, en dirección de la corona al tallo; por estas incisiones brota una sustancia gomo-lechosa, que se coagula al ponerse en contacto con el aire atmosférico, y que los operarios, generalmente mujeres, van recogiendo con un cuchillo que pasan convenientemente por las hendiduras de la corteza, cerca de las cuales hacen otras inmediatamente, para recoger al siguiente día la nueva exudación de la planta.

SÁBADO 16 DE DICIEMBRE

Habiéndonos levantado temprano para aprovechar las horas de menos calor en nuestro viaje, nos despedimos del Sr. Montoya y de su hijo y sobrino, después de

¹¹ El Sr. Montoya ha iniciado en el país el cultivo de dicha planta y publicado un folleto luminoso en el que explica todas las operaciones que requiere la extracción del opio, y los productos de que es susceptible, según su propia experiencia; pero hasta ahora nadie se ha resuelto a imitarlo.

manifestarles nuestra gratitud por la cordial hospitalidad que nos habían dispensado, y a eso de las nueve tomamos el camino de Sogamoso, a donde llegamos a las diez y media. Desde nuestra primera visita a esta población, habíamos quedado obligados con el Sr. Reyes y su familia a detenernos a almorzar en su casa, sobre lo cual no admitió excusa de ningún género. Nos desmontamos, pues, en la casa de dicho Sr., y tan pronto como almorzamos, salimos en su compañía para visitar el sitio donde la tradición asegura que se hallaba el templo del sol, y donde se han encontrado después los objetos de que en otro lugar hemos hablado.

Al trasmontar unas colinas margosas que se hallan a espaldas de la población, nos encontramos en el célebre lugar que íbamos buscando. Forma éste un paralelogramo de más de una hectárea de extensión, en un plano casi perfecto. Este plano se halla rodeado de tapias de tierra, en parte derruidas, y a nuestra llegada lo encontramos casi en su totalidad sembrado de alfalfa. Por lo demás, no se veía ni el más pequeño vestigio que indicase la existencia de edificio alguno en época remota; ni una columna, ni una piedra que diga a las generaciones presentes que allí existió el centro del gran poder teocrático que fue para los muiscas lo que Roma para los católicos, lo que la Meca para los musulmanes.

En esta pequeña excursión encontramos al paso muchos romeros que bajaban de una iglesia llamada de Monguí, donde se venera la imagen de un Cristo que se tiene por muy milagroso; porque aquí se conservan aún muy vivas las supersticiones hábilmente explotadas por los que viven a expensas de ellas; y, en vez de inspirar a los pobres habitantes de estas comarcas hábitos de economía y amor al trabajo y al progreso industrial y agrícola, procuran más bien fanatizarlos, para que empleen su tiempo y sus recursos en cumplir promesas y en ir a visitar ciertas imágenes, aun a largas distancias, como si no se pudiese adorar a Dios en todas partes y fuese preciso ir a buscarle donde se venera con tal o cual advocación y bajo una forma determinada.

A la una volvimos al pueblo, donde al fin pude recoger tres astillas de una de las columnas del templo famoso, que, como saben mis lectores, me habían sido ofrecidas,

y tenía vivos deseos de obtener, para enviarlas a los Museos de Madrid con los demás objetos curiosos que iba coleccionando.

A la una y media nos despedimos del Sr. Reyes y de su apreciable familia, siendo tan extremada la bondad de este Sr., que salió con un joven, amigo suyo, a despedirnos hasta una distancia del pueblo bastante considerable.

El camino que seguíamos era el de una población distante como unas cuatro leguas hacia el norte, llamada Santa Rosa de Viterbo. A este lugar me llevaba el deseo de inspeccionar un famoso aerolito que se halla en el centro de su plaza principal, y que ha sido en diferentes épocas inspeccionado y descrito por muchos ilustrados viajeros, entre ellos el Barón Alejandro de Humboldt. La vía, que no es más que una mala trocha de herradura, se abre por el extremo oriental del llano de Sogamoso, siguiendo las orillas del río del mismo nombre; allí forma un recodo y toma la dirección del noroeste, por una de las que fueron grandes ensenadas del lago primitivo, y hoy constituyen extensas y bellísimas praderas, donde las propiedades están demarcadas por líneas de sauces frondosos y corpulentos. La senda va costeano la falda occidental de cerros abruptos, a cuyo pie existen todavía algunos terrenos pantanosos; las rocas están formadas de materiales heterogéneos, constituyendo una especie de conglomerado bastante duro, cementado por sílice impregnado de óxido de hierro. La vegetación de la llanura se reduce a gramíneas naturales de escaso desarrollo, mientras que en los cerros sólo se ven algunos cactus, piñuelas de un género especial y algunos arbustos raquíuticos. Donde la falda de los cerros lo permite, se cultivan algunos cereales, y la población se halla tan diseminada, que las inmediaciones del camino están llenas de cabañas humildes, o ranchitos de labradores.

Terminada esta especie de manga de la llanura, que no tendrá menos de 8 kilómetros de largo, el camino entra casi exabrupto en los cerros que sirven de estribo a la cordillera. El terreno en su parte inferior se compone de esquistos arcillosos, sobre los cuales hay grandes bancos de arcilla amarillenta mezclada de arena, y las capas

superiores son por lo general de piedra arenisca ferruginosa, cuyos trozos estratiformes se ven por todas partes diseminados, cual si acabase de ocurrir el gran cataclismo que los arrancó de sus cimientos. Sobre estas piedras hay a veces una ligera capa detrítica que alimenta alguna vegetación, en ciertos parajes lozana y vigorosa.

Al comenzar a subir la cuesta, una tempestad que desde el mediodía se había ido formando hacia la parte del noroeste, se dirigió hacia el punto donde nos encontrábamos, descargando sobre nosotros una copiosísima lluvia, mezclada de granizos de gran tamaño, y acompañada de tales relámpagos y truenos, que nuestras caballerías se detenían a nuestro pesar, sin que hubiese medios de hacerlas seguir adelante. En aquel conflicto, encontramos por único albergue una choza miserable, donde, a duras penas, pudimos guarecernos, sin que alcanzase el mismo beneficio a nuestras mulas y caballos, que tuvieron que sufrir toda la fuerza de la tempestad a la intemperie.

Como una hora permanecemos en aquel estrecho y sucio lugar, donde había algunas mujeres de raza indígena, más sucias todavía, ocupadas en hilar y tejer una tela especial del país, sumamente tosca, llamada manta.

Pasado lo más fuerte del aguacero, continuamos hacia Santa Rosa, subiendo todavía más de media legua de cuesta que nos quedaba, y encontrando al paso algunos trozos de rocas calcáreas con muchas incrustaciones de conchas fósiles, en su mayor parte amonitas de mediano tamaño.

Al subir al cerro de mayor elevación por aquella parte, empezamos ya a divisar el pueblo, al cual llegamos al anochecer, desmontándonos en la casa del Sr. Carlos Calderón, rico propietario del mismo, que había tenido la amabilidad de invitarnos desde la ciudad de Tunja, donde me fue presentado por varios amigos.

La ciudad de Santa Rosa, capital que fue de la antigua provincia de Tundama, se halla situada en el centro de una llanura, circuida por todas partes de elevados cerros; y por su elevación, que es la de 2.591 metros sobre el nivel del mar, tiene como temperatura media 14° del centígrado, por lo cual es necesario usar en ella de bastante abrigo, pues los vientos que soplan del páramo son casi constantes. Sus casas, la mayor parte de teja, son cómodas y espaciosas, así como sus calles, que son bastante anchas, muchas de ellas rectas, y medianamente empedradas. Su plaza principal, que tendrá unas cien varas de lado, forma un cuadro perfecto, con una fuente central bastante abundante, y ésta rodeada de un hermoso grupo de sauces muy frondosos y de gran corpulencia. Al pie de uno de aquellos sauces, encontramos el famoso aerolito, que más tarde describiremos, y que se tiene allí completamente abandonado, como si fuese un objeto de escasa importancia.

A poco de llegar, se nos sirvió con gran esmero una cena abundante, y entre tanto, oímos en la plaza, que quedaba muy cerca de nuestro alojamiento, muchas detonaciones, producidas por los cohetes que en ella disparaban, siendo tan formidables algunas de estas detonaciones, que parecían descargas de artillería, y a veces causaban en los edificios un movimiento de trepidación, cual si se experimentase un temblor de tierra; porque en este país, donde se conservan aún, si no corregidas, aumentadas, muchas de las costumbres que la antigua metrópoli introdujo allí, heredadas de los moros, no hay fiesta popular ni religiosa que no se celebre con profusión de fuegos artificiales, siendo de mayor mérito la que más abunda en ruidos estrepitosos.

Al cruzar por primera vez la plaza, cuando llegamos a la población, observamos en ella montones elevadísimos de leña seca, cuyo objeto se adivinaba fácilmente. Esto por una parte, y el ruido de los cohetes por otra, nos hicieron preguntar a nuestro huésped qué clase de función se preparaba. El Sr. Calderón nos dijo que era el Rosario, procesión nocturna muy común en todos aquellos pueblos a fines de Diciembre, y que es una especie de prelude para la celebración de la Natividad del Señor, una de las primeras fiestas del cristianismo.

Salimos, pues, a la plaza, con el objeto de disfrutar de un espectáculo, en que, según nuestro huésped, encontraríamos mucho de nuevo y de curioso. Y así fue en verdad; porque además de las inmensas hogueras que estaban ya encendidas, y que iluminaban el espacio, como los italianos dicen, a *giorno*, la procesión había salido ya de la iglesia y era una cosa curiosísima. Delante iban varios hombres del pueblo que disparaban sin cesar cohetes de distintos calibres, y bombas o petardos atronadores; seguíanlos inmediatamente la cruz parroquial con los ciriales y después otra gran cruz hueca, y cuyas paredes, formadas de papeles impresos, dejaban traslucir las luces encendidas en su interior. Acompañaban a esta cruz varios faroles, formados e iluminados de la misma manera. Iban luego dos largas filas de mujeres y hombres interpolados, con sendas velas de sebo encendidas, cuya luz trataban de conservar formándole pantalla con el sombrero o con las manos, y muchas de estas velas se veían adornadas con flores y ramaje. Terminaban estas filas varias parejas de hombres enruanados, que conducían a hombros largos palos o tablas en que estaban fijas muchas velas también de sebo, en su mayor parte encendidas y resguardadas por farolillos de papel en forma de cucuruchos.

Entre las dos filas de alumbrantes veíanse varios grupos de máscaras, en su mayor parte hombres y muchachos, vestidos de mujer, con el ala del sombrero apuntada a la chamberga, y adornado éste con grandes ramos de flores. Unos llevaban la cara pintada de negro, y otros la ocultaban con una especie de antifaz de tela oscura, y más o menos transparente. Venían después otros grupos de niños de ambos sexos, no menos extrañamente ataviados, con canastillos llenos de frutas, flores, telas de diversas clases y otras fruslerías, en lo cual querían figurar los pastores de Belén, conduciendo sus ofrendas al pesebre donde el Niño Dios se albergaba. Entre estos grupos iba simbolizada también la Huida a Egipto, por una muchacha montada en un burro con un niño de corta edad en los brazos, y un muchacho en traje talar y con su vara florida, que figuraba ser el Santo Patriarca. Un ángel con las alas y el vestido adornados de oropel, llevaba un estandarte de la Virgen, y en pos del ángel, y sobre unas andas, llevaban otra imagen de la misma Señora. En el centro de la procesión, iba

una música compuesta de instrumentos de viento, cuya estrepitosa armonía era a veces inaguantable, y, por último, cerraba la comitiva el párroco con capa pluvial y algunos acólitos, cuyas voces no eran más agradables que el son monótono de la música que los precedía.

Desde luego se dejaba comprender que no era un sentimiento religioso el que reunía en la plaza aquella bulliciosa muchedumbre, sino el afán de divertirse con aquel espectáculo de indefinible carácter, a falta de otra diversión enteramente profana y más positiva; así es que a las voces chillonas de los que iban vestidos de máscaras, y trataban así de disfrazar hasta su natural acento, respondían los de fuera de las filas con carcajadas ruidosas, que formaban un singular contraste con la monótona canturía de los que recitaban en discordantes voces la salutación del Ángel.

A eso se reduce la procesión del santo Rosario, no sólo en este pueblo sino en casi todos los de Colombia; absurda mescolanza de fanatismo e idolatría, que no nos cansaremos de vituperar, y en que hacen consistir la religión de Jesucristo los que no son capaces de comprenderla, y los que reportan de estos abusos grandes utilidades pecuniarias.

DOMINGO 17 DE DICIEMBRE

Como uno de los principales móviles que me habían conducido a Santa Rosa, era la inspección del afamado aerolito, tan pronto como nos levantamos, mi primer diligencia fue acudir al sitio donde aquel objeto se hallaba, y lo encontramos cerca de la fuente. Fue transportado allí a fines del primer tercio de este siglo según informes de algunos ancianos que lo presenciaron, verificándose la traslación desde una colina que se halla como a dos kilómetros al este de la ciudad, empleando la fuerza unida de veinte hombres vigorosos, que tardaron un día entero en conducirlo hasta el lugar, donde un herrero se apoderó de él, destinándolo por espacio de muchos años a servir de yunque en su fragua. Más tarde, y yo no sé por qué accidente, pasó de la herrería a la plaza pública, donde rara vez es visitado por algún viajero curioso, teniéndose por

los vecinos de la población, y aun por el gobierno de la república, en tan poca estima, que ni aun siquiera han pensado en conducirlo al Museo Nacional, donde ocuparía sin duda un lugar muy importante entre los objetos más curiosos.

Deseando yo obtener siquiera algunos fragmentos de aquella masa metálica, cuyo origen como el de todas las de su especie, es todavía un enigma para la ciencia, encargué a un herrero, previo el permiso de la autoridad local, que cortase a cincel algún pedazo que pudiera servirme más tarde para hacer su análisis químico. Tres largas horas trabajó el discípulo de Vulcano en la operación por mí encomendada, sin conseguir otra cosa que extraer nueve fragmentos, el mayor de los cuales no pasaba de nueve milímetros en su mayor diámetro, rompiendo en la faena cuantos cinceles tenía; tal es la dureza de aquella informe masa, compuesta en su mayor parte de hierro, con alguna mezcla de níquel y cobalto. Su forma es un poliedro irregular, que se acerca algún tanto a un prisma que tuviese por base un pentágono de cinco a seis decímetros cuadrados y otro tanto de altura, siendo su peso aproximadamente de 600 kilogramos, peso enorme con relación a su volumen, y que indica la extraordinaria densidad de la materia metálica de que se halla compuesto.

Pasamos después a visitar la iglesia, que es estrecha, larga y de mala construcción, hallándose en la actualidad con la fachada principal en tierra, por estarse reedificando. Entre sus imágenes hay un Cristo, de escultura, más que medianamente ejecutado, y un San Ambrosio, pintado en lienzo con buen colorido y correcto dibujo, el cual se atribuye al pincel de Vázquez, pintor colombiano. El Cristo de que hablamos primero, se halla relegado a la sacristía, porque no inspira gran devoción a los fieles, sobre los cuales ejerce una especie de monopolio de veneración otra imagen del Crucificado, que ocupa en el altar mayor un lugar preferente, y que, por su absoluta carencia de mérito artístico, debiera más bien hallarse relegado a otro distinto del que ocupa.

Durante el resto de la mañana, tomé un apunte de la plaza principal con la fuente y grupo de árboles.

A las dos menos cuarto, nos despedimos del Sr. Calderón y tomamos el camino de Duitama, pueblo que goza de cierta celebridad entre aquellos lugares, por la suavidad de su clima, su situación pintoresca y la feracidad de su suelo.

El camino de Santa Rosa a Duitama sigue la dirección del noroeste por un ángulo de la llanura o valle donde existe la primera de ambas poblaciones; sube luego por la falda de unos cerros pedregosos, cuya formación geológica es muy semejante a la de los que en el día anterior habíamos atravesado; y, pasando por una estrecha garganta, descendimos a otros valles inferiores donde al arbolado más corpulento anuncia mejor clima y un suelo mucho más fecundo. En estos valles pasamos dos puentes de mampostería, el uno de ellos como de cuarenta metros de longitud y unos tres de anchura, con un solo ojo. Ambas obras, por su construcción especial y su gran solidez, están diciendo que pertenecen a la época de la colonia; pues estos pueblos no han hecho obra alguna de importancia desde su emancipación, ni han sabido conservar siquiera las que los españoles les dejaron, empleando, como varias veces lo hemos repetido, toda su actividad en las luchas estériles de una política tumultuosa e infecunda, que los tiene aún en el atraso más lamentable, sin otras vías de comunicación que las que aquellos abrieron; teniendo que pasar a vado la mayor parte de sus ríos, o por puentes tan inseguros y deleznales, que no pocas veces se arriesga la vida en ellos, no obstante sus continuas recomposiciones.

Cerca de las cuatro de la tarde, divisamos, ya a corta distancia, las primeras casas del pueblo de Duitama, que ocupa una posición muy bella, en el centro de un valle sumamente fértil, espacioso y en su totalidad muy bien cultivado; pudiendo decirse con razón, que es el jardín más ameno y frondoso de esta región de los Andes. Su suelo, dividido en pequeñas propiedades, que sus mismos dueños cultivan; regado casi en totalidad por las cristalinas aguas del río Chiticui, en cuyas márgenes crecen agrupados los sauces, alisos y otros árboles de vistoso follaje; las cabañas, de humilde pero agradable aspecto, con sus paredes blancas y limpias, sombreadas por frutales de varios géneros, contrastan admirablemente con el valle superior de Santa Rosa, inculto casi todo y destinado a pastajes. Hasta la temperatura difiere de tal modo, en

tan corta distancia, que el viento que en Santa Rosa es frío y desapacible, en Duitama es una brisa agradable, perfumada constantemente por las flores de una eterna primavera.

A las cuatro entramos en el pueblo, y fuimos a alojarnos en la casa del Sr. D. Luis Alejandro Reyes, de quien hablamos en otra ocasión, hijo de nuestro amable huésped de Sogamoso, no menos atento que su padre, y con el cual aumentaron nuestras simpatías, entre otras razones, la de hallarse casado con una bella señora cubana, y por consiguiente española y compatriota nuestra.

En la casa del Sr. Reyes tuve el gusto de conocer y tratar al Dr. D. Zenón Solano, poeta notable, aunque algo incorrecto, institutor de gran crédito en el país y hombre muy versado en antigüedades indígenas, el cual me mostró en una colina próxima al pueblo, el lugar donde existió un día el palacio del célebre indio Tundama, jefe y señor de las numerosas huestes chibchas, que más valerosamente disputaron la posesión de aquel suelo a sus audaces conquistadores.

En la llanura, donde se dio la más encarnizada batalla entre españoles e indígenas, dicen que se levantan aun frecuentemente por el azadón o el arado, partes de las osamentas de los que perecieron en aquella porfiada lucha.

El pueblo, como las casitas que le rodean, tiene un aspecto de limpieza muy agradable; en el centro de su plaza hay, como en la de Santa Rosa, un magnífico grupo de sauces gigantescos, que son un vistosísimo adorno; y muchas de sus calles tienen anchas aceras de lajas de arenisca arcillosa muy compacta, en que abundan extraordinariamente los cerros próximos.

La población de Duitama comprende hoy más de 7.000 habitantes, incluso los del campo; su elevación sobre el nivel del mar es de 1.994 metros y su temperatura ordinaria la de 15°.

LUNES 18 DE DICIEMBRE

Antes de amanecer nos despertó el Rosario de la Aurora, con su música nada suave, la gritería de los muchachos y los disparos de enormes cohetes. Salimos a las ocho y media en dirección al sur acompañados de los Señores Solano y Reyes; trepamos al cerro de Cargua, desde cuya pedregosa cima se divisan los valles de Duitama y de Bonza, regados por el Chiticui y el Surba, tributarios del Sogamoso. La vista que se disfruta desde aquel lugar, sobre uno y otro valle, es verdaderamente espléndida; y sobre el segundo particularmente se dilata hasta la remota hacienda de El Salitre, divisándose en las mañanas serenas el ligero vapor de las aguas termales de que hemos hablado anteriormente.

La diez serían cuando llegamos de regreso a Paipa, donde nos aguardaba el Dr. Cortés Holguín, en cuya casa almorzamos, saliendo luego en su compañía para una hacienda de su propiedad, distante como unas dos leguas al suroeste de Paipa y casi en el mismo camino de la Villa de Leiva, por donde teníamos que pasar precisamente para ir a Chiquinquirá, donde deseaba encontrarme durante las fiestas de pascua, época en que su celeberrimo santuario, se halla extraordinariamente concurrido por numerosas caravanas de romeros, que acuden a cumplir sus promesas religiosas de todos los Estados de la república.

A las dos horas de camino, parte del cual era el mismo que habíamos llevado al dirigirnos de Tunja a Paipa, sepárase este a la derecha y cruzando algunos cerros un tanto ásperos y cubiertos de espesos matorrales y arbustos, llegamos al fin al caserío indicado, llamado Ocusá, como el ameno valle que domina y un claro riachuelo que lo riega. En este valle hay algunas haciendas más, destinadas principalmente a la cría de ganados, con varias fuentes termales al pie de algunos cerros, y espesas matas de elevados alisos, que a lo lejos señalan la dirección de las corrientes, cuyas márgenes bordan y sombream.

En la quinta, que está perfectamente situada, al pie de una colina, y tiene todas las comodidades apetecibles, nos recibió y obsequió un hijo del Sr. Cortés, D. Enrique, que habitaba en ella con su numerosa y amable familia.

Después de comer, recorrimos parte de las dehesas o potreros, perfectamente pastados de diferentes gramíneas, constituyendo praderas, en gran parte artificiales, que son una mejora de grande utilidad en el país, y que pocos propietarios han introducido aún, a pesar del ejemplo y de los grandes productos que el Dr. Cortés obtiene, y que debiera haberlos inducido a abandonar su sistema rutinario.

Como la jornada del día siguiente hasta Leiva había de ser bastante larga, hicimos nuestros apuntes del día y nos retiramos a descansar, dejándolo todo dispuesto para nuestra marcha.

MARTES 19 DE DICIEMBRE

Nos levantamos con el día, y después de tomar un ligero desayuno, salimos para Leiva, acompañados del Sr. Cortés, hijo, y el Sr. Reyes, que fueron a despedirnos a larga distancia de la hacienda. El camino se dirige primero al este por colinas de terreno feraz muy cultivable, y en pequeñísima parte cultivado, cubierto a veces de apretados arbustos y otras solamente de gramíneas; sigue después por unas lomas con bosque alto y espeso de encinillos, y desciende más tarde a un valle largo y estrecho, hasta un claro arroyo sombreado de alisos en sus márgenes, donde se ven algunos ranchitos y sementeras de maíz en las laderas de un lado y otro.

En el bosque encontramos algunas bellas orquídeas, de las cuales hice coger una para dibujarla en mi álbum; pasamos luego otros cerros del mismo carácter que los anteriores; descendimos a un profundísimo valle donde hay una ranchería con el nombre de Quirbaquirá, y trepando a otros cerros, entramos en otro valle cubierto de frailejones, con bosque a un lado y otro y algunas sementeras. Este valle se encajona entre cerros muy destrozados por la parte del sur, mientras que al norte le sirve de

límite una elevadísima cordillera, rota en algunos puntos para dar paso a las corrientes. Más adelante encontramos otra ranchería o hacienda con el nombre de Ihuaque o Iguaque, situada en el extremo occidental de la estrecha vega, que contiene en casi toda su extensión una densa capa de piedras rodadas, de varios tamaños, indicando que en época remota, el valle todo sirvió de lecho a grandes corrientes. Por la parte sur y ciñendo la falda de los cerros, corre hoy sólo un arroyo de modesto caudal, y cerca de él sigue el camino con un paralelismo casi exacto siendo lo admirable de esta vía, el raro ingenio que el director de ella tuvo que emplear para dirigirla siempre por los lugares más escabrosos y difíciles, continuamente estrechada entre el riachuelo y la falda de la montaña, habiendo podido disponer a su antojo de la llanura que queda a la otra orilla, libre de inundaciones, por donde el camino hubiera sido ancho y desembarazado y con sólo un pequeño declive.

Al llegar a Iguaque, el arroyo tuerce su curso hacia la abertura de la cordillera, que queda hacia el norte, donde adquiere la celeridad propia de un torrente, y sus cristales se quiebran en múltiples y espumosos raudales, por lo embarazado y escabroso de su lecho.

La rotura de estas montañas se verificó en la dirección sureste - noroeste en una línea diagonal al eje de la misma; la elevación de esta cordillera sobre el nivel del valle que por aquella parte ciñe, no bajará de 500 metros; la abertura en su parte superior es muy variable y presenta una anchura media próximamente de un kilómetro, limitándose en la inferior por unas partes a la del cauce del río y por otras a algunos metros más, en los ángulos salientes o entrantes que ofrecen los accidentes de la rota cordillera.

Más de una hora se tarda, a buen paso, en atravesar esta profunda escotadura, que sirve de comunicación entre el valle superior de Iguaque y el inferior donde se halla la Villa de Leiva. El camino, si tal nombre puede darse a una estrechísima senda erizada de peñascos, sigue siempre al lado del bullicioso riachuelo, ya elevándose a muchos metros de altura sobre las laderas escarpadas de un lado y otro, ya descendiendo casi

hasta el nivel de la corriente. Por todas partes se ven con asombro hacinados los trozos informes de la quebrantada serranía, ya en peñones de monstruoso tamaño arrojados al profundo cauce del río, ya en inmensas moles suspendidas, sin que se comprenda el punto de apoyo, sobre la cabeza del transeúnte, constantemente amenazada. Árboles gigantescos (robles en su mayor parte) levantan en los declives de ambos lados sus troncos robustos, formando sombríos bosques escalonados hasta las más levantadas cumbres, sin tener más apoyo en el suelo que una ligera capa detrítica y los intersticios de la roca estratificada, donde sus raíces se introducen, como si dotados de inteligencia, buscasen allí su más firme y seguro apoyo. Los gruesos estratos, que por una parte se hunden, Dios sabe hasta dónde, y por otra se elevan hasta la región de las nubes, asomando por donde quiera sus dientes formidables, casi siempre cortados en ángulo recto, indican, por su disposición discordante, que el cataclismo que dio lugar a aquella hendidura prolongada y maravillosa, fue acompañado de sublevaciones y hundimientos parciales, a que sin duda debe la montaña la fisonomía informe que por todas partes ofrece, y hasta la abertura de la grieta misma.

El ímpetu furioso de un extenso mar, lanzado de un valle a otro, aun siendo de un volumen y de una fuerza tan espantosa, que traspasase los límites de la comprensión humana, no explica cómo pudo ser destrozada y hendida por las aguas una barrera tan formidable; hay que buscar la causa en las fuerzas plutónicas, porque las neptónicas, cualesquiera que sean sus proporciones, son incapaces de producir fenómenos de una magnitud tan sorprendente.

Ansioso de contemplar los efectos de aquel prodigioso cataclismo, habíame adelantado solo, y a mi sabor admiraba el misterio profundo de que me hallaba rodeado. Al llegar al punto en que el cauce se estrecha, hasta formar junto al torrente una cavidad de paredes casi perpendiculares y de una altura inmensa, veíanse en su base grutas profundas, producidas por el derrumbe de las capas inferiores de las rocas, dando variedad al espectáculo, ya un enorme peñón suspendido en el aire por las raíces de un tronco robusto, ya un árbol corpulento inclinado sobre el abismo, sin

otro sostén que el ángulo saliente de uno de aquellos magníficos estratos. Entonces no pude menos de descubrirme y adorar a Dios, cuya incomprendible omnipotencia es la única que puede producir maravillas tan grandes.

El silencio solemne que allí reinaba, sólo era interrumpido por el rumor del torrente, sin cesar despeñado de roca en roca. Numerosas cascaditas bajaban de un lado y otro a pagar su humilde tributo al espumoso torrente, sobre cuyo cauce se pasa sin cesar de un lado a otro por numerosos puentecitos formados de troncos de árboles. De vez en cuando veíase alguno de estos gigantes de la vegetación despojados ya de sus hojas y tendidos en tierra por el ímpetu del viento, que, encajonados, suele convertirse en huracán furioso.

Unas veces pisando sobre enormes rocas, otras sobre fragmentos movedizos, rodados de las cumbres, y otras, por último, sobre la tupida red formada en ciertos parajes por las raíces de los troncos, era indispensable caminar con lentitud para evitar el peligro.

Donde la montaña se ostentaba menos escarpada y las laderas tenían menor inclinación, veíase subir la espesa columna de humo escapada del horno de algún carbonero, o de alguna choza miserable, pegada a las rocas, como un nido de águilas, con algunos metros de terreno a su alrededor, sembrados de maíz o de trigo, cuyos productos podrían servir apenas para mitigar por unos cuantos días el hambre de sus infelices moradores.

Los rayos del sol poniente dibujaban las siluetas de unas montañas sobre otras, tiñendo de púrpura el ramaje. Nada más bello y sorprendente que aquel espectáculo sublime, ante el cual las vistas más celebradas de los Alpes no tienen majestad ni importancia.

Al ocultarse el sol entre los espesos nubarrones que coronaban otro ramal de la cordillera distante, salí por fin a las primeras colinas que forman el valle de Leiva, en cuya población entré a las siete y media de la noche. Mis compañeros y mis criados no

podieron llegar hasta cerca de las nueve, y nos alojamos todos en la misma casa que habíamos ocupado antes, donde la amable familia que la habitaba nos recibió con el mayor cariño y agasajo.

MIÉRCOLES 20 Y JUEVES 21 DE DICIEMBRE

Empleamos un día en descansar y otro en hacer los preparativos para continuar nuestro viaje; porque en este país no se puede contar con otros recursos que los que uno mismo se proporciona, siendo muy difícil encontrar albergue ni alimentos fuera de las poblaciones, a no ser que el viajero se contente con dormir bajo un mal cobertizo y comer una mazamorra¹², caso de que haya, y una totuma de chicha, con lo cual el indio de las tierras altas se da por muy satisfecho.

Durante las primeras horas de la noche, hubo también la diversión propia de la época, o sea el Rosario, muy parecido al de Santa Rosa. En el de Leiva, vimos entre los matachines, que éste es el nombre que dan a los enmascarados que amenizan estas funciones y la del Corpus, un muchacho indígena disfrazado de indio salvaje, y adornado con hojas de helecho, como si quisiese tributar este recuerdo a sus progenitores. Tomé un apunte de este extraño y ridículo personaje, y lo hubiera hecho de todos los demás, si hubiese tenido tiempo para ello.

En la tarde del segundo día nos sorprendió súbitamente una estrepitosa algazara, producida por un grupo extraordinario de hombres, muchachos y mujeres, casi todos de raza indígena, que, dando gritos desaforados, y con entusiastas aclamaciones, acompañaban una especie de procesión, que entraba en el pueblo, con su acompañamiento indispensable de cohetes y música de tambor y chirimía. Cualquiera se hubiese figurado que el objeto de este festejo fuera el santo patrono del lugar o alguna otra imagen muy venerada; pero todo menos que eso: aquella frenética alegría era porque entraban en la población un fraile y un piano; el primero, capellán del

¹² Descrita ya en nuestra excursión a Ubaque.

convento de monjas, para el cual se destinaba el segundo, cuya conducción a hombros se disputaban los indios, ansiosos de ganar las indulgencias que el padre les tenía ofrecidas.

En medio del alborozo general que en el pueblo ocasionaba aquel plausible acontecimiento, un accidente desgraciado, pero natural y lógico, vino a amargar las dulzuras del regocijo: uno de los cohetes, caído al azar sobre el techo de una casa pajiza, prendió en él con tal violencia, que fue imposible detener los estragos de las llamas, y la casa quedó en breve reducida a cenizas. Estas desgracias se repiten sin cesar en la mayor parte de aquellas poblaciones, edificadas casi todas por el mismo sistema; y sin embargo de quedar a veces muchas familias reducidas a la miseria más espantosa, sin techo y sin abrigo, y teniendo que mendigar el sustento de puerta en puerta, hasta encontrar nuevos recursos con su trabajo, las desgracias ajenas y propias no les sirven jamás de escarmiento, ni las autoridades se cuidan de evitar el peligro inminente que los fuegos artificiales, lanzados sin discreción alguna, tienen para las poblaciones; sino que se abandonan y dejan abandonarse a los demás a los pueriles goces del ruido y del aturdimiento, sin lo cual creen que la imagen festejada no se dará por satisfecha de la veneración de sus devotos. Pero esta falta es más imputable todavía a los eclesiásticos que viven del culto, y que, siendo por lo regular, personas algo más ilustradas, y por consiguiente, más capaces de apreciar el riesgo, prefieren sostener tan pernicioso y ridículo entusiasmo, con tal de que la devoción sea para ellos más productiva.

VIERNES 22 DE DICIEMBRE

Salimos temprano con dirección a Chiquinquirá, a ver las grandes fiestas de la Virgen, y llegamos al pueblecito de Sutamarchán a las once de la mañana. Después continuamos por la misma vía de Ráquira, que habíamos traído anteriormente, hasta cerca de Tinjacá, donde el camino que debíamos seguir se aparta del llano y se dirige hacia el oeste por una asperísima cuesta, en terreno casi desnudo de vegetación, y que

deja ver por todas partes las capas destrozadas y revueltas de su primitiva formación geológica.

Por ser año de septenario¹³, la concurrencia era muy grande. Numerosos grupos de labriegos, de raza indígena en su mayor parte, y familias acomodadas, llenaban literalmente el camino, dirigiéndose en alegre romería al santuario de Chiquinquirá, cada uno con su petate a cuestas, así hombres como mujeres, entre las cuales, algunas de mayores recursos eran conducidas en rocines o mulas, sobre anchos sillones, forrados de terciopelo azul o rojo, y galoneados de plata u oro, incluso las gualdrapas, que cubrían a veces casi en totalidad sus cabalgaduras. Los hombres, que no iban a pie, montaban así mismo caballejos más o menos escuálidos, con anchas sillas chocontanas¹⁴, el rejo de enlazar pendiente del arzón, y la oscura ruana de bayeta de las altiplanicies o la prenda de idéntica forma, y de tela blanca y ligera, propia de las tierras calientes.

En ninguno de estos grupos faltaban por lo menos un tiple y una bandola, que iban tocando alegremente, así los de a pie como los de a caballo, sin dejar de caminar, y animándose unos a otros con la música, para no desmayar en la fatigosa marcha. En los grupos pedestres, sobre todo, solían acompañar a aquellos instrumentos el chucho o alfandoque, que consiste en un canuto de guadua o de chonta, en que introducen unas cuantas piedrezuelas, o algún otro cuerpo duro, y agitándolo a compás producen un ruido monótono.

Era de ver cómo aquellas pobres gentes, muchas de las cuales iban a pie desde tierras lejanas, por cumplir una promesa religiosa, sufrían con placer las penalidades del largo camino, deteniéndose de cuando en cuando, sin dejar por eso de tocar y cantar, para tomar, a la sombra de un grupo de árboles o de una cabaña, algunos momentos de reposo.

¹³ El vulgo tiene la creencia de que cada siete años la Virgen está dispuesta a favorecer a sus devotos.

¹⁴ Chocontá es una población cuya principal industria es la talabartería.

Al llegar cerca de la cumbre del cerro más empinado, proveíanse todos de una pequeña cruz, hecha con dos ramitas del primer árbol o arbusto que hallaban a mano, y que iban luego a depositar sobre una roca, como primera ofrenda, por haberles dejado la Virgen llegar con felicidad hasta aquel punto.

Desde allí dirigimos la vista hacia los terrenos inferiores que a la espalda dejábamos y se presentaba a nuestros ojos un panorama espléndido; a la derecha el ameno valle de Ráquira con las blancas paredes de sus casitas como asomadas por entre el ramaje de los sauces; a la izquierda y en el extremo opuesto del valle que acabábamos de atravesar, divisábanse entre la bruma los campanarios de la Villa de Leiva, sobre el sombrío grupo de sus tejados ennegrecidos. Desde allí dimos un adiós a los lugares donde habíamos pasado tan gratos momentos, y confundidos entre los grupos de romeros, seguimos adelante.

Una vez dominada la serranía, el terreno conserva su capa de humus, que en la mayor parte de las lomas han arrastrado las corrientes, y la vegetación se hace por grados más y más vigorosa, sucediendo los arbustos a las pequeñas gramíneas y raquílicas plantas que crecen en las grietas de las rocas, y a éstos, los árboles, a veces numerosos y corpulentos.

Después de atravesar varios cerros y cañadas más o menos pedregosos, se entra en un valle extenso y circuido de colinas, que se alzan en vasto semicírculo alrededor de un grupo de otras más elevadas que se extienden de norte a sur y prolongan sus estribos hasta el centro de la vega.

Al pasar encontramos muchos ranchitos improvisados para vender a los transeúntes algunos comestibles, pan y chicha casi exclusivamente; y vimos también dos aldehuelas o agrupaciones de chozas, llamada la primera Guayabita y Sasa la segunda.

Atravesamos la vega, por un camino que la corta de sureste a noroeste entre dos hileras de acopados sauces; y cruzando luego algunas colinas cubiertas de excelentes pastos, entramos en otra llanura, o mejor dicho, una prolongación de la primera, que vuelve sobre el oeste y puede decirse que es el verdadero valle de Chiquinquirá.

Cuando llegamos a la parte más elevada de las últimas colinas, llamó nuestra atención un grupo numeroso de romeros, que arrodillados sobre una pequeña explanada, junto a un humilde rancho, tenían delante de sí, fijas en el suelo, muchas cruces de tamaños diferentes, hechas de troncos, ramas y flores, por entre las cuales dirigían la vista y extendían las manos juntas, y en actitud de súplica ferviente, hacia el templo de Chiquinquirá, que se divisaba a lo lejos, como a dos leguas de distancia, sobre la falda oriental de las colinas situadas al otro lado del valle, destacando sus elevadas torres sobre el verde esmeralda de sus nacientes sementeras.

Como a media legua de la población atravesamos el río de la Balsa (célebre en los anales de la conquista), por un puente de ladrillo y piedra, de tres ojos y regular construcción, que, como todas las obras de su clase, pertenece a la época de la colonia, aunque después ha sido reedificado. Cerca del puente, en la orilla izquierda del mismo río y en un lugar a que dan allí el pomposo título de muelle, vimos, al pasar, una pequeña barca de ruedas, movidas por un sistema especial de palancas, que, por lo original de su forma, me resolví a copiar, y conservo en mi álbum.

A las cuatro de la tarde entramos en la población, donde nos esperaba nuestro compañero de expedición, el joven D. Francisco Santos, que nos había precedido un día, para buscar alojamiento, cosa difícil, por la mucha aglomeración de curiosos y devotos, en aquellas circunstancias, y que no hubiera podido conseguir a ningún precio, sin la cooperación de un caballero hacendado en las cercanías de la ciudad, llamado D. Domingo Bermúdez, a quien me había recomendado muy eficazmente el Sr. Montoya, desde la hacienda de La Compañía. Gracias a dicho señor, encontramos hospedaje en uno de los mejores sitios de la ciudad, y un buen potrero para nuestras mulas y caballos.

Alojémonos, pues, en una casa medianamente cómoda, situada en un ángulo de la plaza principal, no teniendo otra molestia que la de haber de arreglar las camas con nuestro propio equipaje.

Durante las primeras horas de la noche, recorrimos algunas calles de las más próximas al centro, y asistimos al Rosario, que, a pesar de las hogueras, fuegos artificiales y faroles de papel, presentaba ya un carácter algo más culto, por no ir acompañado del absurdo y repugnante aditamento de las máscaras, que, en otras poblaciones, hacen de este acto religioso un espectáculo grotesco y ridículo.

SÁBADO 23 DE DICIEMBRE

Nuestro primer cuidado, al levantarnos, fue visitar la iglesia principal, que ocupa uno de los frentes de la plaza. Para dar una idea completa, tanto del templo como de la población y de los que a ella acuden en romería, copiaremos los curiosos datos reunidos por el Dr. Ancízar en su ya citada obra titulada "Peregrinación de Apha"; pues además de los preciosos detalles en que abunda, está hecha la descripción con gracejo notable, y constituye una de las mejores páginas del libro a que aludimos. Dice así:

"En mitad de este valle se alza un caserío de teja y paja, por encima del cual sobresalen las paredes y torres de un templo de grandes dimensiones. Es Chiquinquirá, la villa de los milagros y peregrinaciones, centro a que se dirigen y de donde parten para todos los caminos, numerosos devotos a pie y a caballo. La pulida dama de las ciudades, con su largo traje de montar, su ligera ruanita de hilo, el reducido sombrero de jipijapa con velo verde, y el rostro enteramente cubierto con un pañuelo para preservarse del sol y del polvo; el caballero acompañante, montado en un potro de raza enjaezado con la ancha silla de Chocontá, descomunales espuelas, que hacen contra los cerrados estribos de cobre el ruido de una fragua, zamarros de piel de león, amplia ruana listada y sombrero de grandes alas cubierto de hule blanco.

La campesina rica, sentada confortablemente en su sillón colorado, con chapas de plata, ambos pies sobre una tablilla pendiente de fuertes correas, mientras la robusta persona se apoya contra el espaldar y los brazos del sillón, oprimiendo el lomo de un caballo vigoroso y sufridor, guiado por el complaciente y grave jefe de la familia, gloriosamente ataviado a lo orejón genuino, con todos los colores del arco-iris, el peón socorrano, de ruana diminuta, sombrero de trenza y calzón de manta rayada, manufacturas de su propia tierra; el de Girón y San Gil, vestido de azul y enriquecido el sombrero con un escandaloso hule nuevo, dejándose llevar más bien que acompañando a tres o cuatro paisanas suyas, con enaguas de lienzo también azul, rematadas por una arandela, sombrero de palma de copa alta y pañolón colorado con ramazón amarilla.

La guaricha bogotana, regordeta, pequeña, cara chispeante entre el embozo de la mantellina de paño, abundantes enaguas de bayeta fina y la patita encerrada en blanco alpargate; en suma, todos los matices del traje peculiar a cada provincia, todos los tipos de casta, desde el indio puro hasta el europeo de ojos azules, todas las edades y condiciones, se ven allí reunidas en una masa viviente, cuya idea cardinal es ver a la Virgen, cuya ocupación es el rezo, y su afán predominante es reunir velas de cera o de cebo para encenderlas delante de la imagen privilegiada, sin lo cual se duda que otorgue las gracias que vienen a demandarle".

"Chiquinquirá tocó en repartimiento y encomienda a Antonio de Santana, compañero del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada. La población de los indios estaba asentada a espaldas de la sierra de Coca, poco más de una legua granadina al este de la actual villa, por cuanto el valle era entonces desapacible, rodeado de bosques y cubierto de nieblas, de donde le vino el nombre chibcha que lleva. Fundó en él Santana sus aposentos y capilla, y para adornar ésta, pidió a Alonso de Narváez, pintor de Tunja, por los años de 1570, que le dibujara una imagen de la Virgen del Rosario. Narváez tomó una manta de algodón, tejido indígena, de vara y cuarta de alto y vara y tres cuartas de ancho, y, pintada la Virgen en el centro, como viese que le quedaba mucho espacio blanco a los lados, los llenó con las efigies de San Andrés y San

Antonio, poniendo ésta a la derecha de la Virgen en obsequio del encomendero, quien pagó por el cuadro veinte pesos de oro. Llevólo a su capilla, que era un rancho de paja de vara en tierra, en el cual se solía orar de día, y de noche se recogían a dormir los cerdos y las gallinas. Al poco tiempo quedó el cuadro mal parado y roto, como era de esperarse; y así estuvo hasta el año de 1586, en que María Ramos, cuñada de Santana, estando en devota oración el 26 de diciembre, vio que el cuadro descendió de donde lo tenían atado, y permaneció en el aire, renovada y resplandeciente la pintura. Larga información se hizo de este milagro, por orden del Arzobispo D. Fr. Luis de Zapata y Cárdenas, la cual he visto original en letra pastrana, en los archivos de la iglesia. De aquí datan la fama y milagros de esta imagen, la cual fue llevada con gran pompa a la ciudad de Tunja, devuelta después a Chiquinquirá a solicitud del Cacique D. Alonso, y colocada en varias capillas, hasta que a principios de este siglo se comenzó a edificar el suntuoso templo en que hoy está, consagrado en 1823".

"La fábrica del templo es grande, abovedada, de un orden de arquitectura que participa del jónico y corintio, costosamente labrada y muy sólida. En el fondo se halla un templete elegante, rodeado de cuatro altares en que a un tiempo pueden decirse otras tantas misas. Allí está, bajo un dosel enchapado de plata maciza, el famoso cuadro lleno de joyas y pedrerías antiguas de gran precio, entre las cuales sobresalen la media-luna de oro, cubierta de ricos encajes de filigrana sembrados de esmeraldas y colocada a los pies de la imagen, el cinturón cuajado de diamantes y esmeraldas, ofrenda de la Duquesa de Alba, y finalmente la corona de oro y gruesas esmeraldas y perlas. Visto de cerca el cuadro, se nota que es una pintura antiquísima al temple¹⁵, de bastante mérito artístico, y ejecutada sobre una manta de algodón, cuyo tejido está manifiesto en muchas partes. La profusión de joyas de que está cubierto el cuadro, y que han ido clavando en él, y la acción del tiempo y de la intemperie, a que antes estuvo expuesto, han borrado la pintura casi del todo, no obstante la renovación milagrosa de 1586. Pero la fe y el entusiasmo religioso la hacen ver bien clara, siendo tales la fama de la imagen y el fervor de sus devotos, que, anualmente, me aseguró el

¹⁵ Véase lo que decimos sobre este punto más adelante.

cura, vienen cerca de 30.000 peregrinos de todos los puntos de la República y algunos del Ecuador y del Perú, no faltando ejemplares de peregrinos venezolanos y aun españoles, venidos de Ultramar, sólo a cumplir promesas. Cada peregrino hace su ofrenda en velas, de las cuales arde un bosque entero sobre dos largas mesas colocadas al ingreso de la nave principal. Las misas, salves y rosarios solemnes son interminables; y si se atiende a que el precio de las misas varía desde 2 a 10 pesos, el de las salves y rosarios de 1 a 7, y el de las demás ceremonias en proporción, se viene en conocimiento de que no exageró nuestro baquiano de marras, cuando dijo que el concurso anual de fieles dejaba al cura unos 20.000 pesos, puesto que el total de las ofrendas puede estimarse en cerca de 40.000 pesos cada año, que repartidos entre 12 sacerdotes y 16 minoristas y cantores adscritos al servicio del templo, bien queda al cura la mitad, limpia de polvo y paja; magnífico destino de que dispone todavía la orden de Santo Domingo de Bogotá, dotando con él sucesivamente a los religiosos más antiguos".

Y luego añade en forma de nota:

"Estos proventos del cura se disminuyen mucho a causa de un comercio vergonzoso que practican varios clérigos sueltos o curas errantes que caen sobre Chiquinquirá como gorriones sobre sementeras. Ellos se anticipan a recoger de los peregrinos el dinero que traen para misas, situando mensajeros en las entradas de la ciudad y estableciendo un regateo que los hace a todos acreedores a la férula con que Jesucristo arrojó del templo a los tratantes y usureros que lo profanaban. Pero no es esto lo peor: Personas verídicas y competentes me informaron que todo ratero que no espera absolución en el confesonario de su propio cura, a menos que no restituya lo hurtado, halla en Chiquinquirá quien le remita el pecado, mediante un tributo a la Virgen. ¡Extraño modo de hacer cómplice y encubridora a la inocente imagen! La pluma se resiste a trazar las consecuencias lamentables que se deducen de tales abusos, no ya en detrimento de la moral y del orden civil solamente, sino en perjuicio y afrenta de la religión misma, desfigurada y prostituida con semejantes prácticas y las doctrinas que ellas presuponen. ¿De parte de quién están la impiedad y la irreligión?"

Entre lo que refiere el Sr. Ancízar y lo que nosotros presenciábamos no hay gran diferencia. Sorprendiéndonos, al entrar en el templo, un numerosísimo grupo de hombres, mujeres y muchachos que se agolpaban alrededor de una mesa, cerca de la cual se veía sentado un fraile con hábitos blancos, fisonomía ruda, y avinagrado gesto, con una pluma metálica sobre la oreja derecha. El Padre imponía silencio a aquella multitud con destempladas voces, al paso que recibía las ofrendas de los fieles, consistentes unas en metálico, otras en velas de cera o de sebo, y otras en ambas especies, haciendo una raya en un libro en blanco que tenía delante por cada cantidad que se le entregaba, ya para el pago de una misa, ya para el canto de una salve.

Era de ver el afán con que recogía las limosnas, haciendo resonar el dinero en el cestillo donde lo iba depositando; afán, que sin embargo, era menor que el de los devotos, que se disputaban a empellones los primeros puestos cerca de la mesa. El calentano de tostado rostro y enjutas mejillas, con su ruana de hilo, listada de vivos colores, rivalizaba con el indio de las tierras altas, envuelto en su bayetón oscuro, sobre quién había de depositar antes su ofrenda. Las mujeres de una y otra región se mostraban aún más impacientes por llegar hasta el fraile; y éste, al descuido, fijaba de cuando en cuando los ojos, ya en la más agraciada, ya en la que ofrecía mayor estipendio, a las cuales solía dar la preferencia sobre los promeseros de menor cuantía que llevaban sólo una simple salve o algunas velas.

En una hora escasa que duró mi observación, mezclándome entre los devotos, no recogería el buen Padre menos de cien pesos fuertes, amén de una carga de velas de diferentes tamaños, muchas de ellas adornadas de flores o de anchas tiras de papel dorado.

Frente a la mesa, y en ambos lados de la especie de vestíbulo que forma la entrada del templo, hallábanse cubiertas las paredes de grotescas pinturas, tratando de representar las escenas en que habían consistido los infinitos milagros obrados por la intercesión de la imagen: cuadros en que la piedad y la ignorancia unidas al fanatismo,

daban por resultado, en lugar de ejemplos para estimular la devoción discreta, las monstruosidades y ridiculeces más peregrinas y propias tan solo para desprestigiar a los ojos de toda persona sensata los santos objetos que desaparecen entre las formas de un repugnante fetichismo. Y sin embargo, estos cuadros, de una ridiculez incomparable, son el anzuelo más poderoso para pescar las dádivas de la muchedumbre ignorante, objeto a que se consagran con preferencia los que se dicen representantes de los pescadores de almas, discípulos del Nazareno, que, para mengua de la religión, han degenerado en pescadores de bolsillos.

Más adentro, en la nave principal, veíanse sobre dos tablas centenares de velas encendidas por los devotos, mientras que un grupo de personas de ambos sexos, arrodilladas cerca del altar mayor, hacían coro a un indio viejo, que rezaba la letanía de la Virgen, con tal propiedad, que cada palabra latina en sus labios era una barbaridad, si no una blasfemia. Retiréme de allí, temeroso de cometer a mi pesar la irreverencia de prorrumpir en carcajadas, y me fui a recorrer los altares, donde no encontré ni una sola obra artística de verdadero mérito.

De vuelta a mi hospedaje, recibí varias visitas de algunas personas de las más notables de la población, y por la noche asistí a una función teatral, en que algunos jóvenes aficionados trataron de representar el Baltasar, de Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda, y que lo hicieron con la propiedad que puede calcularse, improvisado el escenario en un patio espacioso al aire libre, como pudiera haberse hecho en los tiempos de Juan de la Encina o de Timoneda.

DOMINGO 24 DE DICIEMBRE

Desde antes de amanecer, sentíase en la calle un gran bullicio, causado por nuevas comparsas de romeros, que, cuanto más se acercaba la fiesta, acudían con mayor profusión, hiriendo el aire con el sonido desacorde y monótono de sus tiples, alfandoques o chuchos, panderetas y guacharacas. Por pronto que nos levantamos, ya las calles principales estaban literalmente llenas de un gentío numeroso, que a veces

obstruía el tránsito o lo embarazaba, como sucede en las grandes poblaciones de Europa, cuando alguna novedad atrae el concurso hacia un lugar determinado.

Los indios, que se consideran en romería, desde que salen de sus casas, hasta que regresan a ellas, no abandonan por un solo instante los instrumentos de que van provistos, ni dejan de hacer uso de ellos, ya paseando por las calles, ya sentados a descansar bajo el alero de alguna casa, y hasta creo que se sustituyen unos a otros en los breves momentos empleados en hacer sus comidas frugales en el sucio, repugnante y estrecho rincón de una chichería.

Durante la mañana, fui a visitar, con todo el detenimiento que el asunto requiere, la gran colección de milagros que adornan las paredes del templo, y que en el día anterior sólo pude ver a la ligera. Un tomo en folio podría llenarse con las ridiculeces en ellos contenidas; pero había tres de una originalidad tan sorprendente, que no puedo resistir a la tentación de dar cuenta de ellos a mis lectores; tanto más, cuanto que dos de los protagonistas eran mis compatriotas, y se cita uno de estos milagros como ocurrido en España. Representa el primero de los tres cuadros, cuya ejecución merece muy bien atribuirse al célebre pintor de Ubeda, un hombre en traje que no se ha usado jamás en ninguna nación ni en ninguna época, con una enorme espada introducida por una sien hasta la mitad de su longitud y saliendo la punta ensangrentada por el ojo del lado opuesto. Este hombre, que, sin duda había residido algún tiempo en la Nueva Granada, recibió la herida, según en una ortografía pésima refiere el cuadro, sin citar fecha ni nombre, en un puerto de España llamado San Lucas, equiparándolo tal vez con Sanlúcar de Barrameda. Este buen hombre, tan pronto como se sintió herido, se encomendó a la Virgen de Chiquinquirá, dirigióse a su casa, donde le sacaron la espada de la herida, y a los pocos días quedó sano y bueno, viniendo luego a esta población a colocar por sí mismo el cuadro en el templo de la Virgen, para edificación de los fieles.

El segundo cuadro es todavía más portentoso, porque revela en su autor conocimientos geográficos ignorados hasta ahora, haciendo el descubrimiento

maravilloso de que existe un paso ignorado entre el África septentrional y la América del Sur, por donde en sesenta días se puede pasar desde Argel a la cima de los Andes. Refiere el cuadro que se hallaba en Argel un español cautivo, que recibía constantemente de los moros un trato cruel por su fe y constancia religiosas; encomendóse un día a la Virgen de Chiquinquirá; huyó a un bosque, a donde sus enemigos no pudieron seguirle, y atravesando en sesenta días muchas montañas, llegó libre y salvo al templo de Chiquinquirá, a depositar a los pies de la imagen la ofrenda de gratitud que allí se ostenta.

Si conocimientos tan especiales revela en Geografía el autor del cuadro mencionado, no son menos dignos de admiración los que en ciencias físicas debió poseer el inventor del cuadro tercero. Trátase en él de un fenómeno de la electricidad, que dejaría tamaño a Franklin, y que en sus elucubraciones científicas no pudo sospechar siquiera ninguno de los grandes hombres que con más asiduidad y provecho estudiaron y estudian la naturaleza de este fluido. El caso es tan estupendo, que a no referirse como un milagro, lo cual lleva ya en sí todas las condiciones de un hecho sobrenatural y maravilloso, no habría quien pudiese creerlo. Érase, pues, un hombre, anónimo como los precedentes, que, sorprendido por una tempestad horrorosa, sintió caer sobre su cabeza un rayo; se encomendó a la Virgen de Chiquinquirá, y la exhalación eléctrica se dejó caer como avergonzada desde la cabeza de aquel hombre al suelo, sin producirle mal alguno; aunque entre la versión plástica y la escrita, se observa la contradicción de hallarse el devoto tendido en tierra y con la cabeza ensangrentada.

¡Oh divina religión de Jesucristo! religión de paz, de amor y de progreso; cómo te tratan los fariseos de la Nueva Ley; cómo te escarnecen y vilipendian los actuales mercaderes de tu templo augusto, que, ni aun lanzados de él a latigazos, pagarían una milésima parte de la pena horrible a que por sus delitos se hacen acreedores! Y el clero ilustrado y conecedor del espíritu evangélico, no se rebela contra estas abominaciones ni protesta contra el horrible cáncer que devora las entrañas del

catolicismo! ¿Habrán ante Dios menos responsabilidad para los cómplices que para los delincuentes?

Tiene mucha razón en sus apreciaciones en Dr. Ancízar.

En medio de la bulliciosa fiesta a que la población se hallaba entregada, recibí una invitación mortuoria para asistir a los funerales de una joven, que en la noche anterior había fallecido, y que pertenecía a una de las familias más notables, cuyos individuos fueron los primeros en acudir a ofrecérseme a las pocas horas de mi llegada. Un deber de gratitud me hizo acudir al llamamiento; el cortejo fúnebre se encontraba ya en la puerta de la casa mortuoria; el ataúd era conducido por seis jóvenes vestidos de negro, y precedido por dos bellas señoritas enlutadas. En el fondo del ataúd iba descubierto y brillantemente ataviado, el cadáver de una pobre niña de 17 años, linda como un ángel, y a quien la impía mano de la muerte no había logrado arrebatarse ni las correctas líneas de sus encantadoras facciones, ni la virginal y melancólica sonrisa que vagaba aún en sus entreabiertos labios.

¡Cuántas ilusiones iban a la tumba con aquellos despojos prematuramente arrancados a las esperanzas de aquel ser inocente y de su desolada familia! ¡Qué contraste tan horrible formaba a mis ojos aquel triste y doloroso espectáculo, con la algazara de la ignorante multitud, que se apiñaba al paso para ver el cadáver, sin que éste lograra excitar otro sentimiento que el de una curiosidad tan estúpida como los que la abrigan, y la cual satisfecha, les permitía volver a su habitual e insensible alegría, mezclando sus horribles voces con los ecos dolientes del *De profundis* y los sofocados sollozos de la familia y de los amigos que seguían hasta su última morada los preciosos restos de aquella desgraciada virgen!

De allí salí acompañado de algunos amigos a visitar en un extremo de la población un crecido número de tiendas de campaña dispuestas en fila, donde algunos industriales de la próxima ciudad de Vélez ponen a la venta varios géneros de confituras, de una elaboración especial, y que me recordaban en un todo las rosquillas de Fuenlabrada,

especialidad que tiene también su puesto de predilección en las cercanías de Madrid, durante la romería de su patrono San Isidro.

Compré algunas de aquellas confituras, ofrecidas a los transeúntes por mujeres veleñas, lindas en su mayor parte, y ataviadas, si no con lujo, con una esmerada limpieza, y regresé cuando ya anochecía a mi posada, sin poder olvidar un instante la impresión profunda que había producido en mí la escena dolorosa que poco antes había contemplado.

Los sentimientos de dolor, como las impresiones de alegría, colocan al espíritu en una situación extraña a que es necesario corresponder de algún modo con manifestaciones externas y expresivas, cantando o llorando, según las circunstancias, pero en alta voz, para hacer a los demás partícipes de nuestras emociones; por consiguiente, no pude menos de tomar la pluma y escribir en breve rato los siguientes versos, que dejé a mis amigos, como un tributo doloroso a la prematura desaparición del bellissimo astro que acababa de eclipsarse para el mundo.

ANTE EL CADAVER DE LA SEÑORITA
ISABEL QUIÑONES CASAS

¡Vedla allí! ¡Helada está! sobre su frente
El velo de la virgen suspendido,
Su cabello luciente
Entre el blanco cendal yace extendido.
Mármol sus manos son; mármol o hielo
Sus mórbidas mejillas, y en sus labios
La sonrisa del ángel aún se advierte;
Su materia es despojo de la muerte,
Su alma, imagen de Dios, voló ya al cielo.

¡Y tan bella, y tan joven, y la vida
Ver hundirse en el seno de la nada!
Y la ilusión apenas concebida,
Y la esperanza apenas vislumbrada,
Todo, cual humo vano,
Cual fantasma risueño,
Visto sólo al través de un vago ensueño,
Perderlo de una vez... y tan temprano!...

La existencia, misterio incomprensible,
¿Merece por ventura
El afán que nos cuesta?
Del ser bello y sensible,
Dotado de virtud y de hermosura,
Ved allí lo que resta!
¡Oh vida miserable y desdichada,
Del mezquino mortal tan deseada!

Interrogad a ese cadáver frío
De una virgen tan pura como bella,
¿Qué arcanos guarda el porvenir sombrío?
¿Qué deja en pos de sí la humana huella?
Nada responderá para esa turba
De seres desgraciados
Que el ajeno dolor jamás conturba;
Más los ojos de lágrimas bañados
Hacen que a Dios se eleve el pensamiento,
Y que el cadáver mudo
Responda a la conciencia:
Que de la eternidad la oculta ciencia
Sólo puede explicarla el sentimiento.

Al contemplar tu rostro, en que la muerte
Respetó los encantos de la vida,
¿Debo llorarte o envidiar tu suerte?
Del mundo en el tropel mi alma perdida,
Fantasmas halagüeños
De gloria y de placer doquier levanta,
Acaso fugitivos
Como tus castos, virginales sueños.

Ya que el azar de mi vivir errante
Colocó ante mis ojos,
En medio de una fiesta delirante,
Tus preciosos despojos,
Permíteme que llore, no que cante;
Y que mi débil y cansada musa,
Que ya cantar a la beldad rehúsa,
Exhale conmovida
Su acento lastimero,
Hasta que pueda, cual tranquilo espero,
Conocerme mejor en otra vida

LUNES 25 DE DICIEMBRE

La concurrencia se ha aumentado hoy aún más que ayer, y la población se halla convertida en una especie de hormiguero humano.

Después del almuerzo, monté a caballo y salí a recorrer los alrededores de la población, que son bellísimos. La capa sedimentosa de que se halla cubierta la vega es de un espesor considerable; y a causa sin duda de haber conservado mucha arboleda en las colinas y cerros próximos, se conserva en ellos esta capa primitiva, y la

vegetación por todas partes se ostenta lozana y vigorosa. En medio de la llanura se levantan en distintos puntos montecillos de poca elevación, de los que algunos parecen artificiales, según su perfecta forma cónica, y esto contribuye a quitar su monotonía al llano y a dar mayor variedad al paisaje.

De vuelta a casa, he recibido algunas visitas, cuyo número es ya tan crecido, que me impiden seguir mañana mi viaje, como lo tenía proyectado, por no dejar de cumplir con la obligación que los deberes sociales me imponen.

En las primeras horas de la noche, he presenciado desde mi balcón la fiesta del Rosario, durante la cual se ha quemado en fuegos artificiales una cantidad de pólvora increíble, no atreviéndome a permanecer en la plaza porque el continuo oleaje de la concurrencia era capaz de imponer temor al mismo Hércules, aunque estuviese provisto de su clava. Después no he podido menos de alegrarme de haber tomado con tiempo una determinación tan prudente, pues, al retirarse la multitud, que pasaba de diez mil personas, por las cuatro avenidas de la plaza, empezó a llover con bastante fuerza, y como querían todos salir a un tiempo, fue tal el tumulto, que algunos infelices que tuvieron la desgracia de caer, fueron horriblemente estropeados, sin que bastasen sus gritos a contener aquella irrupción de bárbaros, que pasaban sobre sus víctimas como las olas del mar sobre las arenas de la playa. Creo que habrá habido más de una desgracia, según los lamentos que en distintas direcciones se escuchaban; pero esto no ha interrumpido en lo más mínimo la bulliciosa alegría de la muchedumbre; y la algazara continúa; y los barriles de chicha se trasiegan sin cesar a los insaciables estómagos de los promeseros, hasta que caigan embriagados para levantarse después a proseguir la fiesta.

Una cosa ha llamado mi atención en estas reuniones de individuos de raza indígena más o menos pura; y es que mientras que los varones tocan, bailan y cantan, las hembras permanecen casi siempre meras espectadoras, manifestando así que conservan todavía algo de aquel profundo respeto que en el estado primitivo tiene la mujer hacia el hombre; pues no de otro modo puede explicarse la actitud pasiva de

seres cuya organización es más a propósito para tomar una parte activa en este género de diversiones, que la del sexo masculino, por lo general más reservado y circunspecto.

MARTES 26 DE DICIEMBRE

Hemos empezado a hacer los preparativos para nuestro viaje a las minas de esmeraldas de Muzo, expedición que al cabo nos ha sido forzoso aplazar por dos o tres días, por la dificultad que hay durante las fiestas de encontrar peones que nos acompañen y sean prácticos en tan difícil camino.

Por la tarde ha venido a buscarme uno de los clérigos más ilustrados de la población, el Dr. D. N. Rojas, para acompañarme a ver de cerca el cuadro de la Virgen, que le había yo manifestado deseos de examinar a la distancia conveniente, para formar juicio del cuadro como obra de arte.

Nos encaminamos, pues, a la iglesia, donde el cura había comisionado a un sacerdote para que me condujese al altar mayor y me colocase en el punto que yo deseaba. Subimos aunque con trabajo hasta ponernos al nivel del cuadro de la Virgen, que se halla a bastante altura, y que examiné a mi sabor y toqué para ver si podía descubrir por el empaste cómo había sido ejecutado. Parecíame unas veces al temple, por la carencia de brillo en los ya muy desvanecidos colores; pero otras me inclinaba a creer que había sido hecho, o por lo menos, retocado al óleo, al considerar que el cuadro conserva evidentes señales de haber estado sometido por algún tiempo a la intemperie, y que la lluvia no ha hecho otra cosa que mancharlo, siendo así que lo hubiera borrado completamente, a ser ejecutado por el primero de los dos sistemas indicados. Sea de esto lo que fuere, en las cuatro figuras de que se compone, los perfiles están ya poco determinados, así como los pliegues y el primitivo color del ropaje. El cuadro se halla en gran parte cubierto de joyas y adornos superpuestos, gusto que por desgracia domina aquí en el atavío de todas las imágenes, lo cual hace que desaparezca casi completamente el trabajo del artista, porque en realidad este

depravado gusto no deja al descubierto sino el rostro y las manos y no siempre en todas sus partes.

Mientras estuve contemplando la obra, el padre que me acompañaba, que era un fraile dominico en el traje de su religión, me hizo, aunque sucintamente, una relación histórica de la imagen, que escuché con la mayor atención, sólo por cortesía, pues de antemano conocía ya todos los detalles que el buen religioso me relataba.

Cuando bajamos del altar, di las gracias al sacerdote, que tuvo la bondad de acompañarme hasta la puerta del templo, a donde nos siguió un crecido número de indios que en él se hallaba, considerándome con respeto por las deferencias que había merecido, y con envidia por haberme visto llegar hasta el pie de aquella imagen tan venerada.

Al volver a casa me esperaba una escena conmovedora: dos jóvenes, comisionados por la familia de la señorita cuyo cadáver me había inspirado los versos del día anterior, me entregaron algunos ejemplares impresos de mi poesía, y una expresiva carta, en que la familia de la difunta me demostraba su gratitud con frases tan sentidas como afectuosas. Conservo la carta y uno de los ejemplares como recuerdo de la dolorosa escena que puso en mi mano la pluma, y de la buena amistad que aquella desolada familia se apresuró a ofrecerme. También he recibido un ramito de flores, dibujado por la pobre niña el día antes de su muerte, cual si presintiera su próximo fin y hubiera querido despedirse de sus compañeras copiando su imagen.

Como recuerdo de otro género pero curioso por demás, por ser uno de los objetos más característicos de las antiguas costumbres, que está ya a punto de desaparecer entre el caprichoso oleaje de la moda, he copiado uno de los vistosos sillones o jamugas, en que las mujeres de la clase media y las labradoras bien acomodadas suelen acudir a las romerías y hacer sus viajes.

Esta noche ha habido también fuegos artificiales y hogueras monstruosas, como en las noches anteriores, pero la concurrencia no ha sido tanta, por falta sin duda de la procesión o Rosario, que hoy, por fin de fiestas, ha salido a las tres de la tarde.

MIÉRCOLES 27 DE DICIEMBRE

Como día de mercado, la concurrencia ha sido mayor aún que en los precedentes, la cual se anunciaba desde la noche anterior con un bullicio de tal naturaleza, que me fue imposible dormir hasta bien entrada la mañana. Tal era la horrible barahúnda que traían los indios debajo de mis balcones con el son monótono de sus bárbaros instrumentos, capaces de despertar a una generación dormida en el sueño de la tumba.

Por la noche me han invitado a asistir a una tertulia de confianza o reunión de familia, dada en la casa del estimable caballero D. Eusebio Vélez. A las ocho y media fui allá acompañado de varios amigos, y encontramos en un modesto pero elegante saloncito, las personas de ambos sexos, que, puede decirse, constituyen el mejor círculo de la sociedad chiquinquireña. La belleza y amabilidad de muchas señoritas y señoras, la cortesía de los caballeros, y el ameno trato de toda la concurrencia, especialmente del dueño de la casa y su apreciable señora, me hicieron pasar un rato muy agradable, tanto más, cuanto que aquella reunión tenía para mí el doble aliciente de ser un obsequio que todos de acuerdo me tributaban, por mi carácter de español más que por otra cosa. Sería necesario ser insensibles a muestras de aprecio tan lisonjeras, para no experimentar el noble orgullo, que debe excitar en todo hombre el aprecio que se rinde a su patria. No ha habido población que no me haya tributado en mayor o menor escala muestras tan lisonjeras; pero la sociedad de Chiquinquirá, puedo decir que ha recibido hasta con entusiasmo mi humilde visita.

JUEVES 28 DE DICIEMBRE

Habiendo llovido mucho durante casi toda la noche, y puéstose por consecuencia intransitable la siempre difícil trocha que conduce a las minas de Muzo, he tenido que variar mi itinerario, dejando esta excursión para la vuelta, y tomar desde luego la vía del Estado de Santander, donde hay que admirar muchas curiosidades. El día desapacible y lluvioso, nos ha hecho demorar la salida hasta mañana, empleando hoy una parte del tiempo en los preparativos del viaje, y el resto en recibir y hacer algunas visitas.

A las fiestas religiosas han sucedido las profanas; pero éstas no tienen tanta animación como aquellas, y las corridas de toros que se han verificado ayer y hoy, no han ofrecido particularidad alguna que merezca mencionarse.

VIERNES 29 DE DICIEMBRE

Salimos de Chiquinquirá a las nueve y media de la mañana, en compañía de D. José David Guarín, uno de los escritores de costumbres más distinguidos de Colombia, y de dos caballeros que salieron a despedirnos a alguna distancia. El camino sigue por la falda oriental de las colinas que limitan el valle por la parte del oeste, en una dirección casi paralela al río de La Balsa, que va a desembocar hacia el norte, en un sitio por donde tuvo su desagüe el gran lago de Fúquene, reducido hoy a menos de una tercera parte de su extensión primitiva.

A las doce llegamos a un pueblecito llamado Saboyá, como a dos leguas de distancia de nuestro punto de partida, donde nos detuvimos a dar órdenes para que nos dispusiesen algo de almorzar, pasando luego a ver un monumento célebre, llamado la Piedra pintada, que se halla cerca de allí, a la izquierda del camino. Esta piedra, como otras muchas de mayor y menor tamaño, que cubren por aquella parte el terreno, es de arenisca bastante compacta, de color blanquecino que tira a ceniciento, y como aquellas, procede del fraccionamiento de los grandes estratos de la misma roca, que

dominan aún en ciertos parajes las más elevadas cumbres de la cordillera. Las dimensiones de este gran trozo no dejan de ser considerables; medido en la posición en que se halla colocado, tiene próximamente seis varas de altura, siete de ancho y cuatro de grueso su menor diámetro, que fue probablemente el espesor de la capa o estrato de que procede. Su forma angulosa e irregular, manifiesta a las claras lo violento de su segregación del todo a que pertenecía, pero conserva, sin embargo, en la forma de un plano casi perfecto, uno de sus frentes, que es el que mira a la parte oriental, por donde corre en profundo y pedregoso cauce el ya nombrado río de La Balsa. Desde aquel punto el río empieza ya a cambiar su nombre por el de Suárez, que, por un accidente, de poca importancia, que más adelante referiremos, se le dio en tiempos de la conquista, o el de Sarabita, como los indígenas le llamaban, y se le llama en la actualidad por los que desean devolver a ciertos lugares sus primitivos nombres.

El plano vertical de la piedra, donde se hallan los signos o jeroglíficos de que hablaremos después, está naturalmente pulimentado, hasta el punto de hacer creer a algunos viajeros que se han acercado a examinarla, entre ellos el Dr. Ancízar, que aquella tersura era producto del trabajo humano, sin considerar que todas las demás piedras que se hallan por allí diseminadas, tienen alguna de sus facas con igual pulimento, lo cual supondría una labor tan estéril como infructuosa, cuando se explica el hecho más fácilmente, considerando que esta superficie lisa y plana, observada en todos aquellos trozos de roca, debió ser la cara inferior de la capa estratiforme a que todas ellas pertenecían.

Los jeroglíficos, que el referido autor cree hechos a pincel, no se diferencian de los demás que hemos observado en otras varias piedras, ni en el paralelismo de muchas de sus figuras de tres líneas, trazadas evidentemente con los dedos centrales de la mano, ni en el color rojizo de que se valían ordinariamente, y que suele ser más intenso en la parte superior de las figuras trazadas, lo cual es otro indicio de no estar hechas a pincel, en cuyo caso la línea toda estaría igualmente cargada de tinta, sobre todo siendo muy prolongada, lo cual no puede suceder cuando se traza con los dedos, por la poca cantidad de pintura que éstos pueden contener en su superficie.

De las figuras que adornaban la piedra en un principio, son ya muy pocas las que se pueden apreciar en todos sus detalles; porque el mayor número de ellas ha desaparecido paulatinamente por la acción destructora del tiempo, las lluvias torrenciales y muy frecuentes de la zona ecuatorial, la ligera capa de musgo que por todas partes va cubriendo la piedra, y hasta por la bárbara codicia de algunos hombres, que, creyendo encontrar un tesoro oculto en las entrañas de aquella roca, han destruido inútilmente una gran parte de su extremidad superior, volando grandes trozos por medio del barreno y la pólvora.

Tomé un apunte de esta famosa piedra, en el estado en que la encontré, sin perjuicio de copiar detalladamente los jeroglíficos, tales como se encontraban hace treinta años y de los cuales se conserva una copia, que se dice bastante exacta, en la Biblioteca de Bogotá, cuyo director ha tenido la fineza de ofrecerme la lámina con dicho objeto.

Ya sean estos verdaderos jeroglíficos que encierren una parte de la historia del pueblo chibcha; ya sean sólo una conmemoración del importante acontecimiento de la rotura por aquella parte de la gran barrera que contuvo las aguas del lago de Fúquene, como lo hacen suponer varias de las figuras contenidas en cuantas piedras se hallan en situación análoga, como el renacuajo o rana con rabo, que se cree ser el símbolo de las grandes inundaciones, y que hemos hallado, no sólo en esta piedra, sino en otras próximas al Salto de Tequendama, al Puente de Pandi, en Yomasa, cerca del río Tunjuelo, en Suta-Tausa próxima a otra corriente, y en otros muchos parajes, donde las aguas contenidas en los lagos superandinos han logrado romper sus barreras; lo cierto es que hasta ahora no tienen explicación segura, porque los monumentos indígenas que pudieran servir de clave fueron casi en totalidad destruidos por la ignorancia de los conquistadores o por el fanatismo de los sacerdotes encargados en la conversión de los naturales, que formaban un gran empeño en aniquilar como cosas diabólicas y abominables cuantos objetos hubieran podido en épocas de mayor ilustración dar alguna luz sobre estas materias.

Después de examinar la piedra pintada, fuimos a visitar la iglesia del pueblo, cuyo aspecto exterior es bastante regular, aunque en el interior demuestra gran incuria y abandono. Entre los cuadros y esculturas que la adornan hay algunos medianos; pero el que más llamó nuestra atención, fue un bonito cuadro de Santa Teresa de Jesús, situado en el altar mayor, y que, por la originalidad de su estilo, que se separa completamente del de la generalidad de los pintores que han tratado de reproducir la imagen de la santa doctora de Ávila, se ve en el cuadro una entonación vigorosísima y cierta dureza en los contornos, que se asemeja mucho a las creaciones de Rivera, o de alguno de sus mejores imitadores. Cerca de este cuadro, y formando con él un contraste curioso, o una especie de parodia, se halla una escultura de Santa Bárbara, en traje de modistilla francesa, anticuada y de mal gusto, con vestido de volante de gasa color de rosa muy subido, ribetes de cinta azul y adornos de cuentas de cristal bronceado. La devota que tuvo la deplorable ocurrencia de vestir la imagen de un modo tan estrafalario, le plegó el traje con tan poca maña, que aparece en la parte anterior excesivamente abultado y corto, dando a la pobre santa el aspecto nada venerable de una mujer en cinta, ataviada para un baile de los que en España se llama de candil, o de gentes de medio pelo.

Otra escultura fijó también nuestras miradas por lo caprichoso de su atavío, y por la multitud de anacronismos que en ella había logrado acumular alguna beata ignorante: era ésta la de un Simón Cirineo, con polainas, calzón bombacho, chaqueta de majo andaluz y una cachucha o gorra con visera, como las que suelen usar los obreros de algunas poblaciones de Francia.

Después de este examen, y de un almuerzo ligero que nos fue servido, en le mejor chichería del lugar, con tanto agrado como falta de limpieza, continuamos nuestro camino, si tal nombre puede darse a la escabrosa y áspera senda, que con el pomposo e inmerecido nombre de camino nacional, conduce a los Estados del norte de la república, el cual sigue siempre a más o menos distancia de la orilla izquierda del Suárez, cuyo cauce se hace cada vez más pedregoso y profundo. El nombre del guerrero español dado a este río, no tiene otro origen que el de habersele ahogado el

caballo al tiempo de vadearlo, cuando los atrevidos invasores lo pasaron por primera vez, viniendo del Opón hacia las cumbres de la cordillera, donde existían entonces numerosas tribus indígenas, poseedoras de grandes riquezas.

Una de las mayores hazañas de los conquistadores de esta parte del Nuevo Mundo, fue el paso de tupidas selvas jamás exploradas, teniendo que luchar a un tiempo con inmensas muchedumbres de indios más o menos belicosos, con climas mortíferos, privaciones de todos géneros, fieras y reptiles ponzoñosos y cuantos obstáculos pueden oponer al hombre todos los elementos de destrucción acumulados por la Naturaleza. Hoy, después de una lucha incesante de cerca de cuatro siglos, en que el hombre viene trabajando con ayuda de todos los recursos que la civilización le presta, para vencer aquellos obstáculos, que se disminuyen más cada día, tendríase por una verdadera temeridad el acometer la empresa que aquellos audaces aventureros llevaron a cabo.

La formación geológica del terreno desde Saboyá en adelante, es la misma que habíamos observado en la parte que acabábamos de recorrer del mismo ramal de la cordillera: esto es, capas confusas de greda amarilla, esquistos arcillosos de diferentes colores, algunas arenas impregnadas de óxido de hierro, y por todas partes grandes peñones erráticos, despojos de las destrozadas cumbres; lomas cubiertas por una capa más o menos densa de tierra vegetal y valles fecundados por los detritus de las mismas rocas.

A las tres de la tarde llegamos al límite del territorio de Boyacá, y entramos en el de Santander, cuya división está marcada por un arroyuelo, tributario del mismo río antes mencionado. Por esta parte se ven ya los montes vestidos de bosque espeso, en que hay muchos árboles seculares, particularmente robles; y la temperatura benigna permite el desarrollo de ciertas plantas de clima templado y entre ellas hermosos helechos arborescentes. A un lado y otro de la vía se ven algunos pequeños desmontes cultivados de maíz y yuca, alrededor de ranchitos miserables.

Desde que se entra en el territorio de Santander, se advierten ya más cuidados los caminos, algunas calzadas de piedras sueltas en los lugares pantanosos, y los puentes de los muchos arroyos que hay que atravesar, aunque rústicos y deleznable, están contruidos con más esmero.

Como a las cuatro o poco más descendimos por una cuchilla muy pedregosa hasta el cauce del Saravita, donde hay un puente cubierto con techo pajizo en un lugar donde las aguas se precipitan por diferentes brazos en una cascada de dos grandes escalones, el último de los cuales tiene una forma semicircular por donde el agua cae en ondas simétricas, lo cual produce un espectáculo bellissimo. Allí el cauce está encerrado en ambas orillas por escarpadas rocas cubiertas de vegetación, y cuyos estratos angulosos y blanquecinos, donde la piedra no está cubierta de musgo, asoman sus agudos dientes por entre los troncos de los árboles, como si fuesen la desmesurada boca de un monstruo enorme y sediento, que tratase de apagar su sed en las aguas que corren tumultuosas por el fondo de la cañada.

Más adelante encontramos sobre un arroyuelo otro puentecillo, cubierto también como el anterior, y algunos trozos de camino casi intransitables, a causa de los barrizales profundos y las enormes piedras que por todas partes lo obstruyen.

Por fin llegamos, ya cerca del oscurecer, a la cumbre de un cerro llamado Matarredonda, donde hallamos hospedaje en una casa medio tejada y medio pajiza, y en la que no había otros recursos que los de nuestras propias provisiones, que, afortunadamente no eran escasas. Desde allí se extiende la vista sobre colinas y cerros en su mayor partes destrozados por la acción de las aguas, quedando a nuestros pies, y a distancia de algunos kilómetros, un puente natural, muy notable, que dejamos para examinar a la vuelta. Por falta de camas, algunos de mis compañeros tuvieron que dormir sobre esteras; yo hice suspender mi hamaca de las tortuosas vigas del techo, y aunque con bastante frío, pasé la noche quizá con menos molestia que ellos, pero eso no me impidió tener que levantarme antes de amanecer, para ir a calentarme a la cocina, donde compartí alegremente mi desayuno con tres muchachitos indios, de dos

a cinco años, desnudos completamente, y cuya gratitud fue tanta, que no se separaron de mí un solo momento hasta nuestra partida.

SÁBADO 30 DE DICIEMBRE

Salimos a las ocho de la mañana en dirección a Puente Nacional, encontrando muy malo el camino, a causa de la constante lluvia de la noche anterior. Desde Matarredonda hasta el pueblecito que recibe su nombre del puente, es todo una cuesta como de dos horas de bajada por terreno pizarroso con bancos de greda que en el fondo del valle se mezcla con arenas rojizas. Desde media hora antes de bajar a la población, aparece ya ésta, recostada sobre la falda sureste de unos cerros bastante elevados, y en gran parte reducidos a cultivo, destacándose sobre sus casas, casi todas de teja, su linda iglesia, en construcción aún, que ocupa la parte principal de uno de los frentes de la plaza, y cuya fachada de piedra, elegante y sencilla, recuerda en algunos detalles el gusto griego.

Ya en el último tercio de la bajada, la vegetación lozana y vigorosa toma el carácter que siempre ostenta en las tierras cálidas. A un lado y otro del camino se ven ya los guayabos y algodonereros silvestres, las plantaciones de yuca, y los plátanos de anchas y lucientes hojas. Los mangos de tupido follaje, y los naranjos y limoneros crecen alrededor de los humildes ranchos, dando sombra a sus rústicos pórticos, sostenidos por columnas de troncos de helechos arborescentes, o adornando los huertecillos próximos a la vivienda de los labradores.

Por el fondo del valle se ve correr como una blanca cinta sobre su lecho espumoso el río de La Balsa, que en este lugar se denomina ya abiertamente Sarabita o Suárez, hasta que más adelante se reúne con el Sogamoso y pierde su nombre.

Los terrenos próximos al lecho del Sarabita, y su lecho mismo, están sembrados de trozos de roca, y gruesos estratos de caliza carbonífera o conglomerado brechiforme,

en cuya masa se ven incrustados materiales heterogéneos de distintos colores y un prodigioso número de amonitas.

Pasamos el río por un puente cubierto, como los dos anteriores, y entramos en el pueblo a eso de las diez y media, donde nos detuvimos a almorzar y a dar algún descanso a nuestras caballerías en extremo fatigadas.

Era nuestro propósito continuar hasta Vélez; pero tales fueron las instancias del párroco, Dr. Salazar, y algunos amigos suyos, para que nos detuviésemos hasta el día siguiente, que nos pareció una descortesía no acceder a sus ruegos, y decidimos aplazar nuestra marcha, tanto más cuanto que el calor era sofocante, y las nubes que se iban aglomerando hacia las montañas del sureste amenazaban convertirse durante la tarde en una tempestad, que sin duda nos hubiera envuelto antes de concluir nuestra jornada.

Deseaban también nuestros improvisados amigos llevarnos a visitar una linda quebrada que hay al sur de la población, y que a poca distancia del pueblo desagua en el Sarabita, y ofrecernos el espectáculo del delicioso panorama que el valle presenta contemplado desde los cerros que por aquella parte lo dominan. Para ello pusieron a nuestra disposición los caballos necesarios, y todos juntos fuimos a las orillas de la quebrada, donde algunos tomaron un baño, a pesar de lo turbio y frío de la corriente.

Entre los colombianos el baño es una especie de manía, algo excusable en los climas cálidos y hasta en los templados, aunque raya en exceso; pero que no se comprende en los climas fríos de las cordilleras, donde sin embargo, existe también, aunque confiesan que no les proporciona placer alguno, sino por el contrario un malestar, que a veces dura muchas horas.

Estos baños de inmersión, tomados de una manera inconsiderada, a veces en agua de bajísima temperatura y al aire libre, donde bajan de los páramos corrientes de viento helado, son a mi juicio, la causa que determina en muchos casos la enfermedad cruel,

tan extendida en la Nueva Granada, y que se conoce con los nombres de Elefantiasis, Lepra, o mal de San Lázaro, que no es otra cosa, en un principio, según varios médicos, sino una perversión de humores, ocasionada por los cambios bruscos de temperatura a que dan lugar especialmente estos baños tomados sin precauciones de ningún género.

Antes de volver al lugar, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, convertida después en aguaceros copiosos, que duraron toda la tarde y una gran parte de la noche.

La población contendrá unos 12.000 habitantes, incluso los del campo; sus principales productos son maíz y miel de caña; su temperatura es la de 21° del centígrado y su elevación sobre el nivel del mar 1.608 metros.

DOMINGO 31 DE DICIEMBRE

Salimos a las ocho de la mañana, con un día casi despejado, viéndose sólo algunas nubecillas blancas extendidas como velos de tul en las faldas de los montes más elevados. Trepamos por una larga cuesta hasta llegar a una altura llamada el Alto de Tuyamuca, desde donde se divisaba a la izquierda un valle profundo, en gran parte cultivado, con un número inmenso de casitas de paja, y en una especie de meseta central el pueblecito de Guavatá, cuya blanca torre se destacaba sobre sus modestos edificios. Dejamos a la derecha el valle del Puente, y empezamos a ascender, siempre en dirección al norte, viendo en las faldas de los opuestos cerros las pequeñas propiedades rurales, divididas por setos vivos, que, a lo lejos, parecían los simétricos cuadros de un tablero de damas.

Desde el principio de la cuesta que empezamos luego a bajar, y que además de ser muy pendiente, tenía en el camino una calzada de grandes piedras muy resbaladizas, divisábase ya a la derecha la ciudad de Vélez, fundada sobre la falda sur de una tendida y alta loma. Entretuvimos el camino muy agradablemente, recitándonos el Sr.

Guarín algunas de sus bellas composiciones poéticas, y a las diez y media hicimos alto en una cabaña para satisfacer la imperiosa necesidad que nos imponían nuestros estómagos, teniendo que valernos también de nuestras provisiones de repuesto, porque en la casa no había de venta más que chicha y unos panes llamados mogollas, compuestos casi de salvado, tan negros como la conciencia de un usurero, y de tan antigua fecha, que acaso se acordaban de los buenos tiempos de la conquista. Sin embargo, nuestro apetito era tal, que no nos atrevimos a desairarlos, y tomamos de ellos lo que buenamente pudimos masticar, que en honor sea dicho de nuestras mandíbulas, fue algo más de lo que en un principio podíamos prometernos.

Para llegar a Vélez, tuvimos que subir una larguísima cuesta, en su mayor parte de greda esquistosa, en que había muchos cantos rodados de caliza carbonífera con amonitas incrustadas. Como a los dos tercios de nuestra ascensión, el terreno, sin cambiar en un todo de carácter, veíase cubierto literalmente de las mismas piedras calizas, de diferentes tamaños, esféricas unas, esferoidales otras, y no pocas de figura elíptica, teniendo todas una especie de reborde o cordón en su circunferencia máxima, que les daba un aspecto extraño, y parecían proyectiles de calibres diferentes, arrojados al azar sobre aquel suelo negruzco, con el brillo que tiene el hierro antes de oxidarse. Algunas de estas piedras, sobre todo las elípticas, que tenían grietada su superficie a cuadros simétricos, tenían una semejanza perfecta con las conchas superiores de las tortugas, y parecían como otros tantos de estos animales petrificados.

A las dos de la tarde llegamos por fin a Vélez, que ocupa una especie de anfiteatro, al pie de los elevadísimos escarpes de la cordillera, y al principio de un extensísimo plano inclinado, que, en líneas ondulantes se desarrolla por la parte del este hasta lo más profundo del extenso y bien cultivado valle por cuyo fondo corre el Sarabita.

Las calles de la población, aunque en su mayor parte rectas, tienen todas un gran declive, que hace incómodo el tránsito, a lo cual contribuye en gran manera su pavimento de grandes piedras calcáreas, lisas y naturalmente pulimentadas, que

hacen peligrosos y continuos los resbalones, así para las personas como para los animales. Su plaza principal es bastante espaciosa, pero tiene el mismo defecto que sus calles, y la originalidad de que la iglesia ocupa uno de sus frentes, presentando a ella, no su fachada sino su costado izquierdo, mirándola desde su entrada, que ocupa una especie de recodo, formado expresamente en una de las calles laterales. El templo es de construcción antigua; se halla en lamentable abandono y no hay en él ni una sola imagen que verdaderamente merezca los honores del culto. Asistimos a la misa mayor, cuyos oficiantes daban voces muy desentonadas al desacorde son de un órgano más desentonado todavía, lo cual nos obligó a salir de allí antes de tiempo.

Uno de los amigos del Sr. Guarín nos tenía alojamiento dispuesto en una casa de la plaza, donde nos acomodamos en una habitación incómoda y estrecha, por tener ocupada una gran parte de las habitaciones una compañía de acróbatas y cómicos ambulantes, que recorría a la sazón las principales poblaciones del Estado.

Desde luego no me pareció de gran respetabilidad la casa, al ver alojada en ella la bulliciosa cohorte de ciudadanos, acostumbrados a representar todos los tipos de las diferentes clases sociales; pero que generalmente se reservan con predilección, para su uso particular, las truhanadas y bellaquerías de los personajes de más baja estofa.

Pero si malos barruntos me daba la forzosa compañía de cómicos y saltimbanquis, peores me los dio aún la presencia de la señora de la casa, vieja arriscada, tiesa y presumida, con ínfulas de doncella trasnochada, y que con sus sesenta años a la cola, trataba aún de hacer remilgos y piruetas, alisándose sus cuatro pelos mal avenidos y peor tapados por una redecilla de cuentas de vidrio de diversos colores.

Hízonos por introducción la buena señora una especie de cortesía a lo Madame de Pompadour, y después nos presentó dos sobrinitas, rechoncha y pechisacada la una, y de una palidez romántica la otra, que formaban un admirable contraste con las maneras un tanto francas y un mucho grotescas de su Sra. tía.

Llegada la hora de comer, nos dispensaron el honor de sentarse con nosotros a la mesa, y de tomar con nosotros también algunas copas de vino.

Había en la casa, sin duda para formar quarteto con la señora, dos guacamayos a medio desplumar y un loro de pico torcido, que chillaban sin cesar de una manera inaguantable, mientras que su ama regañaba en el mismo tono a dos indias de su servicio, más feas que el no tener, y tan sucias y desaliñadas como el mendigo que hace gala de su indigencia.

El cuarto que nos dieron para habitación, no tenía nada que envidiar a la dueña de la casa en lo viejo, ni a las criadas en lo sucio. El mueblaje se componía de dos tarimas apolilladas, cuyos pies eran otras tantas pilas de adobes, y un tablón a medio acepillar, sostenido a una cuarta del suelo por el mismo ingenioso sistema que las tarimas. Una mesa tosca con tres pies, y dos taburetes de baqueta, que, por estar constantemente de servicio, viajaban sin cesar de nuestro aposento al comedor, y de éste a la sala, completaban el resto de nuestro menaje, a pesar de ser cinco las personas que allí teníamos que alojarnos, contando entre ellas un hijo del Sr. Guarín, de unos ocho años de edad, que viajaba con su padre. Este y su hijo tuvieron que dormir juntos en una de las dos tarimas; a mí me dejaron la otra, que tenía encima una tela a que daban el nombre de colchón, sin que en nada lo mereciese, con una sola sábana, y una colcha que había sido blanca alguna vez, pero que seguramente no se acordaba ya de su última lavadura. No me detengo a describir el objeto que debía hacer las veces de almohada, porque su materia, tamaño y forma son de todo punto indescriptibles. Renuncié generosamente al uso de aquellas raras y nada envidiables ropas, y haciendo sacar las que llevaba de reserva para casos de esta especie, pude proporcionarme un lecho, aunque no cómodo, por lo menos limpio en la parte que de mí dependía.

Tan pronto como apagamos la luz, vistiéronse las paredes de un prodigioso número de cucarachas, y un ejército de ratones acometió nuestro equipaje, con tan hambrienta furia, que, hasta los zamarros del Sr. Guarín, que eran de cuero de res, amanecieron por la mañana horriblemente mutilados. Esta fue nuestra primera noche en Vélez.

Esta antigua ciudad tiene, como la mayor parte de los pueblos que acabábamos de recorrer, un aspecto muy marcado de decadencia, a pesar de su suelo feracísimo, en el cual se producen, a cortas distancias, todos los frutos de los climas templados y cálidos, principalmente el café, de calidad inmejorable; pero como el distrito carece de vías de comunicación, por donde exportar lo sobrante después del consumo, se mantiene en una pobreza lastimosa en medio de su gran abundancia. Sin embargo, sus habitantes esperan mejorar pronto, por medio de una vía férrea, en proyecto, con que tratan de unir la altiplanicie de Bogotá al puerto del Carare, desde el cual es ya navegable el río de este nombre, hasta su desembocadura en el Magdalena. Pero yo creo muy difícil la ejecución de este proyecto, porque, además de las dificultades que la explanación ofrece, tendrían que realizar la obra con capitales y brazos extranjeros, y la población existente en las comarcas que hubiera de recorrer la vía, es insuficiente para producir lo necesario para alimentarla, sobre todo cuando no hay ni un solo camino transversal por donde puedan conducir sus productos.

LUNES 1o. DE ENERO DE 1872

Durante la mañana, he salido a recorrer los alrededores de la ciudad, que son muy pintorescos. Vélez, antigua capital de provincia, fue fundada en 1539 por Martín Galiano, al pie de un gran tajo de la cordillera, y fue la segunda ciudad que se estableció en el Nuevo Reino de Granada. Produce plátanos, granadas, aguacates, piñas, melones, naranjas, guayabas, higos y otras frutas, de que fabrican bocadillos muy afamados, masatos y exquisitas conservas. Tiene hoy cerca de 20.000 habitantes, incluso los del campo; se halla a 2.190 metros sobre el nivel del mar y su temperatura es la de 21° centígrados.

Al regresar a nuestra posada, he recibido algunas visitas, y más tarde he tomado una vista de la parte occidental de la plaza y de los escarpes célebres llamados el Peñón, de donde, según los historiadores, se arrojaban en tropel los indios, en la época de la

conquista, prefiriendo la muerte a la servidumbre. Luego he escrito la siguiente epístola a mis amigos de Bogotá.

AL MOSAICO DE BOGOTA

Celebrando el feliz regreso de Europa
de nuestro compañero y amigo
el SR. JOSE MARIA SAMPER

Desde Vélez, el clásico terruño
De bocadillos y mujeres bellas
Esta os escribo de mi letra y puño.

De Alpha siguiendo las lucientes huellas,
Tomé del norte el áspero camino,
Huyendo a las políticas querellas.

En un hijo de yegua y de pollino,
O macho, con perdón de mis leyentes,
Llegué a Zipaquirá fosco y mohino.

Después a Nemocón, y a diferentes
Puntos de la sabana encantadora,
Donde pululan las muiscas gentes.

Mi salud, no tan buena como ahora,
Pues de dolor mi estómago era presa,
Mal adquirido en la humedad traidora

De quince días que pasé en La Mesa,
Comiendo fruta, aunque sabrosa, insana,
Abuso que mi pluma aquí confiesa.

Vi en Nemocón por tarde y por mañana
De un colegio el certamen, donde brilla
El fecundo trabajo de una hermana

De nuestro buen amigo Carrasquilla,
A quien por su virtud tanto queremos.
Dejé, aunque con pesar, aquella villa;

Y haciendo de equilibrio mil extremos,
A las tapias llegué de Lenguzaque
Sin romperme ninguno de mis remos.

Allí sufrí de nervios un ataque,
Al visitar la humilde sepultura¹⁶
De un hombre, cuyos restos no hay quien saque

De aquella soledad triste y oscura;
Y a quien por ser humilde en demasía
Su patria por honrarlo no se apura.

Los ecos de la pobre lira mía
Cerca de aquella tumba resonaron
Con las plegarias de la iglesia pía.

De allí pasé entre rocas que rodaron
Por antiguos y horribles ventisqueros
Y hasta el valle de Ráquira bajaron.

¹⁶ La del Dr. Romualdo Cuervo, inhumado allí en Agosto del año anterior y muerto a consecuencia de su viaje a los Llanos, por excitación del Gobierno de Colombia.

Vi fabricar al indio sus pucheros
Por el sistema bárbaro y salvaje
Que cuando sin rubor andaba en cueros.

Leiva me dio después grato hospedaje;
Fui luego a Tunja, la ciudad desierta,
Donde es preciso reforzar el traje.

Allí admiré un escudo en cada puerta;
Porque los castellanos infanzones,
No queriendo dejar su fama incierta,

Esculpieron en piedra sus blasones.
Las bellezas del arte, aunque se cuente
Un Neptuno con saco y sin calzones.

Conocido no más por su tridente,
Y a quien alguna mano peregrina
Llevó sin duda a coronar la fuente,

No son muchas, incluso la divina
Patrona de los bravos artilleros,
Disfrazada con manto y crinolina.

De la ciudad tocando a los linderos,
Visité los cojines, donde culto
Tributaban al sol los indios fueros.

Más tarde, en vano, en un lugar oculto,
Otro notable objeto de hallar trato,
Para lo cual las crónicas consulto.

Era el célebre Pozo de Donato,
Cubierto ya de limo y de juncales,
De la humana ambición vivo retrato.

Fui después por incultos pedregales
A visitar el sitio más famoso
Que registra la historia en sus anales:

Donde el templo existió de Sogamoso.
Sólo queda de tanta maravilla
El terreno arenisco y arcilloso;

Mas yo de sus columnas una astilla
Logré alcanzar, mediante un buen amigo,
Que hizo excavar la retostada arcilla.

Previne luego el necesario abrigo,
Y trepando a un lugar más encumbrado,
En el lago de Tota fui testigo

De un hecho singular muy celebrado:
El navegar a impulsos de la vela
El bajel que primero lo ha surcado.

Mas como el frío allí mi sangre hiela,
Bajé a buscar región más calurosa,
Por dolerme dos dientes y una muela.

La vega atravesé bella y frondosa,
Que de Paipa se extiende hasta el distrito,

Y a la plaza llegué de Santa Rosa.

Contemplé largo rato el aerolito,
Que debiera ocupar, según yo creo,
Más bien que aquel lugar, que es casi un mito,

Otro más digno de él en el Museo.
Fui de allí al valle, donde brota hirviente,
Velando en niebla el resplandor febeo,

No ya una sola, incomprensible fuente,
Sino en verdad un número que asombra,
Y que aumenta del Paipa la corriente.

Vénse correr sobre la verde alfombra,
De sales y de sulfuro impregnadas,
Las aguas que Salitre el vulgo nombra,

Dejando las arenas cobijadas
Por un espeso manto cristalino,
Cuyo reflejo ofende las miradas.

Y parece un cendal de blanco lino.
Cruzamos de Duitama la ancha vega,
De aspecto encantador y peregrino,

Que una quebrada con cristales riega;
Y en los cerros cercanos a Duitama
Mostráronme el lugar de la refriega,

Do su inútil valor mostró Tundama.

Dejamos el teatro del gran Zaque,
Digno de los honores de la fama,

Y por un boquerón llamado Ihuaque,
Donde rota se ve la cordillera
De inmensas fuerzas por el rudo ataque

Hacia Leiva emprendimos la carrera.
Tomamos de descanso y de respiro
Dos días en mansión tan placentera,

Que dejamos al fin con un suspiro.
Mezclados luego en el tumulto vario,
Y de Chiquinquirá tomando el giro,

Visitamos el bello santuario,
Donde lleva en ofrenda su dinero,
A la célebre Virgen del Rosario

El alegre y festivo promesero.
De tiples y tambores la algazara
Y el repique incesante del pandero,

No me dejan dormir, y me acibara
El placer del curioso, que sentía,
La turba de indios bulliciosa, ignara,

Congregada en la inmunda chichería.
Tentado estuve por volverme a Europa,
Huyendo de tan fiera algarabía.

De los tipleros la maldita tropa
Por doquier de tal modo me asediaba,
Que temí hallar un tiple hasta en la sopa.

Pero Dios, que algo bueno me guardaba,
Puso a David Guarín en mi sendero,
Un día que las calles paseaba.

Con él salí por fin; ya menos fiero
Se ostentaba el hado; pues con él recorro
Campos sin tamboril y sin tiplero.

Después de los dolores que así ahorro
A mi pobre cabeza conturbada,
Juntos pensamos ir hasta el Socorro;

Mas no sin antes ver la renombrada
Maravilla del Hoyo¹⁷, a quien debemos
La visita que está ya preparada.

Pero antes de acabar, bueno es que hablemos
Sobre la gratitud que mi alma siente
Por la franca amistad y los extremos

Con que por todas partes diligente
Me obliga y honra el pueblo colombiano,
De cuya hidalga y cariñosa gente
Quiero llamarme con orgullo hermano.

¹⁷ El del Aire, cerca de Vélez, de que hablo en otro lugar.

Tratábamos de salir hoy mismo a visitar el famoso Hoyo del Aire, para lo cual hemos buscado inútilmente caballerías de refresco, por estar las nuestras algo cansadas. Veremos si para mañana tenemos más fortuna.

La noche ha sido igual a la precedente.

MARTES 2 DE ENERO

Habiendo tenido que apelar al recurso de nuestras propias mulas, por no haber podido conseguir otras, tomamos un ligero desayuno y montamos a las nueve y media de la mañana, con un día bastante despejado, aunque, a causa de la lluvia de las noches anteriores, empezaban a levantarse desde muy temprano los blancos celajes, precursores y anuncios de segura lluvia repentina.

Tomamos la dirección del norte por la misma falda de la montaña a cuyo pie se halla Vélez, dejando a nuestra izquierda una prolongación extensísima de corte vertical que forma el Peñón, y que sigue la misma falda de la montaña, sin variar de nivel y cerca de su cumbre.

Una hora después, bajamos una cuesta que conduce a otra especie de anfiteatro inferior, abierto como el de Vélez, en la parte occidental del valle, y oriental de la cordillera, hallando en el centro de él el pueblecito de Chipatá, pequeña agrupación de casitas de paja y teja, y en cuyo pobre templo se verificaba a la sazón un solemne oficio de difuntos. Entramos en él, por si hallábamos alguna imagen digna de atención, y sólo encontramos una gran colección de Cristos en los últimos momentos de su misión divina, y algunos santos, que, por su ejecución artística, pudieran tomarse muy bien por ídolos de la primitiva raza. Llamó nuestra atención y no pudimos explicarnos el número de Cristos, tan superior al de las otras imágenes; porque generalmente en los templos católicos, suelen estar siempre en mayoría las de la Virgen, en sus diferentes advocaciones, por prestarse más a la devoción de las mujeres.

Antes de llegar al pueblo, encontramos al bajar la cuesta, las mismas capas geológicas con incrustaciones fósiles, que en igual altura próximamente habíamos hallado en el día anterior; sólo que por esta parte del monte las amonitas aparecían en lo general de mayor tamaño.

Pasamos luego una gran serie de cerros de distinta elevación y variada forma, cultivados en parte y en parte destinados a potreros o dehesas, cuyo suelo generalmente de greda y pizarra desmenuzada, estaba cubierto de gramíneas, y sus vertientes iban todas a morir a nuestra derecha a una quebrada llamada Ropero, tributaria del Sarabita.

La mayor parte del cultivo era de caña y yuca, con algunas matas de plátano, para el ordinario alimento de sus moradores, casi todos de raza indígena, albergados en pobrísimas chozas.

A distancia de unas tres leguas de Vélez, el camino que habíamos llevado se bifurca, dirigiéndose el de la izquierda hacia los pueblecitos de La Paz y La Aguada, y el de la derecha a otro llamado San Benito, que fue el que tomamos, por pasar a corta distancia del renombrado Hoyo del Aire, principal objeto de nuestra excursión de estos días. Una hora habíamos caminado desde la indicada bifurcación, sin que el terreno cambiase notablemente de aspecto; sólo se notaba la diferencia de ser los cerros más redondeados y las cañadas mucho más profundas. De pronto en la falda oriental de un cerro, notamos una gran depresión y algunas rocas que sobresalían entre la maleza, como si hubiese allí un gran barranco. Nos separamos de nuestro camino y nos dirigimos a aquel lugar por un estrecho y tortuoso sendero, que nos condujo a un rancho situado en la parte superior del cerro, en cuya falda se abre el Hoyo, cuando ya eran las tres y media de la tarde. Pedimos hospitalidad a las buenas gentes que lo habitaban, y habiéndonosla concedido de buen grado, dejamos las mulas cerca de la cabaña, y bajamos a pie con el objeto de examinar la renombrada maravilla.

Nos pareció en efecto digna de su fama, al contemplar desde uno de sus bordes aquel abismo cuya profundidad es espantosa.

Por la dificultad de proporcionarse aparatos para el descenso, no hay noticias de que hasta ahora, o por lo menos en épocas recientes, haya bajado persona alguna hasta su fondo, excepto mi respetable y desgraciado amigo el Dr. Romualdo Cuervo, que tomó medidas exactas de aquella profunda sima, y escribió sobre ella una ligera Memoria, cuya inserción me permitirán mis lectores; pues si bien no abunda en ella el estilo literario de un escritor, acostumbrado a dar forma elegante a sus ideas, tiene en cambio la belleza particular que presta a sus obras un carácter sencillo e ingenuo; y el sello de la veracidad más estricta;

DESCRIPCIÓN

De una de las maravillas que hay en la provincia de Vélez, denominada El Hoyo del Aire, hecha por un granadino que acompañó al Sr. Bergeron, individuo francés, en Julio de 1851.

La provincia de Vélez, rica por sus terrenos baldíos, rica por sus preciosidades en el reino vegetal, rica por los preciosos metales que encierran sus terrenos en su seno; pues hay oro, plata, cobre, plomo y esmeraldas; también es rica por la formación de su suelo, principalmente en sus rocas, las cuales presentan en diversas partes, puntos de vista sorprendentes y maravillosos, que pocas personas se toman el trabajo, o mejor dicho, pocas tienen el placer de verlas para admirar las maravillas del Creador.

Entre estas maravillas ocupa el primer lugar un punto llamado El Hoyo del Aire, que queda a cuatro horas distante de Vélez, entre los pueblos de Chipatá, La Paz y La Aguada.

Esta sorprendente maravilla, consiste en una profundidad formada por la naturaleza, sin que la mano del hombre haya concurrido en lo más mínimo a su formación; sus paredes formadas de fuertes rocas, ofrecen un punto de vista admirable; casi todas

son perpendiculares, pero en uno que otro punto hay algunas prominencias sobre las que hay algunos arbustos y en otras paja y musgo; el contorno de su boca está casi todo cubierto de arbustos más o menos grandes.

El curioso viajero que visita esta apacible mansión de las guacamayas, pericos y torcazas, siempre llega por primera vez a la parte más alta, y al acercarse a su borde descubre el centro cubierto de arbustos al parecer, los cuales se hallan a la distancia de 648 pies o 228 varas; por algunos momentos como que queda extático y en profundo silencio; la sangre como que se hiela al contemplar que una caída sería una muerte horrorosa e instantánea; su figura parece como que presenta un polígono irregular de más de 12 lados; su diámetro medido de los ángulos más salientes, tiene 510 pies, o 170 varas; a primera vista parece que tirando a mano una pequeña piedra, alcanza a tocar la muralla opuesta; pero apenas recorre un corto espacio, y luego parece que se viene hacia debajo de los pies del que tira; los voladores¹⁸ ordinarios arrojados al momento de prenderles fuego, no recorren la mitad del descenso sin acabarse.

Como esta profundidad está en un plano inclinado, tiene una parte más baja al sur y la más alta al oeste; la parte más baja tiene 432 pies o 144 varas. Esta medida se hizo dos veces con una cuerda que llevaba un peso de más de cuatro libras.

La fuerte roca que forma la muralla está dividida en varios bancos sobrepuestos, notándose bien la división; la piedra de la superficie es muy dura y de color de ceniza, y la del centro más blanda y de diversos colores.

He aquí una tosca descripción de lo que la vista distingue desde lo alto: descendamos al fondo a describir su suelo, del que nadie nos daba razón alguna.

¹⁸ Cohetes.

En varias veces que habíamos visitado este punto, habíamos conocido que no era difícil un descenso; y en otra ocasión habíamos anunciado que un día daríamos una descripción del fondo de esta profundidad.

Llegó, pues, el año de 1851, y en Julio, el Sr. A. Bergeron, habiendo leído la descripción de aquel hoyo, e informado por algunos individuos, formó el proyecto de visitar este punto y descender al fondo; para esto mandó hacer un aparato de madera que tenía una figura de una mediana mesa vuelta al revés, sostenida por dos fuertes arcos de hierro, un fuerte cable y una garrucha, todo de mucha seguridad, y en que debían bajar varias personas.

El 15 de Julio partimos de Bogotá, llevando todo lo necesario, y a los cinco días llegamos a Vélez; el 22 visitamos el Hoyo, saludándolo con varios voladores, anunciando visitar su suelo. El 23 se comenzaron los trabajos del aparato por dos carpinteros llevados de Vélez, los que concluyeron la obra el 25. En toda la mañana de este día se acabó de arreglar el aparato y la barquilla en que debía descender uno de los viajeros, que debía ser el granadino, porque el francés amaneció algo indispuesto y sin resolución de hacer aquel horroroso viaje, que en todos tiempos ha helado la sangre al más valiente de cuantos han visitado este punto.

Al fin a las 11 y 10 minutos, hora en que el termómetro marcaba 18° R., el granadino entró en una pequeña barquilla que había construido para que pesara menos que el otro aparato, que no se podía bajar sin dificultad. Poco antes habían llegado de la parroquia de Güepsa el Sr. Dr. Cerbeleón Pinzón, Dn. Francisco Vargas y D. Andrés Medina; además había mucha gente coronando los puntos de mejor vista. El Sr. Bergeron dio su cartera y el Sr. Dr. Pinzón la pluma de metal con que ha escrito sus obras, para que viajaran por aquella nueva tierra.

Habiendo saludado a todos los que se quedaban y dada la señal convenida, comenzó a bajar suavemente la barquilla hasta una ceja de la muralla, en donde fue necesario saltar a tierra para cortar algunos arbustos que impedían el libre descenso: volví a

entrar, y dada la señal convenida con una pequeña bandera, comenzó nuevamente a descender gradualmente. Hasta este punto el aeronauta baja sin mayor miedo; pero de allí para adelante, como la barquilla se separa de la muralla por la concavidad que hay, entonces es cuando se enfría la sangre, al verse lejos de la altura, y muy distante del suelo, sin otro apoyo que su barquilla; confesamos que sí es necesario tener mucha firmeza para este viaje aéreo. Como la barquilla daba pausadamente muchas vueltas, pude observar la concavidad con exactitud; por donde bajé se ve la roca en algunos puntos cortada oblicuamente por vetas delgadas de cuarzo.

Cuando la barquilla igualó con la copa del árbol más alto, dirigí la vista al fondo, creyendo que ya estaba casi en el suelo; pero cuánta fue mi admiración, al ver que faltaban más de 30 varas, y que hubieran crecido tanto los enanos arbustos que poco antes observábamos desde la altura.

Al fin, después de unas cuarenta varas más de descenso, llegué a pisar atrevidamente por primera vez el suelo de aquella horrible maravilla; y sólo allí es donde se conoce bien la sublimidad y grandeza que la adornan; allí es donde el viajero, elevando su vista a los altos bordes, queda extático al observar que los espectadores en lo alto parecen pequeños niños; allí es donde se forman las grandiosas ideas del poder y la grandeza del Supremo Artífice que hizo tan grandiosa obra. En fin, aquí se hallan reunidas estas cosas: la grandeza, la sublimidad, la hermosura, la belleza, la soledad y la admiración, acompañadas del horror.

Habiendo saltado a tierra, di gracias al Ser Supremo, porque me había concedido lo que tanto tiempo hacía que deseaba; saludé en seguida este nuevo continente con tres tiros de una gruesa pistola, pareciendo cada estallido el estruendo de un cañón de artillería: me parecía que toda la muralla se venía encima; en seguida despaché el correo con la noticia de haber llegado felizmente, invitando al Sr. Bergeron a que bajara a observar aquella nueva tierra, y viera lo que nadie había conquistado hasta entonces, o que si él no quería, que bajara otro. Pero el miedo en la boca del Hoyo estaba a mucha más altura que a la que ellos estaban de la profundidad. La prueba fue

que ninguno bajó. El correo subió y bajó por la cuerda delgada. En estos momentos oí voces en la altura que decían: "salga a donde lo veamos". Entonces me dirigí al subterráneo que queda hacia el Poniente. Desde la altura se ve allí un punto sin vegetación, a causa de quedar debajo de la tremenda roca, siendo éste el punto que causa más horror y pavoroso miedo: parece este punto, visto desde arriba, que está a nivel, y se llama la plazuela; pero se sufre una completa ilusión, pues es un plano tan inclinado, que para bajar se necesita muchas veces el apoyo de las manos. En este mismo punto está la puerta del subterráneo, formada por un arco mal trazado, cuya altura será como de 30 varas y unas 40 de ancho, poco más o menos; o mejor dicho, 40 varas de diámetro: esta altura va disminuyendo gradualmente hasta el punto que diré después.

Habiendo caminado por debajo de la roca como 40 varas, llegué a un punto en que ya no hay tanta inclinación en el piso y hay mucha piedra; aquí fue necesario encender la bujía de un farol de seguridad que el Sr. Bergeron había llevado desde Bogotá; ya allí comenzaba a faltar la luz natural. En este momento que se vio la luz, comenzó la desagradable música de un mil de guapacoes, como se llaman en la cueva de Tuluní en Chaparral, o chilladores como los llaman en Vélez: éstas son unas aves nocturnas del tamaño de un gavián, su color carmelito¹⁹ con puntas blancas; también las hay debajo del puente de Pandi; en todas tres partes las he visto. La música me duró hasta la salida. Desde este punto para adelante se camina por sobre piedras y por sobre los nidos de los chilladores; estos nidos están formados como de barro y del estiércol de las mismas aves; tienen una figura circular y poco cóncavos; a sus lados están amontonadas las pepas de las frutas que traen de las tierras calientes: entre estas pepas hay varias semillas de las palmas que hay por Carare y San Martín, en donde las he visto.

Había caminado como veinte varas más, cuando me sorprendió el ruido de una fuente cercana; adelanté el paso, y a poco vi que nacía otra fuente de debajo de unas piedras,

¹⁹ Leonado o canela claro.

y reuniéndose con la primera, formaba la corriente mayor ruido. Seguí mi examen siempre por la izquierda, por sobre piedras, hasta un punto en que por cesar el ruido del agua, me hizo advertir que desaguaba en un gran depósito que se extendía del uno al otro lado del subterráneo; aquí terminó con pesar mi examen; aquí con la escasa luz del farol, advertí que el techo de la roca terminaba gradualmente hasta servir de muralla al gran depósito de agua; no pude alcanzar a ver el conducto por donde se dirigía el agua para el lado del oriente, y sólo conocí que debe ser muy estrecho, porque desde el gran pozo hasta cerca de la entrada, está el rastro de un fuerte retroceso, conociéndose bien en la orilla que había formado el agua como se ve en la orilla de los ríos.

No pude saber la profundidad del pozo, porque no tenía absolutamente con qué medirlo; tiré una piedra para calcular por la caída su profundidad; pero los chilladores con su música no dejaron oír.

El techo del subterráneo no es igual: hay puntos más altos, y otros más bajos; lo ancho también varía, pues se va angostando; en el último punto tendrá como 12 varas de ancho.

El agua dirige su curso al sur, pero luego formando una línea curva, se dirige y sale al lado del oriente, como diremos después.

Terminado el examen, por la imposibilidad ya dicha, me volví al punto de entrada; en estos momentos quedé admirado al observar que el arco de 30 varas de la entrada apenas parecía que tenía media vara de alto, y una de ancho: ilusión causada por la distancia de más de cien varas, a que me hallaba; allí se distinguía una pequeña luz.

Habiendo salido de este penoso subterráneo con un calor como de 22°R (desgraciadamente se rompió el termómetro en el descenso, y no pudimos saber a punto fijo el calor; pero sudaba como en Tocaima), comencé mi examen por la orilla derecha. Cuando llegué al punto del descenso, creí encontrar algún otro curioso que

hubiera bajado; pero nada de esto: todos se hallaban tranquilos en los bordes, en atenta observación. Hallé de vuelta el correo, despaché la correspondencia, y seguí el examen siempre por la orilla derecha hasta quedar al frente del punto de descenso, observando en seguida si hallaba algún vestigio de los indios antiguos, y ni en el suelo, ni debajo de los alares de la muralla, encontré lo más mínimo que pudiera indicar que ellos hubieran pisado aquel suelo; tampoco hallé cuadrúpedos; sólo los esqueletos de un armadillo y de un perro, dando a conocer que habían caído de lo alto; tampoco encontré culebras ni otro reptil. La vuelta la hice tomando el diámetro para mejor examinar el terreno; esta travesía es dificultosa por lo cerrado del barzal. El monte se compone de grandes árboles, arbustos y barzal; hay árboles que tienen casi tres varas de circunferencia, otros dos, y otros una, y como cerca de 40 varas de altura; esta altura es precisa, porque los árboles mientras más sombra tienen más se elevan. Estos árboles son de tierra caliente, y han nacido de varias semillas que han soltado allí los chilladores; también hay como tres palmas, aunque no son muy interesantes. La superficie del suelo es muy inclinada. La inclinación está de Oriente a Poniente; todo está cubierto de piedra más o menos grande, pero no de mucha magnitud.

Terminado así mi examen como en hora y media, fuera de los tres cuartos de hora de descenso y media de ascenso, saludé esta pacífica mansión por última vez, con tres fuertes tiros, según la orden del Sr. Bergeron, recibida por el último correo.

Me acomodé nuevamente en la barquilla, y dada la voz convenida, comenzó a subir el aeronauta gradualmente hasta igualar con la copa del árbol más alto; pero luego comenzó la barquilla a dar ligeras vueltas; con lo cual sufrí el gran mareo, aumentándose así el horror que causa el aislamiento; pero a pocos minutos aquietó la barquilla y seguí felizmente, aunque no sin horror.

Al momento de salir al borde del hoyo, toda la gente se agrupó a verme, y habiendo salido, los unos me abrazaban, otros me daban la mano, mostrando todos suma complacencia y oyendo atentos la relación de lo que había visto.

A mi salida encontré varios individuos que habían ido a ver el descenso; entre ellos recordamos al Dr. Franco y su señora, al Sr. Aquileo Parra y varios otros, fuera de toda la gente que había concurrido hasta de la parroquia de La Paz.

SALIDA DEL AGUA POR LA PARTE DEL ORIENTE

El día anterior al descenso, quisimos probar si sería posible hacer el viaje por debajo de tierra²⁰ más bien que llevar a cabo la fuerte empresa del descenso, a pesar de estar casi todo preparado; para esto tomamos un diestro en aquellas malezas y nos dirigimos a la quebrada del gran Curí²¹. Con mucho trabajo llegamos al fin al punto por donde sale el agua, que parece salir del poniente; entramos descalzos; luego vimos que el agua a poca distancia de la salida, traía su dirección casi como de norte a sur; entramos con algún trabajo, por lo corrientoso del agua, como 20 varas, teniendo que suspender la empresa porque ya comenzaba a faltar la luz y no habíamos llevado farol. Conocimos que era imposible la entrada por lo fuerte de la corriente; y el ruido atronador en el subterráneo parece como el sonido de un fuerte bajón de órgano.

La piedra dentro del subterráneo es muy dura y también de color de ceniza, como la del borde del hoyo.

TRES PREGUNTAS QUE DEBE HACER TODO LECTOR DE ESTA DESCRIPCIÓN

(demasiado larga y molesta):

Primera: ¿Por qué se llama hoyo del aire; corre mucho aire?

Segunda: La quebrada que corre por la profundidad ¿de dónde procede?

²⁰ Tendrá como una milla el camino por debajo de tierra.

²¹ Se llama así, porque cuando llegaron los españoles a Vélez, en la conquista, al pasar por esta quebrada, vieron saltar un curí muy grande y la llamaron la Quebrada del Gran Curí. Así como se llama el río de Suárez, por haberse ahogado en él el caballo de un español Suárez.

Tercera: ¿Cuál será la causa física de la formación de este hoyo? ¿Será el cráter de algún volcán apagado?

En cuanto a la primera pregunta, decimos: que sucede allí lo que en varios puntos; que en algunos tiempos corre mucho viento, y como de la parte más baja hacia la más alta, hay como 90 varas, y como el aire corre siempre de sur a norte, naturalmente el aire en la parte más alta es mucho más fuerte; además la gente pobre que ha experimentado este fuerte viento, ha creído siempre que sube del centro del hoyo, y de aquí viene la equivocación y la creencia de que el aire sube del centro y por esto le han dado ese nombre de Hoyo del Aire; lo mismo que la creencia que tenían de que varios árboles que se ven allí, decían que eran árboles de los que producen las curas o aguacates, lo cual también es falso, pues no encontré un solo árbol de éstos.

En cuanto a la segunda, decimos: que toda el agua que baja de la parroquia de la Paz, dirige su curso por la hondura Gran Curí, pero muy arriba del Hoyo, dejando el cauce natural en un arenal; se sume y se encamina a pasar por el hoyo, y vuelve a salir al punto ya dicho arriba.

Respecto a la tercera, decimos: que en cuanto a la causa física y geológica, el ignorante debe callar delante de los sabios.- R. C. R.

Hablando ahora de las hipótesis que pueden formarse sobre el fenómeno que allí se observa, parece lo más probable, en vista de las capas geológicas que en la cavidad se descubren, en su mayor parte calizas más o menos compactas, algunas de greda ferruginosa, y otras en que abunda la pizarra; parece, repito, que la cavidad no tiene otro origen que el hundimiento de una gran caverna inferior, producido por un cataclismo, yendo a ocupar el terreno, que hoy forma la superficie del profundo hoyo, el fondo del gran vacío que antes formaba la caverna, lo cual pudo muy bien verificarse por la formación poco compacta y unida de las capas geológicas, mediante el enorme peso que sobre la cueva gravitaba y que la bóveda no pudo sin duda sostener por más tiempo, socavada en su base por las corrientes subterráneas.

Corroboran esta inducción las circunstancias de no haber en los alrededores señal alguna de erupciones volcánicas; la de existir en aquel sitio y a una gran profundidad una corriente que pudiera muy bien haber minado el terreno calizo; y sobre todas, la que parece indicar que se hundió de una vez, es la circunstancia de conservarse abajo perfectamente íntegra la capa vegetal de su superficie, con todos los árboles y plantas, que en un principio contenía, a juzgar por la homogeneidad que se observa en la vegetación del cerro todo y la del fondo del ancho abismo.

Sentados en sus bordes y sobre las piedras calcáreas que lo circuyen, erizadas de puntas sutiles, formadas por la acción atmosférica y las aguas de lluvia, hicimos una comida ligera, mientras se disponía lo necesario para tomar de él un dibujo a la aguada; pero las nubes determinaron aguarlo antes de tiempo, lo cual nos obligó a regresar de prisa al rancho para guarecernos de la lluvia.

MIÉRCOLES 3 DE ENERO

Después de una noche menos desagradable de lo que esperábamos, nos levantamos con el sol para recorrer algunos puntos próximos al Hoyo. El terreno es profundamente quebrado y de un aspecto salvaje y agreste; por todas partes se ven rocas calizas de varios tamaños y de color negruzco, y en todas direcciones se observan hundimientos parciales, sin duda del mismo origen que el gran hoyo.

Por una escotadura abierta entre dos montañas hacia la parte oriental del sitio en que nos hallábamos, divisábanse en primer término las paredes perpendiculares y estratificadas que forman el profundísimo cauce de la quebrada que lleva por nombre el Gran Curí, a donde no puede uno asomarse desde los cerros sin experimentar más terror aún, que el que se siente en el borde del hoyo cercano. Desde el amanecer veíanse salir del fondo de las quebradas, y principalmente de la que teníamos próxima, densas nieblas que poco a poco se iban elevando, y formaban una capa superior de nubes blancas y cenicientas, por entre las cuales llegaban hasta nosotros

los rayos del sol en extremo debilitados. Después de tomar el desayuno, volví a bajar al sitio del día anterior a continuar el dibujo que había tenido que interrumpir, y para el cual necesitaba aún por lo menos dos horas de trabajo. En el descenso, encontré muchos uveros, arrayanes y payos de flores blancas alrededor del hoyo.

Mientras concluía el dibujo que había comenzado el día anterior, mis amigos los Señores Guarín y Santos, se habían dirigido hacia las lomas que quedan al Oriente, para ver mejor la profundidad de la quebrada del Gran Curí y unos derrumbaderos que quedan a la izquierda, a que dan el nombre de "los cartuchos", por su forma especial, que describiré más tarde. Mis amigos volvieron a eso de las once entusiasmados con dos grandes noticias: la primera que Los Cartuchos eran una cosa notable y que en manera alguna debía dejar de ver; y la segunda, que al pie del sitio así llamado, se hallaba una cueva que había servido de enterramiento a los indígenas. Para entusiasarme más, el Sr. Guarín había hecho un ligero dibujo de aquella parte interesante del monte, y el joven Santos me traía los fragmentos de un cráneo, consistentes en un hueso frontal y un parietal, y además una mandíbula inferior que conservaba aún la mayor parte de sus molares. El hueso frontal particularmente demostraba, por su magnitud y forma haber pertenecido a un individuo adulto, varón probablemente, y dotado de un desarrollo cerebral, no muy común entre la raza indígena.

Teniendo en perspectiva el examen de objetos que llamaban mi atención de una manera tan poderosa, despachamos el almuerzo de prisa; y guiados por el dueño de la casa, y acompañados de algunos peones, nos encaminamos hacia la quebrada. Antes de llegar, pasamos cerca de algunos ranchitos, uno de ellos sobre todo tan miserable, que sus paredes apenas tendrían de elevación algunos dos pies desde el suelo hasta el arranque del empajado. Como a un kilómetro de distancia de aquel lugar, empieza la cuesta, que consiste en un plano sumamente inclinado, cuyo terreno cubierto de greda y cascajo, con algunas piedras erráticas, alimenta una capa de cierta gramínea especial llamada chusque, de tallo duro y consistente, que contribuye a hacer mucho más resbaladizo aquel horrible plano.

Empezamos a bajar, apoyándonos con la mano derecha en unos palos puntiagudos que al efecto llevábamos, y asiéndonos con la izquierda de las gramíneas que encontrábamos al paso, entre las cuales se hallaban más de una vez plantas espinosas, que, a pesar del dolor que nos producían, no nos atrevíamos a soltar, por miedo de caer rodando al abismo.

Desde el principio de la cuesta divisamos ya Los Cartuchos, a cuyo aspecto no pude menos de lanzar una exclamación de asombro, producida por un espectáculo tan sorprendente.

Figúrese el lector un elevadísimo cerro formado de calizas en estratos aproximadamente iguales, de uno a dos pies de espesor, donde artificialmente se hubiesen labrado a pico varios torreones de forma perfectamente cilíndrica, y algunos trozos de muralla para unirlos entre sí, como en las antiguas fortalezas romanas o góticas, y que además por capricho se hubiese dejado sobre cada uno de esos torreones una especie de cono formado de tierra vegetal donde se elevase una capa lozana de gramíneas y algunos arbustos; y tendrá una idea aproximada de aquel conjunto maravilloso. Todo esto ocupa una extensa línea semicircular en lo más elevado de un monte, y la base sobre que se apoya baja en laderas muy empinadas, hasta el fondo profundísimo de un claro arroyuelo, que lleva su agitado y espumoso curso por entre los trozos de roca desprendidos desde lo alto de las montañas.

En el lado opuesto la falda del monte ha sido también cortada por algunas partes en elevados escarpes por la acción lenta del tiempo, o por algún cataclismo; y los estratos de la roca aparecen en una gran extensión formando un altísimo muro, que sirve de base a otra escarpa superior, como bastiones medio desmoronados de una fortaleza ciclópea.

Después de admirar por largo rato aquellas maravillas imposibles de describir con exactitud, continuamos nuestro descenso cada vez más rápido y peligroso, por donde

un descuido, un resbalón o un mal paso, hubieran tenido la muerte por consecuencia inevitable. Pero nuestro deseo de llegar hasta el fin era más poderoso que el temor de que justamente nos halláramos poseídos, y con la ropa llena de barro, de caminar a veces a rastra, como los reptiles, y lo que es peor aún, con las manos ensangrentadas, bajamos hasta el pie de una escarpada y elevadísima roca, donde encontramos removido el terreno y la puerta de una pequeña cueva que nada contenía, porque los restos humanos que en algún tiempo encerraba habían sido esparcidos sobre la tierra polvorosa de la parte exterior, por los buscadores de oro y profanadores de sepulcros.

Entre los huesos que encontramos, había muchos de niños de corta edad, y los que eran de personas adultas, demostraban haber pertenecido a individuos de talla elevada y de constitución muy vigorosa.

A las cinco de la tarde empezó a caer una menuda lluvia que nos hizo pensar en nuestro regreso, con tanto más temor, cuanto que por aquel accidente debíamos encontrar a la subida mucho más resbaladizo el terreno. Dejamos por inútiles los palos puntiagudos que nos habían ayudado a bajar, y empezamos nuestra ascensión con trabajos que no son para escritos, fatigados y jadeantes, agarrándonos hasta con los dientes de todo cuanto encontrábamos, y maldiciendo la calaverada que nos había puesto en aquellos apuros, sin dejar por eso de reír como locos, y buscar ocurrencias que excitaran la hilaridad, acaso para ocultar mejor el miedo que nadie quería mostrar a las claras.

Por fin, al cabo de media hora de fatigas, sustos y sobresaltos, llegamos a puerto de salvación, donde nos detuvimos a respirar con el placer del que escapa milagrosamente de un grave riesgo; y a las seis menos cuarto, empapados por la lluvia, llegamos a la choza hospitalaria, a cuya puerta se hallaba mi escribiente muy tranquilo fumándose un cigarro, porque su falta de agilidad y la torpeza proverbial de sus pies, lo relevan siempre de exponer su pellejo a este género de aventuras.

Cenamos con los restos de nuestras provisiones y algo que pudieron añadir nuestros amables huéspedes, y nos acostamos temprano, tanto para madrugar al día siguiente, como para buscar en el reposo alivio a las fatigas de un día tan agitado.

JUEVES 4 DE ENERO

Regresamos hacia Vélez por el mismo camino que habíamos llevado; y al llegar a la gran cuesta que conduce a Chipatá, nos separamos un poco del camino para inspeccionar un gran derrumbe que hay en la falda norte de un cerro medianamente elevado, donde nos dijeron que existía un volcán que de cuando en cuando producía humo y alguna vez llegaba el fuego hasta la superficie. Aunque no había por allí señal alguna volcánica, la curiosidad nos llevó hasta las cercanías del derrumbe, donde sólo encontramos un terreno de pizarra carbonífera, con algunas vetas de pirita de hierro, que inflamándose al contacto de las aguas filtradas por la lluvia, produce el fenómeno llamado volcán por los sencillos habitantes de aquellos campos.

Al llegar a Vélez, en medio de una lluvia bastante copiosa, empezamos de nuevo a hacer diligencias para encontrar caballerías, que nos condujesen a los inmediatos pueblos de Bolívar y Las Cuevas, distantes una jornada, hacia la parte occidental, y en donde existen algunas curiosidades geológicas; pero todo fue inútil: ni encontramos quien nos las facilitase, ni era practicable el camino por aquella parte de la cordillera, a lo menos en doce o quince días después de cesar completamente las lluvias. Esto, y el saber por un viajero recién llegado que los caminos hacia la parte del Socorro se ponían cada vez más intransitables por la misma causa; y principalmente nuestro endiablado alojamiento, que deseábamos perder de vista a todo trance, nos obligaron a separarnos del Sr. Guarín, que debía seguir al otro día para dicha población, donde desempeña un importante cargo público, mientras nosotros regresábamos a Chiquinquirá y pueblos inmediatos de agradable clima, con el fin de hacer nuestra expedición a Muzo, si el tiempo mejoraba, o de volver a Bogotá, en el caso contrario.

VIERNES 5 DE ENERO

Apenas tomamos el desayuno, pedí la cuenta de nuestros gastos a mi remilgada posadera, que a nuestro pesar quería retenernos en su casa, con ánimo sin duda de desplumarnos, y tuvo la audacia de exigir lo que en cualquier hotel de una de las primeras capitales de Europa hubiera todavía parecido excesivo. Yo me acordé del cuento de aquel posadero, que, no habiendo tenido en todo un año más que un solo huésped, que se detuvo a almorzar, y pidió un par de huevos fritos, le exigió el importe de la renta anual de la casa; y como el viajero replicase asombrado, el posadero le contestó que siendo él el único que en aquel año había llegado a sus puertas, le hacía pagar por todos los que debieran haber llegado.

La patrona hubo de hacerse una cuenta parecida; pues, quejándose sin cesar de que los cómicos se habían ido sin pagarle, quiso buscar en nosotros una indemnización, que debió parecerle equitativa y justa, según la desfachatez con que hizo la demanda.

Pagué, pues, la cuenta, en que tácitamente iba incluida la de los comediantes, y nos despedimos de la buena señora, que recomiendo a mis lectores, por si alguno tuviese la ocurrencia de ir a Vélez, y cuyo nombre callo por un sentimiento de consideración al sexo a que pertenece.

Despedímonos de nuestro amigo Guarín con un sentido abrazo; pasamos por Puente Nacional a las dos y media de la tarde, y a las cinco llegamos a una ranchería próxima al Sarabita, donde pasamos medianamente la noche, que, como las precedentes, fue de copiosa e incesante lluvia. Antes de llegar al rancho, tuvimos ocasión de examinar el puente natural de que hablamos anteriormente, formado por enormes piedras que ocupan todo el cauce del Sarabita, en una extensión de más de doscientos metros, y por debajo de las cuales se han abierto paso las aguas del río, que corren a bastante profundidad con un ruido espantoso, sin desbordarse sino en las épocas de grandes lluvias.

SÁBADO 6 DE ENERO

Volvimos a entrar en Chiquinquirá en medio de una lluvia muy abundante. Nada de notable hubo en esta jornada, sino una caída de mi escribiente y su cabalgadura, en un lodazal profundísimo, de donde hubo que sacar a entrambos en una situación verdaderamente lamentable, que concluyó por ser cómica, cuando nos convencimos de que no había ocurrido ninguna desgracia.

Este día fue para mí muy triste, por ser el segundo aniversario de mi salida de Madrid, y separación de mi familia.

DOMINGO 7 DE ENERO

He recibido la visita de varios amigos, y hemos hecho los aprestos necesarios para una excursión a la próxima laguna de Fúquene, que se verificará mañana.

LUNES 8 DE ENERO

Dispuesto todo para la excursión a la laguna, habíamos fletado desde el día anterior el champán o barco de ruedas de que hablamos anteriormente; pero a última hora vinieron a avisarnos que era imposible pasar con él por el río de La Balsa, cuyo canal, único paso para la laguna, se hallaba en muchas partes obstruido por yerbas acuáticas que no dejaban paso sino para ligeras canoas o piraguas de las que usaban los indígenas y usan aún los actuales moradores de estas comarcas, para sus comunicaciones fluviales. Resolvimos, pues, verificar la expedición en canoas, con cuyo objeto el Sr. D. Domingo Bermúdez, puso a mi disposición una de su propiedad, de las más cómodas y capaces que por allí se conocen, y dos bogas prácticos en la navegación de la laguna. Además de esta canoa, fletamos otras dos para varios jóvenes que se disponían a acompañarnos, entre los cuales iban algunos músicos con sus instrumentos, para hacer la expedición más amena. Fuimos a caballo hasta el embarcadero, distante de la población como un cuarto de legua, y poco después del mediodía entramos a bordo de nuestras canoas, y empezamos a navegar río arriba en

dirección este-sureste. Las escopetas iban preparadas para hacer una guerra mortal a cuantas aves encontrásemos al paso, que debían ser muchas, según la opinión de los prácticos en el terreno. Como los músicos iban tocando algunas piezas, los ganados que pastaban en las orillas del río, acudían con una curiosidad notable, y algunos de ellos, sobre todo los caballos, no parecían del todo insensibles a los placeres de la armonía. Por espacio de dos horas seguimos el tortuoso cauce del mencionado río, que corre por el centro de una vega espaciosa y feraz, aunque en gran parte inundada; vega que se estrecha mucho al aproximarse a la laguna entre elevados cerros, cultivados en parte y en parte cubiertos aún del bosque primitivo. A nuestra espalda quedaba Chiquinquirá como envuelta en un manto de follaje, de la cual se veían tan solo cuando lo permitían las vueltas del río, las blancas y elevadas torres gemelas de su templo principal, como las velas de un buque anclado en la bahía de un mar de verdura.

Pasado el estrecho formado por los dos montes que avanzan, como para cerrar el semicírculo de la primera hoyá; montes que por su homogénea formación, indican haber sido uno solo, antes de que las aguas formasen la garganta que hoy los divide, se abre de nuevo otro ancho anfiteatro, por lo menos de dos leguas de extensión de norte a sur, y una, próximamente, de este a oeste. El cauce del río adquiere en este punto mayor ensanche, y la inundada llanura que constituye el fondo de lo que fue en un tiempo un gran depósito de aguas, viene a corroborar el constante sistema de lagos andinos, que en todas partes se observa, de niveles escalonados, vertiéndose unos en otros desde la época de sus primeros desagües, parciales en unos, como el de las lagunas de Fúquene, y totales en otros, como el de la planicie de Bogotá, y otras muchas, donde apenas quedan algunos pequeños espacios pantanosos.

Según íbamos avanzando en lo que llaman Laguna chica, del Letrado o de Simijaca, que ocupa la parte central del pantanoso valle que vamos describiendo, veíanse a nuestro frente los elevados picos y escarpadas rocas de Simijaca, cuyas bases ostentan profundos derrumbes producidos por el batir de las olas en la época en que, más que lago, merecían estos grandes depósitos la denominación de mares de agua dulce. Allí

se ve la formidable y elevadísima tajadura del cerro en que uno de los conquistadores, Alonso de Olalla, se precipitó, estrechado por los indios; siendo lo más admirable del caso, el haber quedado con vida y sólo con una pierna rota, gracias al ramaje de algunos árboles que detuvieron el ímpetu del golpe. El valeroso español que dio aquel peligrosísimo e involuntario salto, sin abandonar la espada que empuñaba, y con la cual hubo de herirse el rostro, dio su nombre con este suceso al lugar que describimos, y que se conoce hoy con el de Salto de Olalla.

Entre los cerros levantados al norte, donde se cierran casi completamente, para formar otra escotadura, por donde se comunica el lago pequeño con el grande, alzábanse dos montecillos de forma irregular, con otro más pequeño en el centro, constituyendo los tres una isla, sumergida completamente, durante el tiempo en que el nivel de las aguas de la laguna conservó su elevación primitiva. Algo más lejos, divisábase otra isleta de forma análoga a la anterior, y sumergida también en los tiempos en que lo estuvo aquella.

Eran ya cerca de las cinco de la tarde, cuando entramos en lo que se llama laguna pequeña, teniendo que penetrar por estrechos caños, formados entre espesos juncuales, cuyos tallos, de una magnitud enorme, salían fuera del agua tres o cuatro metros, y debajo tenían por lo menos otro tanto. El diámetro de estos juncos, en su base, llegaba a veces hasta cuatro o cinco centímetros; eran todos de un verde claro y brillante, y muchos de ellos tenían su extremidad superior, coronada por una hermosa espiga, en forma de borla, de color pardo con pintas amarillentas.

Allí nos detuvimos un rato para satisfacer la necesidad de nuestros estómagos, y regresamos para pernoctar en un caserío situado en la falda noreste de la cordillera, que por la parte del suroeste sirve de límite a la llanura, y que pertenece a D. Domingo Bermúdez, que desde por la mañana había tenido la amabilidad de ofrecérnoslo para hospedaje.

Cuando llegamos a él, el sol se había ocultado completamente; desembarcamos, y encontramos ya las órdenes dadas por el dueño, para que se pusiese a nuestra disposición la casa y cuanto hubiese en ella. Al desembarcar, contamos las piezas en que consistía la cacería que entre todos habíamos hecho, y nos encontramos con una docena de aves acuáticas de diferentes especies, que determinamos reservar para nuestras futuras provisiones, por si la excursión se prolongaba.

Mi primer cuidado, y el de algunos de mis compañeros, al subir a la casa, fue dirigirnos a la cocina, donde al amor de la lumbre mitigamos el hambre y el frío que nos habían molestado en las últimas horas de la tarde. Allí vimos repartir su ración de mazamorra a los peones de la labranza, extraída como en el caso de Ubaque, con un cucharón, semejante en tamaño a la pala de un horno, del centro de una enorme olla, dentro de la cual hubiera podido ocultarse completa y desahogadamente un muchacho de siete u ocho años.

Pasamos una parte de la noche en oír tocar a nuestros músicos algunas lindas piezas, principalmente aires del país; y después de tomar el indispensable chocolate, nos retiramos a descansar, lo mejor que se pudo, para levantarnos temprano, y continuar nuestra expedición al día siguiente.

MARTES 9 DE ENERO

Después de una noche bastante agradable, nos levantamos con el afán de llegar pronto a la gran laguna, que yo tenía muchos deseos de ver para poderla comparar con la de Tota, y otras anteriormente visitadas, pero especialmente con la primera.

No habíamos acabado aún de tomar nuestro desayuno, que tuvo por postre una gran taza de espumosa leche, recién ordeñada de algunas vacas, cuyo lustroso pelo manifestaba la robustez y salud de aquellos animales; leche acabada de ordeñar por una rolliza muchacha de bello semblante y agradables formas, cuando sentimos las pisadas de un caballo cerca de la casa: era el del Sr. Bermúdez, que se había

apresurado a madrugar para encontrarnos todavía en su quinta, y redoblar por sí mismo sus cuidados y ofrecimientos. El Sr. Bermúdez es uno de esos hombres que en nuestro idioma se califican con un adjetivo especial, que no tiene correspondencia en ningún otro; es lo que llamamos un hombre campechano. A sus modales finos y corteses, reúne un buen humor envidiable; y aunque su edad pasa de cincuenta años, da y recibe una broma con la misma jovialidad que un muchacho de veinte. Nos detuvimos a conversar con él un rato, mientras los peones conducían a las barquetas nuestras provisiones y nuestro ligero equipaje, y terminaba yo un dibujo del polluelo, no cubierto aún de plumas, de un ave acuática, bastante particular, a que aquí dan el nombre de gallineta, y de la madre a quien seguía.

A las nueve y media nos despedimos del Sr. Bermúdez, que, por sus muchas ocupaciones, no pudo acompañarnos; e hicimos rumbo a la isla pequeña, por entre los pantanos y juncales que habíamos atravesado el día anterior, tardando como unas dos horas en llegar frente a las islas. Estas, examinadas de cerca, tienen mucha más extensión de la que les habíamos supuesto; y una de ellas está formada por un tercer grupo de colinas a la parte suroeste de los dos cerros más altos, con bastante terreno reducido a cultivo, alrededor de una casita que en la cumbre de ella se levanta.

Desde bien temprano empezamos a encontrar en opuesta dirección a la que nosotros seguíamos, un número muy crecido de canoas tripuladas por indios, y cargadas de sal y otros artículos de consumo, que conducían, atravesando la laguna desde Ubaté y Fόμεque, al mercado de Chiquinquirá, que se celebra todos los miércoles. La tripulación de estas pequeñas piraguas, componíase en casi todas de dos o tres indios con canaleta o remo corto y de ancha pala, y muchas de ellas llevaban a guisa de vela una ruana o manta de las que los indios usan como abrigo, sujeta entre dos palos, en la disposición que puede observarse en el correspondiente dibujo.

Los indios nos saludaban a nuestro paso con la afable humildad que los indígenas de las cordilleras conservan aún como uno de sus rasgos característicos, y con el sombrero en la mano, y bajos los ojos, pronunciando el buenos días, sumerced mi

amo, o Bendito y alabado sea el Santísimo..., palabras sacramentales de su saludo, cuando éste se dirige a personas en quienes reconocen superioridad de categoría.

Algunos de ellos, al ver que nos dirigíamos hacia la laguna grande, que, no sin riesgo acababan ellos de atravesar, nos anunciaron que estaba muy brava y que formaba cogollo, con lo cual querían decir que se hallaban sus olas muy encrespadas, elevándose en forma de pirámides. Continuamos, sin embargo, y a eso de las dos de la tarde, penetramos en sus revueltas aguas, siguiendo su orilla occidental, hasta donde el oleaje, que saltaba por la proa y por la banda de estribor, nos hizo ya temer un fracaso.

Nuestros compañeros, que iban en canoas más ligeras, se quedaron prudentemente entre los juncales de la entrada, donde los encontramos a nuestro regreso. Yo, sin embargo, me empeñé en que habíamos de atravesar la laguna; di a los bogas la orden de seguir adelante, y éstos, entre indecisos y temerosos, obedecieron y continuaron remando. Cuanto más avanzábamos hacia el interior, las olas se encrespaban más y más; yo, que iba el primero en la proa, y recibía todos los golpes del agua que salpicaba, me encontraba ya con los vestidos completamente mojados, cual si me hubiese hallado expuesto por largo tiempo a una copiosa lluvia. Algunos de los jóvenes que me acompañaban, y que no sabían nadar, palidecían ante el peligro; mi escribiente temblaba, y en el movimiento de sus labios parece como que pedía a Dios misericordia; hasta los bogas mismos me rogaban que los mandase volver atrás, porque cada vez se hacía el riesgo más inminente. No queriendo llevar mi empeño hasta la terquedad, los hice virar de bordo; pero antes de completar la vuelta, nos tomó de través una ola, de la cual una gran parte se introdujo en nuestra piragua. - "¡Madre mía y Señora de Chiquinquirá!" -exclamaron a un tiempo los dos bogas, y haciendo un supremo esfuerzo con el canaleta, lograron poner la popa al viento, que era lo que necesitábamos para salvarnos. Una ola más, antes de terminar esta maniobra, hubiera dado al través con nuestra piragua, y Dios sabe cuáles hubieran sido las consecuencias.

La laguna, donde adquiere su mayor ensanche, tiene más de dos leguas de extensión de este a oeste, y tres por lo menos de norte a sur, con varias penínsulas y ensenadas, y algunas islas de corta extensión, cuyos picos, que pertenecen a los cerros sumergidos de algunos ramales de la cordillera, tienen poca vegetación, y ésta es pequeña y raquítica en su mayor parte.

Como la laguna de Tota, tiene también todos los accidentes de un mar diminuto; y la desventaja, respecto de aquella, de ser sus aguas turbias y un tanto cenagosas.

El tráfico es en esta mucho mayor que en la de Tota, porque hay cerca de sus márgenes poblaciones de más importancia; pero no hay ni con mucho el movimiento comercial que debiera haber, atendida la falta de otras vías de comunicación; ni se han construido barcas que ofrezcan condiciones de prontitud, seguridad y economía, y se contentan con hacer el tráfico con el mismo género de canoas usadas por los indios desde mucho antes de la conquista.

A las tres de la tarde estábamos de vuelta en las islas: abordamos a la más baja y pequeña de ellas, donde existe la casita de que antes hablamos, y donde no pudimos pernoctar, como era nuestro propósito, por no encontrarse en ella su dueño.

El terreno de esta isla, y probablemente el de la otra, que no examinamos, es un compuesto de greda esquistosa en capas levantadas de suroeste a noreste; la capa superior es de sedimento mezclado de cascajo, y conteniendo en varios puntos algunas piedras erráticas de arenisca ferruginosa. En los sitios donde la capa vegetal es más densa, se ven algunos grupos de árboles o arbustos, de poco medro, llamados hayuelos en el país, con el tronco cubierto de una capa de musgo, bastante densa, y él y las ramas muy retorcidas, lo que indica falta de fácil desarrollo. En lo demás del terreno que está sin cultivo, hay varias clases de arbustos también desmedrados, y en el resto sólo algunas gramíneas. Lo que sí contiene es una abundancia tal de culebras, que sólo al entrar encontramos ya varias de las pieles de que anualmente se despojan, y más adelante matamos una que atravesaba la estrecha senda que conduce a la casa.

Este ofidio, que no llegaba a un metro de longitud, y de un diámetro proporcionado, tenía muy aplastada y ancha la cabeza, el dorso gris con anillos pardos, y el vientre blanquecino, con fajas cenicientas. Antes de examinarla, la creí venenosa por la forma especial de su cabeza; pero después de examinada con detención, vi que carecía de colmillos, y por consiguiente que era inofensiva, y de la clase conocida aquí con el nombre de cazadora. A juzgar por la muestra, y por la altura a que el lago se halla sobre el nivel del mar, es muy raro que se hallen culebras venenosas en estos parajes; y la abundancia de estos reptiles en la isla, sin duda procede de los pantanos próximos, donde viven habitualmente, refugiándose de tiempo en tiempo en los parajes secos de las orillas.

Permanecimos allí un breve rato y seguimos después en dirección a la casa del Sr. Bermúdez, donde debíamos pasar también la noche, para volver mañana a Chiquinquirá en hora oportuna de asistir al mercado.

MIÉRCOLES 10 DE ENERO

Regreso de la laguna a Chiquinquirá.

JUEVES 11 DE ENERO

El Sr. D. Domingo Bermúdez me había asegurado que la mayor parte de las tierras pantanosas o completamente inundadas, comprendidas a un lado y otro del río, en lo que se llama laguna chica o de Simijaca, habían sido hasta fines del siglo anterior terrenos secos y utilizables para labor y pastos, y que la causa de hallarse hoy tantos terrenos sumergidos, fue, en primer lugar, el haberse variado el cauce del río Simijaca, por un Sr. Dn. Francisco Domínguez, propietario de la hacienda de Aposentos, en el mismo Simijaca, río que antes corría para Susa; y en segundo lugar, el haberse levantado el nivel del cauce del río de La Balsa, al concluirse el puente de mampostería de que hablé a mi llegada a Chiquinquirá. El Sr. Bermúdez es un caballero tan escrupuloso, que, no contento con el testimonio de su propia autoridad,

me trajo unos documentos de familia, en que por medio de una testificación hecha ante escribano público, y autorizada por el Juez competente, se acredita el primero de los asertos, relativo a la inundación.

A poco de despedirse de nosotros el Sr. Bermúdez, llegó una persona que habíamos enviado para que explorase el camino de Muzo, y viese si se hallaba transitable, para que fuésemos a visitar sus minas de esmeraldas; y como nos dijese que era imposible por entonces, a causa de los profundísimos atolladeros que en todo él se habían formado, y que era preciso esperar todavía dos o tres semanas, para practicar aquella excursión, determiné que pasásemos a la próxima Villa de Leiva, en busca de un clima más agradable y menos enfermizo que lo es el de Chiquinquirá, a consecuencia de los muchos terrenos pantanosos que rodean el pueblo.

Despedímonos aquella misma tarde de nuestros amigos y se dispuso todo para marchar al día siguiente.

DEL VIERNES 12 AL LUNES 15 DE ENERO

Viaje a Leiva y arreglo de apuntes y dibujos atrasados.

MARTES 16 DE ENERO

Después del almuerzo, salimos para visitar un lugar célebre, llamado el Infiernito, en compañía de algunos leivanos.

Dirigímonos por unas lomas cubiertas de grandes peñones erráticos, hacia el oeste de Leiva, y después de pasar un arroyuelo poco caudaloso, llegamos a otra serie de colinas que se levantan en la cabecera del valle, donde empiezan las ondulaciones del terreno, para formar los primeros estribos del ramal de la cordillera que se levanta al occidente, corriendo de norte a sur hasta el nudo que se forma en las inmediaciones de Ráquira.

En estas colinas, menos pedregosas que las que habíamos dejado a la espalda, todo el terreno se halla cultivado de cereales y algunas leguminosas, entre las cuales se veían diseminados algunos árboles, dividives y muelles, que levantaban su verde copa entre el movable oleaje de las mieses a punto de madurar, que cubrían el suelo de una alfombra amarillenta. Allí se levantaban algunos humildes ranchitos, habitados por cultivadores de raza indígena, que conservan aun perfectamente el tipo chibcha en su primitiva pureza. Entre estos ranchitos, y en la falda sur de la colina, se encuentran diseminadas muchas piedras semicilíndricas de gran tamaño, groseramente labradas con instrumentos cuya imperfección se nota en el mismo laboreo. Estas piedras, que varían en su magnitud, desde dos o tres hasta cinco y seis metros de largo, por casi un metro de espesor y anchura, como término medio, tienen todas una especie de cintura en una de sus extremidades, cintura hecha al parecer para asegurar las cuerdas con que un prodigioso número de indios debió de arrastrarlas desde bien lejos hasta el lugar que hoy ocupan, con el propósito, al parecer, de formar con ellas un monumento extraño. Allí, cerca, sobre un plano que tiene visos de artificial, se ven dos hileras de columnas, casi en su totalidad enterradas, y algunas de las cuales son perfectamente cilíndricas.

El perímetro, donde, según parece, trataron de levantar el edificio a que estas columnas estaban destinadas, ocupa un área como de unos treinta metros, de Occidente a Oriente, y como unos diez de sur a norte. La hilera de columnas de la parte occidental, que es la que se conserva en mejor estado, tiene todavía un gran número de ellas, en la misma posición en que sin duda fueron colocadas, y tan cercanas unas a otras, que no queda entre ellas sino un espacio igual al diámetro de las mismas, que, aproximadamente, es el de veinticinco centímetros. Fuera de la superficie sobresalen apenas de diez a treinta centímetros, y la parte enterrada, a juzgar por las extraídas, es de cerca de dos metros. Las piedras de que se han labrado son las mismas que se hallan en las colinas próximas, y la orientación de las columnas, y otras circunstancias, parecen indicar que el destino del edificio era sin duda un adoratorio. En la parte oriental del paralelogramo o trapecio, que es algo más ancha, hay otra columna mucho

mayor, pues sobresale cerca de un metro de la superficie, y tiene un metro y diez centímetros de diámetro. Al contemplar aquellos restos informes de un edificio que no llegó a concluirse, la imaginación se pierde en un dédalo de conjeturas, viendo agrupadas inmensas moles de piedra, que, dados los medios de que podían disponer los indígenas, tanto para labrarlas, como para conducir las a su destino, hacen suponer que una generación entera debió de ocuparse en tan gigantesca obra. No es extraño, pues, que la ignorancia la haya atribuido a los espíritus infernales. Copié algunas de estas piedras, para dar una idea de la totalidad; y nos aseguraron personas fidedignas que en las excavaciones varias que allí se han hecho, han encontrado siempre algunas esmeraldas, que eran la moneda de los indígenas.

A las dos de la tarde regresamos a Leiva. A los lados del camino encontramos muchos cantos rodados con incrustaciones fósiles, como los que habíamos hallado en los alrededores de Vélez, de los cuales recogimos algunos.

DEL MIÉRCOLES 17 DE ENERO AL SÁBADO 3 DE FEBRERO

En estos días he hecho con varios amigos algunas excursiones a diferentes puntos de las cercanías de Leiva, ya para visitar algunas cuevas de poca importancia, que sirvieron de enterramiento a los indígenas, y donde los buscadores de guacas, o tesoros ocultos, no habían dejado siquiera los restos miserables de aquellos desventurados; ya para inspeccionar unas excavaciones que se hallan hacia la parte del Oriente, y detrás de unos cerros muy elevados, en donde, según la tradición, explotaron los primeros colonos una mina de galena argentífera, y sacaron de ella gran cantidad de plata, parte de la cual destinaron a los ornamentos del templo, que entonces empezaba a construirse.

En todos aquellos cerros hay evidentes señales de criaderos metálicos; y la causa de haberse abandonado la explotación, fue el haberse hundido uno de los socavones, pereciendo en él el empresario y un crecido número de los peones ocupados en el laboreo, lo cual hizo que los demás vecinos de la población y de sus alrededores se

atemorizasen de tal modo, que por ningún precio hubo quien quisiese volver al trabajo de las minas.

También hay cerca de este sitio un barranco de piedra caliza, de color muy oscuro, con vetas de cuarzo, barranco producido por las lluvias, del cual se derrumban de vez en cuando algunos trozos de roca, accidente que aprovechan los naturales para buscar una clase de esmeraldas de poco valor, que las vetas de cuarzo contienen, y a las que dan el nombre de morrallones. Yo adquirí algunas de estas esmeraldas, durante mi permanencia en Leiva, y las conservo entre mi colección de curiosidades.

DOMINGO 4 DE FEBRERO

Habiendo recibido la noticia de que el camino de Muzo se hallaba algo transitable, dejamos a Leiva y nos trasladamos a Chiquinquirá, donde debíamos tomar práctico y hacer los preparativos indispensables para la excursión a las célebres minas.

A las cinco de la tarde llegamos a Chiquinquirá, donde con ayuda de algunos amigos empezamos a disponer todo lo necesario para pasar algunos días en lugares casi despoblados, donde el viajero no suele hallar otros recursos, que los que él mismo lleva.

LUNES 5 DE FEBRERO

Nos han proporcionado un guía y uno de mis amigos de Leiva se halla resuelto a acompañarnos.

Durante el día, quedan hechos todos los preparativos de marcha.

MARTES 6 DE FEBRERO

Salimos de Chiquinquirá a las once de la mañana; atravesamos varias colinas y valles más o menos profundos, en parte cultivados, y en parte cubiertos de arbustos y árboles de pequeña talla, terreno todo muy feraz, por tener una densísima capa sedimentosa, que a veces llega a más de un metro de espesor. En uno de estos valles, que se extiende por un largo espacio del noreste a suroeste, entre cerros muy elevados, se halla en la falda norte de uno de éstos, el pueblecito de Caldas, de reciente fundación, cuyas modestas casitas, en su mayor parte de teja, se ven agrupadas alrededor de su pequeña iglesia. A la una menos cuarto llegamos a un sitio llamado Las Lagunas, que domina ya una gran extensión de valles y cerros menos elevados, y media hora después a la Boca del monte, desde donde empieza un descenso bastante rápido hacia las tierras calientes. Aquí la cordillera forma una especie de nudo, extendiendo dos ásperos y altísimos ramales, el uno hacia el suroeste y el otro hacia el noroeste, describiendo un ángulo obtuso, y dejando en su centro un extenso valle muy accidentado, que va a morir en declive hacia la cuenca del Magdalena. Aquí los árboles empiezan ya a tomar las proporciones del clima templado; abundan mucho los robles y los helechos y el precioso arbusto de la familia de las melástomas de cuya flor ha dicho un poeta:

"Flor que por sus encantos merecía
Un nombre más eufónico y más bello;
Y a quien ha bautizado la ignorancia
Con el nombre de sietecueros".

Como a dos kilómetros de la Boca del monte, el mal llamado camino se bifurca, dirigiéndose ambos ramales a Muzo y otros pueblos próximos, pasando el de la derecha por un lugar llamado Puripí o Maripí, y el de la izquierda por otro llamado Coper, que fue el que tomamos para nuestra ida, reservándonos el otro para la vuelta.

Por ser el miércoles día de mercado en Chiquinquirá, encontramos a nuestro paso muchos labradores y negociantes indígenas, que llevaban sus mercancías o los productos de sus propios campos a este mercado, productos casi todos consistentes en arroz, miel, yucas, plátanos y otros frutos de las tierras calientes, valiéndose para ello de mulas y bueyes de carga, y de sus propios hombros, que rara vez llevan libres de algún peso.

La formación geológica del terreno que hasta este punto llevábamos recorrido, es de pizarra y greda esquistosa, con la capa de humus antes mencionada, y en el declive occidental sembrado en parte de grandes peñones procedentes de la rotura de la cordillera.

A un lado y otro del camino se ven algunos ranchos con manchas de roza no muy extensas y pequeños cultivos.

A las tres de la tarde, después de algunos malos pasos, que en tiempos de lluvia deben ser imposibles de transitar, llegamos a un pueblecito compuesto a lo sumo de una docena de casas y una capilla, que ocupa el recuesto oriental de un cerro no muy elevado, que se halla en el fondo del valle, y lleva, con mucha razón, el nombre de Buenavista. Allí vimos la primera palma llamada gachipaes, cuyo tallo, recto como el mástil de un buque, y de unos cuarenta metros de elevación, se levanta como un centinela avanzado a la entrada del pueblo, mientras sus hojas movidas por la brisa parecen saludar al viajero que llega.

Nos detuvimos un rato a esperar a nuestros peones, y al ver que éstos se demoraban, continuamos hacia una ranchería llamada El Toro, que debía ser el término de nuestra jornada.

El camino sigue desde allí la margen izquierda de un cristalino arroyo, que, precipitándose de cascada en cascada, corre de norte a sur por el fondo del valle. Como hora y media más allá de Buenavista, pasamos este arroyo, ya bastante crecido

por la afluencia de otros varios, en un lugar donde se divide en dos su modesta corriente, una de las cuales sirve de motor a un molino harinero, y la otra hay que pasarla por un puente rústico techado de paja.

A las cinco llegamos al punto a donde nos encaminábamos, encontrando con grata sorpresa para nuestro alojamiento una casa de teja, bastante espaciosa y cómoda, y un patrón tan servicial y amable, que puso a nuestra disposición su casa y cuanto había en ella, ofendiéndose por haberle ofrecido anticipadamente el pago del pastaje para nuestras caballerías.

La casa de que tratamos se halla situada sobre unas colinas que en plano inclinado descienden de norte a sur en un ancho semicírculo, formado por dos extensos ramales de la cordillera. Estos ramales, sobre todo por la parte del sur y del oeste, ofrecen a la vista picos enormes y escotaduras de una profundidad maravillosa, a que sin duda dio origen uno de los cataclismos más grandes que han conmovido las enormes masas andinas desde las primeras épocas geológicas.

El fondo de este valle sirve de confluencia a varios arroyos, que, saltando de roca en roca, y con un murmullo continuo, descienden por otras tantas cañadas, que, como radios, se extienden desde el profundo centro hasta lo más elevado de las montañas vecinas.

Una densa niebla nos impedía admirar en todos sus detalles el majestuoso y bellissimo panorama desplegado ante nuestros ojos; y particularmente hacia el sur, formaban el anfiteatro tres órdenes de montañas escalonadas, cerrando la tercera y última por aquella parte el horizonte, confundidas sus crestas entre los movibles pliegues de las nubes que la coronaban.

MIÉRCOLES 7 DE FEBRERO

Salimos a las siete en punto, en dirección de Coper; y como la noche había sido bastante lluviosa, encontramos el camino lleno de profundos barrizales o de planos inclinados sumamente resbaladizos, cuando no de barrancos enormes, que hacían muy difícil nuestro paso.

Desde El Toro al paso del Cantino habrá unos quince kilómetros, la mayor parte de bajada, porque los ramales de la cordillera que se interponen y hay que atravesar, van todos en descenso hacia el noroeste, que era la dirección que llevábamos.

A poco de nuestra salida atravesamos una quebrada por un puente cubierto, y otro de la misma forma nos facilitó el paso del río Cantino, que más abajo toma el nombre de Minero, y cuyas aguas turbias por la pizarra en suspensión que arrastran a su paso, se despeñan, más bien que corren, de sur a norte por un lecho sumamente escabroso.

La formación geológica del terreno, es, con pequeñísimas variaciones, la misma del día anterior; y la menor altura sobre el nivel del mar hace que el clima, así como el cultivo y la vegetación espontánea, sean ya de las tierras calientes.

Desde las orillas del Cantino hasta Coper, hay una cuesta sumamente escarpada, o mejor dicho, una prolongadísima escalera, como de tres kilómetros llena de grandes piedras, donde se ejercita de una manera asombrosa la agilidad de las mulas, que no pueden subir sin fatigarse, a pesar de detenerse más de una vez a tomar aliento.

A las once y media llegamos a Coper, pueblecito humilde, casi todo de paja, edificado en una reducida meseta, en la falda oriental y como a la cuarta parte del declive de la elevadísima montaña que por la parte occidental se eleva en semicírculo.

A poco de nuestra llegada, entró a visitarnos el párroco del lugar, R.P. Fray H. Pinilla, fraile candelario, y republicano ardiente, que nos pronunció más de un discurso sobre

la conveniencia y necesidad de establecer la forma republicana en todas las naciones de Europa.

Mientras almorzábamos, disponiéndonos a continuar nuestra jornada hasta Muzo, sobrevino una lluvia tan abundante, que nos hizo variar nuestra primera determinación, y resolvimos pasar la noche en Coper, temerosos de que el estado del camino no nos permitiese llegar a aquel pueblo, y de no encontrar por consiguiente una casa donde alojarnos.

Por la tarde fuimos a pagar su visita al cura, cuya habitación, situada sobre una eminencia, domina no sólo la plaza y la mayor parte del pueblo, sino una gran parte de los cerros del lado oriental del valle, cuyas cumbres destrozadas se escalonan de la manera más pintoresca.

Versó nuestra conversación sobre asuntos políticos, religiosos y sociales, con aplicación al estado general de Europa, y principalmente a Italia. El partidario de la libertad absoluta de los pueblos, se mostró, sin embargo, intransigente, y hasta fanático, en todo lo relativo a la autoridad pontificia.

En vano buscamos un potrero donde pudiesen pastar nuestras cansadas caballerías; pero en cambio encontramos quien nos vendiese la suficiente caña de azúcar para alimentarlas, y utilizamos como dehesa la plaza del pueblo, donde las soltamos a su albedrío a pacer la yerba que en ella crece, alternando con la caña partida en menudos trozos.

A la caída de la tarde, la atmósfera quedó casi limpia de nubes, con lo cual concebimos la esperanza de poder continuar nuestro viaje.

El párroco nos invitó con mucha benevolencia a que pasásemos la noche en su hogar, que durante el día vimos convertido en escuela, lo cual da una idea de que el P. Pinilla es un sacerdote que sabe cumplir con los deberes de su ministerio, consagrando los

ratos que otros destinan al ocio, a la enseñanza de la juventud, por no haber en el pueblo otra escuela pública ni privada.

Entre otras particularidades que en los alrededores de Coper existen, como maderas preciosas, resinas y gomas, en que abundan mucho sus bosques, hay en los cerros que la dominan por el Occidente, una gran mina de sal gema, no explotada por los habitantes de estos contornos, porque el gobierno, monopolizador de este ramo, lo impide y obliga a los habitantes del cantón a surtirse de este importante artículo, procedente de las minas que él mismo explota, a larga distancia de aquel lugar, y que, con el costo de conducción, los consumidores no pueden adquirir sino a un elevadísimo precio.

Llegada la noche, fuimos a buscar al P. Pinilla, cuya conversación no dejaba de ser agradable, y lo encontramos en la iglesia, ocupado en rezar el rosario con algunos fieles, costumbre general en todas las poblaciones de Colombia. Creímos que la concurrencia a este acto religioso sería proporcionada al vecindario, pero nos encontramos sólo con dos muchachos y tres viejas casi caducas, haciendo coro al Padre y al sacristán, que recitaban la letanía a la Virgen.

Al paso visitamos también la casa municipal, que es una habitación techada de paja, con algunos seis metros cuadrados de superficie, una mesa y un banco toscos por todo mueblaje, y cuyo archivo lo constituían unos cuantos cuadernillos de papel, en forma y tamaño diferentes, amarrados con una cabuya o cuerda de fique, muy empolvados y carcomidos en parte por la polilla o los ratones.

JUEVES 8 DE FEBRERO

Después de tomar un ligero desayuno, y hallándose la mañana bastante despejada, salimos de Coper a las siete, tomando la dirección noreste por la falda de una montaña elevadísima; bajamos después al fondo de una profunda cañada; doblamos luego otros cerros muy empinados, y por último, a eso de las nueve, llegamos a las orillas del río

Villamizar, que poco más adelante se reúne con el Cantino o Minero. Las cuestas son en extremo pendientes; el terreno es de pizarra; y como las vetas son casi verticales, siguiendo a veces la dirección del camino, y estaban muy mojadas por la lluvia del día anterior, los resbalones de las bestias eran inevitables, teniendo muchas veces que sostener los peones las caballerías cargadas, para evitar que descendiesen hasta lo más profundo de los barrancos.

Pasado el Villamizar, hay otra cuesta empinadísima, y en las cañadas de un lado y otro, se ven entre los grupos de árboles de varias especies, muchos gaques de hoja redondeada, de diez a doce centímetros de largo, y de considerable espesor. Este árbol produce una gomo-resina muy aromática, semejante al incienso, que, sacada en grandes porciones, podría ser de mucha utilidad y objeto de un lucrativo comercio.

En las laderas de estas montañas, y rodeados de algunas manchas de roza, se ven diseminados algunos ranchitos, cuyos moradores viven exclusivamente de los productos del terreno, consistentes en maíz, caña, yuca, plátano, algodón, y los frutos de algunos árboles, como el mango y la palma gachipaes, de tronco muy espinoso, cuyos racimos son de muchas libras de peso, y la fruta cocida se asemeja en el sabor y la consistencia a las bellotas de encina cocidas con agua y sal, o al de la castaña preparada del mismo modo, aunque no es tan azucarada.

A eso de las diez, empezamos a subir otra cuesta bastante áspera, por medio del bosque primitivo, caminando más de una hora bajo un tupido toldo de follaje, donde el terreno sombrío conserva mucho la humedad y las capas inferiores de aire, jamás renovadas, suelen producir fiebres. Media hora después ganamos la cumbre de la montaña, desde la cual se divisa, en el fondo de un valle profundo y estrecho, la antigua ciudad de La Trinidad de los Muzos, llamada hoy Muzo simplemente, y reducida a las proporciones de una aldehuela miserable.

Antes de llegar a la población, y al pie de la cuesta que a ella conduce, nos detuvimos a almorzar en la hacienda de un conocido del Sr. Jiménez, que nos acompañaba, el cual nos ofreció hospitalidad, con el agrado que aquí se acostumbra.

A las dos de la tarde continuamos nuestro camino; pasamos por Muzo, donde no se ven más que algunas chozas entre las ruinas de edificios, ha mucho tiempo derrumbados e invadidos por la maleza.

Al llegar a un arroyo, que se atraviesa como a dos kilómetros de la población, el camino se bifurca, tomando el de la derecha para las minas, y el de la izquierda para diferentes grupos de rancherías. El Sr. Jiménez y yo, que íbamos delante, tomamos, equivocadamente, este último, que nos condujo al cabo de una hora a las orillas del río Minero, cerca de una legua distante del verdadero camino. Allí tomamos informes, y un indio cultivador nos hizo comprender que íbamos equivocados, y se obligó, mediante el pago de su servicio, a conducirnos por el camino más corto hacia las minas de esmeraldas.

Desde su rancho hasta la orilla del río bajamos por un derrumbadero donde se abre en zigzag una senda estrechísima en la que apenas podían nuestras mulas sentar el casco.

En aquella parte del río, su anchura es de cuarenta a cincuenta metros, y entre ambas orillas, suspendido en dos gruesos árboles fronterizos, hay un ligerísimo puente de bejucos y guaduas, tan imperfecto y poco consistente, que apenas se concibe cómo puede sostener el peso de una persona. El piso es de trozos de guadua, transversalmente colocados, y de tal manera dispuestos, que, entre uno y otro podía muy bien pasar un hombre y caer al fondo del río; no pudiendo colocarse los pies con alguna seguridad, sino en una estrecha cinta de la misma guadua, tendida a lo largo sobre la parte central de aquella especie de columpio.

El movimiento de oscilación producía un mareo vertiginoso, que se aumentaba al dirigir la vista sobre la tumultuosa corriente.

Yo había pasado ya, por varios de estos puentes de bejucos; pero todos eran de menor extensión y de mayor solidez que el del río Minero; así es que no pudimos menos de atravesarlo con las precauciones necesarias, para en último extremo escapar a nado del peligro, si era posible.

Mientras que atravesábamos el puente, el indio pasó a nado nuestras mulas, un poco más abajo; y reunido luego con nosotros en la orilla opuesta, como nos quejásemos del mal estado del puente, convino con nosotros en que no se había hundido por un milagro. Seguimos luego trepando por espesos breñales y por asperísimos cerros, donde nuestras mulas fatigadas no podían subir, sino venciendo a cada paso dificultades enormes. Así atravesamos varios arroyos y precipicios, hasta que a eso de las cinco de la tarde llegamos por fin al camino de las Minas, abierto con inteligencia por la falda de los escarpados cerros en cuyo fondo se halla este establecimiento notable.

Al llegar a aquel punto eran ya cerca de las seis, y hacía más de una hora que nos esperaban los demás compañeros y los peones, que, por fortuna, habían tomado el camino recto.

El Sr. Lehmann, caballero francés, director gerente de la sociedad que explota las minas, de quien había yo recibido invitación especial para visitarlas, nos esperaba también con el dependiente principal que vigila los trabajos, y nos recibió con la amabilidad propia de un distinguido caballero.

Pasamos parte de la noche conversando con él agradablemente; y a eso de las diez nos retiramos a descansar a las habitaciones que se nos habían destinado, cómodas y espaciosas, aunque todas ellas pajizas, deseando que amaneciese, para visitar las dependencias de un establecimiento tan interesante, no sólo por sus preciosos productos, sino por ser el único de su género que hoy se conoce en el globo.

VIERNES 9 DE FEBRERO

Después de una noche tranquila, gracias a la temperatura agradable, aunque algo calorosa de aquella región, nos levantamos temprano, y dimos principio a nuestras observaciones, tendiendo una ojeada para apreciar los accidentes del terreno.

Desde las orillas del río Minero, se sube entre dos ramales de la cordillera, por la margen izquierda de un arroyo, que desciende de los cerros que quedan a la parte occidental de la misma, y cuyas aguas puede decirse que constituyen el elemento principal de los trabajos.

La composición geológica del suelo es, en la parte superior, una mezcla de humus y detritus calcáreo-arcillosos con algo de arena silícea y mucho óxido de hierro, con algunos peñones erráticos de conglomerado arenisco diseminados en su superficie. Esta capa superior es tan fértil, que alimenta una vegetación muy vigorosa, en que el arbolado de varias especies suele alcanzar proporciones colosales. La roca subyacente es una especie de caliza carbonífera muy compacta con vetas de cuarzo y de carbonato de cal más o menos puro.

En la falda norte de la línea de montañas que encajonan el arroyo por su orilla derecha, y a unos cien metros de elevación sobre el fondo de la cañada, están las habitaciones del director y operarios de la mina, alcanzando el número de estos últimos en la actualidad a unos ciento sesenta, aunque es variable, según las exigencias de los trabajos. Al lado de estas habitaciones se alzan diferentes ranchos, destinados a diversos usos, entre los cuales el más importante es la herrería, para componer las herramientas que se deterioran.

Cerca de las habitaciones, y en línea paralela a su frente, se levanta a poca distancia otro ramal de la cordillera, elevadísimo y cubierto de espeso bosque, con algunas rozas, que dan mucha variedad al paisaje. Al otro lado de este ramal se alzan otros muchos que toman distintas direcciones, y constituyen un terreno profundísimamente

accidentado, por cuyas gargantas corre en sinuoso curso el río Minero a reunirse con el Carare, para desaguar juntos en el Magdalena. Allí existen, entre otras maravillas naturales, la Fura-Tena y el Peñón de Quitisoque, de que hablaré después, y una comarca extensa y montuosa, denominada el Otro-Mundo, de la cual me propongo también hacer mención especial en mis apuntes.

Al oeste de las habitaciones que dejamos indicadas, se hallan las excavaciones más importantes de la mina, a las cuales nos dirigimos después del desayuno, en compañía del joven D. Estanislao Franco, inspector de los trabajos.

A menos de un kilómetro de distancia, se ve una abertura profundísima, que, en bancos escalonados, desciende en línea semicircular desde una altura, que, por la parte del suroeste, no bajará de unos trescientos metros. El trabajo de los operarios consiste en ir derribando por bancos, al fondo del hoyo, las capas del terreno, entre las cuales se encuentran las vetas de cuarzo, que contienen las esmeraldas, mezcladas casi siempre con preciosas piritas, de cobre y hierro, denominadas vulgarmente marmajas. El trabajo principal consiste en seguir estas vetas, que, a veces se prolongan mucho, sin resultado satisfactorio, en socavones de dos o más metros de altura, horadando por todas partes la montaña.

En la parte superior de estas excavaciones, y en una depresión del terreno, que se halla junto a su borde occidental, hay un gran receptáculo, donde se va recogiendo el agua de un arroyo que baja de la cumbre, y que, de tiempo en tiempo, se deja correr hasta el fondo en rapidísimo torrente, para arrastrar por este medio la tierra y piedras que los operarios van derribando. Las barras de que éstos se sirven, son de dos metros de largo, y de treinta y cinco a treinta y siete libras de peso; y sin embargo, gracias a la costumbre, y al buen sistema de alimentación que la empresa tiene establecido, los operarios, al parecer más débiles, manejan estas enormes masas de hierro con una facilidad pasmosa.

Durante nuestra permanencia en diferentes puntos de la excavación, que, por todas partes recorrimos, descendió varias veces de la altura el torrente de agua represada, con una rapidez tan formidable, que las corrientes de aire establecidas por él en ambas orillas, agitaban violentamente los árboles y arbustos, como huracán impetuoso. Aquella cascada artificial ostentaba, entre otras bellezas, la variedad de sus matices, viéndose rodar entre blanca espuma desde lo alto, y oscureciéndose en su descenso, hasta el punto de parecer en el fondo un arroyo de tinta negra, como la tierra que arrastraba.

Durante nuestra excursión, a veces peligrosa y siempre difícil, en que, por orden del Sr. Lehmann, nos acompañó constantemente el joven Franco, recogimos un gran número de marmajas o piritas, de diferentes formas y colores, y a cual más bellas y brillantes, regresando cerca de las diez, porque ya el sol nos molestaba mucho, a las habitaciones donde el Sr. Lehmann nos aguardaba.

Después del almuerzo, este Sr. llevó su amabilidad hasta el punto de mostrarnos los productos preciosos de la mina, recogidos en un largo período; y no contento con esto, me regaló algunas bellísimas esmeraldas, incrustadas aún en la roca nativa, y que conservaré en mi colección, más que por su mérito intrínseco, como un recuerdo de la fina amistad de caballero tan estimable.

Quedábanos aún por visitar en las faldas del opuesto cerro una nueva excavación llamada Gerena, que ha dado ya algunos productos, y donde son muy activos los trabajos, iniciados por los españoles en los buenos tiempos de la colonia, porque aquellos hombres buscaron con un acierto admirable los puntos donde más fácilmente, y en mayor abundancia, se encontraban las preciosas piedras; acierto que todavía es encomiado por los actuales explotadores, y cuyas huellas se siguen aún, con la mayor confianza y los mejores resultados.

El Sr. Lehmann tuvo la amabilidad de regalarme varias fotografías del establecimiento, todas muy interesantes, y a eso de la una de la tarde bajamos a visitar la Gerena.

Constituye ésta una excavación, por banqueo a tajo abierto, como en la mina principal, sobre antiguos socavones practicados en tiempos de la colonia, y sin otra dirección que la marcada por las mismas vetas. Antes de pasar a la opuesta falda, donde los trabajos se practican, encontramos al paso un peñón enorme, de muchos metros de diámetro, rodado al parecer, de la parte más elevada, y que, según la tradición refiere, cayó sobre un socavón donde trabajaban algunos operarios, los cuales quedaron sepultados bajo su poderosa mole, razón por la cual se denomina aquel sitio, desde la catástrofe, El socavón de los muertos.

Al regresar a la casa, nos encontramos con un aviso del Sr. Lehmann, para que bajásemos al socavón principal, donde él se hallaba. Acudimos inmediatamente y vimos con placer que el objeto que este Sr. se proponía, al llamarnos, era el de que presenciásemos la extracción de un considerable número de esmeraldas que se acababa de descubrir en una de las capas inferiores. Hallábase este depósito, como ordinariamente sucede, entre una veta de cuarzo, desmenuzado en parte, hasta el punto de parecer arena lavada. Encuétranse las esmeraldas ordinariamente en senos o depósitos más o menos grandes, rodeados de una capa más o menos densa del mismo cuarzo, y a veces de espato calizo, y las cristalizaciones son siempre exaedros terminados por uno de sus extremos en pirámide hexagonal y por el otro adheridos a la ganga, con una forma irregular y llena de escabrosidades. En una hora, próximamente, la extracción no bajaría de un ciento de estas preciosas piedras, algunas de las cuales eran de bastante mérito y considerable valor intrínseco.

La permanencia en aquel lugar es sumamente agradable; y la agreste soledad de aquellas montañas, con la inmensa variedad de aves que las pueblan, de los brillantes y zumbadores insectos que por todas partes se agitan, las brisas que murmuran entre el follaje, y las cascadas que por donde quiera se despeñan, contrastan singularmente con el silencio monótono de las llanuras y páramos elevados de otras regiones, donde la naturaleza permanece siempre dormida o aletargada.

SÁBADO 10 DE FEBRERO

El día amaneció lluvioso. Nos levantamos a las siete de la mañana, y después de despedirnos del Sr. Lehmann, que nos obsequió con algunas conservas para el camino, por haberse dañado con el calor nuestras provisiones, a las ocho en punto salimos con una lluvia abundante, y antes de las nueve llegamos al puente del Minero, construido sobre pilares de mampostería, con maderos labrados, y su techo de palma nacuma, aditamento indispensable, sin el cual las lluvias, casi continuas, lo destruirían en muy poco tiempo.

Desde el Minero a Muzo, se sube costeando siempre las laderas de elevadísimas montañas cubiertas de bosque, donde a cada paso se manifiestan señales de ser el terreno de una formación geológica idéntica a la de la mina. Si hubiera agua suficiente, las explotaciones serían multiplicadas hasta lo infinito.

Las diez serían cuando llegamos a Muzo, donde nos detuvimos con el doble objeto de visitar los dos templos que conserva aún, de los cinco o siete que tuvo en la época de la colonia, y que están próximos a arruinarse, como la mayor parte de sus casas; y verificar, al paso, por nosotros mismos la general creencia de que las aves de corral, allí alimentadas, tienen todas, o casi todas en sus intestinos algunas esmeraldas. Háblame parecido siempre esta creencia destituida de fundamento, hasta que el Sr. Lehmann me aseguró de la certeza del fenómeno, explicándolo de una manera satisfactoria; y es, que habiendo existido allí, cuando las minas eran explotadas por los españoles, más de doscientos lapidarios, ocupados constantemente en el pulimento de estas piedras, las puntas y los fragmentos de poco valor eran arrojados como cosa inútil, y estos fragmentos desenterrados por las lluvias o por las aves de corral, escarbando, eran ingeridos por ellas, como cualquiera otra piedrezuela, para activar la digestión de sus alimentos.

Mucha dificultad tuvimos para encontrar quién nos vendiese siquiera un par de gallinas para hacer la experiencia; pero al fin lo logramos, y el éxito correspondió a

nuestras esperanzas. Poco después, algunos muchachos y mujeres acudieron a ofrecernos muchas de estas piedrecitas, encontradas de tan extraña manera, y todas más o menos redondeadas, según el tiempo que habían estado ingeridas.

Pasado el pueblo, nos detuvimos a almorzar en una estancia, donde a mi paso había dado el encargo de que me dispusiesen para conducirlo a Bogotá, un saco de café del país, que, por su aroma y excelentes cualidades, es uno de los productos, que, con buenas vías de comunicación, podría por sí solo hacer la felicidad de esta comarca. El cacao también se tiene por muy bueno, pero no quise hacer acopio de él, por ser ya mis cargas muy pesadas y voluminosas.

A las dos continuamos nuestra marcha por un terreno muy quebrado y montuoso, con pequeños valles reducidos a cultivo, entre los cuales se veían algunas manchas de cacaotal, en un estado de abandono, que sólo se explica por la incuria de estos habitantes; toda vez que el mencionado fruto, de consumo general en el país, se sostiene siempre a un precio relativamente elevado, pues la carga de diez arrobas se vende de sesenta a ochenta pesos fuertes, según la necesidad de los mercados y la abundancia de las cosechas.

A las tres y media, después de un larguísimo descenso, llegamos al río Guaso, que pasamos por un puente del mismo sistema que el echado sobre el Minero. Las aguas de este río, que, por aquel lugar corre de sur a norte, son turbias y torrentosas, por ser su lecho de pizarra y muy pronunciado el declive.

Si larga y pendiente fue la cuesta que tuvimos que bajar hasta el río Guaso, mucho más lo fue la que trepamos hasta la cumbre de la opuesta montaña.

En la mitad de esta subida encontramos un tanque de añil, abandonado hace algún tiempo, de lo cual era una prueba palpable el estar ya los terrenos, destinados antes al cultivo, invadidos de nuevo por el bosque. Varios son los que han sufrido la misma suerte; porque en este país, de carácter aún indeciso, hay un grande espíritu de

imitación; todos quieren seguir la misma huella, de lo que resultan muchos y muy graves desengaños.

Para llegar al término de nuestra jornada, teníamos que descender aún a otro valle profundísimo, y subir a la cima de otro cerro, más elevado que los anteriores, porque desde las llanuras del Magdalena hasta las planicies más elevadas de los Andes, los ramales de la cordillera se van levantando a manera de escalones, de menor a mayor, siguiendo un sistema casi siempre invariable.

Allí encontramos también dos cementerios de indígenas, señalados con algunas cruces formadas de troncos, diseminadas bajo los árboles, y nos causaron la misma impresión que los que un año antes habíamos hallado en los desiertos y abrasados campos del Tolima.

Por el fondo de la última cañada que tuvimos que atravesar, corre un riachuelo llamado Quebrada de Upa, tributaria del Guaso, cuya corriente, turbia como la de aquel, se dirige del noreste al suroeste. En las márgenes de este arroyo hay muchos ranchitos de pobre aspecto, en todos los cuales fuimos encontrando grupos más o menos numerosos de indígenas, que se dirigían al mercado de Muzo, cargados de mercancías de tan poquísimo valor, que podrían prometerse muy escasa ganancia; pero estos infelices, cuya suerte es mucho más desgraciada que en tiempos de la colonia, se ven obligados, por la miseria y el hambre, a los trabajos más duros para satisfacerla.

A un lado y otro de la quebrada, el camino es tan áspero, que aun en tiempo de seca o de verano, como aquí le llaman, su tránsito es bastante difícil, por lo cual calculamos que no sin razón goza este camino del fatal renombre que lo hace temible, pues en tiempo de lluvias debe ponerse intransitable.

Desde el principio de la última cuesta, empezó a hacerse de noche, con la rapidez que en estos países, casi sin crepúsculo, se pasa de la luz a las tinieblas. Esto nos hizo

caminar por más de una hora entre la oscuridad por un bosque bastante espeso y por un camino escalonado y embarazoso, llegando después de las siete, y con infinitos trabajos, a un rancho sin concluir, que se hallaba en la meseta de un cerro, en un lugar llamado El Alto de la Carrera. Allí encontramos un hospedaje pobre, pero ofrecido con buena voluntad, y pasamos una noche no del todo incómoda, entre varios grupos de indios trajinantes, que iban también para el mercado.

DOMINGO 11 DE FEBRERO

Salimos de nuestra posada a las siete y media, caminando con las mismas dificultades, y a las nueve menos cuarto llegamos a Maripí o Puripí, población compuesta de unos cuantos ranchos y una capilla, y situada sobre la falda occidental de un empinado cerro, en una meseta de un kilómetro de extensión, que es como un ligero paréntesis en la fragosidad de aquel terreno.

Por ser día festivo y de mercado, hallábase el pueblo concurrido por dos o tres docenas de labradores, de ambos sexos, que habían acudido a santificar la fiesta, a vender los productos de sus labranzas, y a comprar algunos objetos de necesidad perentoria.

Abierta estaba la iglesia cuando llegamos, lo cual nos permitió visitarla, hallándola tan pequeña, tan desmantelada y pobre, como puede suponerse en una miserable aldea de tan reducido vecindario.

El mercado se reducía a un pequeñísimo grupo, de una docena escasa de vendedores, reunidos a la sombra de un sauce, que ocupa el centro de la plaza. Compramos pan y algunas frutas, para nuestro almuerzo un poco más adelante, y continuamos, sin detenernos más que lo preciso, porque la jornada hasta Chiquinquirá era larga, y queríamos hacerla en un solo día.

En el resto del camino no hubo nada de particular, y a las cinco de la tarde entramos en la población a que nos dirigíamos.

LUNES 12 DE FEBRERO

La necesidad de ir cuanto antes a Bogotá, después de tan larga ausencia, me hizo salir sin demora, acompañado sólo de mi escribiente, y dejando atrás los peones con las cargas de mi equipaje. A las doce y media de la mañana, abandonamos a Chiquinquirá, y emprendimos la marcha por un camino que no es del todo malo, y que cruza en dirección al suroeste una gran parte de la llanura. Después atravesamos algunos cerros de poca elevación, faldas de otros más elevados que dejábamos a la derecha, entrando un poco más tarde en terreno llano, por donde la vía se inclina más al sur, quedando a la derecha y algo más lejos el ramal de la cordillera a que antes nos habíamos acercado, y a la izquierda una laguna que en las temporadas lluviosas es parte integrante del gran lago de Fúquene. A las tres y media llegamos al pueblecito de Susa, situado en una ensenada larga y estrecha del mismo llano, y para llegar a la cual atravesamos una extensa alameda de sauces, que dan sombra y amenidad al camino. Desde allí pueden apreciarse perfectamente hasta en sus menores detalles los accidentes del ramal de la cordillera antes indicado, donde se ven formidables escotaduras, agudísimas crestas y profundidades espantosas, entre las cuales se distingue la que lleva por nombre el Salto de Olalla, horrible despeñadero por donde los indios arrojaron al intrépido conquistador Antón de Olalla, que detenido en su caída por unos arbustos, sólo sufrió la rotura de una pierna. Desde entonces le llamaron el Cojo.

A poca distancia de Susa, pueblecito que no me detengo a describir por su escasa importancia, tiene principio la empinada cuesta cuya cima se conoce en el país con la denominación gráfica de Volador de Fúquene, porque apenas se comprende que se pueda subir o descender de aquel lugar de otra manera que no sea volando. La senda de un lado y otro se halla por todas partes obstruida por grandes peñones erráticos medio envueltos entre la arcilla esquistosa de que el terreno se compone en su mayor

parte, o por gruesas capas de arenisca ferruginosa y bancos de la misma arcilla profundamente escalonados, donde en tiempos de lluvia los resbalones son tan frecuentes como peligrosos, y en los de seca se levantan a cada instante polvorosas nubes que obligan a caminar a ciegas hasta a los mismos animales.

La vegetación es en este cerro pequeña y raquítica; y aun cuando por un sistema racional aplicado a las vías de comunicación, el camino hubiera podido llevarse por la falda oriental del cerro, se puede dar por bien empleado el trabajo de subir y bajar a trueque del placer que el viajero experimenta al contemplar desde aquella inmensa altura el pueblecito de Fúquene al sur como refugiado en la falda de un cerro, temeroso de las invasiones del lago; al este el pequeño mar de quince a veinte kilómetros de diámetro, o sea la laguna de que el pueblo toma su nombre; al norte la dilatada llanura a cuyo extremo se levanta Chiquinquirá, puesta en comunicación con el lago por el pequeño río de la Balsa, de tortuoso cauce y perezosa corriente; al otro lado del lago y sirviéndole como de barrera otro ramal no menos sinuoso que el del Salto de Olalla, y entre una de sus ensenadas profundas otra lagunita de menor extensión llamada de Cucunubá, junto a un pintoresco pueblecito que lleva el mismo nombre; y hacia el occidente vallecitos más o menos pedregosos cubiertos de pajizas y alegres rancherías, a cuyo alrededor pacen ganados de todos géneros, ya alimentados por la gramínea natural que el terreno produce, ya por el trébol importado de Europa, de que hay extensísimas praderas artificiales.

A un lado y otro, en una gran extensión del camino, veíamos atravesar por él en distintas direcciones y dando animación al paisaje, ya los grupos de trajineros con sus recuas cargadas de mercancías; ya los pobres indios con fardos enormes sobre la espalda; ya las caravanas alegres de promeseros que se dirigían a visitar el famoso santuario, o regresaban de él con la piadosa satisfacción que produce el cumplimiento de un voto, y la esperanza, no menos piadosa, de haber remediado alguna calamidad, o de remediarla después, teniendo por intercesora la santa imagen. No sólo el camino se hallaba animado por este continuo movimiento, sino hasta las aguas de la laguna, entre cuyas olas, a veces muy encrespadas, veíase deslizarse la pequeña canoa

indígena, cargada de sal y dirigida por un solo indio, con su ruana por vela y su canaleta por timón y remo, conduciendo con no poco peligro aquel artículo indispensable de consumo hacia la ciudad santificada por el célebre templo, que, con razón, pudiera llamarse la Meca de Colombia.

Pasado el pueblo de Fúquene, que tampoco tiene en sí mismo cosa alguna de notable, continuamos por el extremo occidental de la llanura, en dirección al sur, por donde ésta se prolonga mucho; y como una legua antes de llegar a Ubaté, entramos en otra alameda de sauces, no tan corpulentos como los anteriores, porque éstos se van renovando sin cesar, a causa de utilizarse sus troncos como madera de construcción, por la gran distancia y las enormes dificultades que ofrece el acarreo de la madera de los bosques que pudiera destinarse al mismo servicio. El sauce es un árbol providencial en esta comarca, y en otras que se hallan en caso idéntico, así por su fácil propagación como por su rápido desarrollo; y no sólo se utiliza para la construcción de cabañas, morada habitual de las clases de corta y mediana fortuna, sino que las propiedades rurales se ven casi todas cercadas de este precioso árbol, que descollando sobre la llanura, ya solitario al lado de una choza, ya en grupos, ya en hileras más o menos prolongadas, dan cierto aspecto de regularidad, tanto más agradable, cuanto que contrastan con el rudo y agreste desorden que a la vista ofrecen las próximas cordilleras.

Ya algo entrada la noche, llegamos a Ubaté, en cuyas calles pululaban falanges numerosas de muchachos de todas edades, aturdiendo a gritos el vecindario, y demostrando en su número y actitud la fecundidad de sus madres y la educación que reciben.

Ubaté, que según los datos geográficos y estadísticos del Sr. Pérez, fue uno de los primeros pueblos chibchas convertidos al cristianismo por misioneros de la orden franciscana, se llamó por mucho tiempo Ebaté, que significa sangre de madero. Esta población adquiere cada día más importancia, debida a sus terrenos feraces, y al continuo tránsito de los peregrinos que visitan el famoso templo de Chiquinquirá,

distante una sola jornada. Entre sus progresos más visibles se hace notar el aumento rápido del número de sus moradores, que hoy pasan de 10.000. En su modesto templo se venera una imagen del Crucificado, de la cual se refieren numerosos prodigios; su temperatura es sumamente suave, pues tiene 15° centígrados por término medio, y su elevación sobre el nivel del mar es de 2.580 metros.

MARTES 13 DE FEBRERO

A las once de la mañana salimos de Ubaté; el camino sigue por el llano en dirección al sur, como unos siete u ocho kilómetros, y al terminar por este lado la sabana, se sube por unas colinas sumamente áridas a un pueblecito llamado Suta-Tausa, como nombre oficial, y vulgarmente Suta-Pelao, por la escasísima vegetación de los terrenos en que se halla, compuestos de greda esquistosa con capas más o menos densas de arenisca, y mucho mineral de hierro. Sus campos se hallan sembrados en muchas partes de peñones erráticos, algunos de tamaño enorme, y en uno de ellos particularmente se distinguen todavía, aunque muy borrados por la acción del tiempo, varios jeroglíficos o dibujos de los que la raza indígena solía dejar en los grandes trozos de roca, como señal expresiva de alguna idea, o como un mero entretenimiento.

Desde las áridas colinas de Suta se divisa hacia el este, en una larguísima extensión, la escarpada rotura de la cordillera, que se prolonga de sur a norte, como un inmenso murallón dentado, a cuyo pie se hallan en desorden trozos enormes de la misma roca, que sucesivamente han ido cayendo, por falta de apoyo en su base, o que algún cataclismo ha derribado de la altura.

Entre estas colinas de triste y desolado aspecto, se abren algunos vallecitos, en lo general estrechos y profundos, por donde corren murmurando arroyuelos de escaso caudal, sombreados por sauces y alisos, y con algunas estrechas fajas de terreno de aluvión cerca de sus márgenes, sembradas generalmente de maíz, alrededor de algún humilde rancho, semejante a los que componen el pueblo, donde sólo la iglesia y una casa dejan de tener el techo pajizo.

Poco más adelante se empieza a pronunciar en descenso una gran cuesta, que conduce a un angosto boquerón, o escotadura, de las escarpada cordillera que antes hemos mencionado, donde se conservan evidentes señales de haber sido rota violentamente aquella formidable barrera por las aguas de un lago superior, que en aquel punto encontró menos resistencia, y se abrió paso hacia los planos inferiores.

Al pasar este boquerón, cubierto por todas partes de los gigantescos despojos de la destrozada cordillera, dejamos en un vallecito al lado occidental el pueblo de Tausa, que da nombre a aquel lugar, o lo recibe de la misma garganta que tiene a su frente; pueblecito que se halla situado en una posición muy pintoresca, y que en el aspecto exterior de sus casas demuestra que sus habitantes cuidan con esmero del aseo de sus viviendas, lo cual no es muy común en los demás pueblos inmediatos. El él hay una mina de sal gema que el gobierno explota.

Del boquerón de Tausa se sube a una meseta paramosa, cubierta de frailejones y con riquísimos criaderos de hulla. Desde allí se divisa una gran parte de la sabana de Zipaquirá y Nemocón, que no es otra cosa, como en otro lugar hemos dicho, que una prolongación o grande ensenada de la de Bogotá, cubierta como aquella por las aguas de un lago inmenso, hasta que éste rompió sus diques y se verificó su desagüe por el lugar donde hoy se admira la catarata o Salto de Tequendama.

En la parte superior de esta fría meseta hay un rancho que sirve de posada a los transeúntes, y que no suele ser muy frecuentado, a causa de la temperatura glacial que allí reina casi siempre. Desde este rancho, se descende por colinas y cerros pedregosos hasta la llanura, en la cual entramos a las tres de la tarde; y como en el límite de ella se halla la hermosa quinta de uno de mis mejores amigos, el Sr. Santa María, y hubiera causado a aquél un verdadero disgusto pasando por su casa sin hospedarme en ella, nos detuvimos a descansar hasta el siguiente día, encontrando en aquella elegante y cómoda morada una especie de indemnización de las molestias sufridas en nuestros anteriores albergues.

MIÉRCOLES 14 DE FEBRERO

Salimos de Aposentos a las siete de la mañana, y deteniéndonos sólo para almorzar en el puente llamado del Común, entramos en Bogotá a las cuatro de la tarde.

DESDE EL 15 DE FEBRERO AL 8 DE MARZO

He destinado estos días al descanso, al arreglo de mis apuntes y a la conclusión de algunos dibujos que tenía en bosquejo.

SÁBADO 9 DE MARZO

Me hallo bajo la impresión de un sentimiento profundísimamente doloroso: acabo de perder uno de mis más queridos amigos; el insigne poeta colombiano, el historiador ameno, el notable publicista, el caballero cumplido y leal, el amigo noble y desinteresado, el modelo de padres de familia, D. José Ma. Vergara y Vergara, acaba de cerrar los ojos para el mundo, dejando en la sociedad colombiana, y en el corazón de cuantos le trataron y conocieron, un vacío imposible de llenar; porque los hombres como él son, por desgracia, muy escasos. La noticia de esta desventura inmensa se ha difundido por la población con una rapidez que explica su importancia. Para dar una idea de su mérito insigne, y de las simpatías que generalmente inspiraba, baste decir que en estos momentos, no sólo le lloramos sus amigos y admiradores, sino que hasta los ojos de muchos de sus adversarios políticos (porque enemigos personales no tenía ninguno), se han visto humedecidos por las lágrimas de dolor que a su pesar le han tributado.

Pocos días antes de morir, reunidos en el hogar envidiable cuanto dichoso de uno de nuestros amigos más queridos²², nos recitaba algunas de sus composiciones poéticas,

²² D. Ricardo Silva, ameno escritor de costumbres.

impregnadas, como su alma, de melancólica ternura. Aquellos acentos eran el canto del cisne próximo a morir, y en los cuales, si bien nosotros no podíamos adivinar por entonces la desgracia que tan próxima estaba, al recordarlos en estos momentos, y al traer a nuestra memoria la profunda melancolía que observábamos en su semblante, creemos descubrir en ella algo del presentimiento misterioso que tienen de su próximo fin algunos seres privilegiados.

DOMINGO 10 DE MARZO

Hoy hemos conducido a su última morada los yertos despojos de nuestro pobre amigo, dos días antes lleno de vida y de esperanzas. Sobre su tumba, rodeada de la población entera vestida de luto y con la faz llorosa, se han pronunciado varios discursos notables, expresando en todos ellos las grandes virtudes y los inmensos servicios prestados a su patria, y muy especialmente a las letras, por el que acababa de adelantárenos en el camino de la eternidad, dejando como huella de su paso en el mundo su imperecedera memoria. Yo también he querido tributar al amigo del alma un homenaje, pequeño en sí, pero muy grande por los sentimientos que lo han inspirado, leyendo los siguientes versos, que la concurrencia numerosa acogió con entusiasmo, no por el escaso mérito de ellos, sino por dirigirse a quien era tan universalmente estimado.

ANTE LA TUMBA

DE MI INOLVIDABLE Y BUEN AMIGO

D. JOSE Ma. VERGARA Y VERGARA

Presas del más profundo sentimiento,
Y bañadas de lágrimas los ojos,
El pueblo, que admiraba tu talento,
Viene a honrar tu memoria en tus despojos.

De los partidos la tremenda lucha
Cesa, al tocar con la materia inerte:
Sólo el gemido de dolor se escucha
Donde impera el silencio de la muerte.

Amigos y adversarios todos lloran;
Todos llevan el luto en el semblante,
Y en ardiente plegaria a Dios imploran
Por el que sólo un paso va adelante.

Uno no más; que la azarosa vida
Dura, por nuestro bien, sólo un momento,
Y en él la gota de placer vestida
Rueda a un mar insondable de tormento.

Ayer, lleno de vida y de esperanza,
Sueños forjabas de ventura y gloria,
Dicha, que sólo viste en lontananza,
Y tu temprana muerte hizo ilusoria!

¿Dónde fueron la rica fantasía
Y el astro creador, sublime y bello,
Que a torrentes brotaba la armonía
Del genio entre el vivísimo destello?

¿Dónde está ya la pluma infatigable,
Que en páginas castizas y galanas
Supo trazar con éxito envidiable
La Historia de las letras colombianas?

Ay! para siempre quieta y silenciosa;

Más, de tu actividad mudo testigo,
Queda, cual la reliquia más preciosa
Del padre, del hermano y del amigo.

Dichoso el que, cual tú, deja en el mundo
De trabajo y de honor recuerdo santo,
Y a quien un pueblo en su dolor profundo
La tumba riega con acerbo llanto.

Yo también, peregrino y no extranjero,
En vida te admiré, como te admiran
Los que te dan aquí su adiós postrero,
Y, al dártelo, sollozan y suspiran.

Tú me trajiste de mi patria amada
De amor y de amistad dulces memorias;
Tú en Madrid, en Sevilla y en Granada
Hiciste amar las colombianas glorias.

Allí te recibieron como a hermano,
Cual en Colombia a mí me han recibido;
Que sangre y religión no hablan en vano
Para echar las ofensas en olvido.

Allá también se llorará tu muerte
Y el parnaso español vestirá luto:
En su nombre permíteme ofrecerte
Una modesta flor como tributo.

DOMINGO 17 DE MARZO

En este día he recibido un pliego, en el cual, con motivo de volverse a abrir la Exposición de productos naturales e industriales de Colombia, temporalmente suspendida, se me nombraba individuo de la Junta que debía dirigir la colocación de los objetos, y proponer más tarde la adjudicación de los premios, de acuerdo con las comisiones calificadoras de los mismos. Traté de declinar el honor que se me dispensaba, fundado en mis largas ausencias de la capital, y en la índole de mis trabajos; pero teniendo la Presidencia de dicha Junta uno de mis mejores amigos²³, y asegurándome que no se exigiría de mí otra cooperación que la que me permitieran mis ocupaciones más perentorias, acepté el cargo y dimos principio a nuestras tareas.

JUEVES 21 DE MARZO

Habiendo tenido una indisposición, afortunadamente ligera, y ordenándoseme por los médicos el ejercicio activo a caballo y la permanencia en el campo durante algunos días, aproveché la ocasión para hacer una visita, desde mucho antes reclamada, a mis amigos de Nemocón, y conocer al mismo tiempo la salina y pueblo de Sesquilé, el boquerón o tajadura de Suesca, notable por más de un concepto, y el pueblecito del mismo nombre, donde el célebre Conquistador de este país, que, como otros muchos de los capitanes y soldados de aquella época, sabía manejar a un tiempo la pluma y la espada, escribió unos apuntes históricos, que desgraciadamente se han perdido, titulados por él Ratos de Suesca, y de los cuales hace mención en su *Carnero de Bogotá* el historiador Rodríguez Freyle.

A las once de la mañana salimos de Bogotá mi escribiente y yo, acompañados de un solo criado, y deteniéndonos en Zipaquirá el tiempo preciso para comer, llegamos a las seis de la tarde a la hacienda del Sr. Santamaría, que ya nos esperaba.

²³ D. Gregorio Obregón, que más tarde obtuvo por acuerdo de las Cámaras un voto solemne de la gratitud del país, conmemorado en una medalla de oro, por la ilustración y celo con que desempeñó su cargo.

Allí hicimos la distribución del tiempo con arreglo a los días que me era posible consagrar a aquella excursión, a fin de que ésta fuese mejor aprovechada; y en su consecuencia determiné salir al día siguiente para Nemocón, y pasar desde allí a otra hacienda que tiene por nombre La Majada, residencia habitual de mi amigo D. Pablo Santos con su familia, y por consiguiente del joven hijo suyo que me había acompañado, como mis lectores saben, durante mi expedición por el norte de la República.

VIERNES 22 DE MARZO

Apenas despachado el almuerzo, nos despedimos del Sr. Santamaría, que por sus ocupaciones no pudo acompañarnos sino hasta una corta distancia, y llegamos a Nemocón a eso de las once. Allí nos esperaban varios amigos, en cuya agradable compañía permanecimos hasta las 2 de la tarde, hora en que volvimos a montar para seguir hasta la hacienda de La Majada. El camino sale de Nemocón, dejando a un lado la salina, y se dirige por un elevado cerro a buscar una estrecha y pedregosa garganta, por la cual se desciende a otra extensa llanura, que se comunica por el sur con la de Bogotá, y formó parte del mismo lago andino. En el extremo norte de este valle se halla el pueblecito de Suesca, compuesto de casas pajizas; a su Oriente el boquerón del mismo nombre por donde sale al llano un modesto riachuelo, que baja del valle de Chocontá, y unido con el Guatavita y el Sesquilé forman el Funza, que recorre toda la gran sabana y toma el nombre de Bogotá después de despeñarse por el célebre Salto.

A la margen derecha de este río, distante de él como un kilómetro, y unos seis o siete de Suesca y del Boquerón, se encuentra la hacienda de La Majada, modestamente construida, pero con las comodidades necesarias para albergar una familia numerosa. Sus extensos y fértiles campos, agostados a la sazón por falta de lluvias, apenas podían alimentar los ganados que contenían, y los pobres animales, demacrados, desenterraban las raíces de las gramíneas y devoraban los juncos de los terrenos pantanosos, a falta de mejor y más agradable pasto. Muchos terrenos de la hacienda se

extienden paralelos a la margen del río, cuyos bordes, más elevados que las praderas adyacentes, facilitan los medios para establecer a poco costo un buen sistema de irrigación, que evitaría grandes perjuicios y proporcionaría pingües resultados al propietario. Además de eso, en el resto de la llanura, cuyo nivel es superior al del borde del cauce, el agua se encuentra a la profundidad de tres o cuatro metros a lo sumo, circunstancia que pudiera también aprovecharse para abrir pozos de riego con bombas o norias, que darían a poco trabajo resultados admirables. Todo esto lo hicimos presente al propietario de la finca; le dejé hasta un diseño de los aparatos de mayor sencillez, y por consiguiente más fáciles de construir, y aunque me ofreció con el entusiasmo del momento practicar alguna de las mejoras por mí aconsejadas, dudo mucho que la indolencia habitual de todo colombiano le permita realizar lo que tan vivamente le interesa, porque se necesita un esfuerzo heroico para sacar a esta gente de su rutina.

SÁBADO 23 DE MARZO

A poco de levantarnos llegó a reunírse nos, viniendo de su residencia de Nemocón, como nos lo había ofrecido desde el día antes, nuestro buen amigo el poeta Carrasquilla, que debía acompañarnos a visitar el pueblecito de Suesca y las célebres rocas del boquerón, cuyas paredes verticales tienen en algunos puntos cerca de doscientos metros de altura.

Después de almorzar montamos a caballo, y nos dirigimos en primer lugar al pueblo antes nombrado, con el deseo de conocer siquiera el lugar donde existió la casa en que el gran Conquistador dedicó a las letras sus ratos de ociosidad gloriosa.

La población de Suesca está reducida a la plaza y a algunos grupos de chozas, diseminadas sin orden, a más o menos distancia. Al llegar nosotros, los principales moradores, atraídos por la curiosidad, acudieron a donde nos hallábamos. En vano inquirimos de ellos noticias relativas a la antigua habitación de Jiménez de Quesada. La tradición no ha conservado allí recuerdo alguno, y abandonamos el lugar con la

pena de no haber podido dirigir siquiera una mirada de cariñoso respeto al sitio santificado por la memoria de aquel hombre eminente, cuyo nombre, si bien no ha encontrado todavía una pluma capaz de elevarlo a la altura de sus grandes méritos, no por eso deja de ser una de las figuras más importantes entre todas las que intervinieron en la gran epopeya del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo.

Antes de abandonar el pueblecito, visitamos su modesta iglesia, en la que no hallamos otra cosa que llamase nuestra atención, sino algunos altares y retablos, compuestos en su mayor parte de restos de otros más antiguos, arrancados de su primitivo lugar y colocados allí por manos tan inhábiles, que los trozos de columnas se hallan en sentido inverso, con las basas para arriba y los capiteles para abajo.

Desde allí partimos para el boquerón donde permanecemos largo rato, absortos en contemplar y admirar el prodigioso efecto del cataclismo que debió producir aquella profunda y singular abertura, al dar paso a las aguas del extenso lago superior que ocupaba la gran planicie donde hoy se levanta Chocontá, uno de los pueblos más importantes de la comarca.

Había ya empezado a tomar una vista de aquel paraje digno de ser conocido por la originalidad de los detalles que presenta, cuando supe que uno de mis amigos, D. Francisco Ortega, hábil dibujante, de quien ya he hablado en otra ocasión, se había adelantado a mi deseo en un álbum de curiosidades indígenas, que terminaba a la sazón, para hacerme con él un obsequio.

Por las vistas de este lugar que ofrezco a mis lectores, comprenderán el mérito de las composiciones poéticas siguientes, inspiradas por estas célebres piedras a mis amigos Carrasquilla y Fallón, en una de sus frecuentes excursiones a aquel lugar admirable.

LAS PEÑAS DE SUESCA

Hay un estrecho valle, circuido
De fantásticas rocas, apiñadas
En miríadas de siglos, destrozadas
A impulso del diluvio y del volcán.
Las graciosas parásitas y el musgo
Amortajan piadosos las ruinas;
Y ondeantes guirnaldas peregrinas
Las calvas rocas coronando están.

El río perezoso, cristalino,
Que el aura de la tarde apenas riza,
En vueltas y revueltas se desliza
Bajo copudos sauces, sin rumor.
Por contemplar las destrozadas rocas
Donde su lengua barba el liquen prende,
En remanso purísimo se extiende,
Y del cielo retrata el esplendor.

Hondo silencio reina, que interrumpen
Del ave errante la importuna queja,
El balido distante de la oveja,
Y el distante relincho del corcel.
Siento aquí a Dios eterno, omnipotente;
Mudo de asombro caigo de rodillas
Ante el autor de tantas maravillas,
Y ardiente llanto empapa mi pincel.

Cállate, musa mía, tú no tienes
"La lira de grandílocuos contentos"

Con que, rasgando los nocturnos vientos,
Canta las glorias de Colombia Ortiz.
Toma la de diomate y granadillo,
De primoroso nácar embutida,
Fina bandola, púlsala, mi vida,
Y encontrarás inspiración feliz.

Mira si puedes descifrar conmigo
El que mi mente agobia doble arcano:
Este que ves a la siniestra mano
Es de la luna el místico cantor;
Aquellas, que se empinan a las nubes,
Osamenta del mundo primitivo,
Son testigo inmortal, recuerdo vivo
De las tremendas iras del Señor.

El culto vate y los salvajes riscos
Son dos formas distintas de una idea:
Es Diego Fallón el volcán que humea;
Los riscos, el volcán que se apagó.
¿Quién de los riscos contará los años,
Quién del vate las locas fantasías?
Sólo el Eterno, que en remotos días
Con su planta los montes destrozó.

Las infinitas faces de las rocas,
Sus innúmeras formas y colores
Hacen que al verlas cien espectadores
Que por senderos diferentes van,
Digan: "Son blancas, negras, grises, rojas,
Blandas, duras, giganticas, enanas,

Ásperas, lisas, angulosas, planas,
La luz reflejan, en la sombra están".

Del mismo modo los que a Diego observan,
Dicen: "Sabio, ignorante, cuerdo, loco,
Ingenio exuberante, ingenio poco,
Ningún aplomo, mucha madurez;
Soberbio, humilde, astuto, candoroso,
Tímido, audaz, inculto, cortesano,
No osa al maduro fruto alzar la mano,
Es un niño que raya en la vejez".

Los peñascos, mudables cuando sólo
Se contempla su efímero ropaje,
Contrastan de los siglos el ultraje,
Y tienen de granito el corazón.
Diego, voluble a quien lo ve de paso,
Firme cual hijo, padre, esposo, amigo,
Siempre constante llevará consigo
La de sus padres santa religión.

Repara, musa amiga, aquella roca
Que escalando las nubes se sublima;
Y el tenaz quiche que en la tersa cima
Con sus corvas raíces se agarró.
Para tus cantos fáciles y alegres
Te brindan ellos abundante tema;
Son de cariño y amistad emblema:
La dura roca es Diego; el quiche yo.

Musa, cuando muramos, nuestros restos,

Ya despojados de la carne, esconde
Allá en la roca solitaria en donde
Los nidos de las águilas están;
Y en la callada noche, cuando vierta
La luna melancólica su lumbre,
Si del bambuco ensayas la quejumbre
Nuestros helados huesos saltarán.

R. Carrasquilla.

LAS ROCAS DE SUESCA

Coronados de pencos y de arbustos,
Sobre un inmenso abismo suspendidos,
Ved de gigantes los enormes bustos
En éxtasis eterno sumergidos.

Un gesto horrible allí petrificado
De nariz trunca y arrugada frente,
Decir parece al que le queda al lado
Que le pisan un callo eternamente.

De otro coloso en la entreabierta boca
Las águilas sus nidos han formado;
Y del labio inferior sale una roca
A manera de lengua de un ahorcado.

Y sobre mí la noche vacilante,
Sujeta allí por invisible dedo,
Díjome con acento de gigante:
“¡Huye, mortal, o sobre ti me ruedo!”.

Cruzan con la mirada el horizonte
Cuatro patriarcas de semblante duro,
A quienes miran del opuesto monte
Otros patriarcas de granito puro.

Y por saber si a conversar se prestan,
"¿Qué hacéis ahí?" pregúntoles en verso,
Y en mudo endecasílabo contestan:
"Aguardamos el fin del universo".

Un triángulo de vastas dimensiones,
Que no es agudo ni de forma obtusa,
Sobre antidiluvianos mojicones
Apoya la musgosa hipotenusa.

Y óyese en tanto lo que apenas creo:
Cual el rumor de retozonas brisas
Un extraño y constante cuchicheo
Allá entre las altísimas cornisas.

Más del cimientto el resongar profundo
Súbbito escucho, herido de sorpresa,
Que a las cornisas viejas como el mundo,
"Niñitas", dice, "¿Qué algazara es esa?"

Diego Fallón

DOMINGO 24 DE MARZO

Habiendo regresado a Nemocón mi amigo Carrasquilla, el joven D. Francisco Santos y yo nos propusimos recorrer los puntos más notables de aquellos alrededores, y entre ellos la salina de Sesquilé y el vallecito donde el pueblo del mismo nombre tiene su asiento. Montamos a caballo como a las diez de la mañana, y después de atravesar a vado el río Funza, cruzamos un pequeño ramal de la cordillera que se interpone entre ambos valles, perdiéndose hacia el lado del norte en la llanura. Los cerros que lo componen, que son muy pedregosos, tienen cubiertas sus faldas de arbustos de diferentes especies con algún monte de poca elevación en los sitios bajos, donde la capa de tierra vegetal es algo más densa. En la parte superior de estas lomas hay algunas mesetas de terreno cultivable, unas destinadas a pastos, y otras sembradas de cereales, patatas y maíz, alrededor de algunos ranchos de miserable y triste apariencia.

Al otro lado de este ramal, o sea al sureste, en un recodo o ensenada que forma el valle de Sesquilé, se halla la salina del mismo nombre, explotada como las demás del país, por cuenta del gobierno, y donde los trabajos se practican en pequeña escala, por la escasez de recursos naturales, principalmente el agua y las materias combustibles. El Dr. Franco, administrador y director del establecimiento, nos recibió en él con amabilidad y nos mostró sus dependencias principales, donde no hallamos cosa alguna digna de mención, después de examinadas y descritas las salinas de Nemocón y Zipaquirá, explotadas por el mismo sistema y en mucho mayor escala.

De allí nos dirigimos hacia la parte oriental del valle; atravesamos sin detenernos el pueblecito de Sesquilé, situado en la parte superior del plano inclinado que por allí forma la llanura, y como apoyándose en la falda noroeste de unos cerros elevadísimos y abruptos, que pertenecen a uno de los ramales más empinados de la cordillera andina. Las casas del pueblo, casi en su totalidad de techo pajizo, no se hallan sino en pequeño número agrupadas en lo que propiamente puede llamarse el poblado, sino por el contrario repartidas en todo el valle, lo cual, desde cierta distancia, le da el

aspecto de una población infinitamente más numerosa de lo que es en realidad, y se advierte desde luego al examinarla de cerca.

Al pasar nosotros, hallábase en vías de reedificación una parte del templo, mandado derribar, según nos dijeron, por creer escondido allí un tesoro indígena. Pero si el trabajo fue inútil relativamente al tesoro, no lo fue para que con este motivo pudiera ensancharse y embellecerse el templo, estrecho antes en demasía para el número de fieles que suele concurrir a él, sobre todo en las principales fiestas religiosas.

Por ser domingo de ramos, y pasar nosotros precisamente por el pueblo, a la hora en que se terminaba la función con que la iglesia católica celebra en todas partes la entrada de Cristo en Jerusalén, hallábase reunida en la plaza la mayor parte de los vecinos que acababan de salir del templo. Hombres, niños y mujeres, casi todos de la raza indígena, llevaban en las manos ya hojas de palma con vistosas labores o sin ellas, ya ramas de diferentes árboles y arbustos, acabados de bendecir por el sacerdote, y que todos conducían alegremente a su respectivo hogar, como un recuerdo de aquel día memorable para todo cristiano, y como un talismán precioso, aquilatado por la fe, y acariciado por la esperanza. Entre aquellos grupos, lo que más llamó nuestra atención, fueron algunas mujeres vestidas con el primitivo chircate, especie de manta pendiente de la cintura, ajustada a ella con un pedazo de cordel, o de cinta, y que envuelve el cuerpo como la mantilla del niño en el primer período de su lactancia. Por haber hecho ya la descripción de este extraño y sencillo traje en nuestros anteriores apuntes, no nos detenemos a hablar aquí de las variedades que en él se observan.

Después de descansar un rato en La Majada, regresamos a Aposentos, sin detenernos en Nemocón, por complacer a nuestro amigo el Sr. Santamaría, que nos esperaba para que volviésemos juntos a Bogotá, como se lo habíamos ofrecido.

LUNES 25 DE MARZO

Empleamos las primeras horas de la mañana, en visitar, acompañados de nuestro huésped, algunos de los alrededores de su hacienda, donde se halla el mineral de hierro en una abundancia prodigiosa, y donde hay varias fuentes, saturadas de sales de este mineral, que por su composición química y especiales virtudes para la curación de ciertas enfermedades, principalmente la clorosis y la anemia, están llamadas, tan luego como sean bien conocidas, a producir beneficios incalculables a la humanidad y no escasos rendimientos a su propietario.

Después del almuerzo montamos a caballo, y dirigiéndonos por un sendero antiguo, practicable sólo en la estación seca o de verano, nos encaminamos hacia Bogotá por una vía enteramente desconocida para mí; y atravesando dehesas o potreros de asombrosa extensión, donde pacían numerosos ganados, llegamos a las tres de la tarde, después de pasar el río Funza por un rústico puentecillo, a un lugar llamado Agua-caliente, donde pasamos la noche en una hacienda perteneciente a la familia del Sr. Santamaría, teniendo ocasión de examinar al paso la abundosa fuente termal que da nombre a aquel sitio. Al paso observamos también algunos promontorios o cerros de distinta elevación y magnitud, que surgen exabrupto en medio de la llanura, y fueron un tiempo otras tantas islas, que contribuían a embellecer el extenso y profundo lago en cuyo centro se levantaban.

MARTES 26 DE MARZO

Salimos temprano de la hacienda de Agua-caliente, con el propósito de llegar a Bogotá antes del mediodía. El camino, que es una senda de herradura, en algunos parajes muy pedregosa, se dirige por la falda de unos cerros hacia el lugar llamado Puente del Común, abriéndose de cuando en cuando hacia la parte de la cordillera preciosos y amenos vallecitos, que parece que están convidando a establecer allí casas de recreo, donde un hombre inteligente y de buen gusto podría formar a poco trabajo moradas deliciosas, embellecidas por los poéticos accidentes del terreno, y agradables en sumo

grado por lo benigno del clima y la extraordinaria fertilidad de la tierra. Al lado opuesto, o sea en el de la sabana, por donde el Funza se arrastra, más bien que corre, serpenteando con perezosa lentitud, por falta de declive en el terreno, hay haciendas magníficas, de muchos miles de hectáreas de extensión y de un valor extraordinario. Entre estas haciendas se halla una, que es de las más valiosas, llamada Hato-grande, perteneciente a la familia de uno de mis amigos, D. Ricardo Silva, cuyo padre fue cruelmente asesinado en ella, a poco de decretarse en este país la abolición de la pena de muerte por delitos comunes.

No es ésta la ocasión de disertar sobre las ventajas o inconvenientes que resultan a la sociedad del sostenimiento o abolición de esta gravísima pena; pero si se consulta la estadística criminal de los países en que ha quedado abolida, como yo me he cuidado de hacerlo en Colombia, la cifra de homicidios y crímenes atroces, que arroja el período de abolición, comparado con otro igual de los últimos años en que se hallaba en vigor aquella pena, aunque sólo se aplicaba en casos extremos, es verdaderamente espantosa. Según los datos más fidedignos, la proporción es de uno a siete; y esta diferencia, por sí sola, bastaría para que los legisladores de un país, donde tan amargos frutos se recogen, piensen seriamente en si es preferible sostener contra la sociedad pacífica y honrada una bella teoría filosófica, o volver a un camino que, por más que repugne al sentimiento humanitario, al fin no alcanza sino a los criminales de instintos feroces²⁴.

Llegando ya cerca de Bogotá, y pasando por la quinta llamada del Arzobispo, por pertenecer a este prelado, entramos a saludar a un hermano de dicho Sr., que mora habitualmente en ella. Este caballero, con cuya amistad me he honrado desde los primeros días de mi arribo al país, formó empeño en que nos desmontáramos, y no permitió que siguiésemos adelante, sin que le acompañáramos a la mesa. Preciso fue aceptar el obsequio, por no pecar de descortesía, y pasamos allí muy agradablemente la tarde, recorriendo con él los amenos jardines y vistosas praderas, de que la quinta

²⁴ Recientemente se ha restablecido dicha pena.

está rodeada, y asombrados de ver el desarrollo precoz de varios grupos e hileras de *eucaliptus glóbulus*, que apenas cuentan tres años de edad, y algunos de los cuales se elevan ya a más de 15 metros de altura.

Al caer la tarde, nos despedimos y entramos en Bogotá durante esos momentos, que no pueden calificarse ni de día ni de noche.

MIÉRCOLES, JUEVES Y VIERNES SANTOS

Descanso en Bogotá, donde las ceremonias religiosas del culto católico se celebran con sencillez, y sin accidente alguno notable.

SÁBADO 30 DE ABRIL [MARZO]

Habiéndome hablado algunos amigos de un gran peñón, situado como a unas 2 leguas de Bogotá, sobre unas colinas que se hallan a la margen izquierda del río Tunjuelo; peñón que ha adquirido cierto renombre, por tener una de sus faces cubiertas de jeroglíficos, o pinturas caprichosas, de los indígenas, me dirigí allá deseoso de examinarlo. Tomé, bien de mañana, el camino del este; pasé por los barrancos de Tunjuelo, que ya mis lectores conocen, y que no por tenerlos muy vistos, dejaron de causarme la misma admiración que la vez primera; y desde allí continué por el camino de Yomasa, nombre de un pueblecito próximo, que se le da también al peñón que me proponía visitar, llegando a un humilde ranchito, donde me esperaba un indio, avisado de antemano, para guiarme hasta el pie del monumento indígena. Desde la cabaña cruzamos en dirección al sur por unas colinas de aluvión, en su mayor parte formadas de guijo, y cubiertas de una ligera capa de tierra vegetal, que apenas produce algunas miserables gramíneas. Atravesamos el Tunjuelo por un vado cubierto de grandes piedras rodadas, por entre las cuales se desliza murmurando la corriente, y trepando luego a una colina bastante empinada, llegamos al pie de un gran trozo de roca, descarnado por las lluvias y de una forma irregular, en una de cuyas faces, que mira al Oriente, encontramos una porción de dibujos, hechos por los indígenas, con la tinta

roja e indeleble por ellos tan usada, y sirviéndose de los dedos como pincel, según era su costumbre. Tomé una copia de la piedra, y con ella la de todas las figuras, entre las cuales se hallan, como habíamos observado ya en otros monumentos análogos, una que aunque muy imperfectamente, parece haber querido representar el sol, figura que se halla reproducida de un modo invariable, en cuantos lugares dejaron los indios este género de inscripciones; y no lejos de la figura del sol, se ve impresa la huella de los pies de un niño de corta edad, mojados al efecto en la misma tinta.

Allí me despedí del indio que me había servido de guía, y atravesando cerros y cañadas, me dirigí al pueblo de Soacha, y desde allí a un caserío llamado Puerta-grande, situado en el camino de Fusagasugá, donde me esperaba la familia del general Emigdio Briceño y la de los propietarios de la finca, parientes muy próximos del modesto y excelente escritor de costumbres, D. Eugenio Díaz, de quien he hablado ya en otra ocasión, con el encomio que merece, y a quien no pude conocer sino por sus obras, por haber muerto algunos años antes de mi llegada.

Estas dos familias, unidas entonces por estrechos vínculos de amistad, hoy convertidos en parentesco, tenían dispuesta una excursión a las orillas del Salto de Tequendama, a la cual habían tenido la bondad de invitarme con una insistencia a que no era posible oponer género alguno de excusa.

Pasé la noche con la agradable y amena sociedad allí reunida, oyendo referir algunos pormenores de la vida sencilla y modesta del laborioso y concienzudo escritor, cuyo nombre acabo de consignar, y examinando algunos de sus autógrafos, que la familia piensa dar a la luz en ocasión oportuna.

DOMINGO 31 DE MARZO

Con una mañana serena y apacible, salió de Puerta-grande nuestra cabalgata, compuesta de seis señoras y señoritas y otros tantos caballeros, montados todos en caballos briosos, y desfilando por parejas en el áspero y desigual camino que conduce

a la catarata. Llegados a su orilla, se nos sirvió un abundante almuerzo, al terminar el cual hubo varios brindis en verso y en prosa, consagrados en su mayor parte a los jóvenes unidos por los dulces vínculos del amor, santificados más tarde por la iglesia.

De allí regresamos todos a Puerta-grande, con la misma alegría que habíamos salido, y por la tarde fuimos a pasear a las extensas praderas que el caserío tiene a su espalda, y que ocupan una grande extensión, sirviéndole de límite algunos cerros elevados, con los cuales se empieza a pronunciar en aquella dirección la cordillera.

La noche fue tan agradable como el día, y todos nos entregamos al descanso con verdadero placer, por reclamarlo así imperiosamente el cansancio natural, producido por la agitación continua de la jornada.

LUNES 1o. DE ABRIL DE 1872

Regreso a Bogotá.

DEL MARTES 2 AL SÁBADO 13 DE ABRIL

Arreglo de mis apuntes. Consagro cada día algunas horas a ayudar a mis compañeros en los trabajos preparatorios de la Exposición, que ya mis lectores conocen; y que tiene por objeto dar una idea de la gran variedad de los productos naturales de este suelo privilegiado, entre los cuales aparecen los de la industria humana en proporción exigua, cosa muy natural en un país, que apenas cuenta tres habitantes por kilómetro cuadrado.

MIÉRCOLES 17 DE ABRIL

Habiendo circulado entre varias personas, a quienes interesaba directamente, una carta confidencial dirigida por mí al Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, D. Felipe Zapata, contestando a algunas preguntas que dicho Sr. me había hecho sobre

la posibilidad y conveniencia de establecer en los valles de Leiva, Ráquira y Sutamarchán el cultivo en grande escala del olivo, la vid y otras plantas propias de los países meridionales de Europa, muchas personas de aquella localidad formaron un decidido empeño en que volviese a visitarla de una manera más detenida, prometiéndose obtener de mis instrucciones verbales sobre el terreno, la enseñanza necesaria e indispensable, para fomentar allí el cultivo de las referidas plantas, iniciado por los españoles en la última época de la colonia, y abandonado por ellos al principiar la de la independencia, sin haber podido fundar sobre los productos de las mismas la nueva industria a que indudablemente aspiraban.

La única dificultad que podía oponerles para mi regreso a aquel ameno valle, era la necesidad de llevar adelante los trabajos para la futura publicación de mis Impresiones de viaje, asunto para mí del mayor interés, y que por motivos ajenos a mi voluntad se hallaban un poco atrasados. A mis objeciones sobre este punto, opusieron las ventajas de ofrecerme aquel sitio mayor tranquilidad, para entregarme a mis tareas, en lo que no dejaría también de influir la benigna y suave temperatura que allí reina constantemente. Esto, por una parte, y por otra el contar con habitaciones cómodas, agradables y completamente aisladas para las horas de trabajo, me decidieron a emprender la marcha sin oponer nuevas dificultades.

Púseme, pues, en camino con mi escribiente y dos criados, llevando sólo lo más preciso de mi equipaje, mis álbumes y mis papeles.

Por haber salido tarde de Bogotá, tuvimos que pasar la noche en la posada u hotel próximo al puente del Común, donde a pesar de la mucha concurrencia de pasajeros, no abundan gran cosa las comodidades.

JUEVES 18 DE ABRIL

La jornada de este día fue desde el Puente a la quinta de Aposentos, donde no ocurrió cosa alguna de particular, y que tan conocida es ya de mis lectores.

VIERNES 19 DE ABRIL

De Aposentos salimos para Ubaté, donde pernoctamos. Hecha ya en otra parte la descripción del camino y del pueblo, nada diremos del uno ni del otro, por evitar repeticiones.

SÁBADO 20 DE ABRIL

A pesar de la gran distancia (más de doce leguas), y de ser por lo menos la mitad del camino bastante quebrado y pedregoso, como puede observarse en la descripción hecha en las páginas anteriores de nuestro primer viaje por este punto, resolvimos hacer la jornada hasta la Villa de Leiva en un solo día, por no haber en el trayecto posada alguna aceptable. A las diez de la mañana, dos horas después de ponernos en camino, me adelanté, solo, a caballo, llegando a la Villa de Leiva poco después de las cinco de la tarde. Mi comitiva, que me seguía en mulas, y que no podía caminar con tanta precipitación, llegó a las tres de la madrugada, cumpliendo con mi orden expresa de no detenerse en parte alguna.

DEL DOMINGO 21 DE ABRIL AL DOMINGO 5 DE MAYO

Trabajos de redacción y de dibujo.

Recorremos algunos días con varios amigos el valle de Leiva y Suta, en distintas direcciones, y encontramos muchos terrenos inmejorables para el cultivo de las plantas indicadas anteriormente. En los parajes donde abunda la greda y predominan la arena y el cascajo, con alguna tierra vegetal, encontramos olivos lozanos que producen anualmente dos cosechas, a pesar del completo abandono en que se hallan.

Queriendo hacer un ensayo en la escala mayor posible, la Sra. norte, rica propietaria de Leiva, me ofrece el que quiera elegir entre los muchos que posee, proponiéndome

que el ensayo se verifique por una asociación de la cual se promete, y no sin fundamento, muy grandes resultados.

Aceptadas las bases en principio y puestos a mi disposición el terreno y los árboles de que se ha de sacar la planta, sólo esperamos la oportunidad del tiempo para practicar las labores preparatorias para la plantación, labores que no pueden ejecutarse hasta que haya entrado la estación de las lluvias, sin las cuales nada puede hacerse, por lo compacto y duro del terreno, que desde tiempo inmemorial no se ha roturado.

LUNES 6 DE MAYO

Prolongándose todavía la estación seca y deseando hacer una nueva visita al Hoyo del Aire y sus alrededores, donde me dijeron que existía una cueva famosa entre los pocos que la conocen, por hallarse en lugar muy extraviado, llamada vulgarmente de los chilladores, por los muchos guácharos o aves nocturnas que en ella tienen su guarida, hice un ligero apresto de lo más necesario; contraté algunos peones indios, que me acompañasen con herramientas, por si se necesitaba hacer alguna excavación dentro de la cueva misma o en sus inmediaciones, y salimos acompañados del mismo Sr. Jiménez, que compartió con nosotros las penalidades de la excursión a las minas de Muzo.

Como el camino de Leiva a Puente Nacional, a Vélez y al Hoyo se halla anteriormente descrito, excepto en la parte comprendida entre Leiva y la primera de aquellas poblaciones, que con Chiquinquirá forman un triángulo, de cuyos lados sólo me faltaba conocer el que era objeto de esta primera jornada, daré a mis lectores una ligera idea de este trozo de camino, semejante en todo a la mayor parte de los de Colombia.

Leiva y el Puente Nacional, situados en una línea aproximadamente de sur a norte, se hallan separados entre sí por un ramal de la cordillera, en el cual, hacia el oriente y antes de confundirse con los otros muchos ramales que por aquel lado se anudan,

dejando entre sí valles de más o menos profundidad y extensión y de suelo más o menos fértil, se halla sobre la parte inferior de su falda norte el pueblecito de Moniquirá, cerca del riachuelo del mismo nombre, que antes de la conquista era ya una población de indios muy considerable, y hoy tiene un justo renombre y la esperanza de un porvenir muy halagüeño, debido no tanto a su templado clima y a sus terrenos feraces, donde son muchos los productos agrícolas, como a las riquísimas minas de cobre, descubiertas a corta distancia del mismo pueblo, y cuya explotación, de poca importancia hoy, se trata de elevar a una escala en armonía con la asombrosa abundancia del mineral, que es de facilísima explotación y de calidad inmejorable.

Por haber salido un poco tarde, llegamos a Puente Nacional algo entrada la noche, con una lluvia menos copiosa que molesta, que había comenzado al caer la tarde, y a consecuencia de la cual la larguísima y empinada cuesta que hay que bajar hasta llegar al pueblo, nos ocasionó muchos trabajos.

Como ya habíamos pasado otra vez por allí, nos fuimos a alojar a la misma posada, donde pasamos medianamente la noche.

MARTES 7 DE MAYO

Salimos del pueblo bastante temprano con el propósito de llegar en una sola jornada al Hoyo del Aire. Desde la noche anterior habíamos mandado preparar algunos comestibles, para no tener que detenernos a almorzar, proponiéndonos hacerlo a la ligera en el primer lugar del camino que nos pareciese agradable, o la imperiosa necesidad del estómago nos obligase a ello.

Las diez de la mañana serían, cuando llevábamos ya andada la mitad o algo más del camino que hay entre el Puente Nacional y Vélez. Al principiar la cuesta de que hablamos en otra ocasión y donde por todas partes se ven diseminadas en número prodigioso las piedras esferoidales de caliza negra compacta, con incrustaciones o impresiones fósiles, que llamaron tanto nuestra atención, al pasar la primera vez por

aquel sitio, llegamos a una choza o rancho en cuya puerta se veía sobresalir casi horizontal una vara como de dos metros de largo, de cuya extremidad pendía un racimo pequeño de plátanos maduros de los conocidos en el país con el nombre de guineos. Era aquél un signo convencional que indica a los transeúntes que hay algo de comer y beber a disposición del público. Como los peones y nosotros mismos no habíamos tomado antes de salir sino un desayuno ligero, y era imposible llegar a Vélez antes del mediodía, determinamos hacer allí nuestro almuerzo, pudiendo a la vez hacerlo nuestros peones con lo que en la venta hubiera disponible.

Generalmente las personas de la clase del pueblo, indígenas en su mayor parte, o con alguna ligera mezcla de raza española, cuando viajan por esta región de la república, vayan o no cargadas, tienen la costumbre de detenerse en las ventas o chozas que al paso van encontrando, para tomar en ellas algún refrigerio que les dé fuerzas para continuar su camino; y a pesar de lo corto del jornal que en esta región se paga a los trabajadores, que casi nunca llega a dos reales del país, o sea cuatro de vellón, les basta y les sobra para satisfacer sus necesidades y comer y beber muchas veces en el día. Explícase esto fácilmente, al saber que en todas las ventas de los caminos tienen siempre a disposición del pasajero uno o más barriles de chicha y una enorme olla de mazamorra; lo cual constituye casi exclusivamente el alimento de las clases pobres. Llega el indio cansado y jadeante a la puerta de una de estas cabañas, deposita en el descargadero, que es un poyo o banco preparado ad hoc, la carga de que generalmente va agobiado, y pide una mitad de chicha, que equivale a un cuartillo de real de nuestra moneda, la cual le sirven en una totuma o casco de calabaza, añadiéndole como de regalo una taza de mazamorra que tendrá como un cuarto de litro. Esto se repite varias veces durante la jornada, y al final de ella el indio va tan satisfecho como si hubiese tenido por alimentación los más exquisitos manjares. Cuando viaja por caminos extraviados, donde no existe esta clase de ventas, el indio dispone su provisión de panela o azúcar moreno y harina de cebada o trigo tostados, de la cual hacen generalmente la mazamorra en los países fríos, donde el maíz no es muy abundante; echa en su totuma un puñado de esta sustancia, de que hace una especie

de papilla con el agua de la primera fuente o arroyo que a su paso encuentra, y con ello suple perfectamente su mazamorra y su chicha.

Al detenernos en la puerta de aquella humilde posada, mandé servir a mis peones de lo que en ella había dispuesto, e hice sacar para nosotros el fiambre desde la noche anterior preparado. El recuerdo de la mogolla que en el viaje anterior había comido allí mismo por necesidad, acudió a mi memoria como no podía menos de suceder, y hasta me pareció mejor el pan que entonces comía, comparando en mi imaginación lo presente con lo pasado.

Continuamos luego nuestro camino, y a eso de las dos de la tarde pasamos por la ciudad de Vélez, sin detenernos en ella, por temor a la vieja cuatro-pelos, como mi amigo Guarín la llamaba.

Hallábase el camino un tanto trabajoso, a consecuencia de la reciente lluvia, razón por la cual no podíamos adelantar mucho en nuestra marcha. Nos hallábamos aún como tres horas distantes del Hoyo, cuando la lluvia vino a sorprendernos. Acercábase también la noche, y era preciso buscar donde albergarnos, antes de que la oscuridad nos pusiese en mayor apuro; y como viésemos a la orilla izquierda del camino y a distancia de poco más de un kilómetro una casita de agradable apariencia, situada en el fondo de un pequeño valle sobre la falda de una colina, nos dirigimos a ella demandando hospitalidad, que se nos concedió de buen grado, porque como hemos repetido ya muchas veces, ésta no se niega jamás al pasajero, sea cual fuere su condición o clase.

Componíase la familia de aquella casa, de una mujer viuda y varios hijos, el mayor de los cuales, hombre ya y medianamente ilustrado, para ser un campesino, nos entretuvo agradablemente con los relatos de sus cacerías, a que era en extremo aficionado.

MIÉRCOLES 8 DE MAYO

Salimos temprano y llegamos antes del mediodía a las inmediaciones del Hoyo, alojándonos en el mismo ranchito que la primera vez, cuyos moradores manifestaron alegrarse mucho de nuestra vuelta. Conversamos largamente con el dueño del rancho sobre el punto que nos proponíamos visitar, y pasamos la tarde descansando de las fatigas del camino.

JUEVES 9 DE MAYO

Guiados por nuestro huésped y acompañados de los peones, nos dirigimos hacia el arroyo o quebrada del Gran Curí, con el objeto de investigar en una de las paredes del profundo barranco que forma su cauce, hacia el lado del sur, una especie de obras de mampostería, hechas por los indios, de las cuales me habían hablado con el interés que aquí despierta todo lo que tiene igual carácter de antigüedad; pero interés generalmente pasivo, y que no llega nunca a poner en actividad a estas gentes, para que se consagren a las investigaciones prácticas, sin embargo de hallarse persuadidas de que en ciertos lugares, determinados por la tradición, se hallan ocultos grandes tesoros.

Para llegar al pie de la cortadura vertical, formada por el derrumbe de la falda del cerro donde nos hallábamos, hubo que hacer ante todo practicable el camino por medio del azadón y la barra, tomando desde luego la misma dirección que llevamos al descender hasta su borde en nuestra primera visita. Practicóse en la falda del empinado cerro una especie de escalera, que aunque no cómoda ni segura, daba a lo menos muchas más garantías que el peligroso y resbaladizo plano inclinado, por donde con gravísimo riesgo de nuestra existencia, pasamos en nuestra excursión anterior, para contemplar las sorprendentes y horrorosas maravillas de que se halla adornado aquel agreste paisaje.

Mientras los peones abrían la trocha, me entretuve en copiar un bellissimo pájaro, de la clase de los carpinteros, que había muerto por la mañana, y que pertenece a una de las variedades más bellas de la abundantísima familia de aves hormigueras, que con una profusión admirable ha extendido la Providencia por todos estos países, para evitar que los numerosos enjambres de aquellos insectos destructores aniquilen toda vegetación, lo que indudablemente sucedería si éstos y otros animales a quienes sirven de alimento, no les hiciesen una guerra continua.

VIERNES 10 DE MAYO

Habiéndose ya hecho practicable la bajada, si bien no exenta de penalidades y peligros, emprendimos la marcha después de almorzar y llegamos en poco más de media hora al borde del abismo horrendo, por cuyo estrecho fondo corre la quebrada del Gran Curí, en dirección suroeste a noreste. En la misma dirección del cauce, las paredes de un lado y otro ofrecen derrumbes verticales de una profundidad y extensión maravillosas. Las rocas calizas de que se halla formado el terreno, descompuestas por las aguas o por la lenta acción atmosférica, han ido poco a poco desmoronándose y cayendo en fragmentos más o menos voluminosos al fondo de la quebrada, cuya corriente sin duda mucho más caudalosa en épocas anteriores, los ha arrastrado a grandes distancias, como se observa en el valle inferior próximo al Sarabita.

La cortadura vertical por donde debíamos descender, nos ofrecía, como único punto practicable, un ángulo formado al azar por los derrumbes, a cuyo pie se levantaba un guarumo joven donde apenas podíamos apoyarnos, mientras colocábamos los pies en las hendiduras de la roca. El apoyo que el árbol ofrecía, tanto por ser joven como por lo frágil y quebradizo de su madera, era tan débil y efímero, que no podíamos fiarnos en él de modo alguno, sino en un caso muy apurado. Lo más fácil hubiera sido descolgarse por medio de una cuerda atada a la cintura; pero el amor propio y la vanidad, sin embargo de ser malos consejeros, influyen tanto en nuestras determinaciones, que por no manifestar temor alguno ni debilidad física, al ver bajar

los peones con la facilidad que ofrece el pie descalzo y la costumbre de este género de ejercicio, nosotros no quisimos ser menos, y descendimos apoyándonos como ellos en los arbustos y en las escabrosidades de la roca, con grave riesgo de nuestra vida.

Al pie de la enorme muralla o corte vertical, cuya extensión a lo largo será de unos cincuenta metros por quince o veinte de altura, corre una cornisa de uno a dos metros de ancho y con alguna inclinación hacia el lado del noreste, donde termina y se confunde en una cortadura infinitamente mayor, que baja en línea casi vertical hasta lo más hondo del cauce. La roca, profundamente socavada al nivel de la cornisa donde nos hallábamos, ofrecía a la vista algunas pequeñas cavidades, donde la tierra pulverulenta y con señales de haber sido removida, contenía muchos fragmentos de esqueletos humanos, lo que hace sospechar haber existido allí algún cementerio de indígenas. La parte socavada de la roca, presenta en todo lo que constituye el centro de la cortadura, y en una extensión de muchos metros, una especie de pared formada de piedras y barro gredoso, que por algunos sitios se eleva hasta diez o doce metros, formando una pared perfectamente vertical, cuya anchura va disminuyendo desde la base a la cúspide, donde se une con el borde más saliente de la roca. Aquel tapamiento singular, fabricado por los indios, a costa de un inmenso trabajo, por tener que conducir los materiales desde largas distancias, induce a creer que no puede ser obra de un mero entretenimiento, sino que fue impulsada por un grande interés, como el de ocultar sus cadáveres a las miradas profanas de los conquistadores, o el de esconder acaso la riqueza que poseían, o bien ambas cosas a un mismo tiempo.

Aunque mi misión no era la de buscar tesoros indígenas, de buena gana hubiera derribado aquel muro artificial, si los medios de que disponía hubiesen bastado para ello; pero al tomar el pulso a la empresa, vi que se necesitaban por lo menos treinta o cuarenta trabajadores, y como dos meses de labor continua para llevarla a cabo. Lo primero era difícil, por escasear mucho los peones, y carecer de herramientas; lo segundo, mucho más, porque no me era posible detenerme allí por tan largo tiempo. Me contenté, pues, con hacer ligeras excavaciones, donde el terreno ofrecía mayores

facilidades, y sólo encontramos algunas osamentas, y entre ellas dos cráneos de seres adultos, con la región frontal muy deprimida, y la occipital enormemente desarrollada.

El día se nos pasó en estos trabajos poco fructuosos, y a la caída de la tarde volvimos a descansar a nuestro rancho.

SÁBADO 11 DE MAYO

Propusímonos en este día visitar la cueva de los chilladores, situada al lado opuesto, o sea a la margen izquierda de la quebrada del Gran Curí, un poco más arriba del lugar llamado los Cartuchos.

Salimos con nuestro guía y los peones, y a unos tres kilómetros de distancia, después de atravesar algunos cerros de rapidísima pendiente, llegamos a una altura desde la cual se descubre una grande extensión de terreno, y se domina perfectamente el cauce de la quebrada, profundo y pedregoso siempre, de escarpadísimas orillas, y cuyo curso, en extremo sinuoso, varía a cada instante de dirección, por lo quebrado del terreno, en cuanto alcanza a descubrir la vista.

Desde el lugar en que nos hallábamos, veíase al frente una empinada loma, terminada en la parte superior por agudísimas crestas de la roca desnuda, y ceñida en la inferior por la corriente del riachuelo. En la parte media de esta loma, había una pequeña meseta, y en ella un miserable ranchito rodeado de algunas matas de maíz y yuca, insuficientes para mantener una familia, por corto que fuese el número de individuos de que se compusiera. Cerca del rancho veíanse algunos animales domésticos, y entre ellos una vaca con su cría, paciendo la grama en lugares tan escabrosos y pendientes, que apenas se concibe que pudiera andar por ellos otro animal que la cabra, o aquellos cuya organización especial les permite andar y vivir entre las mayores asperezas.

En la parte inferior de la loma, y casi al borde de la quebrada, hay un corte vertical, como de unos veinte metros de elevación, y en el centro de él se ve la roca de tal modo

perforada por derrumbes naturales, que a primera vista se asemeja aquella perforación a una portada artificial, hecha del modo más simétrico, y según todas las reglas de la arquitectura. Es la puerta que da entrada a la Cueva de los chilladores, profunda y tenebrosa guarida de las aves que le dan nombre, y lugar donde en otro tiempo debieron depositar los indígenas muchos de sus cadáveres, si no es que se sepultaron en vida, como aconteció en otros muchos lugares, prefiriendo el suicidio colectivo de pueblos enteros a la dominación de aquellos extraños seres, que, aunque en pequeño número, se iban posesionando de todo el territorio.

La entrada de la cueva, ofrece, a cierta distancia, tal aspecto de regularidad, que se ve dominada por un arco perfectamente trazado, sostenido por grandes pilastras con sus zócalos y cornisas, que se prolongan a un lado y otro, hasta perderse en la maleza, a donde ya termina el derrumbe, y forma la ilusión de ser todo aquello gigantescas ruinas de un edificio majestuoso y extraño, erigido en los tiempos fabulosos por razas titánicas que desaparecieron después, dejando como huella de su paso ésta y otras creaciones de una belleza monstruosa, si nos es permitido asociar aquí estas dos ideas, que mutuamente se contradicen.

El interior de la caverna es de una forma irregular y tan caprichosa como su entrada; los dientes de la roca asoman por todas partes como adornos que armonizan perfectamente con el conjunto, y el pavimento no es menos irregular que las paredes y la techumbre. En algunos lugares del suelo se advierten hoyos de más o menos profundidad, excavados por los buscadores de guacas o tesoros; y aseguran los campesinos de las cercanías haberse encontrado en las primeras investigaciones joyas de bastante valor, consistentes en oro y esmeraldas, que los indios solían depositar con los cadáveres de los que en vida las habían poseído.

A eso del mediodía regresamos al rancho para tomar desde allí la vuelta hacia nuestro punto de partida, lo cual verificamos una hora después, pernoctando en el pueblecito de Chipatá, cuya descripción tenemos ya hecha.

DOMINGO 12 Y LUNES 13 DE MAYO

Regreso de Chipatá a Leiva.

DEL MARTES 14 AL MIÉRCOLES 29 DE MAYO

Continúo mis trabajos de redacción.

Sigue la estación seca invariable. Es imposible hacer en el terreno las labores necesarias para la plantación de olivos.

JUEVES 30 DE MAYO

Hoy, como día de Corpus, ha tenido lugar en Leiva la procesión de ordenanza. Desde muy temprano se agitaba en la plaza la población entera; los muchachos corrían alegres de un lado a otro, ya disfrazados de una manera extravagante, ya disponiéndose a tomar una parte más o menos activa en la ridícula y absurda mascarada que acompaña a la fiesta religiosa, y que no es sino un recuerdo de nuestras antiguas costumbres castellanas. En efecto, hasta bien entrado este siglo, acostumbraban también en España y en las poblaciones de mayor ilustración, a presentar como contrastes de las virtudes enaltecidas por la moral cristiana, algunos vicios simbolizados en figuras más o menos grotescas, que si en un principio eran consideradas por los fieles bajo el verdadero punto de vista en que la iglesia los presentaba, andando el tiempo no quedó de aquellas representaciones simbólicas sino la parte puramente objetiva, para servir de diversión a la gente ignorante, y de triste y dolorosa impresión al cristiano sincero, que no quisiera ver mezclado a la majestad del culto católico ninguno de esos actos ridículos, que tanto se oponen al espíritu del Evangelio, y que tienden a hacer de la religión del Crucificado una especie de idolatría.

A eso de las dos de la tarde, y cuando ya en el centro de la plaza se había formado un bosque artificial, representación del Paraíso, morada primitiva del hombre, donde dos

muchachos de sexo diferente figuraban a Adán y Eva, y los vecinos del lugar se apresuraban a conducir, vivos o muertos, cuantos animales podían haber a las manos, en unión de algunos frutos de sus cosechas, la procesión salió del templo para dar la vuelta a la plaza, acompañando a aquellos hombres, mujeres y niños, con velas encendidas, a pesar de la luz del sol, ardiente y deslumbradora. Seguía a la procesión, formada sólo del concurso y del sacerdote con la Eucaristía debajo del palio, una música más ruidosa que armónica y precedía la absurda mascarada de que hemos hablado anteriormente, entre cuyas figuras extravagantes sobresalía la del muchacho indio, que imitando en su disfraz a sus salvajes antecesores, y con una vejiga inflada y pendiente de un palo, golpeaba sin cesar a los que se hallaban a un lado y otro, produciendo escenas tan grotescas y ridículas, una algazara tan brutal, y palabras y actos tan impropios de aquellas circunstancias, que era imposible que dejaran de inspirar a toda persona grave, por tibia que fuera su fe, cuando menos una lástima desdeñosa hacia los que así comprenden, practican y dejan practicar los actos más serios del culto de una religión tan sencilla como sublime.

Por lo que el acto tenía de original, tomé un apunte del muchacho indio; y aprovechando la ocasión de encontrarse en el lugar un fotógrafo, le hice tomar también una vista de la plaza con la procesión y sus principales accidentes.

DEL SÁBADO 1o. AL MARTES 25 DE JUNIO DE 1872

Esperando como antes la estación lluviosa, que no se presenta, he hecho un viaje a Bogotá, para despachar mi correo a Europa, y hacer una visita a mis amigos, de quienes recibía frecuentes y apremiantes cartas, reclamando mi presencia en la capital, y extrañando mucho mi prolongado alejamiento de ella.

Para hacer este viaje más variado y ameno, determiné cambiar de vía, y en lugar de dirigirme a Bogotá por Chiquinquirá o por Ráquira, subí por el sureste al valle de Samacá, y tomando desde allí otra planicie mucho más elevada, que es el páramo de Guachaneque, a la sazón cubierto de niebla, y donde a veces las ráfagas de un viento

helado que envolvía menudos granizos, nos azotaban el rostro con una violencia extraordinaria, llegamos por fin, al cabo de unas tres horas de travesía, a un lugar sumamente pintoresco llamado el boquerón de Albarracín; conocimos el pueblecito de Hatoviejo, situado a la margen de uno de los riachuelos que más tarde forman el Funza, y visitamos a Chocontá, pueblo de no escasa importancia, que ocupa el centro de una elevada planicie, donde se cultivan muchos cereales y otras plantas alimenticias como el maíz y la patata, y que ha llegado a adquirir cierta celebridad por el ser el punto de la república donde se fabrican unas monturas especiales, que con el nombre de sillas chocontanas, muy semejantes en su forma a las españolas, son las que se usan casi exclusivamente en el país, sobre todo para el campo y para viaje.

Al hablar de Chocontá, dice Pérez, que el nombre indígena que conserva quiere decir sementera de páramo en el lenguaje muisca, y que era ya una población importante entre los indios, por conservar los zipas en ella una guarnición numerosa, para impedir toda invasión de los zaques, sus aguerridos y turbulentos vecinos. Al llegar a ella Jiménez de Quesada, durante la pascua del Espíritu Santo de 1537, bautizó el pueblo con el nombre de esta festividad religiosa, nombre que nunca prevaleció sobre el indígena. Chocontá era ya célebre en los anales de la historia chibcha, por haberse dado al frente de ella una memorable batalla entre el zipa de Bogotá y el Usaque de Tunja, quedando en el campo entre los infinitos cadáveres de los combatientes los de los caudillos de ambas parcialidades, Michua y Saguanmachica, que se disputaban el mando supremo.

Hallándose Chocontá a una elevación de 2.660 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 14°, y rodeada de fértiles y dilatadísimas llanuras, destinadas a pastos unas, y otras al cultivo de que hablamos antes, es una de las poblaciones más ricas del Estado de Cundinamarca; y entre sus habitantes, que pasan de 10.000, se hacen notables por su belleza las mujeres, que conservan, como en nuestras provincias del norte, una tez rosada y transparente, y el tipo de la raza española bastante puro.

De Chocontá pasamos a Sesquilé, Gachancipá y Tocancipá, poblaciones que ocupan una parte de los extensos valles de sus respectivos nombres, que, como hemos dicho en otra ocasión, fueron un tiempo grandes ensenadas del antiguo lago superandino.

DESDE EL MIÉRCOLES 26 DE JUNIO HASTA EL DOMINGO 11 DE AGOSTO DE 1872

De regreso a Leiva, y aprovechando la ocasión de haberse presentado algunos días de lluvia, íbamos a dar principio a las labores preliminares para la plantación del olivar; pero al tratar de formalizar las condiciones de nuestro contrato de asociación, hubo algunas dificultades, y desistí de mi propósito.

Del 12 al 19 de Julio verificáronse en la Villa las fiestas de la Virgen del Carmen, patrona del lugar, con sus corridas de novillos, cabalgatas y borracheras, que son aquí el alma de toda diversión, y en las que no se desdeñan de tomar parte las personas que se dicen más encopetadas, y que por su posición social, debían abstenerse de ciertos actos que en todos los países hacen desmerecer al hombre culto.

DEL LUNES 12 AL DOMINGO 25 DE AGOSTO

Descanso en Bogotá.

LUNES 26 DE AGOSTO

Habiendo tomado a su cargo algunos amigos míos la continuación de los trabajos para el desagüe de la laguna de Siecha, interrumpidos por el accidente desgraciado que tuvo lugar en la primera tentativa, accidente de que hago referencia en el lugar de mi diario que ya conocen mis lectores, determiné, invitado por aquellos, hacer una visita siquiera rápida a sus trabajos de desecación y satisfacer al mismo tiempo la curiosidad que en mí excitaba aquel lugar retirado y misterioso, donde no sólo la tradición vulgar, sino las páginas más autorizadas de las antiguas y modernas crónicas, aseguran que los caudillos más importantes y personas de más cuenta y valía entre la raza indígena,

al verse desposeídos de su propio territorio por los conquistadores, arrojaron la mayor parte de sus riquezas. Unido esto a las que desde tiempo inmemorial iban depositando en aquellas aguas sagradas, así en las abluciones de sus ritos, como en parciales ofrendas a sus divinidades, deben constituir, según la creencia general, y teniendo en cuenta los muchos objetos de oro extraídos en diversas ocasiones, objetos que si bien de forma grosera revelan ya un arte incipiente, son un fundamento bastante sólido para establecer la persuasión de que existen en aquel lugar grandes tesoros acumulados.

Hábame propuesto salir en este día; pero amaneció con una lluvia tenaz y copiosa, que hubiera arredrado a cualquier persona menos acostumbrada que yo a prescindir del bueno o mal tiempo. A la una de la tarde, lloviendo todavía y sin esperanzas fundadas de que fuese la tarde más serena, en compañía de mi escribiente y un solo criado, salí de Bogotá en dirección al norte por un antiguo camino que sigue siempre la falda occidental de aquel ramal de la cordillera, descrito ya más de una vez y que forma parte del gran nudo que encierra en su centro la elevada y extensa altiplanicie donde se halla situada la capital de la república.

Como a cuatro leguas de distancia el camino deja la llanura y se interna en la cordillera tomando la dirección noreste por una garganta o depresión poco notable de la misma. El camino faldea los cerros de uno y otro lado; y aunque se halla abierto sin gran inteligencia y sin obedecer a un plan fijo y determinado, con arreglo a conocimientos científicos, está hecho con más acierto que la mayor parte de los que se ven en la comarca.

Atravesando aquel ramal, se desciende a un valle de formación lacustre como casi todos los del sistema andino, valle que se comunica con la gran llanura por el noroeste y debió constituir en remotos tiempos una gran ensenada del primitivo lago. Con la lluvia los caminos se habían puesto casi intransitables, lo cual nos obligó a nuestro pesar a ir con más lentitud de la exigida por nuestro deseo, y tomando siempre las precauciones necesarias para buscar los pasos menos resbaladizos y cenagosos.

A las cinco de la tarde llegamos al centro del vallecito, donde, a falta de mejor posada, nos alojamos en un humilde rancho, donde nos ofrecieron una hospitalidad, aunque pobre, en extremo afectuosa. La cena y la cama no fueron de lo más comfortable; pero en cambio nos fue ofrecido todo con tan buena voluntad, que suplía y aun aventajaba en mucho a los cuidados mercenarios de un hotel europeo.

MARTES 27 DE AGOSTO

A las seis y media de la mañana tomamos un desayuno tan frugal como la cena de la víspera; y aunque mi propósito era seguir directamente para la laguna, habiendo tenido noticia de que en el inmediato pueblecito de Guasca se hallaba accidentalmente un célebre curandero, una de las notabilidades del país, que más lo ha conmovido con su fama y con sus hechos extraordinarios, resolví aprovechar la ocasión de conocer al célebre Perdomo, miserable charlatán, según unos, y según otros, una especie de semidiós, con poder especial para curar casi por ensalmo todo género de enfermedades.

Las once serían cuando llegamos a Guasca; y merced a una carta de recomendación que me fue ofrecida espontáneamente por un Sr. de Guatavita, que había pernoctado con nosotros en el mismo rancho, para un amigo suyo de aquel pueblo, fuimos desde luego a hospedarnos en su casa, donde se nos acogió con la cordialidad tan común en cuantas poblaciones llevamos hasta ahora recorridas. La casa ocupa uno de los ángulos de la plaza, y en la contigua se hallaba alojado el Sr. Perdomo. Mi curiosidad de conocerle era inmensa; mi huésped se ofreció de buen grado a conducirme al lugar en que aquél se hallaba; y en efecto, a los pocos minutos de desmontarme me encontraba ya departiendo amigablemente con el hombre extraordinario. Antes de penetrar en su habitación, tuvimos que atravesar, no sin gran trabajo, una inmensa barrera humana, compuesta en su mayor parte de seres afligidos por algún mal, que iban a buscar, con la confianza pintada en el semblante, el remedio que juzgaban infalible para sus dolencias.

El Sr. Perdomo, que había suspendido por un momento sus operaciones quirúrgicas, me recibió en una habitación modesta y con el mismo traje en que se hallaba; esto es, en mangas de camisa y casi con el bisturí en la mano, como el operador sorprendido en su anfiteatro anatómico. Con una ojeada rápida, procuré examinar al hombre, fijándome en los detalles de su fisonomía, en la expresión de su rostro y hasta en sus palabras, por si descubría en el conjunto algo que revelase lo íntimo de su ser, o por decirlo así, su fisonomía moral. En esta primera y rapidísima entrevista, no pude menos de formar de él una idea ventajosa. Su estatura, sin ser elevada, pasa de lo mediano; su constitución es robusta y vigorosa; su temperamento bilioso-nervioso; y aunque sus pómulos un tanto salientes, su cabello negro, duro y espeso y su barba no muy poblada revelan la sangre indígena, sus ojos de vivacidad extraordinaria, algunos de sus rasgos fisionómicos y el conjunto de su apostura, pudieran muy bien confundirle con el tipo meridional de raza española o italiana.

En lo poco que conversé con él me pareció un hombre de singular modestia, quizás un poco afectada; porque teniendo en cuenta que es un hombre del pueblo, y por consiguiente de una educación, social y científicamente, no muy esmerada, sería una cualidad rarísima aquella modestia natural en un hombre, que como él, disfruta de un aura popular tan inmensa y de un prestigio casi divino.

Mientras él me hablaba, entregándome impresa una de sus alocuciones populares, y me manifestaba el prodigioso número de enfermos que a su cuidado tenía, que eran más de siete mil, sentimos llegar a la plaza un gran tropel de gentes a caballo que del inmediato pueblo de Sopó acudían a felicitarlo. El Sr. Perdomo me pidió licencia para salir a recibirlos, y salió en efecto a la baranda de una especie de corredor o galería bastante elevada, desde cuyo sitio recibió los plácemes de los recién llegados, oyó los entusiastas vítores dados a su nombre, y contestó a todos con un breve y razonado discurso, que no parecía improvisado, tanto por lo terso de la frase como por la cultura del estilo, y en el cual las ideas capitales fueron sus protestas de desinterés y

amor a la humanidad, en contraposición del monopolio y hasta el agio que hacen de sus conocimientos científicos los doctores autorizados por un diploma.

Me retiré de allí con el propósito de volver más tarde a examinar por mis propios ojos alguna de sus operaciones, mientras el Sr. Perdomo salía a caballo con los que habían venido a buscarle, dejando en una especie de ansiedad indefinible a sus numerosos enfermos.

Hállase el pueblo de Guasca situado a la parte oriental del ramal de la cordillera que separa el valle de Sopó del de Guatavita, en unas colinas de arena gredosa y piedras rodadas sobre la falda occidental de los cerros en cuya parte superior se halla la laguna. El valle de Guatavita es de formación lacustre con una capa de sedimento de espesor variable, y corren por ella dos arroyos que se juntan más abajo, en cuyas márgenes se ven muchas casas de paja y algunas de teja.

Por la tarde Perdomo me aseguró que a mi vuelta de la laguna haría en mi presencia algunas operaciones quirúrgicas, que me diesen clara idea del poder de un hemostático y un anestésico que posee, y que producen insensibilidad absoluta en la parte operada, y una cicatrización rápida sin supuración alguna.

La iglesia del lugar es pequeña, en forma de cruz latina, y está siempre muy aseada. En ella hay un Jesús de talla, dos cuadros de San Francisco de Paula y un San Estanislao, de mediana ejecución. Las demás imágenes son detestables.

MIÉRCOLES 28 DE AGOSTO

Salimos de Guasca a las siete y cuarto de la mañana, empleando tres horas de subida rápida en dirección sureste hacia el páramo donde se halla la laguna. Desde la mitad de la subida empieza la región de los frailejones. La vegetación se reduce casi por completo a una yerba de hojas filiformes y duras parecidas al esparto, y algunos arbustos como el taray, de flores amarillas, llamados vulgarmente chites. De cuando

en cuando veíanse sobresalir entre la capa de tierra vegetal de que los cerros se hallan cubiertos, algunos peñones erráticos de diferente tamaño y forma, procedentes de la rotura por explosión de las partes más elevadas de la cordillera.

A las diez próximamente llegamos a un rancho, situado al pie del cerro, que contiene en su cumbre la laguna, a cuyas aguas sirven de barrera enormes estratos que se levantan casi verticales de oeste a este, cubiertos de una ligera capa de humus, donde crecen algunos frailejones y las gramíneas de que antes hemos hablado, y en cuya falda occidental se abre el socavón por donde se proyecta el desagüe, socavón que tiene de profundidad ciento noventa y tres metros, en dirección al fondo de la laguna.

En el rancho encontramos a nuestros amigos ocupados en disponer lo necesario para volar la roca del fondo, por medio de un aparato eléctrico y una cantidad de pólvora suficiente para determinar la rotura de la piedra, quebrantada ya por las explosiones anteriores verificadas dentro de la mina.

Subimos con uno de ellos a visitar la laguna, que se halla como a cien metros de elevación, sobre el vallecito en donde está situado el rancho. La temperatura que allí reina es enteramente glacial, y el viento helado arrastra en todas direcciones la densa niebla de los páramos.

Desde el borde occidental de la laguna, tomamos un ligero apunte de su forma, y del perfil de los cerros que la rodean; y hallándose pronto el momento de verificar la voladura, determinamos permanecer en compañía de nuestros amigos hasta que ésta se realizase, enviando entre tanto nuestras caballerías al pueblo, con orden de que volviesen con ellas dentro de dos días.

El rancho construido a la ligera y de reducidas dimensiones, parece más bien haber sido hecho para habitación de tierra caliente que para aquel destemplado clima. Sus paredes formadas con trozos de cespedón sujetos por cañas, dan paso por donde quiera al viento helado, que sopla con violenta furia, convirtiendo la habitación en un

verdadero páramo, donde nos hallábamos como a la intemperie. A veces buscábamos en el movimiento un poco de calor, y dábamos largos paseos saltando sobre las piedras colocadas en el terreno cenagoso, por una estrecha senda, formada desde el rancho a la boca del socavón, y desde allí a la orilla de la laguna; pero el viento nos hacía volver muchas veces a buscar en el rancho un abrigo que éste también nos negaba, y ateridos de frío nos acurrucábamos por los rincones con las manos y los pies enteramente helados, y sin poder hallar el más mínimo consuelo en aquella situación deplorable y verdaderamente angustiosa. Mis amigos sufrían con resignación aquellas penalidades, llevados por el deseo de obtener la gloria de conseguir su propósito, unido a la esperanza de los resultados materiales de la empresa, que la creencia general elevaba, como antes hemos dicho, a la categoría de fabulosa; mientras que yo, simple aficionado, sufría las mismas penalidades, sin esperar otra recompensa que la satisfacción de una curiosidad propia de mi carácter de viajero investigador, y la de ser el cronista de un acontecimiento, notable en sí mismo, y acaso de resultados admirables.

Más de una vez subimos a los bordes de la laguna, desde la cual se divisan hacia el sur algunas otras de más pequeñas dimensiones, y por lo menos a veinte o veinticinco metros bajo el nivel de la primera, donde se hallan fundadas las esperanzas más legítimas de los empresarios, no sólo por ser ésta la de mayores dimensiones, pues su diámetro no bajará de doscientos metros, sino porque la tradición afirma que allí es donde deben de hallarse los tesoros, por ser la laguna sagrada, donde celebraban los indígenas las más importantes ceremonias de sus ritos religiosos y del acto político de dar a sus Caciques la investidura suprema, después de la inmersión en sus transparentes y heladas aguas. Corrobora esta creencia el haber hallado alrededor de sus orillas muchos ídolos de barro colocados simétricamente; ídolos que la ignorancia y la barbarie han hecho desaparecer, rompiendo unos, llevándose otros sin más objeto que el de satisfacer una curiosidad pueril, y arrojando los más, por estúpida diversión, a las aguas del lago.

Apenas se comprende cómo los indígenas, desnudos en su mayor parte, hubiesen podido elegir esta región paramosa y de todo punto inhabitable, para rendir a sus ídolos el homenaje que en cualquiera otro lugar hubieran podido tributarles más cómodamente. Sólo se explica esta determinación por el afán constante que en la raza indígena se observa de buscar, no sólo para el depósito de sus tesoros, sino para el de sus cadáveres, los lugares más ocultos e inaccesibles, como garantía contra las profanaciones y la codicia, principalmente desde la invasión española.

En esta región de una temperatura insufrible, la vida vegetal no se manifiesta sino por algunos arbustos desmedrados, por el frailejón de siniestro aspecto, algunas gramíneas raquílicas, entre las cuales descuellan algunos grupos de carrizo o cañuela, pequeños helechos y musgos y líquenes muy abundantes y variados; mientras que la vida animal se revela sólo por un mirlo negro, algún que otro pajarillo que con la pluma erizada salta perezosamente alrededor del rancho, alimentándose con los restos que de la mesa se le arrojan; y unas ranillas verdes que yacen a la orilla de los arroyos casi en completa inmovilidad, y cuyo canto monótono y constante, se asemeja mucho a la palabra frío, como si con él quisiesen expresar la sensación que experimentan. Asombra el ver cómo la Naturaleza, en todas partes pródiga, ha cubierto la mayor parte de las plantas que viven en el páramo, ya de un vello sutil, ya de una espesa capa de musgo, como si quisiese de este modo preservarlas del frío glacial que perennemente las rodea.

Al llegar la noche nos acostamos sin atrevernos a desnudarnos, y con el deseo constante de que amaneciese, para mover nuestros miembros ateridos, y buscar de este modo algún alivio al malestar que nos aquejaba.

JUEVES 29 DE AGOSTO

Este día lo hemos pasado con las mismas incomodidades que el precedente; y mientras el Sr. Ponce, ingeniero de la empresa, buscaba con su teodolito la triangulación que debía manifestarle sobre la laguna el punto donde termina el

socavón, y en el cual debía sumergirse la materia explosiva, los jóvenes Sáenz y Montoya, ayudantes de aquel, disponían trabajosamente el aislamiento del alambre y las pilas eléctricas que más tarde habían de determinar la explosión de la sustancia inmersa. Yo los acompañé por todas partes, ayudándoles a echar al agua la balsa y el pequeño bote que habían de servir para la maniobra. A la noche nos retiramos al rancho, que era lo mismo que acomodarnos en cualquiera otra parte de aquellos pelados cerros, sin más diferencia que la de hacernos la ilusión de encontrarnos allí algo más abrigados.

VIERNES 30 DE AGOSTO

Este día amaneció un poco más sereno; continuáronse las operaciones preparatorias; llenóse de pólvora un barril que contendría cerca de 40 kilogramos, haciéndolo perfectamente impermeable y colocando en su interior por medio de un tornillo de hierro horadado las dos puntas metálicas que por medio de la electricidad habían de conducir el rayo a sus entrañas inflamables.

Antes del almuerzo, tomé un apunte de una vista bellísima de la sabana de Bogotá, que se ve desde las orillas de la laguna por una depresión de la montaña.

A eso del mediodía tuvimos una visita del llamado Dr. Perdomo, que con más de veinte personas de acompañamiento, y en ademán semicurioso y semiguerrero, recorrieron los bordes de la laguna, dirigiendo aquél algunos de nuestros políticos a uno de los jóvenes de nuestra compañía, perteneciente a una familia liberal de Bogotá, de cuyo partido es el Sr. Perdomo antagonista furibundo. Aquellas amenazas extemporáneas en aquel lugar no tuvieron otra consecuencia que el inocente desahogo del Galeno con ribetes de Marte que, después de pasear un rato en los alrededores de la laguna, se retiró con su Estado Mayor a su Cuartel general de Guasca en medio de una lluvia fría y copiosa, que sin duda debió templar en mucho sus ardores bélicos.

La tarde y la noche como las precedentes.

SÁBADO 31 DE AGOSTO

El tiempo lluvioso y excesivamente frío parecía empeñado en retardar las últimas operaciones que debía practicar el ingeniero para dar por terminado su estudio. Yo había casi perdido mi calor natural; y si mi pobre escribiente daba señales de vida, debíalo al calor humeante del fogón culinario, a los ojos de una Maritornes encargada de aquel importante ministerio, y a algún que otro trago de brandy, oportunamente administrado.

Aunque con rubor, lo confesaré ingenuamente, asaltóme más de una vez la tentación de abandonar a mis amigos a su desgraciada e insufrible suerte; pero sus reflexiones me determinaron al fin a acompañarlos hasta el postrer momento; resignación que puede tenerse por heroica, y de que podré vanagloriarme toda mi vida, como si se tratase de pasar un invierno entero en las heladas regiones del polo. Buscando alivio a nuestra situación penosa, hice cubrir el suelo de una buena capa de hojas de frailejón, gruesas y vellosas, y preparar un brasero con lumbre, lo cual mitigó en parte nuestras amarguras, haciendo que por lo menos nuestras manos conservasen algún calor, mientras las teníamos casi enterradas entre el rescoldo. ¡Con cuánto placer recordábamos mi amigo Sáenz y yo nuestra breve permanencia en la ardiente región de los Llanos, visitada por nosotros un año antes en compañía de nuestro pobre amigo el Dr. Romualdo Cuervo! Parecía que el recuerdo solo de aquella región ardiente mitigaba un tanto la temperatura del lugar en que nos hallábamos, y hasta sentíamos una especie de consuelo en aquel calor retrospectivo.

El día cruelmente frío y lluvioso, permitió apenas al Sr. Ponce completar sus trabajos, que al fin quedaron terminados felizmente, esperando la siguiente mañana para dar fin y remate a la operación de la voladura. La noche fue menos cruel que las precedentes, gracias al recurso del brasero y a unas cuantas botellas de agua, que salió caliente de la cocina y llegó templada apenas a nuestra habitación, y mediante las cuales no continuaron nuestros pies convertidos en granizo.

DOMINGO 1o. DE SEPTIEMBRE DE 1872

Llegó por fin el día deseado, el día grande, el día supremo; pero la niebla, la lluvia y el frío continuaban implacables. Apenas nos atrevíamos a hablar, por temor de que se helasen nuestras palabras; y por los resquicios de la mal cerrada puerta de nuestro rancho contemplábamos con ansiedad los invariables accidentes de la atmósfera, como preguntándole si al fin tendría la complacencia de permitirnos la terminación de nuestros afanes. A las diez de la mañana continuaba aún sorda a nuestros ruegos, y nosotros nos contentábamos con examinar mutuamente nuestros angustiados rostros, que a un tiempo revelaban nuestro temor y nuestra impaciencia.

A aquella hora, sin que cesara por un momento la helada lluvia, acompañada de violentas ráfagas de un viento huracanado, que nos helaba hasta la médula de los huesos, subimos a los bordes de la laguna; se colocó el barril de pólvora ya preparado sobre la balsa, en la cual fue conducido hasta el punto de intersección de las dos líneas trazadas por el ingeniero, para determinar el punto preciso en que debía verificarse la explosión, sobre el fondo ya quebrantado de la laguna. El barril descendió sin dificultad en el sitio prefijado; y medida la profundidad, se halló que era de veinticinco metros, columna de agua más que suficiente para que la fuerza explosiva obrase con todo su poder sobre la roca del fondo. Extendieron después los alambres que se había procurado aislar por medio de una capa de bastante espesor, de goma laca y gutta-percha, rodeada a su vez por otras sustancias impermeables; uniéronse sus extremos a los polos de la batería eléctrica, colocada a cierta distancia de la orilla; púsose en acción el fluido, y todos esperábamos con ansiedad indefinible la explosión que debía verificarse. Pasó un minuto... pasaron dos... pasaron cinco... y aumentándose nuestra ansiedad, se esperó en vano el resultado por cerca de un cuarto de hora. Expuestos al frío y a la lluvia, que apenas dejaba penetrar nuestras miradas a la distancia de algunos metros; ateridos de frío y entumecidos los miembros casi hasta el punto de la inmovilidad, limpiáronse nuevamente los aisladores de las estacas en que estaban apoyados los alambres, y se procedió de nuevo a la operación... pero todo fue

en vano. Ya fuera por lo imperfecto del método empleado para el aislamiento de los alambres, o porque la batería no fuese bastante poderosa para transmitir la chispa al centro del barril, distante apenas unos cien metros, lo cierto es que nuestras esperanzas quedaron frustradas, y hubo que aplazar la operación hasta traer de Europa o de los Estados Unidos del norte los aparatos necesarios para verificarla con seguro éxito.

En aquel instante un rayo de sol, penetrando la niebla, produjo el bellissimo fenómeno de un doble arco-iris levantado en medio de la laguna, y apoyando sus extremidades en las rocas de un lado y otro, pareciendo aquella señal el triunfo del misterio sobre los esfuerzos de la ciencia humana, o como decían los indios que nos ayudaban en la operación: que el espíritu de algún mohán o hechicero se oponía con todas sus fuerzas a la profanación de aquel sagrado recinto.

Desconsolados y yertos de frío, bajamos todos hacia el rancho, que deseábamos abandonar cuanto antes; tomamos un ligero almuerzo, y encontrándome yo algo indispuerto, por el insomnio y malestar continuos de los seis días que había pasado en aquel lugar tan incómodo como insalubre, aproveché la ocasión de tener mis caballerías dispuestas, y me despedí de mis amigos, dirigiéndome al inmediato pueblo de Guasca, cuya temperatura aunque algo fría, pero muy diferente de la del páramo, influyó en mi organismo lo bastante para que empezara pronto a reponerme.

A poco de mi llegada, el Sr. Perdomo, con una veintena por lo menos de sus amigos y admiradores, entre los cuales había algunos antiguos conocidos míos, se presentó en mi habitación a visitarme, haciéndome con cuantos le acompañaban todo género de ofrecimientos.

De buena gana me hubiera detenido allí, como él deseaba, para verle practicar alguna de sus maravillosas operaciones quirúrgicas; pero temiendo las consecuencias de mi indisposición en un lugar de tan pocas comodidades, determiné regresar a Bogotá en la mañana del siguiente día, no sin haberme convencido por el testimonio unánime de

muchas personas operadas, de que los secretos que el Sr. Perdomo posee son de una importancia inmensa para las ciencias médico-quirúrgicas, y que revelados por él a las escuelas de Europa y América llevarán recursos incalculables para el alivio de la humanidad doliente, y podrán ser para el que los posee el origen de una merecida e inmensa fortuna.

Las noticias biográficas que he adquirido respecto a este hombre extraordinario, son las siguientes:

Nacido en condición humilde, pasó los primeros años viviendo del trabajo de sus manos, principalmente en la agricultura. Más tarde se afilió como soldado en uno de los bandos políticos que luchaban en las contiendas civiles tan frecuentes en el país, y habiendo sufrido un descalabro, huyó a ocultarse de sus perseguidores entre las tribus indígenas, confinantes con la provincia de Pasto, hacia el Caquetá. Sus íntimas relaciones con los indios le hicieron apoderarse de ciertos secretos de que aquellos eran poseedores, y entre los conocimientos que llegó a adquirir, fue el más importante el de las virtudes de ciertas plantas, que son las empleadas hoy por él en todas sus curaciones.

Al despedirnos, me ofreció solemnemente llevar cuanto antes le fuese posible su secreto a Europa; y él y sus amigos me rogaron que volviese a Guasca tan pronto como me encontrase repuesto, para que me convenciese por mí mismo de la verdad de los hechos maravillosos que de sus curaciones se refieren.

LUNES 2 DE SEPTIEMBRE

Me levanté bastante temprano, y aunque me hallaba un tanto aliviado de mi indisposición, me resolví a emprender mi viaje para Bogotá, y abandonamos a Guasca a las ocho y media de la mañana.

Dos horas después de nuestra salida encontramos también de regreso a nuestros amigos de la laguna, si bien tristes por el mal éxito de sus trabajos, satisfechos por haber salido de aquel lugar, donde sólo hay para el hombre tormentos y penalidades superiores a toda resistencia humana.

A las dos de la tarde entramos en la ciudad, cuya temperatura, que no es por cierto muy apacible en la estación presente, nos pareció sin embargo tan deliciosa como pudiera ser la del Paraíso terrenal para nuestros primeros padres.

DEL MARTES 3 AL LUNES 16 DE SEPTIEMBRE

A consecuencia de la última excursión vime atacado de una afección catarral que me molestaba mucho, especialmente con una tos pertinaz y rebelde a toda medicación, durante las noches. Aconsejado por los médicos, me resolví a dejar a Bogotá y marchar a tierra caliente, buscando en la traspiración y el ejercicio lo que no había podido conseguir por los medios empleados hasta entonces.

DEL MARTES 17 DE SEPTIEMBRE AL LUNES 14 DE OCTUBRE DE 1872

Pasando por La Mesa de Juan Díaz, me trasladé a Anapoima, cuya elevada temperatura y sano clima eran los más a propósito para combatir mi dolencia. Alojéme con mi escribiente y dos criados en un hotel estrecho e incómodo, donde entre los huéspedes había uno tan excesivamente comunicativo, que no me dejaba ni aun a las horas naturales de descanso, ya refiriéndome sus amargas cuitas amorosas, ya leyéndome o recitándome sus elucubraciones poéticas, candorosas a veces como las de un niño, saturadas otras de una malicia de mal género, con todo lo cual abusaba de mi paciente benevolencia, hasta el punto de obligarme a huir de él como de una de las mayores calamidades sociales; porque no era sólo el tormento de escucharle el que había que sufrir cerca de aquel moscón humano; sino que haciendo alarde de un afecto más que fraternal, ya me tomaba una mano para dar con su actitud más interés al relato de sus amarguras, ya se prendía de mi brazo si salía del hotel a hacer ejercicio, y hasta en la

mesa tenía que resignarme a su fastidiosa solicitud, por no romper con él abiertamente ni dar una prueba de intolerancia. Figúrese el lector cuál sería mi martirio, teniendo que sufrir a mi lado todo el día y gran parte de la noche a un hombre lleno de alifafes y ungüentos, que le hacían exhalar un olor nauseabundo, que se había declarado sombra de mi cuerpo, y que habiendo empezado por inspirarme lástima, había concluido por hacérseme insufrible. Esto me obligó a huir de Anapoima, y a buscar en otro lugar de temperatura análoga remedio a mi mal, sin tan graves inconvenientes. Con este propósito fui al inmediato pueblo de La Mesa, donde lamentándome de mi infortunio con varios amigos, entre los cuales se hallaba un hombre tan servicial como modesto, poseedor de una estancia o casita de campo, situada a corta distancia del lugar, éste la puso a mi disposición por si quería aceptarla como refugio contra aquella calamidad viviente. Aceptéla de buen grado, y al siguiente día me trasladé a aquel lugar tan agradable, tranquilo y ameno, como antipático había llegado a hacérseme el hotel de Anapoima.

La estancia o casa de campo del Sr. Beltrán, que así se llamaba mi nuevo huésped, se halla situada a la margen derecha del río Apulo, sobre unas colinas bastante empinadas, y al pie de un ramal de la cordillera. El lugar no puede ser más pintoresco, por divisarse desde allí una gran extensión de la serranía; y la casa, aunque cubierta de paja, no carece de comodidades. Para mi escribiente y para mí destinaron una de las mejores habitaciones, independiente de las demás, situada en un ángulo del edificio. Delante de la casa había un gran patio o cercado, al que servían de sombra y adorno algunas elegantes y bellísimas palmeras, entre cuyas hojas susurraba el viento con una agradable armonía. A corta distancia hallábase el cañaveral, reproduciéndose constantemente, para dar alimento al trapiche o molino, principal elemento de la finca.

La familia del Sr. Beltrán, compuesta de su esposa y una docena de hijos, entre los cuales había nada menos que cinco muchachas de agradable rostro y aspecto simpático, y de una educación poco común en las gentes campesinas, tenía toda ella para con nosotros una afabilidad tan esmerada y una delicadeza tan exquisita, que era

imposible dejar de sentir hacia ella un verdadero afecto. Entre las muchachas había dos gemelas de unos 18 a 20 años: Conchita y Segunda; la primera lánguida y tierna como una sensitiva; su hermana, vigorosa y audaz como una amazona. Conchita era instintivamente apasionada por las bellas artes; estaba siempre cerca de mí cuando yo dibujaba; y en pocas lecciones llegó a copiar del natural algunos objetos con una precisión admirable. Si aquella pobre niña, que languidecía allí pálida y enferma, como la flor privada del aire y de la luz, hubiese tenido una atmósfera más en armonía con su organización y sus aspiraciones, quizás hubiera llegado a ser notable por su talento. Mientras ella tomaba a su cargo cuanto tenía relación con el aseo y pulcritud de nuestra vivienda, Segunda enviaba al lugar algún criado en busca de ciertos artículos que en el campo no se pueden conseguir; vigilaba a las cocineras para que la comida fuese lo más variada y agradable posible, y cogía por sus propias manos las frutas del platanal o del huerto que habían de servirse a la mesa.

El Sr. Beltrán y su esposa, modelos ambos de amor conyugal, eran una especie de semidioses en medio de su dilatada familia. El profundo respeto con que así sus hijos como sus criados los trataban, daba una alta idea de su carácter bondadoso y enérgico y de la educación que habían sabido dar a toda su familia. En aquella casa humilde y modesta se respiraba una atmósfera de bienestar y de dicha que rara vez suele encontrarse en la opulenta morada de los que brillan en el gran mundo; porque en medio del fausto y de la grandeza se alimenta siempre el gusano roedor de la envidia, y germinan con más vigor las malas pasiones, como para neutralizar los goces de otro género y advertir al hombre que en esta vida transitoria no puede haber felicidad completa ni realización de las principales aspiraciones del espíritu.

En aquella modesta y agradabilísima morada no pudimos permanecer sino unos quince días, breve pero encantador período, que abrió y cerró un inolvidable paréntesis en mi agitada y turbulenta vida, y cuyo recuerdo será siempre para mi memoria tan grato como el perfume de la modesta flor que se encuentra al paso en un erial, no menos bella y agradable por hallarse escondida entre la maleza.

Durante mi permanencia entre aquella respetable y cariñosa familia, me restablecí completamente de mis males; adelanté mucho en los trabajos de redacción de mi diario, y trasladé a mi álbum de dibujos varios apuntes que llevaba en croquis en mi cartera. Para conservar un recuerdo más vivo de aquel lugar delicioso, tomé una vista de la casa y del paisaje que la rodea.

El día de nuestra despedida fue un día de verdadero dolor para ellos y para nosotros; el Sr. Beltrán nos acompañó hasta el paso del Apulo, donde se repitieron nuestras protestas de amistad, que por lo desinteresada no puede dejar de ser duradera.

DEL MARTES 15 AL MARTES 29 DE OCTUBRE

Descanso en Bogotá. Despacho mi correo a Europa.

Mi afán de movilidad y de ver objetos nuevos, me hacen disponer una nueva excursión hacia el norte, principalmente por visitar los alrededores de Guatavita y su laguna, a que algunos dan tanta importancia como a la de Siecha por las tradiciones indígenas.

MIÉRCOLES 30 DE OCTUBRE

Dispuesto ya todo, salimos de Bogotá, bien entrada la mañana.

El día frío y lluvioso parecía querernos impedir la salida; pero formada ya nuestra resolución, prescindimos de aquel ligero inconveniente, y nos pusimos en marcha con dirección al puente del Común, donde hay una mediana hospedería, y él constituye una de las obras más importantes que la república debe a la Colonia.

JUEVES 31 DE OCTUBRE

Salimos de allí a las nueve de la mañana; almorzamos en Zipaquirá, y a las dos de la tarde llegamos a Aposentos, donde no se hallaba el Sr. Santamaría, y determinamos esperarle.

VIERNES 1^o. DE NOVIEMBRE DE 1872

Vuelve por la mañana el Sr. Santamaría, y no nos permite continuar nuestro viaje hasta el día siguiente.

SÁBADO 2 DE NOVIEMBRE

Después de almorzar salimos para Nemocón, donde nos detuvimos con nuestros amigos hasta las cuatro de la tarde. Luego, acompañados del joven D. Francisco Santos, fuimos a pasar la noche en su hacienda de La Majada, cuya situación hemos descrito.

DOMINGO 3 DE NOVIEMBRE

Salimos por la mañana en dirección a Suesca y a las piedras o boquerón de su nombre, acompañados de los señores Carrasquilla y Sicard, que desde temprano nos esperaban. De allí partimos para Sesquilé, despidiéndonos de nuestros amigos, y fuimos a pasar la noche en la casa del párroco, Dr. Arenas, a quien, a instancias suyas, había ofrecido en Guasca hacerle una visita.

LUNES 4 DE NOVIEMBRE

Nos desayunamos a las siete de la mañana y a las ocho salimos en dirección de Guatavita y Guasca, con ánimo de visitar en el primer punto unas sepulturas de indígenas, de que me había hablado el Prefecto, así como la laguna del mismo nombre,

situada en el páramo de Chaleche, donde se parten los términos de esta ciudad, antiguo centro del poder muisca y residencia del más poderoso de sus señores, y del pueblo de Sesquilé, ya antes nombrado.

La ciudad de Guatavita se halla en una especie de recodo o prolongación del mismo valle de Sesquilé, que por una parte se extiende desde Suesca hasta reunirse con la gran llanura de Bogotá, por Gachancipá y Tocancipá, y por otra hasta más abajo de Guasca, siguiendo las orillas del claro riachuelo de este nombre, y dejando entre Guatavita y este último lugar muchas colinas profundamente desgarradas por las corrientes pluviales, donde el terreno se halla surcado profunda y caprichosamente, como en las cercanías de Tunjuelo, de que en otra parte hablamos, sin más diferencia que la de dominar en las excavaciones próximas a aquel río la forma piramidal, o de agujas góticas, y en las colinas de Guatavita la forma tumular más o menos redondeada, por ser el terreno más deleznable. También se observa en estas colinas un gran número de piedras erráticas medio enterradas entre las capas de greda arenisca profundamente impregnadas de óxido de hierro. Estas colinas terminan hacia la parte de Guasca en algunos vallecitos muy fértiles y de diversa extensión, con algún declive hacia el río, que corre por la falda oriental del ramal de la cordillera, que nace en las inmediaciones de Sesquilé; divide en dos la ancha llanura que debió ser en tiempos un solo lago, y va a anudarse más abajo del Sopó con el ramal que ciñe al noreste la gran sabana de Bogotá.

Al llegar a Guasca, nos encontramos todavía con el célebre Perdomo, y al fin tuve la satisfacción de verle practicar tres operaciones quirúrgicas, sin que los pacientes exhalasen un solo grito de dolor, y deteniendo el operante la hemorragia a su voluntad; operaciones que, por sí solas, bastarían para ratificarme en la ventajosa idea que de este hombre singular tienen formada cuantos le han conocido y han podido juzgarle, sin prevención sistemática y apasionada.

De las tres operaciones que le vimos practicar, fue la una la extracción de un cartílago osificado que hacía muchos años tenía una señora en la unión de ambas mandíbulas

junto a la oreja derecha; la segunda una carnosidad que cubría casi totalmente el ojo derecho a un hombre del pueblo, y la tercera la extracción de un lobanillo bastante abultado, que llevaba una mujer en la articulación de la muñeca del brazo izquierdo.

Durante estas operaciones, de las que sólo en la primera hubo una ligera hemorragia, producida a voluntad del operador, algunos minutos después de extraído el cuerpo extraño, que era de cuatro a cinco centímetros de longitud, tres o cuatro de latitud, y uno, próximamente, de espesor; durante estas operaciones, repito, mi vista estuvo constantemente fija en el semblante de los operados, y no vi en ninguno de ellos la más mínima contracción ni señal alguna que dejase comprender el más leve sufrimiento ni dolor reprimido.

En todo el día, la casa habitación de este hombre maravilloso no se desocupó un momento de enfermos que de todas partes venían a buscarle; y él, sin procurar el más mínimo descanso, atendía a todos ellos con notable solícitud, y no había uno solo que no saliese consolado y con la esperanza más lisonjera pintada en el semblante.

No es menos de maravillar que, a pesar de este trabajo continuo y sin reposo, y de costear de su propio peculio cuantos medicamentos distribuye, a nadie exige la más mínima retribución; recibe lo que buenamente le dan, y hace muchas limosnas a los necesitados que a él acuden.

Como profano a la ciencia, no podré asegurar si su acierto en medicina es igual al que tiene como hábil cirujano, aunque he escuchado infinitos testimonios que bajo aquel aspecto le favorecen; pero sí aseguro, bajo mi palabra de hombre imparcial y honrado, que lejos de ser un charlatán y embaucador, como algunos de sus detractores pretenden, es un hombre que posee recursos extraordinarios para operar; que practica la caridad cristiana y es un bienhechor de la humanidad bajo muchos conceptos.

Aquella tarde me regaló el Sr. Perdomo un libro muy curioso, escrito y publicado por él, y dividido en dos partes tan heterogéneas, que se puede decir que braman de verse juntas: la primera, es una especie de tratado de teología moral, en que el autor, que siempre hace gala de devoto, ha consignado sin orden ni concierto, cuantas ideas ha podido adquirir sobre esta difícil y escabrosa materia; la segunda parte es una colección de documentos dedicados a él por diferentes personas y corporaciones de diversos países, como testimonio de gratitud y pruebas auténticas de las curaciones admirables y numerosas que en ellos ha practicado.

MARTES 5 DE NOVIEMBRE

Desde muy temprano los alrededores de la casa del Sr. Perdomo se hallaban llenos de gente: personas enfermas las unas, las otras parientes o allegados que las acompañaban, y algún que otro curioso que se detenía al ver aquella multitud agrupada bajo el corredor y en el corredor mismo, próximo a las habitaciones del afamado galeno. Allí había gentes de a pie y de a caballo y se descubría en el fondo el personaje principal en el acto de distribuir sus medicamentos a los enfermos que por todas partes le rodeaban.

Concluido el reparto de medicamentos, determinamos regresar a Guatavita, donde algunos amigos nos habían ofrecido acompañarnos a inspeccionar varias cuevas y sepulturas, que se hallan próximas a la población, que a la llegada de los conquistadores era el centro político y civil de la raza muisca.

El tiempo que hasta entonces nos había favorecido con días espléndidos y ligeramente nublados, varió casi repentinamente y en la mitad de nuestro camino nos asaltó una tempestad de lluvia, rayos y truenos, que pasamos en parte bajo el alero de una pobre choza, resignándonos por último a regresar al pueblo, antes que aquella terminase, por no caminar de noche por la senda que teníamos que atravesar, cada vez más resbaladiza.

Llegamos a Guatavita a las tres de la tarde; e informándonos de algunas personas de nuestra posada, supimos que no se hallaba en el lugar el Juez del circuito, que se había ofrecido antes a acompañarnos; pero en su defecto un joven de la población, que se hallaba en el círculo de las personas preguntadas y se decía gran conocedor de los alrededores, se ofreció a servirnos de guía, oferta que aceptamos con el placer y la gratitud que puede calcularse, sin que tengamos necesidad de encarecerlo. El mismo joven se encargó del pastaje de nuestros caballos y mulas y se despidió de nosotros hasta la mañana del día siguiente.

Durante la noche recibimos la visita de un Sr. Rodríguez, que nos había prestado algunos pequeños servicios en nuestra primera excursión a Guasca; y lamentándose de que un asunto muy perentorio le obligaba a salir en la mañana del siguiente día para Bogotá, nos prometió, sin embargo, que avisaría a un compadre suyo, muy conocedor de cuantas curiosidades existen en los alrededores del pueblo, para que nos sirviese de cicerone.

MIÉRCOLES 6 DE NOVIEMBRE

A poco más de las ocho de la mañana, nuestro joven de la tarde anterior vino a ponerse a nuestras órdenes; le mandamos traer nuestras mulas, en tanto que almorzábamos; y a las diez y media, cuando nos disponíamos a salir del lugar, oímos en la calle un ruido como de fiesta que llamó nuestra atención y salimos a inquirir la causa. Era el entierro de un muchacho indio, cuyo cadáver vestido de blanco y coronado de flores, era conducido en unas andas adornadas de ramaje por dos de sus parientes, precediéndole cuatro músicos que tocaban un tambor, una pandereta, un tiple y un chucho o alfandoque, instrumento que ya dejamos descrito en otra ocasión, y seguido de los parientes más cercanos y amigos más íntimos de la familia, que cantaban y bailaban sin cesar y celebraban aquel triste acontecimiento con frecuentes libaciones de chicha, merced a las cuales iban ya casi todos ellos beodos, y en sus alegres y repugnantes risotadas hacían alarde del estúpido sentimiento de que se

hallaban poseídos, cual si la muerte de aquella pobre criatura fuese una felicidad para todos los que la acompañaban.

Por repugnante que aquel cuadro fuese, no me pareció que debía prescindir de consignarlo en mis apuntes.

Inmediatamente después, montamos en nuestras mulas, y sirviéndonos de guía el joven ya mencionado, atravesamos la parte del valle que nos separaba de unas colinas muy pedregosas que se hallan hacia el noroeste de Guatavita, donde existen algunas de las cuevas que nos proponíamos visitar; y al pasar un puentecillo rústico que se halla sobre un riachuelo, nos encontramos con el compadre de nuestro amigo, que venía a buscarnos. Era éste un viejo de barba blanca, luenga y poblada, de ojos vivarachos, de aire socarrón y cojo de la pierna izquierda; venía montado en un mal rocín, y vestía el traje propio de los campesinos de estas comarcas. Por nuestro porte hubo sin duda alguna de conocernos y se detuvo a saludarnos; pero creyendo quizás por nuestras preguntas que éramos de los que se ocupan en buscar oro en las sepulturas de indígenas, y que podíamos hacerle mal tercio, comenzó a encarecernos las dificultades de la empresa y el mucho tiempo que había que emplear para conseguir lo que él juzgaba nuestro propósito, añadiendo que aquel día era para él muy ocupado y que no nos podría acompañar sino muy pocas horas. Como no necesitábamos de él para satisfacer la curiosidad que allí nos llevaba, siéndonos suficientes para alcanzar nuestro fin los conocimientos topográficos de nuestro joven compañero, dimos al viejo las gracias por sus equívocas ofertas, y avanzamos hacia las colinas. Desde que se sale del valle, éstas se hallan cubiertas de enormes trozos de roca arenisca diseminados por todas partes, y debajo de muchas de estas rocas se observan excavaciones más o menos extensas y profundas, con señales visibles de haber sido algunas de ellas en remotos tiempos habitaciones humanas, sin duda en la época en que el jefe Guatavita levantaba sin dificultad falanges de muchos miles de guerreros para humillar a sus rivales el Cacique de Bogotá o el Uzaque de Tunja.

Tomé copia de una de estas cuevas, y recorrimos luego las colinas más próximas donde hay otras muchas semejantes, observando que la superficie superior y aun las laterales de estas enormes piedras son sumamente escabrosas y tienen la forma de coliflor, como ya hemos notado en otros lugares, y muchas de ellas se hallan cubiertas de musgo de diferentes colores, lo cual da al conjunto un aspecto tan extraño como pintoresco.

Después de visitar aquellas cuevas, era nuestro propósito pasar al lado opuesto del valle, donde nos aseguraban que encontraríamos algunos sepulcros de indígenas todavía intactos, por haber servido aquel lugar por mucho tiempo de cementerio a los habitantes de la llanura; pero una tempestad mucho más furiosa que la del día precedente nos obligó a guarecernos más que de paso en una ranchería próxima, donde nos obsequiaron con sendas tazas de espumosa leche, y en ella nos detuvimos hasta que pasó lo más rudo de la tormenta, teniendo que vadear un arroyo con el agua a las cinchas de nuestras caballerías para regresar al pueblo, lo cual verificamos ya bien entrada la tarde.

El resto de ella y parte de la noche me he ocupado en arreglar mis apuntes.

JUEVES 7 DE NOVIEMBRE

La mañana amaneció despejada y magnífica, y determinamos por consiguiente aprovechar las primeras horas para visitar las cuevas del lado opuesto del valle, lo que en el día anterior nos había sido imposible por causa de la lluvia. Tomamos temprano un ligero desayuno, y fuimos en primer lugar a una cañada próxima al pueblo, por la cual corre un arroyuelo poco caudaloso, cerca de unas fuentes termales, donde nos habían dicho que poco antes habían encontrado unos como cimientos, pertenecientes a una construcción muy antigua, ya soterrada, que la opinión general creía ser el sepulcro de algún cacique, y que allí sin duda se ocultaban grandes tesoros, creencia que en estos países es una especie de monomanía, como lo fue en España por mucho tiempo, después de la salida de los árabes. Afortunadamente para el desencanto de la

población y para no hacernos perder el tiempo en estériles investigaciones, las lluvias del día anterior habían ocasionado en aquel sitio una gran corriente, y el terreno se había derrumbado, poniendo de manifiesto la no existencia del tesoro y de la sepultura.

Desde allí nos volvimos a almorzar, dejando las mulas ensilladas para ir a visitar otras dos cuevas, de cuya realidad nos aseguramos por el testimonio de varias personas: una de ellas fue el juez de circuito, que habiendo regresado de Bogotá, acudió a visitarme, y él mismo se nos ofreció por guía y salió con nosotros. Nos dirigimos primero a una de las colinas bastante elevadas que se hallan al norte de la población y como a distancia de dos kilómetros, y trepando por la falda occidental cubierta de abundantísimo mineral de hierro hasta una elevación muy considerable, mineral que algún día debe ser de grandes productos para la comarca, llegamos como a las dos terceras partes de su altura, donde al pie de unos gruesos estratos de roca arenisca, observamos las dos bocas de una profunda cueva, que tendrían un metro escaso de elevación y cerca de dos de anchura, las cuales comunicaban con la parte central, donde la cueva toma un ensanche de ocho a diez metros en su mayor latitud, y dos o algo más de altura en su centro.

Esta cueva parece hecha artificialmente, y el terreno en que se ha practicado la excavación es de una arcilla muy compacta y de un color naranjado muy vivo, a causa de la gran cantidad de óxido de hierro que contiene. En el piso de la cueva hay varios hoyos de corta extensión, practicados sin duda por los buscadores de oro. El techo de la cueva es una bóveda mal formada, sostenida en su parte anterior por una especie de pilar que se halla entre los dos boquerones que le dan entrada. No hay memoria segura que indique la época en que aquella excavación pudo ser practicada; pero, si pertenece a un tiempo anterior al descubrimiento y conquista, o no sirvió nunca de habitación a los antiguos moradores del valle, o las huellas, que el hombre deja siempre en su morada, se han borrado allí de tal manera, que no existe en la actualidad señal alguna, que indique haber servido de habitación, en época cercana ni remota, lo cual se explica muy bien por la mucha humedad que contiene.

Desde allí tomamos la ladera meridional del mismo cerro, en dirección a otro más distante y muy escarpado, en que existe otra cueva que taladra todo el monte de noroeste a sureste y la tradición afirma que en aquella cueva era donde el presunto cacique permanecía encerrado por espacio de mucho tiempo²⁵ antes de verificarse las abluciones y otras ceremonias religiosas que precedían a la toma de posesión de su elevado cargo.

El camino que conduce a la boca más próxima de esta cueva era tan escabroso y se hallaba cubierto de zanjas tan profundas, que nos costó un inmenso trabajo el poder llegar hasta el pie de la montaña, no pudiendo pasar de allí por lo húmedo y resbaladizo del terreno, lo cual por otra parte hubiera sido infructuoso, por los muchos peñones derrumbados desde largo tiempo en lo interior de la cueva, que imposibilitan el tránsito casi desde su entrada.

A eso del mediodía regresamos al pueblo, donde encontramos ya nuestro equipaje dispuesto para la marcha. Nos despedimos de nuestros amigos y tomamos la vuelta de Sesquilé, a donde llegamos a las cuatro de la tarde, hospedándonos como en la vez anterior en la casa del párroco, que en unión de su familia nos recibió con su bondad acostumbrada.

VIERNES 8 DE NOVIEMBRE

Después de tomar un ligero desayuno, salimos de Sesquilé a las ocho de la mañana en dirección a la laguna, que se conoce indistintamente con los nombres de Guatavita, por hallarse en su término jurisdiccional, y el de Chaleche, por estar comprendida en los terrenos de una hacienda que lleva este nombre.

²⁵ Véase la obra de Rodríguez Freyle, *El Carnero de Bogotá*.

Seguimos primeramente el camino que conduce al último pueblo mencionado; y al llegar a un punto donde se encuentra a la derecha el de la salina de Sesquilé, tomamos una trocha que por ásperas colinas, en gran parte cultivadas, conduce hacia el lado del oriente, donde entre cerros notablemente escarpados se halla la laguna, objeto de nuestra visita, y notable en los fastos tradicionales del país, por ser uno de los lugares sagrados en que se cree que los jefes chibchas verificaban sus abluciones y otras ceremonias de carácter religioso.

Encuétrase el referido lago como a doce kilómetros al noreste de Guatavita, ocho hacia el Sur de Sesquilé y cinco de la salina ya mencionada.

Los peones y el práctico que nos precedían, cargados con nuestro equipaje y algunos víveres, tenían que detenerse de rato en rato por lo empinado y escabroso de la senda; y por fin al cabo de una hora de subida, dejando a un lado y otro numerosos ranchitos de cultivadores, indígenas en su mayor parte, y campos cubiertos de mieses que poco a poco van sustituyendo al denso follaje de los bosques primitivos, llegamos por fin a las orillas del lago, que es de forma circular y está rodeado por todas partes de un solo cerro, que parece excavado en su parte central, por la fuerza eruptiva, quizás en la segunda época geológica de nuestro planeta, y presenta el aspecto de una taza o embudo, como si fuese la abertura cónica de un volcán, desde aquella época apagado. No obstante, para corroborar esta creencia, no hay en todos los alrededores señal alguna volcánica en qué apoyarse; pero no hay otra explicación más racional que explique la forma especialísima de aquel hoyo, que tiene desde el borde superior del cerro que lo rodea, de ochenta a cien metros de altura, por término medio, y como unos veinte de profundidad, desde la superficie del agua hasta su fondo, según atestiguan algunas personas que lo han sondado en estos últimos tiempos.

El diámetro del lago parece ser como de un kilómetro en todas direcciones; sus aguas son muy transparentes, y hacia su parte oriental tiene el cerro una gran escotadura, que parece natural en su parte más elevada, y que luego fue profundizada artificialmente hasta el actual nivel del agua, primero en los tiempos de la colonia, y

por trabajos recientes hará una veintena de años. Esta excavación, que tendrá de cuatro a cinco metros de anchura, ha hecho bajar por los menos en doce o quince metros el primitivo nivel de las aguas del lago, y aún se conoce muy bien en toda su circunferencia la parte desocupada últimamente, porque la vegetación no ha alcanzado allí todavía el desarrollo que se observa en los lugares más elevados.

Hacia el lado del suroeste el cerro forma un gran escarpe casi perpendicular, de cincuenta a sesenta metros de altura, y entre este escarpe y la hoya del lago hay como una playita muy fértil reducida a cultivo.

Los bordes todos de la laguna, menos por el lado del norte se hallan cubiertos de árboles más o menos elevados; mientras que fuera de allí la vegetación se reduce a pequeños arbustos, espartillos, cardones, chites de flor amarilla, algunos encinillos enanos, siete-cueros diminutos, y frailejones numerosos, por hallarse esta región a la altura de los fríos páramos, terreno exclusivo de estas plantas.

El horizonte, de perfil anguloso, como el de todas las tierras andinas, lo forman por la parte oriental, así como por el sur y el oeste, las elevadas regiones paramosas, que según las propiedades a que pertenecen se denominan de Chaleche, Negrecia, Moncantiva y Filatá, nombres indígenas todos, que conservaron durante la colonia y conservan aún como la mayor parte de los pueblos a que corresponden.

La temperatura en las orillas del lago es de 12 a 14° centígrados, y en los páramos próximos suele descender hasta cero en los meses de Junio, Julio y Agosto.

Después de almorzar dimos una vuelta por la parte donde se halla el desagüe, en que se ven señales de los trabajos recientes y por donde corre un arroyuelo procedente de la laguna, que aparentemente no recibe otras aguas que las llovedizas y las que proceden de las exudaciones de las montañas; pero en vista del arroyo que se escapa por la cortadura, es de presumir que bajo la línea superficial de sus aguas tenga algunos surtidores de consideración que sostengan el nivel de las mismas.

A las cuatro de la tarde regresamos a Sesquilé, donde el Dr. Arenas nos aguardaba.

SÁBADO 9 DE NOVIEMBRE

Por ser día de mercado, hallábase la plaza muy llena de gente, de la clase indígena en su mayor parte, con las mujeres vestidas aún del chircate o manta, que fue el traje que primero usaron al abandonar su desnudez primitiva. La vista general del pueblo con los empinados y agrestes montes que por la parte del sureste lo dominan, constituye uno de los más bellos paisajes de Colombia.

DOMINGO 10 DE NOVIEMBRE

A las ocho de la mañana nos despedimos del Dr. Arenas y de su estimable familia, y tomamos el camino de Nemocón, a donde llegamos dos horas después, y resolvimos detenernos el resto del día, para visitar a nuestros amigos. Las bellezas y curiosidades de este pueblo las verán mis lectores en los dibujos del Sr. Ortega.

LUNES 11 DE NOVIEMBRE

Descanso entre nuestros amigos de Nemocón.

MARTES 12 DE NOVIEMBRE

Regreso a Bogotá.

DEL MIÉRCOLES 13 AL LUNES 18 DE NOVIEMBRE

Arreglo de mis apuntes y dibujos.

Antes de nuestra salida de Bogotá, una estimable señorita, hija y discípula del pintor Torres, de quien ya en otra ocasión he hablado, tuvo la amabilidad de obsequiarme con un lindo paisajito, copiado por ella del natural, a cuyo obsequio contesté con los versos que a continuación copio, y que se publicaron en algunos periódicos de la capital, así políticos como literarios.

A LA DISTINGUIDA E INTELIGENTE ARTISTA
LA SEÑORITA ADELAIDA TORRES M.,
AL CONTEMPLAR UN LINDO PAISAJE
QUE TUVO LA BONDAD DE DEDICARME

¡Cuán bellos son los campos de Colombia!,
Sus feraces y espléndidas sabanas
Cubiertas ya de la abundante espiga,
Ya apacentando con su verde grama
El buey, para el trabajo infatigable,
El potro altivo de española raza
Y la tímida oveja, ricos dones
Que a sus hijas legó la madre Patria,
A quien maldicen en su propia lengua
Los que, siguiendo ideas rutinarias,
Alimentan quizá sin comprenderlo,
Servil preocupación, ciega ignorancia.

Cien veces, al pasar las cordilleras,
De seculares bosques esmaltadas,
Extasiado ante el rápido torrente
Que se hunde en la espumosa catarata,
O al contemplar los transparentes lagos
Ocultos entre altísimas montañas,
Por gigantescas rocas contenidos,

Y que tan bellas tradiciones guardan,
Para admirar a Dios y bendecirle,
Detuve absorto mi intranquila planta.

Pero, al ver tu paisaje, pobre niña,
De Tántalo al suplicio condenada,
Donde el arte de Apeles ni aun vislumbra
La aurora de su espléndida mañana;
Sin premio a tu trabajo inteligente,
Sin gloria que de estímulo te valga,
Admiro más tus dotes envidiables
Que la Naturaleza que retratas.
Cual dulce testimonio de tu afecto
Guardaré siempre tu preciosa dádiva;
Y ojalá que la gloria y la fortuna
Coronen tu virtud y tu constancia.

José María Gutiérrez de Alba

Bogotá, 23 de Octubre de 1872.

Durante mi ausencia apareció en uno de dichos periódicos ("La América"), una contestación, en verso también, a los que yo había dedicado a la Señorita Torres, que decían así:

COPIA DEL PAISAJE
DEL SEÑOR GUTIERREZ DE ALBA
(La América número 30)

Muy bellos son los campos de Colombia,
Pintorescas y fértiles sus pampas,

Que de flores y espigas y de frutas,
Toda estación corona y engalana,
Donde triscan festivas las ovejas
Y el becerrillo al lado de la vaca,
Y el corcel andaluz gentil relincha,
Todo en honor de nuestra madre España,
Que los gratuitos dones de natura
Nos trajo, en la conquista, como dádiva;
(Sin recibir en cambio oro ni perlas,
Ni plata ni platina ni esmeraldas,
Ni de los bosques óptimo tributo,
De bálsamos, resinas y sustancias
Que trasformaron la caduca industria
Y aumentaron las rentas del monarca;
Ni usurparon hogares al Azteca,
Los del Inca, del Muisca y Araucania;
Ni violar las vestales de los templos,
Ni con canes del indio hacer la caza,
Ni venderlo a vil precio en los mercados,
De Dios violando la doctrina santa;
Ni beber, cual vampiro, gota a gota,
La sangre criolla con la sangre indiana!)
Y a quien ingratos hijos maldecimos,
En propia lengua, y en su trova patria!
Quizás sin comprenderlo, alimentando,
Perdón, musas, ideas rutinarias,
Allá, más perdóname, Parnaso,
Servil preocupación, ciega ignorancia!

"Cien veces al pasar las cordilleras",
De palmas y de robles coronadas,

Sordo y mudo, al rumor de los torrentes,
Que se pierden en roncadas cataratas,
Yo contemplé de cristalinos lagos
El limpio azul, al pie de las montañas,
"Por gigantescas rocas contenidos,
Y que tan bellas tradiciones guardan".
Y allí a la libertad himnos fervientes,
Entoné de rodillas en sus aras,
Repetiendo el solemne juramento
Que Pola en el cadalso pronunciara!

Pero al ver tu paisaje y tu poesía,
Hermano, que has venido desde España,
También como a Tántalo te juzgo,
Ansioso de beber las linfas claras
De Libertad que eleva el sentimiento,
De Libertad que regenera el alma,
Y hasta aplaudieras la sublime lucha
De Cuba noble a quien oprime España
Y a quien roba y desangra día por día
Bolsa y vida arrancándole inhumana.
"Ojalá que la gloria y la fortuna
Coronen su virtud y su constancia",
Y ojalá que hoy pudiera repetirse
Lo que de antigua edad, dijo Quintana:
Que el rigor, la avaricia y las cadenas
"Fueron culpa del tiempo y no de España".

Benjamín Pereira Gamba
Noviembre 4 de 1872.

Coincidió la publicación de estos versos con mi regreso a Bogotá; y aunque el tiempo no me sobraba para los aprestos de mi proyectado viaje al sur, no me pareció bien dejar sin réplica la injusta agresión que se hacía en ellos a mi patria, e hice insertar en el mismo periódico en que se dio a luz la ofensa, y en algunos otros, la que a continuación hallarán mis lectores.

AL Sr. BENJAMIN PEREIRA GAMBA,

En contestación a la "Copia del Paisaje", inserta en el número 34 de "La América"

20. Y Noé, que era cultivador, comenzó a labrar la tierra, y plantó una viña.
21. Y bebiendo vino se embriagó, y quedó descubierto en medio de su tienda.
22. Lo que habiendo visto Cham, padre de Chanaam, esto es, la desnudez vergonzosa de su padre, salió fuera a contárselo a sus hermanos.
23. Mas Sem y Japhet pusieron una capa sobre sus hombros, y andando hacia atrás, cubrieron las vergüenzas de su padre; y tuvieron vueltos sus rostros, y no vieron la desnudez de su padre.
24. Y cuando despertó Noé del vino, luego que supo lo que había hecho con él su hijo menor,
25. Dijo: Maldito Chanaam, siervo serás de los siervos de tus hermanos.

Génesis, capítulo IX

Honra a tu padre y a tu madre - Decálogo, IV mandamiento.

El que a la clara luz cierra los ojos,
Sólo halla en derredor tiniebla oscura,
Como el que mira por cristales rojos,
Que es todo un mar de sangre se figura.
Eso te pasa, Benjamín, hermano,
Al hablar de las cosas de Castilla;

Tratar de convencerte fuera en vano,
Aunque parece empresa muy sencilla.
Contra España tus quejas
Son ya preocupaciones harto añejas;
Y aunque aquí la cuestión de nuevo abordó,
Sé bien que el peor sordo
Es aquél que se tapa las orejas.

En la conquista de este hermoso suelo;
De la hispana colonia en los anales,
Sólo ves luto y amargura y duelo,
Y violación de candidas vestales,
Y al indio fugitivo
Cazado por feroces animales
O en la cadena bárbara cautivo.
Mientras que Irving y Prescott,
De raza a nuestra raza antagonista,
Tratan a nuestros padres con respeto;
El bien no ocultan con furiosa saña;
Y, al hablar de las leyes que dio España,
Ensalzan la Colonia y la Conquista,

Que hubo horribles abusos, no lo niego;
Pero, ¿nada dejaron nuestros padres,
Que gratitud merezca de sus hijos?
El que tal asegure está muy ciego.
Los puentes, los caminos, las calzadas,
Los templos en que a Dios tributáis culto,
Vuestras pobres o espléndidas moradas,
Los animales útiles al hombre,
Del mejor alimento la semilla,

La ilustración de vuestro trato culto,
¿A quién se lo debéis, sino a Castilla?

Y las mismas hazañas
De vuestra independencia,
Que yo respeto, y que quizás bendigo,
Por el bien que mi patria ha reportado,
¿Son de gentes extrañas?
Entonces el amigo y enemigo
Fueron hijos y padres; y el soldado
Que de la hueste indígena salía,
Lo mismo combatía
En el bando español, que a vuestro lado.
Guerra civil fue aquella;
Sí, guerra entre españoles
De una y de la otra orilla del Océano;
Y tengo como mía
La gloria de Junín y de Ayacucho,
Como es tuya también, por ser mi hermano,
La gloria de Lepanto y de Pavía.

Si fue una usurpación el hecho heroico
Que consumó Jiménez de Quesada;
Si este terreno al indio pertenece,
Vuestra causa, infeliz, está juzgada.
Decid a los Muisca,
Que lo que vuestros padres se apropiaron
Fue fundado en un hecho
Que sus hijos reprueban;
Que no existe justicia ni derecho
Para que a retener éstos se atrevan

Lo que, inicuos, aquellos usurparon.

Cuando volvéis la vista a la Colonia,
Habláis de usurpación y de crueldades.
¡Filántropos severos!
Si aspiráis a ser dignos de ese nombre,
Juzgad sin prevención lo que miráis,
Y ved si al indio dais
Dicha mayor, que cuando andaba en cueros.
¡Declamaciones vanas!
Si de ellos abusaban los colonos;
Si aquella crueldad es lamentable;
Hoy mismo, de esa raza miserable,
Cuántos se ven en tristes caravanas,
Bajo pesos enormes agobiados,
Y en un todo tratados
Cual si fuesen acémilas humanas!

La ley en aquel tiempo tan odioso,
A su pesar, al indio protegía,
Y en suelo propio y propio hogar vivía.
Hoy, con más libertad, gime angustioso,
Porque su imprevisión, o su ignorancia,
Sirvió de explotación a la codicia.
Vedlo cubierto con el sucio harapo,
Casi como en su estado primitivo.
En vano son sus quejas:
Cual Esaú, que a un plato de lentejas
Sacrificó su suerte,
El pobre muisca, apático e inerte,
Dio su bien positivo

Por un vaso de chicha o de guarapo²⁶.

En cambio, me diréis, tiene derechos
Y entera libertad, cual cumple a un hombre;
Es parte de él y elige su gobierno;
No está sujeto a horrible tiranía.
Verdad que sus recursos son estrechos
Más y más cada día;
Que a veces va amarrado,
Cual no va el criminal, a ser soldado;
Pero eso es todo, al fin, cuestión de nombre.
¡Solución clara y pronta!...
¡Y hablan de libertad! Oh, patria mía!
¡Dios justo! ¡Dios eterno!
Si no fuera cuestión de tanta monta,
Y pudiera reír... me reiría!

¡Pobre raza española! pobre raza,
Que en tiempos más dichosos
Asombro al mundo fue con sus proezas!
Cuanto de grande hiciste,
Tus hijos desdeñosos
Afectan olvidar; ¡Oh suerte triste!
Y si hallan una mancha
Que afecte de algún modo tu belleza,
Con afanes prolijos
La muestran a la luz, cuadro o no cuadro;
Y cuando ven en ti los ojos fijos

²⁶ Las tierras repartidas en propiedad a los indios en tiempo de la colonia con el nombre de resguardos, tan pronto como sus libertadores los declararon aptos para contratar, les fueron arrebatadas con engaño o con violencia por un precio insignificante. Esto los ha reducido a su actual condición de parias.

De los pueblos, que tanto te envidiaron,
Levantán la cabeza,
Y exclaman con desdén: "¡esa es mi madre!"

No hay que extrañar la ruina y decadencia
De la que un tiempo fue dueña del mundo.
Lo que no pudo hacer la ajena envidia,
Que fue rasgar su desceñido manto,
Y arrastrar con violencia
Su ilustre nombre por el cieno inmundo...
Hízolo de sus hijos... la imprudencia.

¿A qué entonces gritar con arrogancia,
Teniendo por baldón ser de los muiscas,
"¡Mi padre fue español!" Yo no comprendo
Esa pueril jactancia.
Fácilmente se explica
Que odie el nombre español, quien con franqueza
Se declara indio puro
E hijo de Nenqueteba o de Bochica;
Pero aquél que hace gala
De abolengo español, y alza su acento
Para decir: "mi padre fue un malvado",
O es un hijo demente, o degradado,
O no conoce el Cuarto Mandamiento.

¡Oh Colombia, segunda patria mía,
Por el afecto que inspirarme supo
De tus preclaros hijos la hidalguía!
Perdona, si el dolor abre mi labio,
Vindicando a mi madre, que es la tuya,

De tanto cruel, inmerecido agravio.
Yo no osara ante ti pulsar mi plectro
Sino para entusiasta tributarte
El respeto y honor que te es debido;
Mas, humillarme yo, fuera humillarte;
Y es forzoso exhalar hondo gemido,
Cuando se siente el corazón herido.

José María Gutiérrez de Alba
Bogotá, 17 de Noviembre de 1872.

En los días que mediaron desde esta publicación, hasta mi salida de Bogotá, aguardé en vano que el Sr. Pereira Gamba u otro campeón de sus mismas ideas, saliese a defender de nuevo las que él había emitido, entablando una polémica, que, lejos de rehuir, yo deseaba; pero ni entonces, ni después, ha habido quien pretenda siquiera rebatir las poderosas razones en que mi escrito se apoyaba. Antes, por el contrario, recibí muchas felicitaciones de las personas más ilustradas de la población, que desaprobaban el ataque; y aunque dura, hallaron justa y legítima mi defensa.